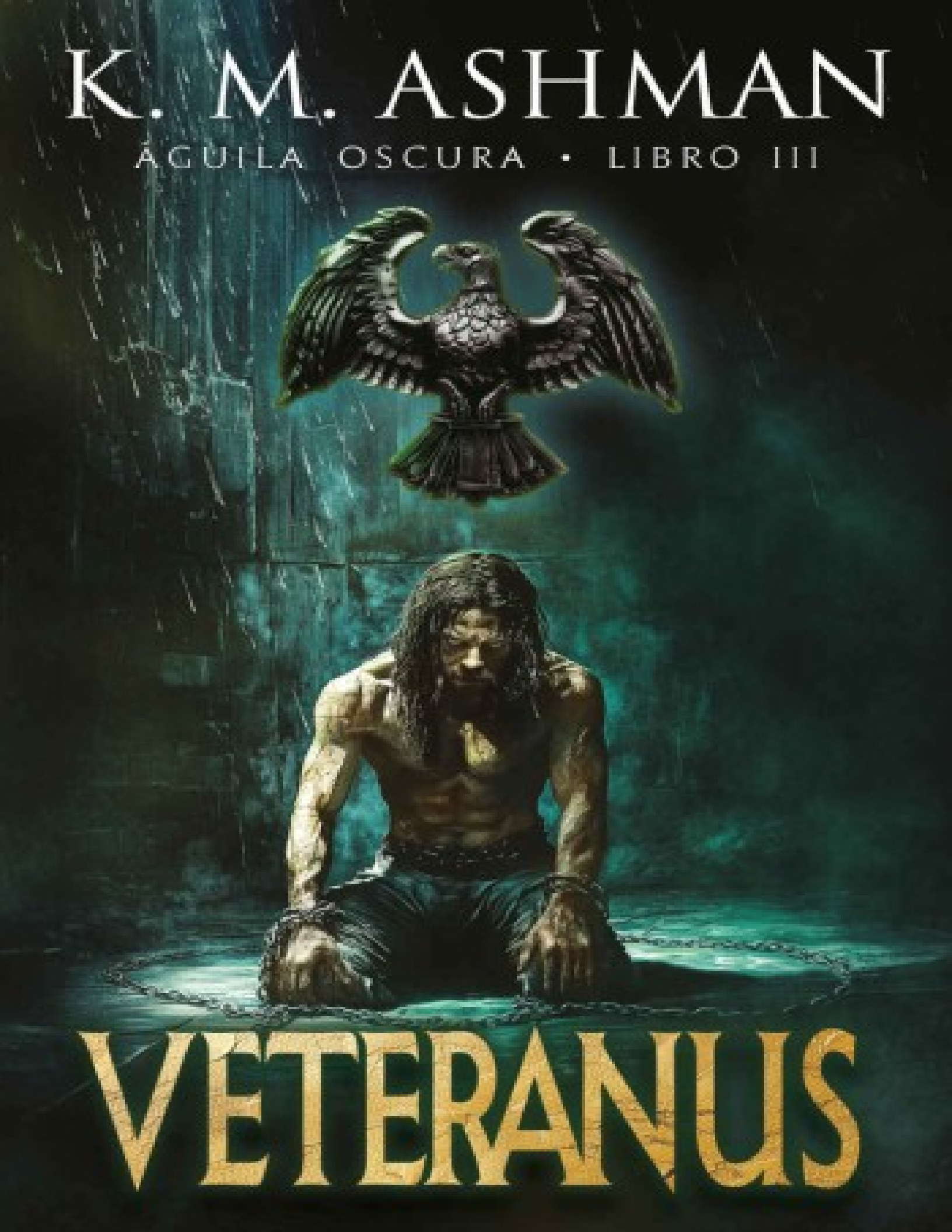
K. M. ASHMAN

ÁGUILA OSCURA • LIBRO III



VETERANUS

Águila Oscura

Libro III

Veteranus

de

K. M. Ashman

Copyright K. M. Ashman - Julio de 2024

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, así como su almacenamiento o transmisión por cualquier medio o en cualquier forma, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. Todos los personajes que aparecen en esta publicación son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Haz clic aquí para suscribirte

Personajes

Personajes Romanos

- **Aulus Plautius** — General romano
- **Titus Flavius Vespasianus** (Vespasiano) — Legado de la Legio II Augusta
- **Gnaeus Hosidius Geta** — Legado de la Legio IX Hispania
- **Scribonianus** — Gobernador de Dalmacia
- **Titus Flavius Crispus** — Tribuno
- **Marcellus** — Senador

El Occultum

- **Veteranus -** Antiguo explorador
- **Seneca -** Líder del Occultum
- **Marcus -** Centurión romano
- **Falco** - Exgladiador
- **Sica** - Asesina siria
- **Cassius** - Explorador
- **Atticus** - Explorador
- **Raven** - Exploradora celta
- **Talorcan** - Guía belga
- **Lepidus** - Senador al cargo del Occultum
- **Decimus** - Veterano explorador retirado

Personajes celtas

- **Togodumnus** — Líder de los trinovantes

- **Caratacus** — Líder de los Catuvelaunos
- **Mordred** — Líder druida

Otros

- **Bacculus** — Legionario veterano

Britania

Hacia el 42 d. C.



Fuente: Wikipedia

Prólogo

Roma - 43 d. C.

El murmullo de Roma al atardecer se extendía por la estrecha calle, una sinfonía de voces, pisadas y el repiqueteo ocasional del carro de una mula sobre los adoquines. La avenida rebosaba de vida mientras los vendedores pregonaban su aceite de oliva, higos frescos y rollos de lana teñida, y el intenso aroma del vino especiado y la carne asada se mezclaba con el penetrante olor del Tíber que traía la brisa.

Bajo el toldo de una modesta *taberna caupona*, una mujer estaba sentada sola a una pequeña mesa de madera, con los dedos recorriendo la veta de la madera como para distraer su mente inquieta.

Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño informal, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su pálido rostro, y su estola carmesí, aunque sencilla, se ceñía a su figura de un modo que atraía las miradas de los hombres que pasaban. Ella los ignoraba. En cambio, su mirada se dirigía nerviosamente al otro extremo de la calle, donde la vasta extensión del Foro refulgía tenuemente bajo el sol poniente, y luego a la entrada de la taberna; cada sombra y cada figura que pasaba parecían aumentar su desasosiego. El sirviente se acercó con cautela, sosteniendo una jarra de barro sobre la cadera.

—¿Más vino, *domina*?

Ella dio un respingo y luego lo despidió con un gesto distraído de la mano.

—No, déjeme —su voz, aunque suave, tenía un tono cortante que lo envió de vuelta a sus quehaceres a toda prisa.

La mujer se removió en el asiento. No era el trabajo de aquella noche lo que la inquietaba, ni el hecho de que su cliente fuera uno de los hombres más insignes de Roma. Hacía tiempo que se había acostumbrado a los singulares enredos de su profesión. No, aquello era algo muy distinto. Mucho más peligroso.

El leve roce de unas sandalias contra los adoquines le aceleró el corazón y alzó la vista bruscamente al ver acercarse al senador. Su túnica, ribeteada con una ancha franja púrpura, denotaba su rango, aunque no lucía más ostentación que la acostumbrada. Su cabello, veteado de canas, estaba impecablemente peinado, y su rostro, aunque surcado por arrugas, mostraba una expresión de estudiada indiferencia.

Se enderezó a medida que él se acercaba, ocultando su anterior ansiedad tras una expresión cuidadosamente neutra. El senador se cobijó bajo el toldo y, con un leve asentimiento a modo de saludo, se acomodó en el banco frente a ella.

—Su mensaje era... intrigante —dijo él mientras sus ojos recorrían brevemente el modesto establecimiento—. Confío en que este lugar nos asegure la privacidad.

Por un instante, su compostura flaqueó. Bajó la vista hacia la mesa, con las manos convertidas en puños sobre su regazo. Lo que tenía que compartir pesaba más de lo que había imaginado. Su mente estaba muy lejos de las promesas de compañía que ofrecía a tantos otros. Aquella noche, sus palabras tenían una moneda de cambio diferente, una que podía cambiar el curso de las vidas... o destruir imperios. Inspiró lentamente y lo miró a los ojos, con la determinación endurecida.

—No ha venido solo por mí esta noche, senador —dijo con una voz que era apenas un susurro—. Y lo que tengo que darle... quizá desearía no haberlo oído jamás.

El senador frunció levemente el ceño, pero guardó silencio, esperando a que ella continuara. Ella volvió a mirar nerviosamente hacia la calle, observando cómo las sombras se alargaban sobre los adoquines, antes de levantarse de la mesa.

—Aquí no —murmuró, recogiéndose la estola sobre los hombros—. Sígame.

El senador enarcó una ceja levemente, pero obedeció sin rechistar, poniéndose en pie y alisándose la túnica. La siguió mientras ella se deslizaba hacia la calle, oteando a ambos lados antes de echar a andar a paso ligero. La estrecha vía serpenteaba por el distrito, un laberinto de callejones sombríos y luces de

lámparas parpadeantes. Ella caminaba pegada a las paredes, aguzando el oído en busca de cualquier sonido fuera de lugar.

Tras ella, las pisadas del senador eran firmes, pero más silenciosas de lo que esperaba. Años de tejemanejes políticos le habían enseñado a ser cauto y se movía como un hombre acostumbrado a guardarse las espaldas.

Llegaron a una modesta ínsula y subieron las escaleras con la misma atención recelosa, deteniéndose solo un instante ante la puerta de ella para pegar la oreja a la madera. Satisfecha, la abrió y le indicó con un gesto que entrara.

La habitación era pequeña, pero estaba bien cuidada, un testimonio de su orgullo y diligencia a pesar de las circunstancias de su vida. Una única lámpara de aceite parpadeaba en un estante y arrojaba una luz cálida y dorada por toda la estancia. La cama dominaba el centro de la habitación, y sus gruesas y apetecibles mantas contrastaban con el mobiliario, por lo demás, escaso. Una pequeña mesa y dos sillas se encontraban junto a la pared del fondo, cerca de una estrecha ventana con postigos de madera. El senador entró, y sus agudos ojos examinaron el entorno con una curiosidad desapegada.

—No es lo que esperaba —comentó en voz baja, mientras un atisbo de sonrisa se le dibujaba en los labios.

—No es donde prefiero recibir a mis visitas —replicó ella, cerrando la puerta con firmeza y corriendo un cerrojo—. Pero esta noche es diferente.

Se acercó a la ventana y, con los dedos, entreabrió un resquicio los postigos. Fuera, el callejón de abajo estaba vacío, a excepción de un gato callejero que se escabullía entre las sombras. Aun así, se demoró, rastreando con la mirada cualquier señal de un seguidor inoportuno. Cuando quedó satisfecha, volvió a cerrar los postigos y se dirigió a la mesita, donde aguardaban una jarra de vino semillena y dos copas.

El senador tomó asiento, con la postura tan serena como siempre, aunque sus ojos seguían cada uno de sus movimientos. Ella sirvió el vino con cuidado, con las manos firmes a pesar del nudo de

inquietud que sentía en el estómago, y le entregó una de las copas antes de sentarse frente a él.

Durante un instante, bebió un sorbo en silencio, alzando la vista hacia el rostro de él. Este parecía tranquilo, casi distante, aunque ella lo conocía lo bastante bien como para reconocer la corriente subyacente de curiosidad en su mirada. Fue él quien finalmente rompió el silencio.

—Su cautela es admirable —dijo, haciendo girar el vino en su copa—. Pero he de confesar que es una experiencia nueva para mí que me convoquen aquí. Mi casa siempre me ha parecido suficiente para nuestros... acuerdos.

Ella esbozó una leve sonrisa, aunque no le llegó a los ojos.

—Su casa es suficiente para la mayoría de las cosas, senador, mas no para esto.

Él la estudió, con expresión indescifrable, pero asintió.

—Ya veo. Entonces, ¿dejamos las cortesías a un lado?

Ella negó con la cabeza, con la voz más suave.

—Todavía no. Sea indulgente conmigo, si me lo permite. ¿Cómo está su esposa? ¿Y sus hijos? ¿Siguen disfrutando del aire del campo?, confío.

Él rio por lo bajo, recostándose en la silla.

—Están bien. Los chicos se impacientan en la quietud, como es natural en ellos, pero mi esposa me asegura que es bueno para ellos. Y ella... —hizo una pausa; su tono era ligero, pero sus palabras, cuidadosamente escogidas— le manda recuerdos.

Un leve rubor tiñó las mejillas de ella, pero lo disimuló rápidamente.

—Es amable por su parte pensar en mí.

Durante un rato, hablaron como si se tratara de una reunión rutinaria, con una conversación que discurría por terreno seguro y familiar. Sin embargo, cada palabra, cada sorbo de vino, conllevaba un peso tácito. Ella podía verlo en cómo se agudizaba la mirada de él, en el sutil cambio de su postura cuando por fin se inclinó hacia delante.

—Basta —dijo él finalmente, dejando la copa sobre la mesa—. No me ha traído aquí para preguntar por mi familia. ¿Por qué estoy

aquí?

Ella se reclinó ligeramente en la silla, acunando la copa entre las manos como si el vino pudiera darle fuerzas para lo que estaba a punto de decir. Su mirada se desvió de la de él por un momento, buscando valor en la pequeña habitación, antes de posarse de nuevo en su rostro.

—Ocurrió hace unas noches —comenzó—. Tuve un cliente, otro senador. —Hizo una pausa, observando atentamente su expresión.

El senador que tenía enfrente no se inmutó.

—No me sorprende —replicó—. ¿Una mujer con su belleza, su... encanto? Más sorprendente sería que el Senado al completo no estuviera clamando a su puerta.

La sonrisa de ella se desvaneció, y negó con la cabeza.

—Esta... vez fue diferente. Al principio, fue como cualquier otra visita. Fue cortés, atento y generoso. Trajo un vino excelente, del que bebió gran parte él mismo.

El senador enarcó una ceja, pero permaneció en silencio, dejándola continuar.

—Ya estaba bastante bebido cuando llegó —dijo ella, apretando ligeramente la copa con las manos—. Al principio, no parecía tener mayor importancia. Halagos, pequeñas bromas. Habló de mi belleza, de mi ingenio..., lo de siempre. —Soltó una risa suave y carente de humor—. Y entonces, entre la tercera y la cuarta copa, el tono cambió. Empezó a hablar de... matrimonio.

La expresión del senador cambió ligeramente y frunció el ceño.

—¿Matrimonio?

—Sí —dijo ella, con un deje de incredulidad en la voz—. No es algo inaudito, por supuesto. Los hombres en su posición a menudo se dejan llevar por el momento, sobre todo con suficiente vino en las venas. Ya lo he oído todo antes: una proposición a la ligera, una fugaz declaración de devoción. Normalmente se ríen de ello al día siguiente. Así que, como podrá imaginar, le seguí la corriente. Sonreí, le tomé un poco el pelo. Pero esto... —Su voz flaqueó y tomó un pequeño sorbo de vino antes de continuar.

—Esto fue diferente. A medida que avanzaba la noche, se volvió más insistente. Lo que empezó como una broma se convirtió en una promesa, en una exigencia. Cuando me lo tomé a risa, no lo dejó pasar. Me atrajo hacia él, me sujetó con más fuerza... —Sus ojos se ensombrecieron al recordarlo—. Y entonces lo dijo. Me dijo las razones por las que *debía* casarme con él.

El senador se inclinó ligeramente hacia delante, con las manos apoyadas en la mesa.

—¿Qué razones?

Ella dejó la copa con cuidado, con los dedos temblándole ligeramente ahora.

—Al principio fueron palabras dulces, que me amaba, que yo no me parecía a nadie que hubiera conocido. Pero entonces susurró la verdad. Me dijo cosas que... —Se interrumpió, tragando saliva con dificultad—. Cosas que ningún hombre debería decir. Secretos que nunca debería haber compartido. —Su voz bajó a casi un susurro y lo miró directamente a los ojos—. Cosas que podrían hundirlo a él, y a otros, en la miseria.

Por primera vez, la compostura del senador flaqueó. La estudió de cerca, sopesando sus palabras y la gravedad que las respaldaba.

—¿Qué dijo exactamente?

Sus labios se separaron, pero ella vaciló, mirando hacia la puerta como para confirmar que seguían solos.

—Tiene que entender que no pedí saber esto —dijo, con la voz ligeramente temblorosa—. No lo quería. Pero ahora que lo sé..., no puedo guardármelo para mí.

La paciencia del senador se quebró, su voz cortando la tensión.

—Basta de evasivas. Si me ha traído aquí por una razón, dígalo. Hable claro.

Ella se estremeció ante su tono, sus dedos se cerraron en puños sobre la mesa. Su mirada se desvió una vez más hacia los postigos, la puerta, las sombras parpadeantes que parecían cernirse sobre ellos. Su respiración se aceleró, pero se obligó a calmarse, inclinándose más hacia él, su voz apenas un susurro.

—Hay un complot —dijo finalmente, las palabras pesando en el aire entre ellos—. Una conspiración para derrocar al emperador. El hombre..., el senador del que le hablé..., me lo contó todo. Estaba borracho y creo que se creía romántico, intentando impresionarme, convencerme de que confiara en él. Pero lo que dijo... —Se calló, con las manos temblando ahora.

—¿Quién está detrás? —exigió el senador.

—No es solo un hombre —susurró—. Es un grupo. Hombres poderosos. Senadores influyentes, algunas de las familias más ricas de Roma. Y... —Tragó saliva con dificultad, sus siguientes palabras apenas audibles—. Pretenden instalar en su lugar a uno de los más altos generales de Roma. Quieren a Claudius muerto.

La mano del senador se aferró al borde de la mesa.

—¿Qué general?

Apartó la mirada, con la voz quebrada.

—No dijo su nombre. Pero insinuó... —Se obligó a sostenerle la mirada de nuevo; el miedo en sus ojos era inconfundible—. Es alguien cercano al emperador. Alguien que cuenta con la lealtad de las legiones.

El silencio entre ellos era sofocante. La luz parpadeante de la lámpara proyectaba sombras angulosas por la estancia; la tensión era tan densa que parecía viciar el aire. El senador se reclinó ligeramente, con el rostro inescrutable, aunque la tensión de su mandíbula delataba la tormenta que se gestaba en su interior.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? —dijo él—. Esto no son habladurías, mujer, esto es traición. Si se equivoca, si esto es un delirio de borracha...

—No me equivoco —lo interrumpió ella, con voz más firme ahora—. Usted me conoce, senador. Jamás me arriesgaría a esto si no estuviera segura.

Él la estudió durante un largo instante, sopesando sus palabras, su miedo, su determinación.

—¿Y por qué decírmelo a mí? ¿Por qué no acudir a los pretorianos?

—Porque no viviría para ver el amanecer si lo hiciera.

El senador exhaló lentamente y bajó la vista hacia la mesa.

—Si lo que dice es cierto, puede que no viva mucho de todos modos —dijo él.

—Por eso he venido a usted —dijo ella—. Es el único hombre en quien confío para esto.

Él asintió despacio, con la mente ya sopesando las implicaciones, antes de apartar la silla y ponerse en pie.

—Espere —dijo ella, con voz temblorosa—. ¿Qué va a hacer?

—Necesito pensar —dijo él, sin más—. Y necesito irme antes de que nadie nos relacione.

La mano de ella se retiró y, por un instante, se quedó mirándolo, mientras el débil parpadeo de la lámpara proyectaba sombras sobre su rostro angustiado.

—¿Cree que... estaré a salvo? —preguntó ella, vacilante.

Él hizo una pausa y luego negó con la cabeza.

—La seguridad es un lujo que ninguno de nosotros puede permitirse ahora —dijo, echándose la capa por los hombros—. ¿Necesita dinero? Puede que tenga que esconderse.

Ella logró esbozar una pequeña y tensa sonrisa, negando con la cabeza.

—No necesito dinero, senador. Mi trabajo ha sido... rentable.

Él frunció levemente el ceño, pero asintió.

—Bien. Entonces, váyase de la ciudad. Al menos por un tiempo. A un lugar lo bastante lejos como para que nadie haga preguntas.

—Ya lo he estado pensando —dijo ella—. Me iré por la mañana. Viajaré hacia el sur. Quizás a Baiae. Allí me mezclaré con los viajeros.

Él asintió secamente en señal de aprobación.

—Una sabia elección. Pero puede que necesite hablar con usted de nuevo. Si eso ocurre... —dudó y luego la miró fijamente con una mirada penetrante—. ¿Dónde la encontraré?

Ella vaciló, mirando hacia la ventana de contraventanas cerradas.

—Hay una villa que alquilo cuando visito Baiae —dijo finalmente—. Está junto a la costa, no lejos del templo de Diana. Pregunte por la mujer llamada Livia.

—Livia —repitió él, grabándoselo en la memoria.

Cuando se giraba hacia la puerta, ella habló apresuradamente, con la voz teñida de urgencia.

—¿Va a interrogarlo? ¿Al senador del que le hablé?

—No —dijo él tras una larga pausa—. Si la conspiración está tan extendida como dice, podría haber otros implicados, y no quiero revelar lo que sabemos. Todavía no. Es una telaraña en la que no podemos permitirnos enredarnos a la ligera.

—¿Cómo encontrará la verdad? —preguntó ella.

—Hay un hombre —dijo, dándose la vuelta—. Un hombre en quien confío ciegamente. Si alguien puede descubrir la verdad sin levantar sospechas, es él.

—¿Quién? —preguntó ella, con el corazón desbocado.

—No diré su nombre —replicó él—, pero tiene un don para... averiguar cosas. Si hay algo más en todo esto, lo encontrará. —Volvió a mirar hacia la puerta y, después, de nuevo a ella.

—Márchese esta noche, si puede —dijo—. Cuanto más tiempo se quede, mayor será el peligro. —Y con eso, levantó la tranca de la puerta y se escabulló entre las sombras, dejándola a solas con la certeza de que, por primera vez en su vida, corría un peligro mortal... al igual que la propia Roma.

Capítulo Primero

Frente a la costa de Britania

La cubierta del buque insignia se mecía con suavidad bajo los pies de Aulus Plautius mientras surcaba el tranquilo oleaje frente a la costa de Rutupiae. A su alrededor, la flota de invasión se extendía sobre el agua, una vasta y temible armada de birremes y naves de suministro, con los remos alzados en perfecta disposición.

Plautius permanecía de pie cerca de la proa, con su capa carmesí ondeando en la brisa salada. Tenía la mirada fija en la lejana orilla, donde un denso bosque se cernía tras una estrecha franja de playa rocosa. Frente a los árboles, una fina línea de defensores celtas aguardaba al acecho, sin duda observando la flota que se aproximaba con creciente inquietud.

—Dad la señal a los brulotes —dijo en voz baja—. Quiero ver ese bosque en llamas antes de que un solo hombre pise esa orilla.

Un centurión cercano vociferó la orden y un señalero alzó un cuerno de bronce, cuya nota lúgubre resonó por toda la flota. Casi de inmediato, los birremes incendiarios más cercanos rompieron la formación y se deslizaron hacia adelante, sumergiendo los remos en el agua con firme precisión. En las cubiertas, equipos de ingenieros trabajaban con celeridad para preparar las ollas incendiarias, vasijas de terracota selladas con pez y rellenas de una mezcla volátil de azufre, resina y nafta. El acre olor del brebaje incendiario se mezclaba con el aire salado del mar mientras los hombres aseguraban las ollas en las ballestas, cuyos mecanismos de tendones crujían bajo la tensión.

—¡Preparad la primera andanada! —llegó la orden.

Las dotaciones colocaron los brazos de las catapultas en su sitio, con los músculos en tensión mientras bloqueaban los mecanismos de disparo y, con un grito, se lanzó la primera andanada. Las ollas incendiarias trazaron un arco en el aire hacia la imponente linde del bosque, y el impacto fue inmediato: el líquido

ígneo se esparció, prendiendo la maleza seca y los troncos de los árboles en un estallido de color naranja encendido.

Siguieron andanada tras andanada, y las ballestas soltaban su carga con una precisión rítmica. Cada impacto extendía más el infierno, con las llamas saltando de rama en rama mientras un espeso humo negro se elevaba hacia el cielo. La costa se sumió en el caos cuando los defensores se apresuraban a escapar del calor abrasador, con sus gritos de terror ahogados por el crepitar rugiente del incendio.

En las cubiertas, los ingenieros recargaban las catapultas con eficiencia experimentada, mientras las ollas incendiarias convertían el bosque en un muro de llamas. A lo lejos comenzaron a oírse gritos, tenues al principio, que luego aumentaron en una cacofonía de terror cuando oscuras figuras salían tambaleándose de la linde del bosque envueltas en llamas, desplomándose en el suelo y retorciéndose en una agonía de gritos mientras el fuego arreciaba, consumiendo el bosque en un rugido que todo lo abarcaba.

El tribuno que estaba junto a Plautius vaciló y miró a su comandante.

—¿Deberíamos prepararnos para desembarcar ya, general?

—Todavía no —dijo Plautius, sin apartar la vista de la orilla—. Dejad que las llamas hagan su trabajo.

El fuego continuó su avance implacable, devorando todo a su paso. Más figuras huyeron de la linde del bosque, arrojando sus armas con desesperación, mientras otras se derrumbaban asfixiadas por el humo, hasta que, finalmente, los gritos comenzaron a desvanecerse a medida que los defensores eran consumidos o desaparecían en la espesura del bosque. Por último, cuando un silencio sepulcral se adueñó del bosque, Plautius se volvió hacia su señalero.

—Izad el estandarte. Lanzad la punta de lanza.

El cuerno de bronce sonó de nuevo, y la flota se puso en marcha. Plautius permaneció inmóvil en la proa, con el viento tirando de su capa mientras la playa se acercaba. Por delante, las naves auxiliares ya habían comenzado a avanzar, con sus cubiertas repletas de soldados con armadura ligera listos para asaltar la orilla.

El agua se agitaba bajo ellos mientras recorrían el último tramo y, cuando las proas rompieron en las aguas someras, cientos de auxiliares saltaron por la borda, hundiéndose en las olas que les llegaban hasta los muslos.

A diferencia de los legionarios, de pesada armadura, iban vestidos con ropa ligera, con las túnicas ceñidas a la cintura. Armados con espadas cortas y escudos redondos, se movían con rápida determinación, saliendo del agua a la carrera y subiendo hacia la linde del bosque.

En la orilla, los pocos defensores celtas que quedaban emergieron del bosque en llamas; su número era lastimoso, no más de unas pocas docenas de arqueros frente a todo el poderío del imperio.

Su primera andanada de flechas trazó un arco en el aire, un débil y desesperado intento de resistencia, pero los auxiliares habían previsto el ataque y, con los escudos en alto, siguieron avanzando.

Otra andanada de flechas surcó el aire, esta menos coordinada, pero los auxiliares siguieron adelante, y sus gritos se elevaban por encima del estruendo de las naves en la orilla a sus espaldas y de los desafiantes clamores de los defensores.

En cuestión de instantes, los defensores finalmente cedieron. Un puñado de ellos lanzó una última andanada antes de huir en busca de refugio, y los auxiliares los persiguieron una docena de pasos antes de que la disciplina se impusiera. Sus órdenes eran claras: asegurar la cabeza de playa.

—¡Alto! —ladró un oficial que iba al frente—. ¡Formación, muro de escudos!

Los auxiliares se reagruparon con una eficacia consumada y sus escudos encajaron unos con otros en una línea compacta mientras, a sus espaldas, la siguiente oleada de soldados emergía del agua y sus filas engrosaban a cada instante. Los auxiliares escrutaron el terreno en busca de cualquier señal de resistencia, pero no la hubo. Los celtas se habían desvanecido entre las sombras.

Togodumnus iba montado en su caballo de guerra, cuyos flancos temblaban con energía nerviosa al llegarle a las fosas nasales el olor a fuego. La colina que dominaba la playa ofrecía una vista clara de la flota romana mientras esta desgorgaba a sus soldados sobre la costa humeante, y penachos de humo asfixiante se retorcían hacia arriba en gruesos zarcillos negros, portando consigo el hedor acre de la madera y la carne quemadas.

Togodumnus permanecía impávido, su cabeza tatuada giraba lentamente mientras examinaba la escena que se desarrollaba abajo; los intrincados diseños celtas que le cubrían un lado de la cabeza brillaban tenuemente en la luz tamizada.

A su lado, Caratacus montaba una yegua negra, su largo cabello trenzado se mecía ligeramente con la brisa y sus ojos oscuros estaban fijos en el avance de los romanos.

—Son como insectos —murmuró—. Cada nave escupe más y más, arrastrándose por nuestra tierra como si ya les perteneciera.

Su hermano no lo miró; su vista no se apartó de la playa.

—Deja que se arrastren —replicó—. Lo que importa es lo que hacen después de arrastrarse.

Otro contingente de auxiliares romanos estaba formando un muro de escudos en la arena, con movimientos disciplinados y mecánicos. Tras ellos, más soldados avanzaban por el agua hasta la orilla, con los escudos en alto para protegerse del aire cargado de humo.

—Hacen la guerra como construyen sus calzadas —continuó —. Líneas rectas, sin espíritu.

—Las líneas rectas ganan batallas —dijo Caratacus, señalando la playa con un gesto de la cabeza—. Son calculadores y eficientes. Mira cómo sus fuegos despejan el camino y sus hombres avanzan sobre terreno arrasado mientras todavía más naves descargan a sus legionarios. Esto es una tormenta, Togodumnus, y nos encontramos en su camino.

Togodumnus resopló, pero no discutió. Observó cómo un pequeño grupo de defensores que huía de las llamas era abatido casi de inmediato por el avance de los romanos.

—No eran nadie —dijo, con un gesto despectivo de la mano —. Unos debiluchos de los Atrebates. Nada más que un cebo para ser testigos de la fuerza romana.

—El enemigo es fuerte —replicó Caratacus, volviéndose para mirar a su hermano—. Traen fuego y acero, y no temen usar ninguno de los dos. Pero... —Hizo una pausa, con expresión pensativa—. Son lentos. Su fuerza reside en su número, en sus formaciones. Si se les priva de eso, quizá sean vulnerables.

Togodumnus asintió.

—Han venido de muy lejos de su hogar, y cada paso que den en nuestras tierras hará más vulnerables sus líneas de suministro. Que se queden con su fuego, con esta playa. Que piensen que hoy han ganado algo. En los días venideros, les mostraremos lo poco que entienden de esta tierra. —Su mirada se demoró en la costa, donde los primeros legionarios romanos comenzaban a desembarcar, con sus estandartes en alto. Finalmente, escupió en el suelo antes de hacer girar a su caballo para marcharse.

Caratacus observó a su hermano partir antes de volver a mirar la playa por última vez. Las llamas se reflejaban en sus ojos oscuros, pero su expresión era indescifrable. Girando su caballo, lo puso al trote para seguir a su hermano de vuelta a las lejanas colinas britanas.

Aulus Plautius permanecía firme en la proa del buque insignia, con las manos entrelazadas a la espalda. A su lado se encontraba Lepidus, y aunque era senador de rango, sus largos años como legado eran evidentes en su porte y en el impecable uniforme militar que vestía. Se mantenía erguido con la desenvoltura de un hombre que había visto combate y lucía las cicatrices que lo demostraban.

—Los auxiliares lo han hecho bien —dijo—. Han asegurado la linde del bosque.

Plautius asintió sin apartar la vista de la playa. Frente a ellos, la segunda cohorte de legionarios comenzó a desembarcar, con los escudos sujetos con firmeza a los brazos y las cáligas con tachuelas crujiendo contra la grava mojada. Los centuriones ladraban órdenes, y las filas marcharon hasta la mitad de la playa, formándose en

hileras compactas a medida que avanzaban. Los escudos se alzaron al unísono, y sus bordes encajaron para presentar un muro impenetrable de hierro y madera. Plautius levantó un brazo y su voz resonó por toda la cubierta.

—La playa es nuestra. Que avancen las naves de mando.

La señal se transmitió con rapidez y las catapultas enmudecieron. Los ingenieros procedieron a guardar su equipo y las últimas naves incendiarias se retiraron, dejando espacio para la siguiente oleada de transportes.

Más naves llegaron a la orilla y sus rampas cayeron con estrépito mientras los refuerzos se derramaban sobre la playa. Más legionarios se adentraron en el oleaje y la escena se tornaba más organizada a cada momento; el caos del asalto inicial cedía el paso al ritmo disciplinado de la guerra romana.

Plautius se concedió un momento para la reflexión y entornó los ojos mientras las filas se desplegaban, asegurando cada palmo de la costa. El golpeteo rítmico de la marcha llenó el aire mientras las cohortes se desplegaban al unísono, con sus estandartes en alto y el águila dorada refulgiendo contra un fondo de humo y ceniza.

—Opondrán resistencia —dijo Plautius en voz baja—. Siempre lo hacen. —Su mirada se volvió hacia las oscuras colinas en la distancia—. Se dispersarán, por ahora, pero nuestros informadores dicen que han reunido un gran ejército no muy lejos de aquí y se preparan para luchar. No sé dónde ni cuándo, pero no me extrañaría que nos estuvieran observando ahora mismo.

Lepidus miró hacia la orilla y los dos hombres guardaron silencio, observando cómo la legión continuaba su inexorable avance, extendiéndose como hormigas en torno a un cadáver. La zona de desembarco era suya y la conquista de Britania por parte del Imperio por fin había comenzado.

Capítulo Dos

Britania

El sonido de las olas era un murmullo constante a su izquierda mientras Séneca y sus hombres avanzaban por el terreno escarpado, con paso inseguro sobre el pedregoso suelo. La costa se extendía interminable, subiendo y bajando entre escarpados acantilados y extensiones de hierba azotada por el viento. La bruma marina flotaba baja, velando el horizonte con un pálido sudario que hacía imposible seguir el rastro de la flota romana, la cual habían visto apenas un día antes.

Séneca lideraba el grupo, con sus agudos ojos escudriñando el terreno en busca de cualquier señal de movimiento que pudiera indicar peligro. Detrás de él, Falco y los demás lo seguían en una formación dispersa, con sus ropas ahora manchadas de lodo y sangre, y desgastadas por semanas de penurias operando en las tierras de los trinovantes.

Desde que llegaron semanas atrás en un barco de pesca, el grupo había sembrado el caos entre las tribus celtas, mientras otros forjaban alianzas con aquellos dispuestos a escuchar, pero, a pesar de su éxito, la misión había dado un giro siniestro y, tras una batalla con un grupo de misteriosos guerreros druidas, se habían visto obligados a huir de vuelta a la costa en busca de la extracción. Ahora, tras un fugaz atisbo de la flota de invasión frente a la costa, viajaban a marchas forzadas hacia el sur para encontrar a sus compatriotas y advertirles de los peligros que les aguardaban al desembarcar.

El olor del mar se mezclaba con el de su sudor mientras se adentraban sigilosamente en un pequeño bosquecillo, cuyos árboles retorcidos ofrecían una apariencia de cobijo. Cassius se dejó caer contra el tronco de un árbol con un gruñido y tiró de las correas de sus botas para aliviar sus pies ampollados.

—Esto es interminable —dijo—. Deben de haber desembarcado por aquí, en alguna parte.

—Los encontraremos muy pronto —dijo Séneca—. Por ahora, descansemos un poco. Atticus, mira a ver si nos encuentras agua y luego haz la primera guardia. Falco y yo iremos a echar un vistazo.

Falco se ajustó la correa de su sarcina mientras caminaba junto a Séneca, con la mirada escudriñando el terreno abierto que se extendía ante ellos. La bruma se había disipado, dejando el ondulado paisaje crudamente expuesto bajo la pálida luz del cielo encapotado. Cada pocos pasos, Séneca se detenía a escuchar y, al coronar una cresta, se pararon en seco simultáneamente. Abajo, un edificio solitario se erigía en medio de un pequeño campo cubierto de maleza. Su techo de paja se hundía en algunos puntos y los muros de piedra mostraban vetas de musgo. Ya no salía humo de la chimenea y las puertas colgaban ligeramente entreabiertas.

Se agacharon, el instinto los guio hasta el cobijo de un arbusto cercano. Durante un rato, observaron en silencio. Del edificio no provenía ningún sonido; el único movimiento era el de una bandada de cuervos posada sobre el tejado, sus siluetas negras como centinelas contra el cielo gris.

—¿Abandonado? —preguntó Falco.

—Eso parece —dijo Séneca—, pero no correremos ningún riesgo. Avancemos despacio. Con los ojos bien abiertos.

Descendieron la ladera con cuidado, manteniéndose en las sombras donde el terreno se plegaba y hundía. Falco se acercó primero a la puerta, con la espada en alto, mientras Séneca tomaba posiciones en la esquina del edificio. Falco empujó la puerta con suavidad y atisbó el interior.

—Parece despejado —susurró, adentrándose en el lúgubre interior con su espada por delante.

Séneca lo siguió. El aire del interior estaba cargado con el olor a humedad de la decadencia y el desuso. Un pequeño hogar yacía frío y vacío, y el sencillo mobiliario, dos sillas de madera y una mesa, estaba arrinconado y cubierto de polvo. Un jergón de paja raído

yacía en un rincón y el suelo era de tierra apisonada, cubierto de excrementos de oveja.

Falco avanzó hacia la mesa y se detuvo en seco.

—Aquí —dijo en voz baja.

En una de las sillas se encontraba el cuerpo inmóvil de un anciano. Su cabeza reposaba sobre el respaldo de la silla, el rostro flácido por la muerte. Una fina manta le cubría las rodillas y tenía las manos cruzadas en el regazo, como si simplemente se hubiera quedado dormido para no despertar jamás.

—No tiene heridas —dijo Séneca, agachándose junto al cuerpo—. Lleva aquí un tiempo. —Señaló la fina capa de mugre sobre las pertenencias del hombre—. Este lugar lleva semanas sin tocarse.

—Debía de ser pastor —dijo Falco—. Con suerte, puede que aún queden algunas ovejas por aquí. Podemos guarecernos aquí un tiempo y recuperar fuerzas.

Los dos hombres volvieron a salir y miraron a su alrededor, escudriñando el horizonte en busca de cualquier señal de movimiento.

—Es un refugio —dijo Séneca—, y es tranquilo. Vamos a por los demás.

Se dieron la vuelta y emprendieron la subida de regreso a la arboleda. La idea de un breve respiro bastó para que dejasen a un lado el cansancio, pero ambos hombres permanecieron alerta. En Britania, la seguridad era siempre una ilusión.

Una hora más tarde, aproximadamente, el grupo se acercó en silencio a la cabaña; el agotamiento se reflejaba en cada uno de sus pasos y sus ojos cansados escrutaban los campos circundantes en busca de cualquier señal de movimiento.

Cuando llegaron a la cabaña, Séneca les hizo un gesto a Falco y a Sica para que se dispersaran. Se marcharon sin mediar palabra y rodearon la construcción para asegurarse de que no hubiera sorpresas ocultas por la zona, mientras Cassius y Atticus se quedaron junto a la entrada, con los rostros demacrados por la fatiga.

—Todo despejado —dijo Falco al regresar.

—Dentro también —confirmó Cassius. Uno por uno, entraron en la cabaña, con sus pisadas resonando pesadamente sobre el suelo de tierra.

El interior estaba en penumbra y olía a cerrado, con el aire cargado del aroma del abandono. Atticus se detuvo al ver al muerto sentado en la silla.

—Ah, sí —dijo Séneca—. Me había olvidado de nuestro amigo. Que alguien se deshaga de él.

—Yo me encargo —dijo Atticus mientras se quitaba la sarcina —. Cassius, échame una mano.

Los dos hombres envolvieron el cuerpo en la única manta que quedaba sobre el jergón de paja y lo sacaron fuera, mientras Marcus exploraba todos los rincones en busca de cualquier cosa que pudiera ser de utilidad.

—Este sitio no es un palacio —dijo mientras le lanzaba un fardo de leña menuda a Sica, que estaba junto al hogar—, pero es mejor que dormir a la intemperie con los trinovantes pisándonos los talones.

—Cualquier cosa es mejor que eso —dijo Séneca—. Vamos a adecentar esto y a instalarnos. Nos quedaremos aquí unos días para recuperar el aliento. Sica, ¿cuánta comida nos queda?

—Apenas para probar bocado —respondió el sirio—, pero acabamos de pasar un arroyo. Puede que no haya peces, pero debería de haber algunas ranas y lagartijas. Echaré un vistazo a ver qué encuentro.

—Preferiría un buen venado, si no te importa —dijo Falco.

—No creo que el ciervo sea una opción —dijo Séneca, levantando la vista—. Pero puede que haya algunas ovejas por aquí. Mañana echaremos un vistazo. Por ahora, limitémonos a comer algo caliente y descansar.

Una vez que el fuego crepitó con fuerza, Sica puso a hervir una olla de agua, a la que añadió las últimas provisiones de sus sarcinas.

Séneca esperó a que el guiso estuviera listo, permitiendo que los hombres se relajaran antes de hablar. La luz del fuego

parpadeaba en su rostro, proyectando agudas sombras que reflejaban el peso de las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Tengo algo que compartir con vosotros —dijo—. No son noticias que quisiera daros, pero merecéis saber la verdad.

El grupo guardó silencio, y todas las miradas se volvieron hacia su líder.

—Marcus ya lo sabe —prosiguió Séneca, asintiendo hacia el excenturión—, el resto de vosotros... tenéis que oír esto.

El destello de curiosidad en sus ojos dio paso a la inquietud a medida que el tono de Séneca se volvía más grave.

—Hay, o había, un traidor entre nosotros —dijo al fin—. Uno de los nuestros que estaba compartiendo nuestros secretos con los druidas.

La estancia se sumió en el silencio mientras asimilaban la acusación. Falco se enderezó, endureció la expresión y negó con la cabeza.

—¿De qué estás hablando? —dijo—. Aquí no hay traidores.

—Quizá no ahora —dijo Séneca—, pero lo hubo... Raven.

La conmoción fue palpable. Falco maldijo entre dientes, su mano apretando con más fuerza la empuñadura de su espada. Sica no dijo nada, su expresión era indescifrable, aunque el músculo de su mandíbula se contrajo.

—¿Raven? —repitió Falco—. ¡Pero si Raven está muerto! ¡Lo mataron los druidas! ¿Cómo iba a ser un traidor?

—Está muerto porque ya no les servía a sus amos —intervino Marcus—. Parece que ha estado sirviendo a Mordred todo este tiempo.

—Pero llevaba años con nosotros —dijo Falco—, seguro que habríamos notado algo.

—No necesariamente —dijo Marcus—. Roma siembra infiltrados en las filas de sus enemigos constantemente. A menudo, no se les exige que hagan nada durante años, pero, con el tiempo, si surge una situación que requiere su intervención, se les reactiva para que operen en nombre de Roma en el corazón mismo del enemigo. Si nosotros podemos hacerlo, ¿por qué no los britanos?

—Pero son bárbaros —dijo Atticus—. ¿Cómo podrían haber anticipado la invasión hace tantos años?

—No somos los primeros romanos que venimos aquí, recordad —dijo Séneca—. El propio César vino dos veces en los últimos cien años, y hemos estado comerciando con los britanos desde entonces. Habrán visto a Roma invadir la Galia y Germania, extendiendo su alcance hacia el norte, así que no habría requerido un gran esfuerzo de imaginación pensar que les ocurriría a ellos.

—Pero Raven... —jadeó Falco, todavía incrédulo—. Luchamos juntos, él me salvó la vida y yo a él. Es que no tiene sentido.

La estancia se sumió en un silencio sobrecogedor. Hasta el crepitar del fuego pareció atenuarse mientras el peso de la revelación se retorcía como un cuchillo en una herida ya abierta.

—Hay otra posibilidad —dijo Séneca en voz baja—, una que tenemos que discutir, a pesar de las implicaciones.

—Suéltala —dijo Sica—. Necesitamos saberlo todo.

Séneca respiró hondo y miró a cada hombre en la sala antes de continuar.

—Lo que me preocupa es esto: ¿y si Raven era inocente y el verdadero traidor está sentado aquí mismo, en esta habitación?

Esta vez, los hombres en la sala se quedaron atónitos, horrorizados por la acusación. Nadie quería creerlo, pero explicaría por qué Raven había sido asesinado con tanta facilidad.

Séneca observó sus reacciones, buscando cualquier cosa que pudiera delatar a un posible espía. Todos parecían desolados, y se dio cuenta de que corría el riesgo de causar una brecha si no hacía algo rápidamente.

—La cuestión es —dijo— que, sea cual sea la verdad, Raven está muerto y, quienquiera que haya roto nuestro vínculo, el daño ya está hecho. Mordred, y probablemente Togodumnus, saben más de nosotros de lo que me gustaría imaginar, y vamos a sentir las consecuencias durante mucho tiempo.

Los hombres intercambiaron miradas inquietas, con el vínculo entre ellos ahora resquebrajado por la sospecha.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Falco.

—Seguimos adelante —dijo Séneca—. Encontramos la flota, informamos a Lépido y nos enfrentamos a lo que sea que se nos venga encima. Es todo lo que podemos hacer. No hay forma de deshacer lo que se ha hecho, así que afrontaremos las consecuencias juntos.

—¿Existe la posibilidad de que nos disuelvan? —preguntó Cassius.

—Potencialmente —dijo Séneca—, pero no lo sé. Es probable que los britanos ahora lo sepan todo sobre la invasión, incluidas las zonas de desembarco, los objetivos y los plazos, y eso sin contar las tácticas que usamos. Si el traidor compartió todo eso, entonces nuestros oponentes sabrán cómo trabajamos y la mejor manera de operar contra nosotros. Sea como sea, nuestras vidas se acaban de complicar muchísimo.

—Entonces, ¿por qué nos dices esto ahora? —preguntó Sica —. ¿Qué consecuencia prevés, aparte de la desconfianza y la división?

—Porque —dijo Séneca—, si hay un traidor en esta habitación, quiero que sepa que lo encontraré y lo mataré.

—¿Y qué hay de los que son inocentes?

—A ellos solo puedo decirles esto: conocéis el vínculo que nos une y podemos sobrevivir a esto, como hemos sobrevivido a muchas otras pruebas en el pasado. Manteneos fuertes, y los Occultum haremos lo que siempre hacemos: sobrevivir, adaptarnos y vencer. Ahora, descansad un poco. Mañana iremos de caza. —Dicho esto, se puso en pie y salió, seguido de cerca por Marcus.

—¿Ha sido prudente? —preguntó Marcus.

—No tenía otra opción —dijo Séneca—. Si me lo hubiera callado, el traidor, si es que lo hay, se habría salido con la suya en el momento en que nos reincorporásemos a la legión. De esta manera, puede que sienta la presión y cometa un error.

—¿Y crees que sigue entre nosotros?

—No —dijo Séneca con un suspiro—. Por mucho que no quiera que sea verdad, creo firmemente que tenías razón y que fue Raven todo este tiempo.

A la mañana siguiente, el alba gris despuntó sobre la cabaña y una luz tenue se filtraba por las rendijas de los postigos. El fuego de la noche anterior se había extinguido, dejando solo cenizas frías. Séneca estaba fuera, observando el horizonte mientras sus hombres salían uno a uno.

—Nos dividiremos en dos grupos —dijo cuando estuvieron todos reunidos—. Falco, Atticus y yo cogeremos la cresta norte e inspeccionaremos más allá del arroyo. Marcus, Sica y Cassius, vosotros iréis hacia el sur por las tierras bajas. Nos reuniremos aquí al anochecer, con comida o sin ella.

Los hombres asintieron, aunque la tensión de la noche anterior aún persistía, densa y asfixiante. Cada uno evitaba la mirada de los demás, con la confianza maltrecha pero el deber empujándolos a seguir adelante.

El sendero del sur serpenteaba entre árboles nudosos y un terreno irregular, lo que ralentizaba su avance. Sica iba en cabeza, con la mirada escudriñando la maleza en busca de cualquier señal de algo que mereciera la pena comer. Cassius lo seguía a pocos pasos y Marcus cerraba la marcha, con los ojos fijos en el horizonte, siempre atento a cualquier señal de peligro. La luz se atenuó a medida que se acercaban a un bosque, cuyo denso dosel proyectaba largas sombras sobre el terreno irregular. Aquí el aire era más fresco, teñido del olor terroso del musgo y las hojas en descomposición.

Cassius se desvió hacia un lado, con la atención fija en el suelo. Grupos de hongos brotaban en racimos a lo largo del linde del bosque, sus pálidos sombrerillos destacaban sobre la tierra oscura. Se agachó para inspeccionarlos, pasando los dedos con suavidad por los tallos.

—Setas —dijo, mostrando un puñado—. Comestibles, creo.

—¿Que lo crees? —dijo Marcus—. Prefiero morir de hambre a jugármela con un *«creo»*.

Sica se acercó.

—No todas las setas matan, Marcus. Algunas solo te provocan sueños extraños. Quizá a ti te vinieran bien.

Cassius esbozó una leve sonrisa y guardó las setas en la bolsa de cuero que llevaba al cinto.

—Si tienes la suficiente hambre, no te importará.

Sica continuó adentrándose entre los árboles, examinando las ramas en busca de pájaros o ardillas dormidos, cualquier cosa que pudiera servir de comida en condiciones, pero el bosque permanecía quieto, a excepción del ocasional susurro de las hojas con la brisa.

—¿Algo? —preguntó Marcus.

Sica negó con la cabeza en silencio.

Avanzaron un poco más antes de decidir parar a descansar. Cassius vació su bolsa de setas sobre una roca plana, dividiendo el montón en porciones iguales.

—Yo no lo haría —dijo Marcus, mirando los pálidos hongos con recelo.

—Tú mismo —dijo Cassius—. Se metió una en la boca y masticó lentamente, con expresión indescifrable. Sica hizo lo propio y comió unas cuantas en silencio. Al final, hasta Marcus cedió y le dio un pequeño bocado con una mueca.

—Como me muera, Cassius —dijo—, volveré para atormentarte.

Cassius cogió otra seta y le dedicó una sonrisa apenas perceptible.

—Me arriesgaré.

Diez minutos después, los tres hombres estaban sentados de espaldas a los árboles. El exiguo sustento apenas aplacó su hambre, pero les dio un ápice de energía. Mientras descansaban, el silencio se hizo pesado, cada hombre perdido en sus propios pensamientos.

—Entonces, ¿qué pensáis de lo de anoche? —preguntó Sica al cabo de un rato.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cassius.

—¿No te pareció inquietante?

—Claro que sí —dijo Cassius—. No conocí a Raven mucho tiempo, pero estoy tan desolado como vosotros. Jamás habría pensado que pudiera traicionar a sus hermanos.

—Pues yo no me lo creo —dijo Sica—. Creo que Marcus tenía razón y que el traidor, si es que lo hay, sigue entre nosotros.

—¿Ah, no? ¿Qué te hace estar tan seguro?

—Solo un presentimiento —dijo Sica—. Hay algo que no encaja. Si Raven era el traidor, no tiene sentido que el druida lo matara sin motivo alguno.

—¿Sospechas de alguien en particular?

—En realidad no, pero hay preguntas que deben hacerse.

—¿Cómo cuáles?

—Tú, por ejemplo —dijo Sica—. Acabas de unirte a nosotros y apenas sabemos nada de ti.

—Es justo —dijo Cassius—, pero no sé qué esperas que te diga. Evidentemente, lo niego, pero el traidor también lo haría, ¿no crees?

Sica se encogió de hombros.

—Solo estoy pensando en voz alta. Una cara nueva se une al grupo y luego descubrimos que alguien ha estado filtrando nuestros secretos a los druidas. No puedes culparme por tener mis recelos.

Marcus permaneció en silencio, observando con atención cómo se desarrollaba la conversación.

—Entonces, ¿crees que soy yo? —prosiguió Cassius en voz baja.

—Solo digo que es raro —dijo Sica—. No tienes un pasado con nosotros ni lazos a largo plazo. Resulta muy sospechoso.

Cassius levantó la vista y se quedó mirando al cielo antes de responder.

—¿Y qué hay de ti, Sica? —dijo finalmente—. Llevas aquí más tiempo que yo, lo que significa que has tenido más oportunidades para escabullirte sin que nadie se diera cuenta. Más oportunidades para establecer contactos y pasar información.

Sica se quedó mirando a Cassius un momento.

—Estás desviando el tema —dijo al fin.

—Solo señalo lo obvio —dijo Cassius—. El traidor, fuera quien fuese, sabía cómo pasar desapercibido. Eso requiere tiempo y habilidad, ¿no te parece? —se inclinó ligeramente hacia delante, encontrándose con la mirada de Sica de frente—. Pero si me vas a acusar, más te vale tener algo más que vagas sospechas.

—Basta ya —intervino Marcus—. Ya tenemos suficientes enemigos ahí fuera como para volvernos los unos contra los otros. Miró a Sica. —Si tienes algo concreto que decir, dilo. Si no, déjalo estar.

Sica exhaló lentamente y se reclinó contra el árbol.

—Ya he dicho lo que tenía que decir.

Cassius apartó la mirada y los hombres se sumieron de nuevo en el silencio, con el único sonido del leve susurro de las hojas y la lejana llamada de un pájaro. Mientras las sombras se alargaban, intentaron descansar, cada hombre lidiando con sus propias dudas y sospechas.

A unas pocas leguas hacia el norte, Falco, Atticus y Seneca trotaban sobre el terreno irregular, siguiendo el débil balido de las ovejas que les traía el viento. Unos minutos más tarde, clavaron la vista en la lejana colina donde un pequeño rebaño aparecía y desaparecía entre las rocas.

—Esperemos que no desaparezcan como las últimas —dijo Falco. Apuraron el paso, corriendo por el terreno abierto, pero al coronar la siguiente loma, las ovejas volvieron a dispersarse, desvaneciéndose en el terreno rocoso que se extendía más allá. Atticus gimió con fuerza y se detuvo para apoyarse en las rodillas.

—¡Maldita sea! —dijo—. Llevamos todo el día persiguiendo fantasmas.

—Pronto se detendrán —dijo Seneca—. Las ovejas no se alejan mucho de un refugio.

Falco se dejó caer pesadamente sobre una roca, mascullando por lo bajo.

—Raven ya habría cogido una.

Atticus se volvió para mirarlo.

—¿Por qué sigues obsesionado con ese hombre? Ni siquiera pronuncies su nombre.

Falco se irguió, con el semblante endurecido.

—¿Y por qué no? Fue el doble de buen cazador de lo que tú serás jamás.

—Era un traidor —dijo Atticus—. ¿O es que has olvidado ese pequeño detalle?

—Te sugiero que midas tus palabras —dijo Falco.

—¿O qué? —replicó Atticus, apretando los puños.

Séneca se interpuso entre ellos, con las manos levantadas en un gesto apaciguador.

—Basta ya —dijo con firmeza—. Tenemos cosas más importantes que hacer que destrozarnos entre nosotros.

Falco fulminó con la mirada a Atticus, pero no dijo nada.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Séneca—. Moveos.

Los dos hombres retrocedieron a regañadientes, aunque la tensión entre ellos persistía como un nubarrón de tormenta.

Continuaron hacia el norte, a un ritmo más lento ahora, mientras escudriñaban el terreno. Al cabo de un rato, volvieron a avistar el rebaño, acurrucado contra una escarpada pared de roca, con sus cuerpos lanudos apretados los unos contra los otros para darse calor. Séneca levantó una mano, indicando a los demás que se agacharan.

—Allí —susurró—. Están acorraladas. Dispersaos, las agruparemos. Ni un fallo.

Los tres hombres se colocaron en posición, arrastrándose por el suelo para no asustar a las ovejas. Séneca flanqueó por la izquierda, Falco por la derecha y Atticus se quedó en el centro, con el cuchillo desenvainado y listo.

Séneca levantó una mano e hizo una seña en silencio. Luego, con un gesto brusco, dio la orden.

—¡Ahora! —siseó.

Se abalanzaron hacia delante y las ovejas, presas del pánico, balaron aterrorizadas mientras se apretujaban aún más. Séneca se lanzó, su hoja cortó el aire mientras los animales se dispersaban y Falco maldijo en voz alta cuando su cuchillo también falló por centímetros. Pero Atticus mantuvo la concentración y se arrojó sobre el lomo de la oveja más cercana.

El animal coceó y se debatió, pero Atticus se mantuvo firme, rodeándole el cuello con el brazo mientras le hundía la hoja en el

costado. La sangre salpicó el suelo cuando el filo le atravesó el corazón, pero la oveja logró liberarse y se tambaleó tras las demás.

—¡Se escapa! —gritó Falco.

—No, no lo hará —dijo Séneca, observando cómo las patas se le doblaban. El animal se desplomó de costado y sus jadeos se ralentizaron mientras la sangre de sus venas se derramaba en la tierra.

Atticus corrió hacia la oveja moribunda y se arrodilló a su lado, retirando la hoja antes de mirar a Séneca.

—No está mal —dijo Séneca, asintiendo levemente en señal de aprobación.

—Vamos a destriparla —dijo Falco, sacando un cuchillo de desollar de su cinturón.

Trabajaron con rapidez, sus manos se movían con eficiencia experta mientras extraían las entrañas del animal y limpiaban la res. Cuando terminaron, Falco se echó la oveja sobre los hombros; su peso era considerable, pero manejable. Ajustó las patas hasta que colgaron de manera uniforme y luego se enderezó con un gruñido.

—No está mal para ser un traidor —murmuró Falco para sí.

Atticus se quedó helado, con la expresión ensombrecida. Dio un paso hacia Falco, con los puños fuertemente apretados, pero Séneca se interpuso de inmediato, presionando el pecho de Atticus con la mano.

—Déjalo estar —dijo en voz baja—, se le pasará.

Atticus fulminó a Falco con la mirada, pero no se movió. Exhaló lentamente, obligándose a retroceder antes de que los tres hombres emprendieran el camino de vuelta a la cabaña. La tensión entre Falco y Atticus era palpable, pero Séneca permaneció en silencio, con su atenta mirada desviándose de un compañero a otro mientras caminaban. Sabía que si el temperamento de Falco llegaba a estallar, solo habría un vencedor, y no sería Atticus.

Capítulo Tres

Britannia

La playa de Rutupiae era un escenario de caos controlado. Las olas batían rítmicamente contra la orilla, y su sonido quedaba ahogado por el estruendo de miles de hombres que desembarcaban de la flota de invasión. Los barcos flotaban en las aguas poco profundas, esperando su turno para descargar su cargamento de hombres, caballos y suministros, y hileras de soldados transportaban barriles y cajas a la arena.

La caballería auxiliar salía en grupos disciplinados, y los cascos de sus monturas levantaban nubes de arena al galopar hacia el interior para explorar en busca de amenazas y asegurar los alrededores. Más cerca de la playa, una cuadrilla de esclavos faenaba bajo la atenta mirada de los capataces, descargando pilas de maderos preparados de antemano para construir una empalizada defensiva para el primer campamento.

En el centro de todo aquello se erguía la tienda del comandante, cuya tela roja se ondulaba levemente con la brisa marina. Dentro, un grupo de sirvientes se movía con celeridad, colocando los muebles y apilando los cofres de madera traídos desde la orilla.

El senador Lepidus permanecía de pie cerca de la entrada, observando la actividad con un ligero aire de indiferencia. Su oscura capa, sujeta con un broche de oro, se balanceó suavemente cuando se volvió hacia el general Aulus Plautius.

—Eficiente —dijo, señalando a los trabajadores con un gesto de la cabeza—. Sus hombres están bien entrenados.

Plautius inclinó levemente la cabeza, con expresión impasible.

—Llevan años de práctica, senador. La Galia y Germania nos enseñaron mucho sobre cómo construir en tierras hostiles.

—Esperemos que Britannia no sea diferente —dijo Lepidus—. El Senado espera resultados, general. Sabe tan bien como yo que

Claudio no tolerará demoras para asegurarse su trofeo.

—Los auxiliares están asegurando la zona y nuestros exploradores no informan de ninguna resistencia significativa cerca de la cabeza de playa. En unos días, una vez que la empalizada esté levantada, empezaremos a adentrarnos en el interior.

—Mi señor —interrumpió un centurión desde la entrada—, ha llegado una actuaria de Roma. Trae a un mensajero que insiste en tener una audiencia personal.

—Una nave correo —reflexionó Plautius—. Hágale entrar. —Momentos después, ambos hombres observaron cómo un joven, con la túnica húmeda de sudor y agua de mar, entraba agachándose en la tienda. Se detuvo para hacer una rápida reverencia a ambos.

—¿Trae un mensaje para mí? —exigió Plautius.

El mensajero miró con nerviosismo a los dos hombres poderosos.

—Mi señor —dijo—, con el mayor de los respetos, el mensaje es para el senador. —Se volvió hacia Lepidus—. Senador Lepidus, traigo graves noticias y debo hablar con usted en privado.

Lepidus enarcó una ceja y miró a Plautius. El general asintió, dándose cuenta de que debía de ser un mensaje muy importante si lo habían enviado desde la lejanísima Roma.

—Iré a ver cómo están mis oficiales —dijo y se volvió hacia los hombres que descargaban las cajas—. Vosotros, fuera.

Cuando la tienda quedó vacía, Lepidus se dirigió al mensajero.

—¿Y bien? —dijo, extendiendo la mano—. ¿Dónde está el rollo?

—Mi señor —dijo el mensajero—, no hay ningún documento, he memorizado el mensaje.

—¿Entero? —preguntó Lepidus.

—Es muy corto —dijo el mensajero—, y no le encuentro sentido alguno, pero se me ordenó, bajo pena de muerte, que se lo entregara a usted y solo a usted.

—Recítelo, pues —dijo Lepidus—, que tal secretismo me intriga.

El mensajero vaciló un instante, cerrando ligeramente los ojos como si lo estuviera recuperando de los más profundos recovecos de su mente.

—Mi señor, el mensaje es este: *«La Araña de Terciopelo está a punto de dar a luz»*.

Lepidus se quedó mirando al mensajero en silencio.

—Repítamelo —dijo en voz baja.

—Señor, sé que es extraño, pero lo tengo grabado a fuego en la memoria. *«La Araña de Terciopelo está a punto de dar a luz»*. Eso es todo.

Lepidus asintió.

—Gracias —dijo.

—¿Tiene sentido para usted? —preguntó el mensajero.

—Lo tiene —dijo Lepidus—. ¿Cuándo partió de Roma?

—Hace tres semanas —repuso el mensajero—. Hicimos buen tiempo y esperábamos alcanzarlo en Gesoriacum, pero llegamos demasiado tarde, así que lo seguimos a través del mar. —Vaciló—. Perdone mi impertinencia, señor, pero he de preguntar: ¿qué significa el mensaje?

—No es nada por lo que deba preocuparse —dijo Lepidus—. Ahora sígame. Le asignaremos una tienda y le conseguiremos algo de comida.

—Tengo una actuaria esperando en la costa —dijo el mensajero—, y he de regresar tan pronto como me sea posible para confirmar que ha recibido el mensaje.

—No va a ir a ninguna parte por ahora —dijo Lepidus—, y no tendrá que llevar más mensajes.

—¿Por qué no?

—Porque lo entregaré yo mismo —dijo Lepidus—. Regreso a Roma con usted.

Más tarde, esa noche, el resplandor de las lámparas de aceite parpadeaba en las paredes de la tienda de mando mientras la actividad diurna en la playa se convertía en un zumbido constante de organización. Afuera, el martilleo rítmico continuaba mientras los

ingenieros trabajaban sin descanso para completar la empalizada a la luz de gigantescas hogueras.

Aulus Plautius se encontraba junto a una gran mesa de campaña, inclinado sobre un mapa detallado de la región, trazando las rutas que sus legiones tomarían en los días venideros. Frente a él, el senador Lepidus estaba sentado en un taburete bajo y acolchado. Una copa de vino medio vacía descansaba sobre la mesa ante él, intacta desde hacía un rato.

—Ha sido muy vago, senador —dijo Plautius, rompiendo el silencio—. El mensajero vino a verlo con urgencia. Graves noticias, dijo. Y, sin embargo, no me ha dicho nada.

Lepidus sostuvo la mirada de Plautius sin inmutarse.

—Es un asunto que concierne a Roma, general. No a Britania.

—Roma y Britania no se separan tan fácilmente —replicó Plautius—. Lo que amenaza a una afecta a la otra. —Se enderezó y miró fijamente al hombre que había solicitado un permiso especial para acompañarlo en la invasión—. Si esta noticia es de tal importancia, sería imprudente ocultármela.

—Con el debido respeto, general —respondió Lepidus—, tengo la obligación de regresar a Roma de inmediato. Eso es todo lo que necesita saber.

Plautius frunció el ceño, conteniendo a duras penas su frustración.

—Esta invasión se encuentra en una coyuntura crítica, Lepidus. Apenas hemos asegurado la cabeza de playa, y su presencia otorga credibilidad a nuestros esfuerzos. Los hombres necesitan ver el apoyo del Senado a esta campaña, no solo sus exigencias.

—El apoyo del Senado es inquebrantable —dijo Lepidus—. Pero mi deber ahora reside en otra parte. —Se levantó del taburete, ajustándose los pliegues de su manto—. Tenga por seguro, general, que Roma no flaqueará en su compromiso con el éxito de usted.

Plautius lo observó durante un largo instante, sopesando su respuesta. Finalmente, exhaló bruscamente y asintió con un gesto seco.

—Muy bien. No insistiré más.

Lépido inclinó ligeramente la cabeza, como en agradecimiento, y comenzó a volverse hacia la entrada de la tienda.

—Lépido —lo llamó Plaucio—, una cosa más.

El senador se detuvo y se giró a medias.

—¿Sí, general?

Plaucio entrecerró los ojos.

—Creo que puede que haya olvidado usted algo.

—¿Y qué sería?

—Los Occultum —dijo Plaucio—. ¿Dónde están, amigo mío? ¿Dónde está toda la información que me ha prometido durante tantos meses?

Lépido le sostuvo la mirada, con un nudo en el estómago. Sabía que lo que tenía que decir enfurecería a Plaucio, sobre todo porque significaba que le había dado su apoyo para nada. Respiró hondo y se giró para encarar por completo al general.

—Lo admito, hace mucho que no tengo noticias de ellos —dijo—. Pero eso no significa que estén muertos.

—Entonces, ¿qué significa? —preguntó Plaucio—. He financiado su proyectito personal durante los dos últimos años y todavía no he recibido nada a cambio. —Se quedó mirándolo unos instantes antes de continuar—. Vaya a Roma, Lépido, y haga lo que tenga que hacer. Pero si no tengo noticias suyas o de sus Occultum en los próximos seis meses, se habrá acabado. No recibirá ni un denario más de mí y me encargaré personalmente de que Claudio los declare a ellos, y a usted, enemigos de Roma. ¿He sido claro?

—Lo ha sido —dijo Lépido—. Pero estoy seguro de que aparecerán más pronto que tarde y, cuando lo hagan, verá por qué he defendido esta causa durante tanto tiempo.

—Ya veremos —dijo Plaucio. Con un último asentimiento, se dio la vuelta y Lépido abandonó la tienda de mando para regresar a la suya. La reunión había sido, como poco, incómoda, pero ahora tenía en la cabeza asuntos mucho más serios. Tenía que volver a Roma lo más rápido posible.

A la mañana siguiente, Lépido se encontraba en la cubierta de la actuaria, en el puerto natural de Rutupiae, observando cómo el sol

relucía en los pulidos escudos y cascos de la Legio II Augusta, formada en la playa.

Aulo Plaucio estaba montado en su caballo a la cabeza de la formación, con la capa carmesí pulcramente caída sobre los hombros. A su izquierda, Tito Flavio Vespasiano, el legatus legionis de la legión, estaba sentado en su propio caballo, listo para guiar a sus hombres tierra adentro.

El grueso de la legión formaba ante ellos en filas disciplinadas, con sus armaduras y armas brillando bajo la pálida luz matutina. Cada hombre vestía la lorica segmentata, con las placas rozadas y abolladas de campañas pasadas, y por debajo asomaban sus túnicas de lana roja, deslucidas por años de uso. Sus yelmos gálea, con carrilleras y cubrenucas curvos, resplandecían de tan pulidos, la mayoría con profundos arañazos, prueba de la supervivencia de sus dueños, y de su brazo izquierdo colgaban sus scuta, los grandes escudos rectangulares que formaban las murallas infranqueables que habían aplastado a tantos enemigos de Roma. Cada hombre portaba también dos pila, con sus astiles largos y estrechos apoyados en los hombros, y en la cadera derecha colgaba el gladius, con su ancha hoja envainada en una funda con herrajes de latón.

Permanecían en filas disciplinadas, silenciosos, con los escudos a los costados y la vista fija en su comandante.

—¡Legionarios de Roma! —bramó Plaucio—. ¡Hoy nos encontramos en el umbral de la historia! Más allá de esta playa yace una tierra indómita, su gente desafiante, sus colinas y bosques esperando ser sometidos al orden del imperio. Sois la punta de la lanza, los mejores soldados que el mundo ha visto jamás, y gracias a vuestra disciplina y al liderazgo del hombre que está a mi lado, Britania caerá.

Plaucio se giró y miró a Vespasiano, que estaba a su lado. El legado asintió y avanzó con su caballo unos pasos hacia sus hombres.

—Esta marcha no será fácil —exclamó—, la tierra luchará contra nosotros con la misma ferocidad que sus gentes, pero somos romanos y las penalidades son la forja en la que nos templamos. No

vacilamos. No fracasamos. Llevamos la luz a los rincones más oscuros del mundo y dejamos nuestra huella para toda la eternidad. El enemigo no se nos enfrentará en campo abierto, todavía no. Atacará desde las sombras para poner a prueba nuestra fuerza con la esperanza de hallar una debilidad. Pero no encontrarán ninguna, pues somos legionarios, los hijos de Marte, y juntos somos imparables. Recordad, luchamos por Roma, luchamos por nuestros dioses y luchamos por nuestra legión, pero, por encima de todo, luchamos por el hombre que tenemos al lado. Haced eso y el resto vendrá por sí solo. —Desenvainó su gladio, cuyo acero reflejó la luz —. Recordad este primer paso —prosiguió, alzando la voz—, pues no solo nos conduce a la conquista de una nueva tierra, sino que es también el que cambiará el curso de la historia para siempre. —Alzó el gladio en el aire—. Hombres de Roma, yo, Tito Flavio Vespasiano, legatus legionis de la Legio II Augusta, me presento hoy aquí ante vosotros para dar gracias a los dioses por haberos puesto bajo mi mando y os juro en su nombre que os conduciré a una gloriosa victoria. Legio II Augusta..., a mi señal..., *¡avanzad!*

Lépido permanecía de pie junto a la barandilla de la nave, observando cómo la masa de legionarios avanzaba en bloque. Se movían como un solo hombre, un enjambre de disciplina y determinación que se dirigía hacia el interior con una resolución imparable. Aún podía oír el poder enérgico de la voz de Vespasiano agitando los corazones de cada hombre que portaba las armas de Roma. La estampa era sobrecogedora, pero el poderío de la fuerza de Roma no terminaba ahí. Se giró hacia mar abierto, donde más naves flotaban ancladas, con las cubiertas abarrotadas de los legionarios de la Legio IX Hispana, otra legión tan fuerte, si no más, que la que ahora se adentraba en tierra. Por si fuera poco, mar adentro se aproximaba una tercera flota que transportaba a la Legio XIV Gemina, una fuerza imponente de hombres y caballos lista para reforzar a los que habían desembarcado antes. Era una visión que inspiraba temor y asombro, y sabía que aún había otra legión esperando al otro lado del mar, en Gesoriacum, donde la Legio XX Valeria Victrix aguardaba la orden de zarpar, pero, a pesar de la

magnitud de la invasión, los pensamientos de Lépido estaban lejos del espectáculo del poderío romano.

El mensaje de Roma le pesaba en la mente. *«La Araña de Terciopelo está a punto de dar a luz»* era deliberadamente críptico para asegurar que solo aquellos con ciertos conocimientos comprendieran su importancia, pero para Lépido la urgencia era inequívoca. La invasión era un momento que cambiaría la historia, pero, a pesar de su escala e importancia, el peligro acechaba en el mismísimo corazón de Roma y exigía su regreso inmediato.

Sus pensamientos se dirigieron a los Occultum. ¿Dónde estaban ahora? ¿Dispersos por Britania, escondiéndose de los celtas en una tierra extraña y peligrosa, o quizá se habían perdido por completo, ya engullidos por el caos de esta tierra olvidada de los dioses?

Sintió una opresión en el pecho. Los Occultum habían sido más que una herramienta del Senado; eran su creación, una mano en la sombra para actuar donde la política flaqueaba. Les había confiado secretos que podrían hacer añicos a Roma si caían en las manos equivocadas, pero, por ahora, una pregunta lo carcomía: ¿volvería a verlos alguna vez?

Una orden tajante resonó en la cubierta, rompiendo su ensoñación. Los remos crujieron al unísono y la actuaria se abalanzó hacia delante, con su esbelta silueta dejando atrás las tranquilas aguas del puerto natural. Lépido se giró ligeramente y, mientras las velas se desplegaban, atrapando el viento que lo llevaría hacia el sur, la costa de Rutupiae comenzó a retroceder, y las vibrantes escenas de hombres y caballos se hacían más pequeñas a cada instante.

Finalmente, dio la espalda a la costa que se encogía, con la mirada fija en las aguas abiertas que tenía por delante. Roma llamaba y él respondería. Por un breve instante, sus labios se movieron en una plegaria silenciosa a los dioses. No por él, sino por los que se quedaban en Britania, los soldados, los generales y los que trabajaban, sin ser vistos, en la oscuridad. Los Occultum.

Capítulo Cuatro

Britania

Los días se sucedían con lentitud, uno tras otro, mientras el Occultum permanecía guarecido en la abandonada cabaña de pastor. En el hogar ardía un fuego exiguo, insuficiente para disipar el frío cortante que parecía filtrarse por las paredes.

Los restos del cadáver de la oveja colgaban en un rincón, suspendidos de un tosco gancho de madera. Su carne había sido racionada con esmero y cada tira se hervía o se asaba al fuego bajo la atenta mirada de Sica. El hambre roía a los hombres sin cesar y el gruñido de sus estómagos sonaba más fuerte que sus voces.

Falco estaba sentado con las piernas cruzadas cerca del fuego, con el ceño fruncido y sumido en sus pensamientos, antes de romper el silencio.

—Se ha acabado, ¿verdad? —dijo, señalando los restos de la oveja—. Es lo último. ¿Vamos a salir a cazar mañana otra vez?

Séneca, sentado contra la pared del fondo, afilaba el cuchillo que sostenía en la mano con una pequeña piedra de afilar.

—No —respondió sin más.

Falco frunció el ceño y dejó a un lado el hueso que había rebañado hasta dejarlo limpio.

—¿No? Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Morirnos de hambre?

Los demás miraron a Séneca, igualmente interesados en su respuesta.

—Hemos holgazaneado aquí demasiado tiempo —dijo Séneca —. Las tribus estarán en alerta máxima, pero cada día que nos quedamos, nos arriesgamos a que nos descubran. Los britanos serán salvajes, pero no son tontos. Tarde o temprano, alguien se dará cuenta de que estamos aquí.

—¿Y si nos vamos? —preguntó Cassius, enarcando una ceja —. ¿Acaso no estarán las tribus vigilando todos los caminos hacia el sur? A estas alturas ya sabrán que las legiones han desembarcado.

—Lo sabrán —dijo Séneca—, pero cuanto más esperemos, peor será. Para cuando lleguemos, la fuerza de invasión ya habrá hecho sus primeros movimientos tierra adentro. Tenemos que movernos con cuidado, usar cada cobertura que encontremos, cada sombra, cada trozo de bosque, pero *tenemos* que movernos. Quedarnos aquí sentados no es una opción. Tarde o temprano, alguien tropezará con esta cabaña, y si nos encuentran aquí, no tendremos ninguna oportunidad.

Cassius asintió, masticando pensativamente.

—Si logramos alcanzar a las legiones, estaremos más seguros. Pero llegar hasta ellas va a ser… difícil.

—Lo que importa es llegar a ellas antes de que sea demasiado tarde —dijo Séneca—. Hemos visto de lo que son capaces las tribus. Las legiones necesitan estar preparadas.

—Pero las legiones ya están aquí —dijo Atticus—. Ya hemos llegado tarde.

—No necesariamente —respondió Séneca—. Puede que estén en la costa, pero, en comparación con nosotros, no saben nada sobre cómo actúa esta gente. Nuestros conocimientos serán de enorme ayuda y, además, hay algo importante que necesitan saber.

—¿Y qué es? —preguntó Marcus.

—Los druidas —dijo Séneca—. No creo que nadie en Roma se haya percatado de lo importantes que son en la vida de los britanos. Puede que estemos atacando a los equivocados. Roma cree que los jefes tribales están al mando, pero se ha vuelto evidente que aquí hay fuerzas mucho más poderosas en juego.

—Hablas de Mordred y su gente —dijo Cassius.

—Exacto —dijo Séneca.

Atticus se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Y si no lo conseguimos? ¿Y si nos atrapan antes de que lleguemos?

La mirada de Séneca recorrió la estancia, encontrándose con los ojos de cada hombre.

—Entonces haremos aquello para lo que fuimos entrenados —dijo en voz baja—. Lucharemos. Y si caemos, nos aseguraremos de que no sea en vano.

En la choza volvió a reinar el silencio, roto solo por el leve crepitar del fuego. Falco miró el esqueleto descarnado de la oveja y lanzó un largo suspiro.

—Bueno —masculló—, espero que las legiones estén tan preparadas como crees.

Séneca no respondió. En su lugar, cogió su cuchillo y se puso a afilar el filo de nuevo, con la mente ya absorta en el turbulento camino que les aguardaba.

A la mañana siguiente, al alba, los hombres se desperezaron en silencio, apartando sus pieles de oveja para empezar a recoger el equipo.

Falco se incorporó, parpadeando con la vista nublada en la penumbra del interior. Recorrió la estancia con la mirada y frunció el ceño al percatarse de un hueco vacío junto al fuego.

—¿Dónde está Sica? —masculló, lo bastante alto para que los demás lo oyeran.

Séneca, que estaba sentado atándose las botas, levantó la vista.

—Ya se ha ido —dijo—. Se marchó cuando todavía estaba oscuro.

—¿Ha dicho adónde iba? —preguntó Marcus, alzando la vista.

—Ya conocéis a Sica —dijo Séneca—. Es un hombre de pocas palabras. Pero no andará lejos.

Los hombres hicieron sus petates con rapidez, metiendo a presión sus exiguas pertenencias en los gastados macutos. Una vez hubieron terminado y borrado todo rastro de su presencia, salieron al aire fresco de la mañana.

Falco entornó los ojos ante la brumosa luz y escudriñó el horizonte. Una tenue columna de humo se alzaba a unos cientos de pasos, cerca del linde del bosque.

—Ahí —dijo, señalando.

El grupo se puso en marcha, con las botas crujiendo sobre el suelo cubierto de escarcha. A medida que se acercaban al origen del humo, la silueta familiar de Sica se hizo visible. Estaba en cuclillas

junto a una pequeña hoguera, de espaldas a ellos, removiendo una olla que se sostenía precariamente sobre un grupo de piedras.

—¿Qué haces? —preguntó Falco al acercarse.

Sica alzó la vista mientras el contenido de la olla borboteaba débilmente, con una espesa y grasienta película cubriendo la superficie del agua.

—Comida caliente —dijo—. He recuperado la cabeza de la oveja. —Volvió a remover la olla, observando el espeso caldo arremolinarse—. Huesos, piel, grasa... todavía hay alimento.

Falco se agachó a su lado, asomándose a la olla. El agua se había vuelto de un gris lechoso, salpicada de manchas de grasa que relucían con la luz de la mañana.

—¡Qué asco! —dijo, aunque su tono denotaba una admiración a regañadientes.

Los hombres se sentaron en un círculo informal alrededor del fuego mientras Sica les pasaba un cuenco lleno, y cada uno sorbía un trago con cuidado.

Los ojos de Falco se abrieron como platos al tragar.

—No está mal —admitió, relamiéndose—. Mejor de lo que esperaba.

Cassius también asintió, con contenida admiración.

—Las has hecho peores, Sica, esto está muy bueno.

Cuando el cuenco llegó a Atticus, lo cogió despacio, apretando las manos en el borde. No bebió de inmediato; en lugar de eso, clavó la mirada en el contenido y, en particular, en el único ojo de oveja que flotaba en la superficie, cuya forma gelatinosa le devolvía la mirada. Su rostro se desfiguró en una mezcla de horror e incredulidad.

—No puede ser...

Antes de que pudiera terminar, Falco se inclinó sobre él, arrebató el ojo con un hábil movimiento de los dedos y, sin dudarlo, se lo metió en la boca, haciéndolo crujir con un sonoro y satisfactorio «pop».

—Mmm —dijo, sonriendo con suficiencia mientras masticaba —. Sabe a gloria.

Los demás estallaron en carcajadas, y el breve momento de ligereza disipó la tensión que había pesado sobre ellos durante días.

Mientras daban cuenta de las últimas raciones del grasiento estofado, los hombres se dispusieron a prepararse para marchar. Se ataron con fuerza las sarcinae a la espalda, se ajustaron los mantos contra el frío de la mañana y revisaron sus armas en silencio.

Sica se movía con metodicidad, doblando su equipo con precisión. Se echó el petate al hombro antes de limpiarse el hollín de las manos. Marcus, que se estaba apretando las correas de su propia sarcina, le dirigió una mirada interrogante.

—¿Por qué no lo has cocinado en la choza? —preguntó—. Habríamos estado más calientes que aquí fuera, pasando frío.

—Iba a hacerlo —dijo Sica—, pero cuando encontré la cabeza, el cerebro se estaba pudriendo y estaba plagado de gusanos. El hedor era tan fuerte que pensé que me iba a asfixiar. —Arrugó ligeramente la nariz al recordarlo—. Pensé en ahorraros el pestazo.

Antes de que nadie pudiera responder, una arcada húmeda rasgó el aire y el grupo se giró para ver a Atticus encorvado detrás de ellos, con las manos apoyadas en las rodillas mientras vomitaba violentamente sobre la hierba.

Falco lo miró con fingida molestia.

—¡Qué desperdicio de buena comida! —dijo.

—¡Aún está pensando en el ojo! —rió Cassius—. Creo que ha sido por cómo crujía, Falco.

Seneca miró hacia atrás con una leve sonrisa.

—Dejad que lo eche todo —dijo.

Atticus les hizo un gesto débil con la mano, quejándose mientras se enderezaba. Tenía el rostro pálido y su expresión era una mezcla de asco y ultraje.

—Sois unos salvajes —masculló con voz ronca.

—Y orgullosos de serlo —dijo Falco, dándole una palmada en la espalda.

Las risas recorrieron el grupo mientras se daban la vuelta y, por primera vez en días, la tensión se disipó, reemplazada por la rara camaradería forjada en las penurias compartidas.

A muchas leguas de distancia, un consejo de caudillos celtas se sentaba en el borde interior de un antiguo círculo de piedra, con los rostros surcados de glasto. Los restos de una hoguera ardían sin llama en el centro, brillando con un calor intenso, como si reflejaran la ira que sentían muchos de los guerreros presentes.

Togodumnus se erguía a un lado del fuego, con un manto forrado de piel sobre sus anchos hombros. Los tatuajes que se enroscaban en espiral por el lateral de su cabeza rapada parecían moverse y retorcerse con el movimiento de las llamas, y sus ojos oscuros recorrieron a los hombres reunidos, cuyas voces sonaban altas y airadas, cada uno compitiendo por ser oído por encima de los demás.

—¡Hemos esperado demasiado! —gritó un caudillo, golpeándose el muslo con el puño—. ¡Los romanos se hacen más fuertes con cada latido que pasan en nuestras tierras! ¡Debemos atacar ahora, antes de que su cabeza de puente se convierta en una fortaleza!

—¿Y entonces qué? —inquirió Caratacus desde el otro lado del círculo—. ¿Acaso imaginas que podemos simplemente arrojarlos de vuelta al mar con la fuerza bruta? ¿Habéis olvidado a quién nos enfrentamos?

—Nadie olvida a Roma —replicó el caudillo—, pero si esperamos, traerán sus calzadas, sus murallas y sus dioses. Envenenarán a nuestra gente con promesas de oro y paz, pero si atacamos ahora, juntos, podremos dejarlos tullidos antes de que echen raíces.

—¿Y crees que no estarán preparados? —preguntó Caratacus —. ¿Que se quedarán de brazos cruzados, esperando a que asaltemos su campamento? Los romanos no son como nosotros. No descansan, ni siquiera cuando lo parece. Sus centinelas vigilarán durante la noche, sus fortificaciones estarán listas para la batalla mucho antes de que lleguemos. Y si cargamos como perros salvajes, nos recibirán con los escudos trabados y las espadas desenvainadas. ¿Es esa la victoria que imaginas?

Los caudillos intercambiaron miradas inquietas. Uno de ellos se giró para encarar a Togodumnus.

—¿Y qué hay del líder de los trinovantes? —preguntó—. Recuerdo que fue tu voz la que más fuerte abogó por luchar en los consejos de guerra, tus mensajeros los que trajeron promesas de batalla, gloria y riquezas. ¿Por qué callas ahora que estamos todos listos para que nos suelten como a perros de caza?

—Comprendo vuestra frustración —dijo Togodumnus— y comparto vuestro deseo de bañar vuestras espadas en sangre, pero mi hermano tiene razón. Vimos cómo lanzaban vasijas de fuego por el aire para destruir a nuestros hombres en Rutupiae, una lluvia de muerte que se extendía como si las propias puertas de Dubnos hubieran quedado abiertas. Perdimos la cuenta de los hombres y caballos, cargados con armas y pertrechos, mientras desembarcaban de sus naves, y perdimos de vista el mar, tal era el número de barcos que aún esperaban para atracar. Todo hombre aquí presente sabe que yo mismo lideraré a nuestros guerreros cuando llegue el momento, pero no debemos enfrentarnos a ellos donde son más fuertes. Escuchad lo que mi hermano tiene que decir, y luego decidiremos lo que haremos. Pero os prometo una cosa: sea cual sea el camino que elijamos, nuestras espadas estarán cubiertas de sangre antes de la próxima luna llena.

Todas las miradas se volvieron de nuevo hacia Caratacus.

—Los romanos prosperan en campo abierto —dijo—, donde su disciplina y sus formaciones les dan la ventaja. Si nos enfrentamos a ellos en sus términos, moriremos en sus términos. —La mirada de Caratacus recorrió a los jefes tribales reunidos—. Por tanto, elegiremos nosotros el terreno, los obligaremos a marchar adonde queramos, hacia los bosques, hacia las colinas, a los lugares donde sus prietas filas no significan nada. Atacaremos desde las sombras, desde los árboles, donde sus escudos no pueden protegerlos.

—Tanta charla sobre paciencia suena a cobardía —dijo uno de los jefes tribales—. ¿Vamos a escondernos en los bosques como zorros mientras el lobo devasta nuestra tierra?

Caratacus entornó los ojos.

—¿Sabéis cómo perdió Roma su mayor ejército? ¿Cómo tres legiones se desvanecieron de la faz de la tierra en una sola batalla?

El fuego crepitó mientras los jefes tribales guardaban silencio, inclinándose para escuchar sus palabras.

—Fue en los bosques de Germania —dijo Caratacus—. Varo, el comandante romano, se creía invencible. Sus legiones marcharon a través de los árboles en una larga y recta columna, como siempre hacen los romanos. Creían que el mundo se doblegaba a su voluntad, pero las tribus germánicas fueron pacientes. Dejaron que los romanos se adentraran en los bosques, les dejaron creer que estaban a salvo. Y cuando llegó el momento oportuno, atacaron. —Hizo una pausa, mirando al grupo; cada hombre estaba ahora pendiente de cada una de sus palabras—. Los romanos no pudieron formar sus líneas —continuó—, sus escudos no pudieron protegerlos. Se vieron rodeados, aislados, masacrados, y el propio Varo se arrojó sobre su espada antes que afrontar la vergüenza de su derrota.

Los jefes tribales intercambiaron miradas inquietas, con su anterior bravuconería atenuada por la historia.

—Y nosotros haremos lo mismo —prosiguió Caratacus—. Le demostraremos a Roma que Britania no es otra Galia o Germania. Los desangraremos, los quebraremos y enviaremos a sus legiones destrozadas de vuelta arrastrándose ante su emperador.

Togodumnus dio un paso al frente.

—Mi hermano dice la verdad —afirmó—. Estoy tan frustrado como vosotros, pero no somos cobardes por elegir la estrategia por encima del coraje ciego. Somos líderes, y si hemos de proteger a nuestra gente, debemos luchar no solo con fuerza, sino con astucia. Por ahora, observamos y esperamos. Estudiamos sus movimientos, sus costumbres, sus debilidades. Y cuando llegue el momento, golpearemos como la tormenta.

Los jefes tribales refunfuñaron en señal de reacio asentimiento, pero el fuego en sus ojos no se había atenuado. Por ahora, esperarían el momento oportuno, pero cuando llegara la hora, lucharían como nunca antes y los masacrarían hasta el último de ellos... o morirían en el intento.

A muchas leguas de distancia, la lluvia incesante empapaba capas y túnicas, convirtiendo el camino de tierra bajo los pies de los

soldados en un cenagal resbaladizo. La legión seguía avanzando, sus *caligae* con tachuelas de hierro chapoteando en el barro, el ritmo acompasado amortiguado por el suelo empapado.

Muy por delante, los *exploratores* se movían con paso firme a través de los extraños bosques, inspeccionando el terreno en busca de peligros y de un terreno elevado y seco donde la legión pudiera acampar por la noche. Tras ellos, unidades de caballería auxiliar gala patrullaban los flancos, con sus capas oscuras y empapadas y sus ojos escrutando constantemente el horizonte en busca de cualquier señal de problemas.

Entre las cohortes, los carros de suministros de madera crujían y gemían bajo el peso de barriles y sacos. Los bueyes que tiraban de ellos se movían con lentitud, hundiendo sus pezuñas en el fango a cada paso.

Los rostros de los hombres eran sombríos, su aliento se empañaba en el aire gélido mientras marchaban en silencio. La humedad se les metía en los huesos, y el peso de sus *sarcinae* empapadas parecía duplicarse con cada hora que pasaba. De vez en cuando, una maldición rompía el monótono chapoteo de las botas, o un murmullo silencioso recorría las filas. Unos pocos hombres tosían, con las voces roncas por el frío y la humedad. Pero nadie rompía la formación y nadie flaqueaba. La disciplina se mantuvo firme... como siempre.

A mitad de la columna, Aulus Plautius cabalgaba junto a Vespasiano, con sus caballos avanzando con cuidado por el fango. La capa carmesí de Plautius se le pegaba pesadamente a los hombros, la tela oscurecida hasta un profundo granate por la lluvia. Su yelmo, con sus pulidas carrilleras, goteaba sin cesar, y el agua resbalaba por el borde curvado. Vespasiano ajustó las riendas y miró a su comandante.

—Avanzamos con lentitud —dijo—. Es como si los propios dioses hubieran enviado esta maldita lluvia para hacernos luchar por cada paso.

Plautius asintió, con la mirada fija en la interminable hilera de hombres que marchaban.

—No hay más remedio —dijo—. Los hombres aguantarán. Han sobrevivido a cosas peores.

Vespasiano frunció el ceño mientras su mirada barría el horizonte.

—¿Y las tribus? Apenas las hemos visto desde el desembarco. ¿Cree usted que están esperando a que nos adentremos más?

—Sin duda —dijo Plautius. Se llevó la mano a la frente para secarse la lluvia antes de continuar—. Conocen esta tierra mejor de lo que nosotros la conoceremos jamás. Elegirán el momento con cuidado.

—¿Y qué haremos esta noche? —preguntó Vespasiano—. ¿Seguimos adelante o nos detenemos en el primer terreno que encuentren los *exploratores*?

—Nos detendremos en cuanto den la señal —replicó Plautius —. Los hombres están agotados, y no me arriesgaré a llevarlos a una emboscada en la oscuridad.

Vespasiano asintió.

—¿Y mañana?

—Mañana seguiremos avanzando —dijo Plautius—. Si queremos someter a las tribus, tenemos que obligarlas a actuar. Cuanto más tiempo permanezcamos a la defensiva, más tiempo tendrán para prepararse.

Capítulo Quinto

Roma

La *actuaria* surcaba las tranquilas aguas del Mare Nostrum, su esbelto casco deslizándose sin esfuerzo bajo el pálido sol de la mañana. La vela cuadrada, en lo alto, estaba hinchada por el viento; su tela, desgastada pero robusta, lucía las tenues marcas rojas de la flota romana.

Lépido, de pie cerca de la proa, contemplaba la lejana línea de la costa. El perfil de la península itálica era tenue, pero se hacía cada vez más nítido, una sombría promesa de la tierra que había dejado meses atrás. Se inclinó ligeramente contra la brisa cargada de sal y su capa carmesí ondeó suavemente a su espalda.

La nave en sí era una maravilla de la eficiencia romana. Su estrecha manga y su poco calado le permitían cortar las olas con facilidad, incluso en mar abierto. A diferencia de los pesados navíos de transporte que habían llevado a las legiones a Britania, la *actuaria* estaba construida para la velocidad. Una hilera de robustos remos flanqueaba sus costados, cada uno manejado por un esclavo o un curtido marinero, y, cuando el viento cambiaba, la tripulación podía arriar el mástil y valerse únicamente de los remos, lo que otorgaba a la nave una agilidad que los buques de mayor tamaño no podían igualar.

De vez en cuando, el *navarchus*, el capitán de la nave, impartía órdenes concisas en voz baja desde su puesto junto al timón, y los *marinarii* respondían sin vacilar, ajustando el ángulo de la vela o el ritmo de los remos. Lépido observó su disciplina con aprobación. Aquellos hombres, aunque lejos de las legiones, mostraban la misma dedicación al deber que Roma exigía a todos sus siervos.

La línea de la costa se hizo más nítida; los escarpados acantilados y las suaves curvas de la costa itálica se veían iluminados por la luz de la mañana. Campos y villas comenzaron a

emerger del brumoso horizonte, salpicados como joyas a lo largo de la costa. La mente de Lépido, sin embargo, estaba lejos de la belleza de la escena.

Durante días, sus pensamientos habían estado consumidos por el críptico mensaje de Roma, de significado incierto pero urgente. ¿Qué noticia podía ser tan vital como para sacarlo del frente de la conquista de Britania? ¿Qué podía requerir su presencia cuando el destino de un imperio se estaba decidiendo en tierra extranjera?

La *actuaria* viró ligeramente al cambiar el viento, su casco se inclinó con la curva y Lépido se aferró a la barandilla para mantener el equilibrio. Más adelante, el débil perfil de Ostia, el bullicioso puerto de Roma, comenzaba a tomar forma. Los lejanos gritos de los estibadores y el fragor de los martillos llegaban débilmente sobre el agua e, incluso desde esa distancia, el puerto bullía de actividad.

—Llegaremos a puerto en menos de una hora, *Dominus* —dijo una voz. Lépido se giró y vio al capitán de la nave acercándose—. ¿Hago que preparen una litera para su llegada?

Lépido negó con la cabeza.

—No, necesitaré un caballo. Y asegúrese de que mis pertenencias sean enviadas tan pronto como pueda. No me demoraré una vez estemos en tierra.

Dos días después, el Foro Romano bullía con su intensidad habitual, un mar de togas que fluía entre las columnas de mármol y los concurridos puestos del mercado. Senadores y *équites* paseaban por los caminos enlosados, y sus conversaciones se mezclaban con los gritos de los mercaderes que pregonaban sus mercancías y el murmullo de los ciudadanos que lo discutían todo, desde la política hasta el precio del pan. Las estatuas de los grandes hombres de Roma se cernían sobre la escena, con la mirada congelada en frío mármol, como si juzgaran los actos de quienes estaban abajo.

Lépido se movía con determinación entre la multitud. Su toga recién lavada relucía bajo el sol; la franja púrpura de rango senatorial lo distinguía como un hombre de importancia. Llevaba el pelo pulcramente peinado, la barba recortada y la mugre de su largo

viaje desde Britania había sido reemplazada por el pulcro aspecto de un estadista romano.

—¡Senador Lépido! —le llamó un hombre desde un puesto cercano—. ¡Bienvenido de nuevo!

Lépido inclinó la cabeza, pero no aminoró el paso. Otros lo saludaron con similar calidez a su paso, algunos genuinamente contentos de verlo, otros probablemente ocultando su intriga tras una sonrisa. Devolvió cada saludo con mesurada cortesía, pero su mente estaba en otra parte, consumida por la urgencia de su misión.

Más adelante, la multitud se dispersaba cerca del *Tabularium* , donde el corazón administrativo de la República convertida en Imperio se alzaba sobre el Foro. Lépido se desvió hacia una columnata más tranquila, y el ruido del mercado fue quedando atrás. Una puerta al final del pasadizo estaba entreabierta, y de ella salía un débil murmullo de voces.

Entró, sabiendo que el hombre que buscaba estaría allí. El interior era modesto pero elegante, con las paredes adornadas con frescos de escenas pastorales. En el centro había un escritorio de madera, tras el cual estaba sentado el senador Quinto Fabio Marcellus, un estadista experimentado conocido por su cautela en política.

Marcellus hablaba en voz baja con un hombre que vestía una túnica sencilla, un plebeyo a juzgar por sus manos rudas y sus sandalias gastadas. La cabeza del plebeyo estaba inclinada en señal de deferencia mientras escuchaba las instrucciones del senador.

Lépido se demoró junto a la puerta, examinando la escena con sus agudos ojos. Marcellus alzó la vista, momentáneamente sorprendido, antes de recomponerse. Hizo un gesto al plebeyo para que se marchara.

—Puede marcharse —dijo, y el hombre salió rápidamente de la estancia, pasando junto a Lépido con una apresurada reverencia.

—Lépido —dijo Marcellus, poniéndose en pie—. No esperaba verle de vuelta en Roma tan pronto. La campaña de Britania debe de marchar bien para que haya dejado el lado de Plautius.

—Marcellus —replicó Lépido, dando un paso al frente—. La campaña progresa como cabía esperar, pero como bien sabe, estoy aquí por otras razones.

Marcellus frunció el ceño y entrecerró los ojos mientras miraba por encima del hombro de Lépido para ver si podían oírlos.

—¿Otras razones?

Lépido también miró por encima de su hombro, deteniendo la mirada como si esperara que hubiera oídos indiscretos.

—El mensaje —dijo—. El que me hizo venir.

—Aquí no —dijo Marcellus—. En el Foro hay demasiados oídos, incluso en las estancias privadas.

—Diga el lugar y la hora.

—En mi residencia —dijo Marcellus tras una breve pausa—. Esta noche. Tras la puesta de sol. Allí podremos hablar con libertad.

Lépido asintió.

—Allí estaré.

Marcellus le puso una mano en el hombro a Lépido.

—Paciencia, amigo mío. Hay cosas que es demasiado peligroso precipitar.

Lépido exhaló bruscamente, pero no dijo nada más. Mientras se daba la vuelta para marcharse, su mente bullía de preguntas. ¿Qué podía ser tan crucial y tan peligroso para que Marcellus se negara a hablar de ello incluso en el corazón de Roma?

La casa de Marcellus en la ciudad era modesta para los estándares senatoriales, mas irradiaba una discreta elegancia que reflejaba el refinado gusto de su dueño. La casa se encontraba escondida en una de las calles más tranquilas de Roma, y su sobrio exterior ocultaba la belleza del interior. Lépido cruzó las puertas con bandas de bronce y entró en el atrio, donde el aire vespertino era fresco y fragante por el aroma del jazmín en flor.

El patio, visible a través de una puerta arqueada, se hallaba en el centro de la casa, con sus baldosas brillando a la luz de las lámparas de aceite dispuestas a lo largo de las paredes. Del centro del patio brotaba una esbelta fuente, cuya agua se deslizaba sobre

la piedra pulida hasta un estanque poco profundo rodeado de plantas en macetas.

La casa estaba en silencio, salvo por los suaves pasos de un esclavo que condujo a Lépido a una estancia donde había una pequeña mesa dispuesta con platos de carnes frías, higos, uvas y pan fresco. La disposición era sencilla, pero acogedora, y Marcellus se levantó de su asiento cuando Lépido entró.

—Lépido —dijo, señalando la mesa—. Por favor, siéntese. Debe de estar hambriento después de su viaje.

El esclavo sirvió vino a ambos hombres antes de retirarse de la habitación con una leve inclinación, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio que siguió fue palpable, roto solo por el leve murmullo de la fuente del patio que se filtraba por la ventana abierta. Lépido se acomodó en una silla; sus dedos rozaron el borde de la copa, pero no la levantó.

—No he venido aquí por comida —dijo—. He recibido el mensaje que ninguno de nosotros deseaba oír: *«La araña de terciopelo está a punto de parir».* Un acertijo críptico que me ha hecho cruzar el mar. Sé que significa que Roma está en peligro, Marcellus, pero se me escapan los detalles. Espero que este viaje no haya sido en vano.

El semblante de Marcellus se ensombreció, y sus dedos recorrieron el borde de su copa como si sopesara cuánto revelar. Exhaló lentamente, inclinándose hacia delante de modo que sus palabras apenas se oían más allá de la parpadeante lámpara que había entre ellos.

—La araña de terciopelo —comenzó— es una criatura peculiar de Oriente. Quizá no lo sepa usted, pero sus crías sobreviven mediante un acto de... traición. Cuando llega el momento, la araña madre es consumida, devorada viva por la misma prole que crio. Pero el mensaje no trata sobre la naturaleza, amigo mío, sino sobre Roma. El imperio es la madre, la estructura, el corazón que lo da todo por aquellos a los que cría. Y ahora, al igual que la araña de terciopelo, parece que aquellos a los que crio, los que le deben su supervivencia y su poder, están dispuestos a volverse contra él. A consumirlo desde dentro.

Lépido se recostó, mientras las implicaciones se hundían en su pecho como un peso gélido.

—Rebelión —murmuró—. Desde dentro. Aliados de confianza, convertidos en traidores.

—Precisamente —dijo Marcellus—. Corren crecientes rumores de que hay una conspiración entre los nuestros para asesinar a Claudio y poner a otro en su lugar, una marioneta de los conspiradores.

Los dedos de Lépido se cerraron con más fuerza en torno a su copa. La metáfora era escalofriante por su precisión, y la amenaza que implicaba era monstruosa.

—¿Hasta dónde se ha extendido esta... consumición?

Marcellus titubeó, y su voz se tornó aún más grave.

—No lo sé. La información me llegó a través de... una fuente inesperada. Una mujer. Una cortesana.

Lépido enarcó una ceja, con el escepticismo grabado en sus facciones.

—¿Una cortesana?

—No una mujer cualquiera —aclaró Marcellus—. Una en la que muchos hombres de poder han confiado durante mucho tiempo. Oye cosas que no están destinadas a oídos comunes. Secretos susurrados entre los vapores del vino, la pasión y la arrogancia.

—¿Y usted la cree?

—Al principio, no. Pero luego me dijo quién había pronunciado esas palabras. Y eso lo cambió todo.

—¿Quién? —preguntó Lépido bruscamente.

Marcellus titubeó solo un instante antes de inclinarse hacia delante, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

—Lucius... Annius... Vinicianus —dijo lentamente, acentuando cada palabra.

Lépido se quedó helado, el nombre lo golpeó como un mazazo. La copa que sostenía en la mano se inclinó ligeramente y derramó unas gotas de vino sobre la madera pulida de la mesa.

—Vinicianus —repitió, con una mezcla de incredulidad y comprensión.

—Sí —dijo Marcellus—. El mismo hombre del que se sospecha que estuvo implicado en el asesinato de Calígula. Es astuto, Lépido, peligrosamente astuto. Y todavía ansía el poder.

Lépido se echó hacia atrás, con la mente trabajando a toda velocidad. La reputación de Vinicianus era bien conocida: un senador cuyo ingenio y carisma enmascaraban un lado más oscuro y peligroso. Un hombre que medraba en las sombras, moviendo los hilos y reuniendo aliados con promesas y amenazas.

—¿Está seguro de esto?

Marcelo asintió.

—La mujer lo juró. Y no tenía ninguna razón para mentir. Si Vinicianus realmente conspira contra Claudio, debemos actuar, Lépido. No se trata de una pequeña rebelión, es traición de la más alta categoría y, si no conseguimos detenerla, las consecuencias se propagarán por todo el imperio. Como usted sabe, ya lo intentó una vez, y solo la intervención de los pretorianos, cuando nombraron emperador a Claudio, evitó que Vinicianus llevase ahora la corona de laurel. Es un hombre peligroso, y esta amenaza debe tomarse en serio.

—Necesito hablar con su fuente —dijo Lépido—. ¿Está viva?

—Por ahora —respondió Marcelo—. Pero se ha escondido. Sospecho que Vinicianus ya se arrepiente de sus confidencias de alcoba y la matará si sospecha que ha hablado.

La mente de Lépido volvió a la imagen de la araña de terciopelo, con sus crías dándose un festín con su sacrificio. Si Vinicianus y otros como él tenían éxito, la propia Roma se convertiría en esa araña, consumida, debilitada y devorada por los mismos hombres que habían jurado protegerla.

—Tráigamela —dijo.

—¿Por qué? ¿No me cree?

—No es una cuestión de creerle —respondió Lépido—. Puedo hacer que las cosas sucedan, movilizar a hombres leales para que luchen por Roma, pero tenemos que estar seguros. Tráigamela, Marcelo, y si lo que dice resulta ser cierto, contraatacaremos. La Araña de Terciopelo no caerá sin hacer ruido.

Capítulo Seis

Britannia

La noche se cernía pesada sobre los Occultum mientras se abrían paso por el denso bosque; el suave susurro de las hojas bajo sus pies y el lejano ulular de un búho eran los únicos sonidos que rompían el silencio opresivo. La luna se ocultaba tras un espeso manto de nubes, sumiendo el bosque en una oscuridad casi total.

Séneca se agachó, con sus agudos ojos escudriñando la maleza que tenía delante. A su espalda, sus hombres se movían con una precisión experimentada, cada paso cuidadosamente medido para no quebrar ninguna rama ni remover el follaje. El bosque parecía vivo a su alrededor, sus sombras cambiaban con cada soplo de viento, pero estaban acostumbrados; era su elemento.

Cada paso hacia el sur entrañaba nuevos peligros. La costa, que antaño fuera su salvación, era ahora una trampa mortal, con patrullas celtas que pululaban por la zona. Las tribus ya no eran bandas desorganizadas de guerreros, sino una fuerza unida en su odio hacia Roma. Obligados a adentrarse en el interior, los Occultum emplearon hasta la última gota de su adiestramiento, moviéndose solo al amparo de la oscuridad, robando comida de granjas aisladas y durmiendo ocultos bajo espesos helechos durante el día.

Fue una marcha lenta y agotadora. El hambre les roía las entrañas, pues el mísero botín de sus incursiones apenas bastaba para sustentarlos, y el agotamiento pesaba en sus miembros, pero ninguno flaqueó. Eran hombres duros, especialmente seleccionados por sus capacidades militares, su destreza física y, sobre todo, por su determinación de no rendirse jamás.

En la quinta noche desde que abandonaron la costa, salieron del bosque a la orilla de un ancho río. Su superficie refulgía tenuemente bajo la luz de la luna, y su corriente era rápida e implacable. Séneca se detuvo al borde del agua, contemplando la

extensión que se abría ante él con el ceño fruncido. Falco se acercó a su lado, con el aliento visible en el frío aire de la noche.

—Demasiado ancho para cruzarlo a nado —dijo—, incluso para nosotros. Acuérdate de lo que le pasó a Brennus.

Séneca se arrodilló junto a la orilla y pasó la mano por el agua helada.

—Tampoco hay posibilidad de vadearlo —dijo—. La corriente nos arrastraría antes de llegar a la mitad.

Casio surgió de entre las sombras, con la mirada fija en la orilla opuesta.

—¿Ni rastro de un paso?

Séneca negó con la cabeza.

—Desde aquí no. Tendremos que encontrar otro camino — alzó la vista hacia el cielo, que clareaba—. Casi amanece. Montemos un escondite y tracemos un plan. No podemos seguir así.

Los hombres se retiraron a la seguridad de los árboles, buscaron la espesura más densa que pudieron encontrar y se dejaron caer al suelo, con sus capas confundiéndose con el bosque.

—Este río no es solo un obstáculo para nosotros —dijo Séneca—, es una barrera natural que los celtas estarán vigilando. Esperarán que intentemos cruzar por algún sitio, lo que significa que tenemos que ser más listos que ellos. Podríamos seguir el río corriente arriba, seguro que al final hay un paso, ¿pero nos arriesgamos a toparnos con sus patrullas?

—Estamos en lo más profundo de su territorio —dijo Marco—, y es solo cuestión de tiempo que nos vea alguien leal a Togodumno. De alguna manera, tenemos que volver a la costa, pero hay celtas por todas partes y sospecho que en la otra orilla no será diferente.

Los hombres se sumieron en un tenso silencio, con los rostros ensombrecidos por la duda. Cada idea era imperfecta, los peligros se acumulaban con cada paso que sopesaban, pero durante todo el intercambio, Sica permaneció sentado aparte, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol nudoso. Sus ojos oscuros miraban a media distancia, con una expresión indescifrable. Escuchaba, pero no decía nada; un levísimo pliegue en la frente era la única señal de sus pensamientos. Cuando el debate finalmente se apagó en una

incómoda quietud, Falco se volvió hacia el sirio, dando rienda suelta a su frustración.

—¿Y tú qué? —espetó—. Has estado ahí sentado como una estatua. ¿No tienes nada que aportar? Di algo, maldita sea, que nos estamos quedando sin opciones.

Sica no respondió de inmediato. Mantuvo la mirada fija al frente, como si sopesara una decisión demasiado grave para expresarla en voz alta. Finalmente, recorrió el grupo con la mirada.

—Sí que tengo una idea —dijo en voz baja—, pero es peligrosa y podría fracasar estrepitosamente. Pero si funciona… —hizo una pausa y cruzó la mirada con la de Séneca—, lo soluciona todo.

Falco soltó una risa seca, negando con la cabeza.

—Tienes un don para el dramatismo, sirio, eso he de concedértelo. Desembucha, Sica. ¿Cuál es ese plan milagroso tuyo?

Sica se enderezó, con una expresión indescifrable mientras recorría con la mirada los rostros que lo rodeaban.

—Tenéis que entender una cosa —dijo con un matiz de advertencia—. Si seguimos adelante con esto, no habrá vuelta atrás. Requerirá hasta la última gota de disciplina que poseamos. Si uno de nosotros flaquea… —Dejó la amenaza suspendida en el aire; las consecuencias implícitas resultaban espeluznantes en su silencio.

—Hemos llegado hasta aquí juntos —dijo Séneca—. Ahora dinos en qué estás pensando.

—Hemos estado enfocando esto de forma totalmente equivocada —dijo Sica—. Intentamos rodear a los celtas, evitar sus patrullas, escabullirnos por su territorio. Pero yo digo que no los evitemos. —Hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras flotara en el aire—. Iremos directos a su corazón.

El bufido de Falco rompió el silencio.

—Has perdido el juicio del todo, sirio. ¿Qué será lo próximo? ¿Acercarnos a sus caudillos y pedirles indicaciones para llegar a la costa?

Cassius sonrió con sorna, pero Séneca levantó una mano para acallar cualquier otra interrupción.

—Dejad que termine —dijo con firmeza.

Sica se inclinó hacia delante; sus ojos oscuros brillaban en la tenue luz.

—Cuando estábamos en el río —empezó—, me di cuenta de algo: el agua no fluía de manera uniforme. La corriente cambiaba de un modo que solo ocurre en los ríos de marea.

Falco enarcó una ceja.

—¿De marea?

—Significa —prosiguió Sica— que el río está conectado al mar. Cuando la marea sube, empuja río arriba. Cuando baja, arrastra todo consigo hasta la costa. No cruzaremos el río, nos dejaremos llevar por él.

Los hombres intercambiaron miradas escépticas y Falco soltó una risa breve y sin humor.

—¿Dejarnos llevar? ¿Qué somos ahora, peces legionarios? ¿Nos van a salir aletas para pasar nadando junto a los celtas como si fuéramos truchas?

—Nadar no —replicó Sica—. Flotar. Construiremos una balsa, no una que sea obvia, sino algo que parezca natural. Una maraña de ramas y follaje con nosotros seis acurrucados en el centro. Desde las orillas, parecerá una rama de árbol que ha caído al río.

El grupo enmudeció mientras la audacia de la idea calaba lentamente en ellos. Cassius fue el primero en romper el silencio.

—Aunque creemos algo así, ¿y si algo sale mal? La mayoría de nosotros no somos buenos nadadores.

La mirada de Sica no vaciló.

—No tenemos por qué serlo. Brennus nos enseñó a usar los ríos a nuestro favor en Germania.

Falco frunció el ceño mientras el recuerdo se avivaba en su mente.

—Te refieres a las *sarcinae*.

—Sí —dijo Sica—. Nos desnudamos. Ni túnicas, ni mantos, nada que nos pese. Todo nuestro equipo irá en las mochilas, bien atado y sellado para que no se moje. Las mochilas se convertirán en flotadores. Las atamos juntas y nos amarramos a la balsa. Entonces, si los dioses quieren, la marea nos llevará a la costa en un solo ciclo.

Marcus soltó un silbido ahogado.

—¿Desnudos en esa agua? Estás loco, sirio.

—Es una locura que nos mantendrá con vida —replicó Sica—. Si intentamos rodearlos, nos verán. Si nos quedamos aquí, moriremos de hambre. Esta es la única forma de pasar sin que los celtas se enteren.

Falco se frotó las sienes, murmurando por lo bajo.

—¿Y si los dioses no están de nuestro lado? ¿Qué pasará entonces? Nos ahogaremos como ratas.

—No nos ahogaremos —dijo Sica con firmeza—. Si la balsa falla, las mochilas nos mantendrán a flote el tiempo suficiente para llegar a la orilla. Y si el frío aprieta demasiado, remaremos hasta la orilla y haremos un fuego. Pero si lo planeamos bien y vamos de noche, no necesitaremos parar. La marea hará el trabajo por nosotros.

Séneca estudió el rostro de Sica durante un largo momento, sopesando la convicción de su voz.

—¿Y estás seguro de esto?

—Tan seguro como puedo estarlo. Es arriesgado, pero es mejor que avanzar a ciegas entre las patrullas celtas.

El grupo se sumió en un pesado silencio, cada hombre perdido en sus propios pensamientos. Finalmente, Falco suspiró, pasándose una mano por la cara.

—Bueno —dijo—, si vamos a morir, supongo que congelarnos los cojones en un río es una forma tan buena como cualquier otra.

Casio soltó una risa sombría.

—Más vale que los dioses estén de humor generoso.

Séneca asintió.

—No tenemos ninguna otra propuesta seria —dijo—, así que opino que lo hagamos. ¿Alguien en contra?

Todos se miraron unos a otros, pero nadie se opuso.

—En ese caso, nos prepararemos con las primeras luces. Recoged ramas, atad los fardos y planead el descenso. Sica, tú estudia el río y dinos cuál es el mejor momento para partir.

Los hombres asintieron, y el peso de su decisión se cernió sobre ellos. El plan de Sica era una apuesta, pero una que no podían permitirse no hacer.

A leguas al sudeste, el lugar elegido para el primer campamento semipermanente de la Legio II Augusta se encontraba en una elevación del terreno, flanqueado por un denso bosque a un lado y un arroyo de aguas lentas al otro. Era el tipo de terreno que los exploratores de Vespasiano habían sido entrenados para buscar: elevado, defendible y con acceso a agua. Los exploradores no habían informado de ninguna señal de actividad celta en las cercanías, pero Vespasiano y Plaucio confiaban más en la experiencia que en las garantías. Esta tierra, salvaje e indómita, no era lugar para la autocomplacencia.

Los centuriones vociferaban órdenes, sus voces rasgando el gélido aire matutino, y los legionarios, cansados tras días de marcha, se movían con precisión mecánica, impulsados por la disciplina de años de servicio.

—¡Hachas! —bramó un centurión—. ¡Derribad esos árboles! ¡Quiero una línea de visión despejada en todas direcciones!

Los hombres trabajaban en grupos, con los pila temporalmente apartados mientras blandían sus hachas contra los densos troncos de los árboles centenarios. Las astillas de madera saltaban por los aires, y los golpes rítmicos del metal contra la corteza se fundían en un estruendo constante. Cada vez que un árbol se estrellaba contra el suelo, más legionarios se arremolinaban en torno a la madera talada, despojándola de las ramas y serrándola en trozos manejables.

El bosque circundante, antes espeso y vibrante, quedó reducido a un páramo lleno de cicatrices. Los troncos yacían esparcidos como columnas rotas, sus tocones sobresalían de la tierra en hileras irregulares y el suelo se convirtió en un lodazal mientras los legionarios arrastraban la madera hacia los bordes designados del fuerte.

En el perímetro, otro grupo de hombres cavaba con furia, sus palas mordiendo la tierra. El foso tomó forma con rapidez, una zanja de paredes empinadas que rodeaba todo el campamento. La tierra extraída se amontonaba en el borde interior, formando un ancho

montículo que obligaría a cualquier atacante a trepar bajo una lluvia de flechas y lanzas romanas.

Los legionarios se agazapaban cerca de los montículos de tierra y tallaban con pequeñas hachas de mano sus estacas hasta sacarles unas puntas perversas. Cuando terminaban, las plantaban a lo largo de la cresta del montículo, con las puntas inclinadas hacia fuera. Fila a fila, la barrera fue tomando forma, un muro de intención letal diseñado para repeler hasta el asalto más decidido.

Dentro del perímetro, se levantaron las tiendas de campaña en hileras ordenadas, con una alineación tan precisa como la de un campo de instrucción. Cada detalle se ajustaba a las estrictas normas de la organización romana: tiendas para los contubernia, otras más grandes para los centuriones y un espacio central para los oficiales y el estado mayor.

En el corazón del campamento, los carros de suministros estaban agrupados en un círculo protector. Los bueyes fueron desenganchados y atados a estacas clavadas en el suelo, con los flancos humeando en el aire fresco. Barriles de grano, sacos de carne seca y cajas de pertrechos se apilaban en montones ordenados, cubiertos con lonas para protegerlos de la siempre presente amenaza de la lluvia.

Los hombres se movían con presteza entre las hileras, acarreando agua del arroyo, descargando herramientas o clavando las piquetas de las tiendas con mazos. Cada tarea se realizaba con la disciplina nacida de la necesidad: un campamento mal construido era una invitación al desastre.

Al atardecer, el fuerte ya estaba tomando forma. Las estacas de madera relucían a la luz mortecina, una brutal línea de defensa contra cualquiera que se acercase, y las zanjas, aunque todavía poco profundas en algunas zonas, eran lo suficientemente hondas para detener hasta la carga más feroz.

Plaucio cabalgaba por el borde del campamento, y su aguda mirada no perdía detalle del progreso. Su caballo resopló mientras avanzaba con cuidado por el terreno irregular, con el vaho de su aliento visible en el gélido aire. A su lado, Vespasiano señaló hacia el extremo oriental del perímetro.

—Los hombres casi han terminado la zanja de allí —dijo—. Una vez que esté lista, tendremos una línea segura en todo el contorno.

Plaucio asintió.

—Bien. ¿Y las estacas?

—Lo bastante afiladas como para destripar a un jabalí.

—Doble a los centinelas esta noche —ordenó Plaucio—. Los celtas no tardarán en ponernos a prueba.

Mientras el sol se hundía bajo el horizonte, proyectando largas sombras sobre el fuerte improvisado, los legionarios se dispusieron a sus tareas. El fuerte era temporal, pero sus defensas eran tan formidables como las de cualquier estructura permanente, un testimonio de la disciplina y el ingenio de Roma. Sin embargo, en algún lugar, más allá de la linde del bosque, unos ojos invisibles observaban, a la espera.

A la mañana siguiente, el fuerte bullía de nuevo con una actividad resuelta mientras la legión se acomodaba en su campamento temporal. La noche había sido relativamente tranquila, sin ataques, y ahora, el golpeteo de los martillos resonaba mientras los hombres trabajaban para erigir la empalizada, clavando estacas afiladas en maderos verticales atados entre sí para formar el muro exterior. El constante repiqueteo del hierro sobre la madera se mezclaba con las voces apagadas de los oficiales que daban órdenes, sus palabras salpicadas por el compás constante de las botas.

Plaucio y Vespasiano estaban de pie cerca del centro del campamento, con sus caballos atados en las inmediaciones. La capa carmesí del general, ahora oscurecida por el barro del dobladillo, ondeaba ligeramente con la brisa mientras examinaba la actividad. Vespasiano señaló hacia un grupo de hombres que descargaban suministros de un carro.

—La línea de suministro desde Rutupiae se mantiene estable y deberíamos terminar la empalizada mañana por la tarde.

—¿Y las raciones?

—Esta mañana ha llegado otro convoy desde la playa. La Novena Hispana está empezando a desembarcar en este mismo momento. Una vez que sus hombres estén totalmente en tierra, tendremos refuerzos para cubrir nuestra retaguardia.

Plaucio se permitió una leve sonrisa.

—Bien. Una cabeza de puente sólida en Rutupiae es esencial, pero esta tierra no esperará a que nos pongamos cómodos. Cuanto antes estén las otras legiones en sus posiciones, antes llevaremos la lucha al enemigo.

A su alrededor, la vida diaria de la legión se desarrollaba con una precisión mecánica. Los legionarios formaban filas ordenadas ante los fogones improvisados, esperando su turno para recibir raciones de pan plano y grano hervido. Otros acarreaban agua del arroyo en cubos de cuero, con las piernas desnudas salpicadas de barro. Los herreros instalaron forjas temporales cerca del centro del campamento y martillearon reparaciones en armaduras y armas. En el extremo opuesto, un grupo de ingenieros examinaba el trazado de la empalizada, marcando las zonas donde se alzarían las atalayas en los días venideros. Más cerca de los carros de suministros, los escribas se sentaban encorvados sobre tablillas de cera, contando fardos de *pila*, rollos de tela y barriles de vino.

La llegada de cada convoy desde las playas de Rutupiae era recibida con una mezcla de alivio y vigilancia. Los suministros eran vitales, pero cada carro también conllevaba la amenaza tácita de una partida de saqueadores que interceptara la línea. Los celtas aún no habían atacado, pero su presencia se cernía como una sombra sobre cada movimiento.

Mientras el sol descendía de nuevo en el cielo, bañando el campamento con una luz dorada, un jinete surgió de la puerta oeste, con su caballo bañado en sudor. El explorador de la patrulla desmontó rápidamente y saludó a Plaucio y a Vespasiano mientras se acercaba.

—Informe —dijo Plaucio con brusquedad, dando un paso al frente.

La voz del explorador era firme, aunque su rostro estaba cubierto de suciedad y agotamiento.

—Nos han estado siguiendo, general. Vislumbramos a sus jinetes cerca de la linde del bosque, al norte, pero mantuvieron las distancias. Vimos hogueras más allá de la cresta hace dos noches, pero por la mañana ya no quedaba rastro de ellas.

—¿Cuántos? —preguntó Vespasiano.

—Unas pocas docenas como mucho —respondió el explorador —. Nos están poniendo a prueba, sondeando, vigilando. No ha habido enfrentamientos directos de momento, pero saben que estamos aquí.

Plaucio intercambió una mirada con Vespasiano antes de volverse hacia el explorador.

—Muy bien. Vaya a descansar. Mañana se unirá a la siguiente patrulla.

El explorador saludó de nuevo antes de llevar su fatigado caballo hacia el cercado.

Vespasiano contemplaba las crecientes defensas del perímetro, con el ceño fruncido.

—Deben de estar observando, esperando.

—Como era de esperar —dijo Plaucio—. No atacarán, al menos no por ahora. Intentarán frustrarnos primero, acabar con los rezagados, hostigar las líneas de suministro. Pero cuando la Hispana y la Gémina estén completamente desplegadas, se lo pensarán dos veces antes de intentar enfrentarse a nosotros directamente.

Al caer la noche, las defensas del campamento habían tomado más forma. La empalizada se alzaba como una corona dentada alrededor del fuerte, con sus estacas afiladas hasta convertirse en puntas mortales. Los centinelas patrullaban las pasarelas, con sus antorchas arrojando una luz parpadeante sobre las barricadas; abajo, las trincheras se habían ahondado y sus paredes estaban reforzadas con vigas para evitar que se derrumbaran bajo el peso de la tierra empapada por la lluvia.

Plaucio y Vespasiano se dirigieron a la tienda de mando, donde un gran mapa del terreno circundante estaba extendido sobre una mesa de madera. Unas marcas indicaban los movimientos de las patrullas, la ubicación de los convoyes de suministros y la presunta actividad enemiga.

—Mañana —dijo Plaucio, trazando una línea a lo largo del río hacia el norte—, envíe un destacamento de exploradores a esta zona. Quiero confirmación de sus movimientos más allá de la cresta.

Vespasiano asintió.

—¿Y si encontramos algo?

La expresión de Plaucio se endureció.

—Nos ocuparemos de ello. Esta tierra se doblegará a la voluntad de Roma, de un modo u otro.

Vespasiano se permitió una leve sonrisa.

—Los dioses favorecen a los audaces, general.

Los ojos de Plaucio brillaron a la luz de la lámpara.

—Entonces, démosles algo que favorecer, Vespasiano. Empecemos a ejercer presión.

Capítulo Siete

Roma

El aire nocturno de Roma arrastraba un frío extraño, de ese que se calaba hasta los huesos a pesar de la calidez habitual de la ciudad. A la luz parpadeante de un brasero, Lépido estaba sentado frente a Marcelo en el atrio de este último, y su conversación era cautelosa incluso dentro de la seguridad de aquellos muros. Las palabras de la cortesana aún resonaban en la mente de Lépido, y el peso de su revelación cristalizaba en una fría certeza: Viniciano era una pieza clave en un golpe de Estado planeado contra Claudio y, aunque todavía no había pruebas, estaban todo lo seguros que podían estar, sobre todo después de haber pasado horas con la cortesana durante los últimos días.

Marcelo se inclinó hacia delante, con la copa intacta sobre la mesa.

—Dice la verdad, Lépido. Usted mismo la ha visto. Ese miedo no era fingido y su historia coincide demasiado con lo que ambos sospechábamos. Viniciano tiene planes en marcha, planes que no podemos permitir que den sus frutos.

—No necesita convencerme, Marcelo —dijo Lépido—. Le creo, pero creer no es suficiente. Sabemos que debe de ser uno de los cabecillas, pero es un solo hombre y tiene que haber otros: hombres influyentes, militares, conspiradores en todos los rincones de Roma y más allá. Sin saber quiénes son, atacar solo a Viniciano sería una victoria pírrica. Necesitamos más información antes de actuar.

Marcelo se recostó, con el ceño fruncido.

—¿Y cómo averiguamos más? Usted conoce a Viniciano tan bien como yo. Se rodea de hombres, asesinos, veteranos de las legiones que le deben su lealtad. Ni usted ni yo podríamos acercarnos a él aunque quisiéramos. Y aunque pudiéramos...

Dejó la frase en el aire; la implicación era clara. Eran senadores, hombres de Estado, no asesinos. La idea de alzarse en

armas contra otro romano, por muy traidor que fuera, les revolvía el estómago. Lépido suspiró con pesadumbre.

—Tiene razón. Ese hombre es tan paranoico como peligroso. No le faltarán ojos que lo vigilen ni oídos que escuchen los susurros de disidencia. No podemos permitirnos darle ningún indicio de que es sospechoso, o los demás se esconderán como ratas asustadas. Eso, o acabaremos con un puñal en la espalda.

—Podría haber una manera —dijo Marcelo al cabo de un rato —. Entiendo que es usted un hombre con acceso a ciertos recursos.

—¿Qué quiere decir?

—Deje de fingir que no sabe de lo que hablo, Lépido, es casi de dominio público en ciertos círculos de poder. Me refiero a los hombres que usted patrocina para que trabajen al margen de la ley y de la influencia. Me refiero a los Occultum, Lépido. ¿Por qué no los utiliza?

Lépido dejó su copa con deliberado cuidado; el leve tintineo del metal contra el mármol fue el único sonido en la habitación.

—No puedo —dijo finalmente.

—¿Por qué no?

—Porque están en Britania —dijo con rotundidad.

—Sí —dijo Marcelo—, pero tanto usted como yo sabemos que esa no es toda la verdad. Los Occultum no son una única unidad, ¿o me equivoco?

La mirada de Lépido se endureció y se inclinó ligeramente hacia delante, con un tono glacial en la voz.

—Mida sus palabras, Marcelo. Se adentra en terreno peligroso.

Marcelo alzó una mano en gesto apaciguador.

—No pretendo ser indiscreto, pero no esperará que crea que todo su trabajo, toda su inversión, se concentró en un único grupo de hombres. Si hay otros...

Lépido le devolvió la mirada en silencio, con una expresión impenetrable.

Marcelo vaciló, pero no insistió. Cogió su copa y bebió un sorbo lento antes de volver a dejarla en su sitio.

—Muy bien —dijo—. Pero ya sean ellos u otros, necesitamos gente que pueda hacer lo que nosotros no podemos. Alguien capaz de llegar al círculo íntimo de Viniciano sin levantar sospechas. Alguien lo bastante despiadado como para actuar cuando llegue el momento.

Por un instante, ninguno de los dos hombres habló. Lepidus contemplaba las llamas, los surcos de su rostro acentuándose mientras el peso de su aprieto lo oprimía. A su pesar, sus pensamientos derivaron hacia un nombre, un nombre que había pasado años intentando olvidar.

El nombre por sí solo conllevaba una gravedad que se sentía como una carga física. Lepidus había esperado no volver a pronunciarlo jamás, dejar que se desvaneciera en las sombras, a las que pertenecía. Pero ahora, mientras los minutos se alargaban, el recuerdo de aquel hombre se negaba a ser acallado.

Marcellus rompió el silencio.

—Está usted pensando en algo, o en alguien.

Lepidus no respondió de inmediato. Su mirada permanecía fija en el brasero, la luz trémula danzando en sus ojos oscuros.

—Hay... otra opción —dijo finalmente—, pero es una que esperaba no tener que considerar jamás.

Marcellus se inclinó hacia adelante, con una mezcla de curiosidad y preocupación en el rostro.

—¿Quién?

Lepidus vaciló, sopesando la enormidad del nombre que estaba a punto de pronunciar. Finalmente, exhaló profundamente, como si se liberara de una carga que había soportado durante demasiado tiempo.

—Veteranus.

La expresión de Marcellus cambió y frunció el ceño, confuso.

—No conozco ese nombre.

—Es natural que no lo conozca —dijo Lepidus con amargura —. Pocos lo conocen. Y es adrede. Hizo una pausa, mientras el recuerdo de aquel hombre acudía a su mente sin ser llamado.

—Veteranus no es... como los hombres del Occultum. Es algo completamente distinto. Una reliquia de otros tiempos, un arma

forjada en los fuegos de los actos más oscuros de Roma. Antaño lo usábamos para llevar a cabo nuestro trabajo sucio, nada escapaba a sus capacidades y nada era demasiado abominable para él. Era... inhumano.

—¿Qué fue de él?—Fue sentenciado a muerte por asesinar a los hijos de un senador como represalia por unos honorarios impagados. Se necesitó una centuria de pretorianos para localizarlo y detenerlo. Aun así, mató a más de una docena antes de ser abatido por un pilum.

—¿Así que está muerto?

—No, sobrevivió a la herida, pero algo detuvo la ejecución. Algo totalmente inesperado.

—¿El qué?

—Fue indultado por Tiberius.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe, pero fue inequívoco. Un indulto total por todos y cada uno de los cargos que pesaban sobre él.

El ceño de Marcellus se frunció aún más.

—¿Dónde está ahora?

—No pertenece a ningún lugar fijo, desaparece durante meses. Sin embargo, tal es la amenaza que este hombre encarna que mantengo informadores infiltrados en las profundidades del hampa de Roma, pagados para alertarme en el momento en que reaparezca.

—¿Y cree que puede ayudarnos?

Los labios de Lepidus se torcieron en una sonrisa sombría.

—Si se le puede encontrar y si accede a ayudar, entonces sí. Pero es tan peligroso como los hombres a los que intentamos detener, quizá más. Y a diferencia de nosotros, no se verá atado por cuestiones de honor o contención.

Marcellus se echó hacia atrás, con expresión pensativa pero recelosa.

—Entonces, ¿por qué no lo ha llamado antes?

—Porque una vez que se suelta a un lobo, Marcellus, no se puede controlar dónde caza.

La estancia volvió a quedarse en silencio, con el peso de las palabras de Lepidus flotando densamente entre ellos. Por primera vez, Marcellus pareció inquieto, como si la mera mención de aquel hombre hubiese removido algo oscuro y perturbador. Finalmente, habló.

—Si es nuestra única opción, entonces no tenemos otra alternativa. Debemos encontrarlo. Rápido.

Lepidus se levantó de su asiento.

—Que así sea —dijo—. Pero entienda esto, Marcellus. Si lo metemos en esto, no habrá vuelta atrás. Pase lo que pase, Roma nunca volverá a ser la misma.

—Entonces, roguemos para que los dioses estén de nuestro lado —dijo Marcellus.

Lepidus se giró hacia la entrada, con su silueta enmarcada por la luz parpadeante del brasero.

—Necesitaremos más que plegarias —murmuró, antes de desaparecer en los sombríos corredores.

Capítulo Octavo

Roma

La Subura era un laberinto de calles angostas, callejones umbríos y el hedor de la peor calaña de la humanidad, hacinada en demasía. El humo de las fogatas para cocinar se mezclaba con el olor agrio de los desperdicios, los excrementos y el sudor, y cada esquina parecía albergar un par de ojos vigilantes.

Lépido avanzaba con cautela, flanqueado por dos guardias pretorianos ataviados con sencillas túnicas y mantos, con las armas ocultas bajo la tela. Sin embargo, su porte militar era inconfundible, y los moradores del hampa parecían percibirlo.

Hombres que holgazaneaban apoyados en las paredes o sentados en destartalados umbrales observaban al trío con agudo recelo. Un niño pasó corriendo como una exhalación y desapareció en una callejuela, y una mujer con una estola andrajosa les siseó desde un portal.

—Este lugar es un sumidero —masculló uno de los guardias, apretando la empuñadura de la daga que ocultaba bajo el manto.

—Mantengan los ojos abiertos y la boca cerrada —murmuró Lépido—. No hemos venido a hacer amigos.

A medida que se adentraban en el distrito, los callejones se estrechaban aún más. Las paredes de piedra de las ínsulas, veteadas de mugre, parecían inclinarse hacia dentro, y la tenue luz del día apenas llegaba al suelo cubierto de inmundicia. Las miradas se volvieron más audaces, y los grupos de hombres que se congregaban enmudecían a su paso. Lépido se detenía de vez en quando para interrogar a aquellos que parecían especialmente amenazadores, pero cada pregunta sobre el hombre que buscaba era recibida con miradas vacías o evasivas masculladas.

Las manos de los pretorianos se acercaron más a sus armas a medida que aumentaba la tensión. Un guardia murmuró por lo bajo:

—Esto es una locura. Esta gente nos cortaría el cuello por un trozo de pan.

—Si hubieran querido, ya lo habrían hecho —dijo Lépido.

Tras una hora de infructuoso deambular, Lépido divisó una taberna, cuyo letrero de madera colgaba torcido sobre la entrada, marcado únicamente con la tosca imagen de una jarra de vino. Los sonidos de risas ebrias y conversaciones en voz baja se derramaban hacia el exterior, mezclados con el agudo tintineo de los dados sobre una mesa. El lugar apestaba a vino agrio y a cuerpos sin lavar cuando entraron.

El tabernero, un hombre calvo de cuello robusto y túnica descolorida, levantó la vista en cuanto entraron, entornando los ojos. La sala enmudeció, y Lépido sintió el peso de las miradas de los clientes. Se acercó a la barra con paso deliberado, con los pretorianos pisándole los talones.

—Busco a alguien —empezó Lépido—. Alguien peligroso. —Deslizó un áureo de oro sobre la madera—. Un hombre que mata sin hacer preguntas. Sin vacilación, sin escrúpulos, y que sabe mantener la boca cerrada.

La mano del tabernero se detuvo sobre la moneda, y sus ojos se desviaron hacia los guardias que estaban detrás de Lépido.

—Usa usted grandes palabras, forastero. Pero no es de por aquí, ¿verdad?

—¿Acaso importa de dónde soy?

El tabernero cogió la moneda y le dio la vuelta en la mano, con expresión cautelosa.

—Aquí hay muchos hombres que harían el trabajo que pide. Pero alguien como usted, ¿preguntando por alguien así? —Levantó la vista con recelo en los ojos—. Suena a problemas.

—¿Problemas para quién? —preguntó Lépido.

El tabernero se encogió de hombros.

—Depende de por quién pregunte. O a quién se lo pregunte.

—Pregunto por el mejor —dijo Lépido—. Alguien a quien todos los demás temen.

Tras un largo instante, el tabernero asintió y se inclinó hacia él.

—Hay un lugar. Otra taberna en el extremo este del distrito. Dicen que si tiene usted las monedas, y nada de alma, puede que encuentre allí a quien busca.

Lépido asintió una vez.

—¿Dónde?

El tabernero miró de reojo a los dos guardias que estaban detrás de Lépido, y una leve sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

—Irá usted solo. Sin sombras. Si los lleva consigo, nadie hablará.

Uno de los pretorianos dio un paso al frente.

—No recibimos órdenes de usted, plebeyo.

Lépido alzó una mano para detenerlo.

—No —dijo con calma—. Tiene razón. Iré solo.

—*Dominus*, esto es una insensatez —dijo el otro guardia—. Apesta a traición.

—No soy ajeno al riesgo —replicó Lépido—. Vuelvan ustedes, pero, pase lo que pase, no le digan a nadie dónde hemos estado.

Antes de que ninguno de los guardias pudiese protestar más, Lépido se volvió de nuevo hacia el tabernero.

—¿Dónde está ese lugar del que habla?

—Vaya a la Taberna Lupina —fue la respuesta— y vigile sus espaldas.

Instantes después, Lépido salió y, mientras se dirigía a su destino, las estrechas calles de la Subura se lo tragaron por completo, y las sombras se alargaban a cada paso.

La Taberna Lupina era un tugurio sombrío que apestaba a vino derramado y a un toque de sangre. Su entrada estaba custodiada por un portero de descomunal tamaño, con los brazos cruzados sobre un pecho tan ancho como el de un buey. Su ceño se frunció aún más cuando Lépido se acercó y sus ojos se desviaron hacia la capa bien confeccionada pero sencilla del senador.

—Este no es lugar para usted —gruñó.

Lépido sacó una pequeña bolsa del cinturón y la hizo tintinear en la palma de la mano.

—La plata suele hacer que cualquier sitio sea de mi agrado.

—También consigue que a uno lo maten —fue la respuesta, pero su mano se lanzó, arrebató la bolsa y la sopesó con destreza. Satisfecho, se hizo a un lado y le indicó a Lépido que entrara.

Dentro, la única estancia estaba abarrotada, y la tenue luz de las parpadeantes lámparas de aceite apenas iluminaba el reducido espacio. Los hombres se agrupaban en torno a las mesas, jugando a los dados, intercambiando monedas o meditando ante copas de barro de vino agrio. La conversación bullía en tonos bajos y rudos, pero el ruido del fondo de la sala lo eclipsaba todo.

Lépido se movió con cuidado entre la multitud, ignorando las miradas de reojo y los insultos ocasionales entre dientes. Llegó al origen del alboroto: una multitud reunida alrededor de una pequeña y maltrecha mesa al fondo de la sala. Los hombres estaban hombro con hombro, estirando el cuello para ver la partida que se desarrollaba. Lépido se acercó un poco más, y su mano rozó instintivamente la daga oculta bajo su capa.

La mesa en sí estaba desnuda, a excepción de seis jarras de loza con tapas de madera toscamente labradas y atadas con cuerda deshilachada. Alrededor de las jarras, montones de monedas brillaban a la escasa luz: más dinero del que la mayoría de los presentes vería en toda su vida.

Dos hombres estaban sentados uno frente al otro a la mesa. Uno era enjuto y pálido, con el rostro cubierto de sudor y los ojos moviéndose nerviosamente por la sala. El otro era un bruto de hombros anchos, con la cara marcada por viejas cicatrices y una expresión de cansancio resignado.

La multitud rugió con risas, burlas y apuestas a gritos. Las manos se adelantaban intercambiando monedas mientras los hombres apostaban febrilmente por el resultado de la competición que estaba a punto de empezar. El ruido era ensordecedor hasta que, de repente, un bramido se abrió paso a través del caos.

—¡Silencio!

La multitud obedeció al instante, apartándose ligeramente para revelar al hombre que había hablado. Era una figura imponente, con la cabeza rapada y reluciente de sudor. Señaló las jarras con una mano enorme.

—Las reglas son sencillas —anunció—. En cada una de estas vasijas hay una serpiente —se inclinó hacia delante hasta que su cabeza quedó entre los dos hombres sentados—, podríais decir que son amigas mías. —El público circundante sonrió con nerviosismo ante la broma, pero sabía que no era cosa de risa; era un asunto serio. Mortalmente serio. El hombre volvió a enderezarse—. Es sabido que todas las serpientes muerden —dijo—, sobre todo cuando se enfadan, pero solo una de ellas es letal.

Un murmullo volvió a recorrer el público antes de extinguirse.

—Os iréis turnando para elegir una vasija —prosiguió el hombre—. La agitaré con fuerza y, cuando yo lo diga, quitaréis la tapa, meteréis la mano dentro y la revolveréis hasta que os muerda. —Su mirada barrió la sala, desafiando a cualquiera a interrumpirlo—. Una vez os haya mordido, retiraréis la mano y me enseñaréis la herida —dijo—. Para demostrar que es de verdad.

El público pareció contener la respiración.

—Entonces —dijo el hombre, y su sonrisa se ensanchó hasta volverse casi salvaje—, esperamos. Si el veneno te mata, estás fuera. Si no, le tocará el turno a tu oponente.

Hizo un gesto hacia los montones de monedas. —El que sobreviva se queda con la mitad del bote; el resto es para mí y mis serpientes. —Volvió a sonreír, mirando a su alrededor como si desafiara a cualquier hombre a contradecirlo.

La sala estalló en vítores y risas, con una tensión palpable. El hombretón los silenció de nuevo con una sola mano alzada, sus ojos fijos en los dos competidores de la mesa. Bajó la voz y su fétido aliento llenó el espacio ante ellos.

—Elegid vuestro sino —siseó.

El público se arrimó a la mesa, con los rostros ávidos y los ojos saltando de los competidores a las vasijas de barro. Las monedas tintineaban mientras se hacían nuevas apuestas y las probabilidades se susurraban de un hombre a otro con la urgencia de los mercaderes en el Foro.

A un lado de la mesa, el hombre enjuto miraba fijamente cada una de las vasijas, con las manos temblorosas mientras

jugueteaba con el borde de su túnica. El sudor le corría por las sienes y su rostro estaba pálido a la luz parpadeante de la lámpara. Su respiración era superficial y sus ojos se desviaban nerviosamente de las vasijas a su oponente.

Al otro lado, su oponente parecía casi desinteresado. El pelo le caía en mechones grasientos y enmarañados alrededor de un rostro marcado por la suciedad y la barba incipiente, y sus ojos, apagados y sin vida, estaban fijos en algún punto más allá de la mesa. Irradiaba indiferencia, como si su propia vida, o su muerte, fuera un asunto sin importancia.

—¡Elegid vuestra vasija! —bramó el juez, su profunda voz rasgando los murmullos.

El hombre enjuto dio un ligero respingo antes de estirar el brazo, con la mano temblando mientras se cernía sobre las vasijas. El público se burló y se rio; algunos se mofaban de su miedo, otros le gritaban ánimos o provocaciones. Finalmente, con un trago visible, señaló una vasija.

El juez sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes amarillentos. Levantó la vasija en el aire y, mirando al público, la agitó violentamente. La multitud rugió en señal de aprobación, y el juez volvió a golpear la vasija contra la mesa, con la mano aferrada a la tapa.

—Procede, amigo mío, y que los dioses te acompañen.

El hombre vaciló antes de aflojar la cuerda que rodeaba la tapa y levantarla. Un tenue siseo surgió del interior, un sonido que envió una oleada de excitación entre el público. Dentro, enroscada como una pesadilla sombría, había una pequeña serpiente, con escamas oscuras y relucientes a la luz de la lámpara. El hombre enjuto respiró hondo, apretó los dientes y hundió el puño en la vasija.

La reacción fue inmediata. La serpiente atacó con un movimiento fugaz y sus colmillos se hundieron en los nudillos del hombre. Él retiró la mano de un tirón, sacudiéndola violentamente mientras una gota de sangre brotaba de las punciones. Se la tendió al juez, que inspeccionó la herida con un asentimiento.

—Buena mordedura —dijo el juez—. Ahora, a esperar.

La sala bullía de expectación mientras todos los ojos se volvían hacia el hombre enjuto. Apretó la mano herida, con el rostro contraído por el dolor, pero los segundos pasaban sin signos de empeoramiento. El público exhaló colectivamente y la tensión se disipó momentáneamente mientras estallaban vítores y risas. Una sonrisa vacilante se dibujó en la boca de la víctima, que miró a su alrededor con alivio. Había sobrevivido.

—¡Te toca! —ladró el juez, señalando al segundo hombre.

Sin dudarlo, el otro contendiente se inclinó hacia delante y cogió la siguiente jarra, agitándola él mismo, lo que le valió un murmullo de aprobación de la multitud. Desató la tapa, metió la mano en la jarra, removiendo a la serpiente con deliberada lentitud, y esta atacó, hundiéndole los colmillos en la muñeca.

Sacó la mano, con las mordeduras bien visibles y la sangre chorreándole por el brazo. Su expresión no cambió. Ni una mueca de dolor, ni un gesto de desagrado, solo la misma indiferencia distante, como si estuviera comprobando el tiempo sin más.

La multitud susurraba febrilmente, inclinándose para ver si su cuerpo delataba alguna reacción. Cuando no ocurrió nada tras varios largos instantes, una nueva oleada de excitación recorrió la sala. Más monedas cambiaron de manos mientras las apuestas se modificaban.

El proceso continuó: cada hombre seleccionaba una jarra, sangraba y se enfrentaba al ávido y morboso escrutinio de la multitud. Con cada mordedura de serpiente que no resultaba mortal, el ambiente se cargaba más y más, el aire eléctrico por la expectación. Para cuando solo quedaban dos jarras, la multitud estaba frenética, sus gritos eran ensordecedores y sus apuestas, febriles.

El juez alzó las manos, acallando el estruendo.

—¡Basta! —rugió—. La ronda final será diferente. Ambos hombres meterán las manos en las jarras al mismo tiempo. Sin vacilaciones. Sin ventajas. —Colocó una jarra delante de cada uno—. Uno de vosotros está a punto de morir, amigos míos. Así que haced las paces con vuestros dioses. —Hizo una pausa, deleitándose con el aumento de la tensión—. Ahora, ¡agitadlas!

Ambos hombres agitaron las jarras, sin apartar la vista de su contrincante. Era un momento de destino compartido, pero uno con dos caminos completamente distintos. Ambos desataron las tapas, pero las mantuvieron suavemente en su sitio, a la espera de la orden final.

—¡Ahora! —ladró el juez, y los dos hombres metieron la mano a la vez. Cada serpiente mordió al instante y ambos retiraron las manos para mostrarle al juez sus nuevas heridas.

La sala enmudeció y la multitud se inclinó para ver mejor. La tensión era casi insoportable. Entonces, de forma inesperada, el hombre enjuto tosió; un sonido gutural escapó de su garganta mientras la espuma burbujeaba en las comisuras de sus labios.

En la sala se oyeron gritos ahogados cuando su cuerpo se convulsionó, seguidos de alaridos de triunfo al caer de la silla, con los ojos desorbitados por el miedo, mientras yacía retorciéndose en el suelo inmundo.

La multitud estalló en vítores y rugidos de excitación, y la tensión se hizo añicos en un caos. Las monedas cambiaron de manos al liquidarse las apuestas y las risas y maldiciones se mezclaron en una cacofonía de ruido.

El segundo hombre permanecía inmóvil, con la vista fija en la mesa, como si el hombre que se retorcía a sus pies no existiera. Solo se movió cuando el juez se inclinó y empujó hacia él la mitad del montón de monedas, que barrió para meterlas en una bolsa de cuero con movimientos lentos y deliberados.

Se puso en pie, dominando la escena, con una indiferencia que no flaqueó ni siquiera cuando la multitud rugió en señal de aprobación. Apartándose de la mesa, caminó hacia las sombras del fondo de la sala y salió de la taberna por una puerta lateral, dejando atrás el caos.

Lepidus se abrió paso a través del clamor de la taberna, con los sentidos asaltados por el hedor a inmundicia y a cuerpos sin lavar. Fuera, el aire más fresco de la noche le dio la bienvenida y, más adelante, vio la silueta del hombre que se movía lentamente por las estrechas y sinuosas calles.

La Subura estaba ahora más tranquila, aunque no en silencio. Susurros apagados emanaban de los estrechos callejones y edificios e insinuaban la presencia de ojos invisibles que observaban desde la oscuridad.

El hombre no miró atrás ni una vez mientras doblaba otro callejón, sus pesados pasos crujiendo sobre la piedra suelta y los escombros. Lepidus lo siguió, rozando con la mano la empuñadura de la daga que ocultaba bajo la capa. El corazón le latía más deprisa con cada giro, cada paso lo adentraba más en una parte de Roma en la que la mayoría de los patricios no se atreverían a entrar.

Más adelante, el callejón terminaba en un muro de piedra en ruinas. Tras él, se cernía el oscuro perfil de los árboles, salvajes e indómitos. El hombre trepó con facilidad por una sección rota del muro y se dejó caer entre las sombras del otro lado. Lepidus se detuvo, examinó su entorno y luego se aupó y saltó, aterrizando suavemente en el terreno irregular de abajo.

Hacía tiempo que la naturaleza se había adueñado del jardín. Las malas hierbas y las enredaderas ahogaban los restos de lo que antaño pudo ser un grandioso espacio, y un tenue sendero, apenas visible bajo la maleza, conducía hacia el centro. La luz de la luna reveló un mausoleo abandonado, con su fachada de piedra tallada desfigurada por el tiempo y la negligencia.

Lepidus se acercó y se detuvo ante la puerta entreabierta. Sus dedos rozaron la piedra del umbral mientras ojeaba el interior con cautela. El interior era austero y húmedo, y el aire estaba cargado de moho. El tenue resplandor de una lámpara iluminaba el rincón más alejado, donde su presa estaba sentada con las piernas cruzadas de cara a la pared del fondo, envolviéndose las tres mordeduras de serpiente de la mano con un sucio trozo de tela. La bolsa de cuero con las monedas que había ganado antes estaba desparramada por el suelo; las piezas de plata y bronce brillaban débilmente entre los detritos.

Lepidus dio un paso lento hacia el interior y se detuvo a una distancia prudencial, con la mirada clavada en la espalda del herido.

—Hola, Lepidus —dijo la figura en la penumbra sin volverse—. Me preguntaba cuándo vendrías a buscarme.

Lepidus respiró hondo antes de saludar por fin al hombre al que no había visto en muchos años.

—Hola, Veteranus —respondió—. Nos volvemos a encontrar.

Capítulo Nueve

Britannia

El sol estaba bajo en el cielo mientras los Occultum trabajaban en su balsa improvisada, y solo los sonidos de ramas quebrándose y de instrucciones susurradas rompían la quietud.

Sica se acuclilló junto a la base, entrelazando tiras de renuevos delgados por los bordes de su creación. La balsa era un artilugio tosco, un esqueleto de ramas robustas atadas con tiras de tela rasgada y cuerda rescatada de sus *sarcinae*. No tenía una plataforma sólida, solo un hueco central donde sus cuerpos flotarían en el agua gélida, con las cabezas apenas por encima de la superficie. Alrededor de los bordes y por encima, entretejieron gruesas capas de hojas y ramitas para camuflarla, de modo que no pareciera más que un montón de ramas anegadas arrastradas por la corriente.

—Con eso bastará —masculló Sica, tensando la última liana. Se echó hacia atrás, secándose el sudor de la frente—. Por la noche, se camuflará perfectamente.

Los demás retrocedieron, contemplando la balsa con inquietud.

—¿De verdad crees que este trasto va a aguantar? —preguntó Falco.

—No tiene que aguantar mucho peso —replicó Sica—. Solo los paquetes, nuestras armas y suficiente follaje para mantenernos ocultos.

Cassius le dio un empujoncito al borde de la balsa con el pie. Se tambaleó ligeramente, pero permaneció intacta.

—¿Y si se deshace a medio camino?

—Entonces nadamos —dijo Sica con naturalidad— y esperamos que los dioses se apiaden de nosotros.

Seneca se adelantó, recorriendo la balsa con la mirada.

—No es perfecta —dijo—, pero no tiene por qué serlo. Solo tiene que funcionar. —Se volvió hacia el grupo—. Recordad, la oscuridad es nuestra aliada, pero si los celtas nos ven, se acabó. Tendremos que permanecer tan silenciosos como una tumba.

Los hombres murmuraron en señal de asentimiento, aunque la inquietud persistía. Pasaron las horas de luz que quedaban haciendo los últimos ajustes, comprobando cada nudo dos veces y volviendo a asegurar el follaje. Cuando terminaron, la balsa parecía tan natural como Sica había prometido: una densa masa de hojas y ramas que bien podría pasar por despojos arrastrados desde el bosque.

Al caer el crepúsculo, los hombres se prepararon. Uno a uno, se quitaron las túnicas y las capas, doblándolas en apretados fardos y sellándolas dentro de sus paquetes para mantenerlas secas. El frío de la noche que se avecinaba les mordía la piel desnuda, pero ninguno se quejó. Era una incomodidad necesaria.

Falco hizo una mueca y se frotó los brazos para combatir el frío.

—Si salimos vivos de esta —masculló—, voy a encontrar el maldito baño más caliente de Roma y me voy a quedar en él un mes.

Seneca se concentró en el equipo, asegurándose de que todas las armas estuvieran bien sujetas a la balsa hasta que, finalmente, llegó el momento. La luna aún no había salido y el mundo a su alrededor estaba bañado en una oscuridad como la tinta, pero el río se cernía ante ellos, con su superficie convertida en un leve destello en la penumbra.

—¿Listos? —preguntó Seneca.

Los hombres asintieron, con el aliento visible en el aire gélido. Juntos, arrastraron la balsa hasta la orilla del río, dejando profundos surcos en el lodo. Al borde del agua, hicieron una pausa, con la mirada fija en la oscura extensión.

—Ha llegado el momento —dijo Sica en voz baja—. Nos deslizamos por debajo, ocupamos nuestras posiciones en el centro y dejamos que la corriente haga el resto. Sin ruidos. Sin vacilaciones.

Dicho esto, se adentró en el río, y el frío le mordió las piernas mientras se agachaba para pasar por debajo de la balsa. Los demás lo siguieron, apretando los dientes ante el impacto del agua gélida. Uno a uno, se deslizaron bajo el frondoso dosel de la balsa, saliendo por el centro, donde se agarraron al armazón de madera y dejaron que sus cuerpos flotaran, sumergidos hasta el cuello.

La balsa se movió ligeramente mientras se colocaban en posición, pero aguantó firme. En la penumbra, resultaba indistinguible de los restos que la rodeaban. Los hombres intercambiaron miradas recelosas, con los rostros pálidos a la débil luz.

—Si esto funciona, Sica —susurró Falco—, te compraré un carro entero de vino cuando volvamos a Roma.

Acto seguido, soltaron la balsa en la corriente y el río abrazó su frágil creación, atrayéndola hacia su frío e implacable abrazo.

Durante lo que pareció una eternidad, la balsa fue a la deriva, con la corriente aparentemente indiferente a su presencia, lenta y pausada.

—No vamos a ninguna parte —siseó Falco entre dientes—. Lo mismo da morirnos de frío aquí que en la orilla.

—Silencio —siseó Séneca—. Dale tiempo.

Pero Falco insistió, mientras afianzaba su agarre en la balsa.

—Lo digo en serio —dijo—. Estamos perdiendo el tiempo. Si no nos encuentran los celtas, el frío acabará con nosotros.

—Esperad —interrumpió Sica. Ladeó la cabeza, con la vista fija río abajo. Bajo el agua, un leve cambio en la corriente les rozó las piernas. Una suave ondulación pasó bajo la balsa, casi imperceptible. Los demás se quedaron quietos, esforzándose por ver u oír algo y, momentos después, unas ramitas empezaron a pasar junto a ellos, arrastradas por el río.

—La marea está cambiando —dijo Sica.

El alivio se mezcló con la tensión mientras los hombres apretaban con más fuerza el armazón. Sica los instó a avanzar.

—Patead —ordenó—. Tenemos que coger velocidad antes de que la corriente nos arrastre del todo.

Obedecieron, moviendo las piernas bajo la superficie con movimientos cuidadosos y constantes. Poco a poco, la balsa respondió, meciéndose ahora con más determinación a medida que el río se apoderaba de ella. Cada sutil patada la hacía deslizarse un poco más y, con el paso de los minutos, su velocidad empezó a aumentar.

El agua tiraba con más insistencia, la corriente se hacía más fuerte. Hojas y pequeñas ramas se arremolinaban a su alrededor, arrastradas río abajo hacia el mar invisible, y el leve gorgoteo del río se convirtió en un murmullo suave pero constante, un sonido tan tranquilizador como ominoso.

—Está funcionando —murmuró Casio.

—No te confíes —replicó Séneca—. Nos queda un largo camino por delante.

Mientras flotaban a la deriva en la oscuridad, la cubierta de hojas de la balsa se confundía perfectamente con los restos circundantes. Los hombres se movían con cuidado, evitando salpicaduras o movimientos bruscos que pudieran delatar su posición. Lo que había empezado como un avance cauteloso se convirtió en un deslizamiento constante, con el río arrastrándolos con creciente insistencia. Sus respiraciones eran superficiales y rápidas, intentando introducir aire más cálido en sus cuerpos, y sus músculos se tensaron, con cada sonido a su alrededor amplificado por la quietud de la noche.

—¿Cuánto falta para que estemos a salvo? —preguntó Casio.

—Tendremos que acercarnos todo lo que podamos al estuario —dijo Sica—. Pero no es la distancia lo que me preocupa.

—¿Entonces qué es?

—La marea no nos acompañará siempre —replicó Sica—. Si cambia antes de que lleguemos a un lugar seguro, tendremos que desembarcar y esperar hasta que podamos continuar.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento —terció Séneca—. Por ahora, mantengamos la concentración.

La balsa avanzó, arrastrada cada vez más deprisa por la creciente corriente. La oscura extensión del río se abría ante ellos, con los más tenues destellos de la luz de las estrellas reflejándose

en su superficie. A ambos lados, las orillas se perdían en las sombras, llevándose consigo los últimos vestigios de lo conocido. La balsa se deslizaba ahora con suavidad, impulsada por la marea baja y el silencioso esfuerzo de los hombres bajo la superficie. El suave murmullo del río era su única compañía, la quietud opresiva pero extrañamente reconfortante; sin embargo, a medida que se alejaban, empezaron a surgir señales de vida: un parpadeo de una hoguera danzaba sobre el agua más adelante, débil pero inconfundible.

Los hombres se apretaron más contra el armazón de la balsa, escudriñando la oscuridad con la mirada. Poco a poco, la escena se fue aclarando. A orillas del río, un pequeño grupo de guerreros celtas permanecía de pie junto a un brasero, con los rostros pintados con sinuosos dibujos de color blanco y azul. Las llamas realzaban sus feroces diseños con gran nitidez, lo que los hacía parecer casi de otro mundo.

La balsa pasó de largo, silenciosa como una sombra. Los guerreros no se movieron, con la atención aparentemente fija en el lejano bosque o en las ascuas de su hoguera. Los Occultum contuvieron la respiración, con los cuerpos tensos, y no se atrevieron a exhalar hasta que la fogata desapareció tras ellos.

—Habrá más —murmuró Seneca. Y tenía razón. A medida que avanzaban río abajo, la oscura soledad dio paso a señales de civilización. Leves resplandores en el horizonte delataban la presencia de asentamientos más grandes, cuyos fuegos proyectaban halos difusos en la noche. Las riberas del río se poblaron cada vez más, salpicadas de campamentos, fogatas de vigilancia y pequeñas reuniones de celtas.

Uno de esos campamentos se cernía más adelante, con una proximidad inquietante. Cerca de la orilla se alzaba una empalizada de madera, cuyas afiladas estacas se recortaban contra la luz del fuego, mientras unos hombres, apostados en lo alto de las atalayas, vigilaban el lado opuesto del río en busca de cualquier señal de los invasores.

Más cerca del río, dos guardias patrullaban la orilla. Sus lanzas brillaban débilmente a la luz del fuego y sus ojos barrían el

agua con movimientos lentos y deliberados. La balsa se acercó más. Los hombres que iban debajo apenas se atrevían a respirar, con los músculos rígidos por el esfuerzo de permanecer inmóviles. Los guardias se detuvieron, con la mirada fija en el agua. Uno de ellos le masculló algo a su compañero, señalando la indistinta balsa, pero, cuando esta desapareció en la penumbra, ambos reanudaron su patrulla, ajenos a la amenaza oculta que pasaba flotando.

—Demasiado cerca —articuló Falco en silencio; sus ojos desorbitados delataban su miedo. Sica le lanzó una mirada de advertencia, pero no dijo nada.

Cuanto más avanzaban, más densa se volvía la actividad. En las laderas, al otro lado del río, aparecieron campos de grano recién cosechado y alguna que otra cabaña salpicaba el paisaje. Hogueras más grandes señalaban la presencia de aldeas, cuyo humo ascendía en espiral hacia el cielo estrellado. El sonido de las voces llegaba débilmente sobre el agua, mezclándose ahora con los lejanos acordes de la música celta.

La noche avanzaba y los hombres se debilitaban a medida que el frío les arrebataba las fuerzas. El río volvió a ensancharse, sus orillas se desvanecían en la sombría distancia, engullidas por la vasta extensión de agua ondulante, y los pilló por sorpresa cuando sus pies rozaron el lecho limoso del río. Esta constatación les provocó una sacudida de pánico. Si el agua perdía profundidad, su disfraz cuidadosamente construido fracasaría y los dejaría expuestos a la luz de la luna.

—¡No os mováis! —siseó Sica.

Se quedaron helados, respirando superficialmente, esperando que la corriente los liberase. Pero, en lugar de eso, la balsa aminoró la marcha y el lodo bajo sus pies se espesaba a cada instante. Falco se movió con nerviosismo, con el cuerpo sumergido temblando de frío y pavor.

—Estamos varados —susurró—. Tenemos que llegar a la orilla.

—Tranquilos —espetó Seneca—. No chapoteéis. Limitaos a empujar con los pies hasta que la corriente nos arrastre de nuevo.

Durante unos momentos agónicos, permanecieron en el sitio, con la cabeza apenas por encima de la superficie, pero entonces, sin previo aviso, el lecho del río volvió a hundirse y el lodo se deslizó de entre los dedos de sus pies. La balsa se balanceó suavemente mientras la corriente cobraba fuerza una vez más, arrastrándolos consigo.

Cassius dejó escapar un suspiro tembloroso.

—¿Veis? Solo eran los bajíos. No hay por qué alarmarse.

Falco masculló algo ininteligible, con los nervios a flor de piel por el peso del frío y el agotamiento. Los demás guardaron silencio, con los rostros pálidos a la tenue luz. El agua helada les estaba pasando factura y sabían que se estaban acercando rápidamente a sus límites.

—Aún no paramos —dijo Seneca—. No hasta que hayamos cruzado. Esto acabará pronto.

Continuaron su viaje, pero el frío calaba hondo y sus cuerpos temblorosos delataban el precio de su resistencia. A Sica le castañeteaban los dientes mientras maldecía entre dientes. Los labios de Falco se habían vuelto azules e incluso la estoica determinación de Seneca pareció flaquear al encorvar los hombros contra el frío implacable.

De repente, una oscura silueta se cernió ante ellos, cortando el agua. El contorno se perfiló como un puente bajo de madera, con sus vigas y maderos bien conservados y bullendo de vida. A ambos lados ardían antorchas con viveza, que iluminaban a un grupo de guerreros celtas. El sonido de sus voces llegaba débilmente traído por el viento, y las risas se mezclaban con órdenes secas.

La balsa continuó a la deriva hacia el puente. Sica levantó la mano con un rápido ademán, pidiendo silencio, mientras todos se apretaban más contra la cubierta de hojas de la balsa.

—Estamos demasiado cerca —susurró Cassius con nerviosismo—. Nos vamos a atascar.

La balsa llegó al puente y la corriente la arrastró bajo la enorme estructura. Desde su posición, los hombres podían ver

montones de madera y troncos empapados en aceite atados a los soportes, listos para ser prendidos a la primera señal de problemas. El olor a alquitrán era casi abrumador; su agudo y acre aroma se mezclaba con la humedad del río.

Una antorcha parpadeó en lo alto y su luz proyectó patrones irregulares sobre el agua. Durante un instante que les heló la sangre, uno de los guerreros se inclinó para escudriñar la oscuridad de abajo, pero la balsa ya había pasado a la negrura río abajo. Séneca esperó hasta que dejaron atrás el puente para exhalar, un sonido entrecortado apenas audible sobre el rumor del agua.

—Están preparados para las legiones —dijo con gravedad—. Esas hogueras están listas para arder.

—Estoy acabado —dijo Atticus, temblando de frío—. No puedo seguir mucho más.

—Ya hemos hecho suficiente por esta noche —dijo Séneca—. Salgamos a la orilla.

Diez minutos después, los hombres salieron a trompicones a la ribera en la más completa oscuridad, temblando. El agua chorreaba de sus cuerpos mientras arrastraban la balsa hacia la densa maleza, con los músculos temblorosos por el esfuerzo. Atticus cayó de rodillas, con la respiración entrecortada y jadeante, pero Falco lo levantó de un tirón.

—Aquí no —siseó—. Necesitamos cobertura. Una buena cobertura.

A pesar del agotamiento, los hombres arrastraron la balsa más adentro de los arbustos y la camuflaron lo mejor que pudieron con ramas y follaje. Para cuando quedaron satisfechos con el escondite, tenían los dedos entumecidos por el frío. Séneca habló castañeteando los dientes.

—La ropa seca. Rápido.

Abrieron sus sarcinae y sacaron las túnicas. La tela se sentía áspera y tosca contra la piel, pero el alivio del calor, por tenue que fuera, bastó para calmarlos. Cuando terminaron, se alejaron del río, hacia la linde de los árboles, que se alzaba oscura y amenazadora. Séneca los guiaba, con la mirada atenta a cualquier movimiento. Se movían tan sigilosamente como podían, con el suave crujido de sus

botas contra la hojarasca, pero el bosque era inmenso y el amanecer se acercaba rápidamente.

—Está clareando —susurró Falco—. Tenemos que encontrar un sitio.

Séneca miró hacia arriba. El más tenue resplandor del alba se filtraba a través del dosel, un recordatorio del poco tiempo que les quedaba. A través de los árboles, podían ver los contornos de una pequeña granja; las siluetas oscuras de un granero y unos establos se recortaban contra los grises pálidos del preamanecer.

Cassius agarró a Séneca del brazo.

—¿Una granja? Estás loco. Los granjeros hablan. Darán la voz de alarma.

—Tenemos que hacer algo —dijo Séneca—. No nos verán si no hacemos ruido. Vamos.

A regañadientes, los demás lo siguieron, con las botas resbalando sobre la tierra húmeda mientras se acercaban al establo. El olor a heno y a almizcle animal los recibió, mezclándose con el leve sonido de un caballo inquieto que pateaba el suelo.

Séneca abrió la puerta del establo con sumo cuidado; los goznes crujieron débilmente. Se deslizaron dentro y se dirigieron al rincón más alejado. Un montón de paja yacía desordenadamente contra la pared y, sin dudarlo, los hombres empezaron a escarbar bajo ella; los tallos ásperos les arañaban la piel. Falco fue el primero en dejarse caer, con la cara medio hundida en la paja.

—Si no nos mata el granjero —dijo—, lo hará el olor.

—Agradece el olor —murmuró Sica, echándose más paja por encima—. Mantendrá a los perros alejados de nuestro rastro.

Los hombres se apiñaban bajo el cobijo improvisado, con los cuerpos apretujados para darse calor. Tenían las sarcinae dispuestas a su alrededor, con las armas al alcance de la mano, pero estaban demasiado exhaustos para pensar en comida o bebida. Falco ya roncaba suavemente, y Sica no tardaría en seguirlo.

Seneca, sin embargo, permanecía alerta. Estaba agazapado junto a la pared, con los ojos clavados en las estrechas rendijas por las que se colaban finos rayos de luz del alba que despuntaba en el exterior. No era la primera vez que montaba guardia mientras los

demás dormían, pero ahora la sentía más pesada. Cada aliento que tomaba parecía una cuenta atrás, un recordatorio de que ser descubiertos era solo cuestión de tiempo y, conforme la luz ganaba intensidad, el peligro aumentaba. Aun así, permanecía inmóvil, escudriñando el exterior en busca de cualquier señal de movimiento. La mañana estaba tranquila, por ahora.

Capítulo Diez

Roma

El silencio en el mausoleo era total, denso por el aroma de la piedra húmeda y la podredumbre; el leve goteo ahogado del agua en algún lugar profundo de la cripta era el único sonido. Lepidus permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la ancha espalda de Veteranus, que se puso en pie y se giró lentamente para encarar a su inesperado visitante.

Los dos hombres se miraron fijamente; la penumbra no suavizaba ninguna de las afiladas líneas grabadas en sus rostros por el tiempo y la experiencia. El pelo de Veteranus, largo y enmarañado, enmarcaba un semblante forjado por la violencia y el abandono. Sus ojos oscuros, sin embargo, ardían con una astuta inteligencia, aun cuando su expresión permanecía indiferente. Lepidus, aunque mejor aseado, llevaba sus propias cicatrices, menos visibles, pero no por ello menos reales.

—Pareces más viejo —dijo Veteranus al fin.

—Y tú pareces... más sucio —replicó Lepidus con ecuanimidad.

Un atisbo de algo que podría haber sido regocijo cruzó el rostro de Veteranus, pero desapareció antes de poder arraigar. Dio unos pasos hacia Lepidus y, mientras la mano del senador se dirigía automáticamente a la hoja que le colgaba del cinto, Veteranus se detuvo, se agachó y recogió del suelo una maltrecha bota de vino.

Tras destaparla con los dientes, olfateó el contenido, luego echó la cabeza hacia atrás y bebió profundamente. Cuando bajó la bota, se limpió la boca con el dorso de la mano y volvió a mirar fijamente a Lepidus antes de lanzársela.

—Bueno —dijo—, ¿qué quieres?

—Directo al grano, como siempre —respondió Lepidus, mientras su inquietud inicial se desvanecía.

—Ninguno de nosotros es inmortal, amigo mío —dijo Veteranus—, así que, ¿para qué perder el tiempo con sutilezas? Te vi antes en la taberna y, aunque consideré rebanarte el cuello, te permití seguirme hasta aquí porque estaba intrigado por tu propósito. Has venido a pedir algo y quiero saber qué es.

Lepidus vaciló, con los dedos crispándose a los costados, la bota de vino colgando lánguidamente. No se profesaban afecto alguno, solo un respeto sombrío y receloso forjado en los fuegos de una historia que ninguno de los dos se atrevía a mencionar en voz alta. Veteranus era un hombre moldeado por la traición y el derramamiento de sangre, una figura que parecía tallada en la misma piedra del mausoleo que llamaba hogar: tosco, inflexible y frío. Unos pómulos altos y una mandíbula fuerte le daban una apariencia llamativa, casi depredadora, pero eran sus ojos lo que dominaba. Penetrantes e implacables, parecían taladrar el alma de un hombre, despojándola de toda farsa y exponiendo lo que hubiera debajo. No había suavidad allí, ni rastro de amabilidad, solo una mirada atormentada que hablaba de incontables batallas, traiciones y horrores superados.

—Estás en lo cierto —dijo Lepidus—. Hay algo en lo que podría necesitar de tus, digamos, habilidades particulares, pero primero quería verte por mí mismo, para comprobar si queda algo del hombre que una vez conocí, o si has perdido hasta la última chispa de humanidad que alguna vez pudiste albergar.

—Eso no me corresponde juzgarlo a mí —dijo Veteranus—, ni a ti, para el caso, así que expón tu situación y acabemos de una vez. Tengo vino que beber y demonios con los que luchar. —Su mirada penetrante nunca flaqueó, inmovilizando a Lepidus en el sitio como si lo desafiara a hablar.

Lepidus inspiró lentamente, con la compostura aparentemente intacta a pesar de la tormenta que se agitaba en su interior. Ya había tratado con Veteranus antes, hacía muchos años, en circunstancias que prefería no rememorar, pero el hombre que ahora tenía delante parecía más quebrado que nunca, un hombre en guerra consigo mismo, luchando contra demonios que hacía tiempo se habían cobrado la mayor parte de su alma. Aun así, sabía de lo

que Veteranus había sido capaz. Nadie más poseía sus habilidades particulares, su capacidad para convertir el caos en un arma y empuñarla con precisión. Ese hombre todavía estaba ahí en alguna parte, bajo la mugre y las cicatrices, y Lepidus contaba con encontrarlo. Miró alrededor del mausoleo, como si las propias sombras pudieran oírlo, antes de hablar finalmente.

—Hay un complot —dijo en voz baja—. Contra el emperador.

La expresión de Veteranus no cambió, pero un destello de algo, una sombra de interés, tal vez, pasó por sus ojos. No dijo nada, dejando que Lepidus continuara.

—Es más que rumores —añadió Lepidus—. Hay movimiento, preparativos. No sé hasta dónde llega, pero es real. He oído lo suficiente como para estar seguro de ello.

Veteranus ladeó ligeramente la cabeza y sus labios se torcieron en una leve mueca de desdén.

—¿Y crees que me importa?

—Te importa lo suficiente como para escuchar —replicó Lepidus—. Y viendo esta inmundicia —dijo, señalando con un gesto el desorden del suelo—, imagino que te importará lo bastante como para escuchar lo que tengo que ofrecerte.

Veteranus soltó una risa sombría, un sonido carente de humor.

—No te hagas ilusiones, senador. Me quedé porque estaba aburrido. —Señaló el odre de cuero que ahora yacía en el suelo—. Y todavía me quedaba algo de vino.

Lepidus ignoró la pulla y avanzó un paso.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad —dijo—. Te quedaste porque aún hay algo en ti que reconoce el deber. O, al menos, la venganza. Sea como sea, como mínimo, escucha lo que tengo que decir y luego emite tu juicio.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un desafío, retando a Veteranus a responder. No lo hizo, no de inmediato. En su lugar, se dio la vuelta y caminó lentamente hacia la puerta podrida del mausoleo. Sus dedos recorrieron la áspera superficie del muro de piedra mientras se movía, como si se aferrara al mundo tangible para mantener a raya a sus fantasmas.

—O estás desesperado o estás loco por venir a mí con esto, Lepidus —dijo Veteranus—. Quizá ambas cosas. ¿Qué te hace pensar que voy a ayudarte?

—Porque eres el mejor —dijo Lepidus con sencillez—. Siempre lo has sido. Y si creyera que hay otra manera, no habría venido. Pero hay algo más, algo que no se puede comprar con todo el oro del mundo, algo que hará que me supliques que te dé otra oportunidad.

Veteranus se volvió para encararlo, entrecerrando sus ojos atormentados. Por un momento, el silencio fue tan profundo que pareció engullir los tenues sonidos de la ciudad más allá de los muros del mausoleo. Luego, con un leve suspiro, Veteranus se pasó una mano por su largo y enmarañado cabello y masculló:

—Empieza a hablar.

Lepidus se paseaba por el borde del oscuro mausoleo, sus botas rozando débilmente el desmoronado suelo de piedra mientras miraba a su excamarada, como si estuviera calibrando la forma más segura de acercarse a una bestia enjaulada. Veteranus permanecía inmóvil, con una expresión ilegible, mientras sus ojos penetrantes seguían cada uno de los pasos de Lepidus.

—Hemos recibido fragmentos de información —comenzó Lepidus—, rumores, insinuaciones, nada concreto. Pero todos apuntan a una cosa: se está gestando una tormenta en el corazón de Roma, una que destronará al mismísimo emperador.

Veteranus no reaccionó, aunque sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Un senador —continuó Lepidus, deteniéndose para mirar las sombras que se acumulaban en los rincones de la estancia—, uno con una conocida vena rebelde, está moviendo hilos. No sabemos si pretende ocupar el cargo él mismo o instalar a otro, una marioneta, quizá. Pero lo que sí sabemos es que no son meras palabrerías. Hay un propósito detrás, un impulso. Puedo sentirlo, y necesito a alguien que le dé cuerpo al asunto, que averigüe quién está implicado y qué planean hacer exactamente.

Veteranus lo miró fijamente, con el rostro como una máscara de indiferencia.

—¿Y qué hay de tu legión de espías o tu red de informantes? Seguro que han estado cumpliendo con su parte.

—Tenemos ojos y oídos en los pasillos del poder —dijo Lepidus—, pero, hasta ahora, la gente se guarda sus asuntos para sí misma y la información es difícil de conseguir. Necesitamos a alguien que los anime a hablar, por así decirlo.

—Ya tienes hombres capaces de usar la violencia —dijo Veteranus—. ¿Y qué hay del Occultum?

Lepidus dejó de pasearse y se volvió para encararlo.

—No están aquí —admitió—. La mayoría de mis hombres de confianza están ocupados en Britania. La situación allí me ha dejado corto de personal y no queda nadie en Roma en quien pueda confiar; al menos, no para algo tan delicado.

Veteranus esbozó una sonrisa burlona, aunque el gesto no le llegó a los ojos.

—Y por eso vienes a mí. Por desesperación.

—Por necesidad —corrigió Lepidus—. Conoces Roma tan bien como yo, incluso mejor. Y sabes qué clase de hombre se necesita para esto. Silencioso. Despiadado. Capaz de moverse y operar en las sombras.

Veteranus enarcó una ceja ante aquello, pero por lo demás su expresión permaneció impasible mientras Lepidus se acercaba y bajaba la voz.

—Este complot no es solo una amenaza para el emperador, Veteranus. Es una amenaza para la propia Roma. Si permitimos que se encone, que crezca sin control, podría desgarrar el Senado y el imperio.

Veteranus se apartó de la pared con un impulso y dio un solo paso hacia delante. Su presencia era palpable, una mezcla de poder puro y peligro que hizo que hasta Lepidus se tensara instintivamente.

—¿Y qué quieres exactamente de mí? ¿Información? ¿Sangre?

Lepidus le sostuvo la mirada, sin inmutarse.

—Primero, necesito saber qué es real. Quién está implicado. Hasta dónde llega esto. Una vez que sepamos eso, entonces hablaremos de lo que hay que hacer. —Hizo una pausa; sus

siguientes palabras estaban cargadas de significado—. Pero para llegar a ese punto, necesito a alguien en quien pueda confiar. Alguien a quien no se pueda comprar ni asustar.

Durante un largo instante, ninguno de los dos habló. El aire entre ellos estaba tenso, crepitante por una tensión tácita. Finalmente, Veteranus rompió el silencio con una risa seca y negó con la cabeza.

—No necesitas a alguien a quien no se pueda asustar —dijo —. Necesitas a alguien a quien le dé igual vivir o morir. —Lanzó a Lepidus una mirada elocuente—. Si hago esto, Lepidus, ¿qué tienes tú que pueda hacerme siquiera considerar volver a una vida que tan desesperadamente quise dejar atrás? Tengo suficiente dinero para comida y vino, hago lo que quiero, cuando quiero, y sé que ni un solo hombre en Roma puede juzgarme a mí o mis actos. ¿Qué me ofreces que pueda hacerme cambiar de opinión sobre todo esto y evitar que te corte el cuello aquí y ahora?

Lepidus sostuvo la mirada penetrante de Veteranus sin inmutarse, aunque su pulso se aceleró ante la amenaza. Sabía que este momento llegaría, se había preparado para ello, pero el peso de lo que iba a decir todavía se le asentaba como plomo en el pecho. Se acercó un paso más.

—Tienes razón —dijo—. Te has construido una vida libre de las cadenas del juicio, de la obligación. Eres intocable en este abismo plagado de inmundicia que has elegido llamar hogar. Pero a pesar de toda tu libertad, hay una cosa que no tienes. Algo que el dinero, el poder o incluso la sangre no pueden comprar.

La expresión de Veteranus se ensombreció y su mano se aferró con más fuerza a la empuñadura de la daga que había desenvainado momentos antes.

—Habla claro, Lepidus —gruñó—. O veremos hasta dónde te lleva tu labia con una hoja en el cuello.

Lepidus asintió lentamente y respiró hondo antes de continuar.

—Hay alguien ahí fuera, Veteranus, alguien de cuya existencia no sabías nada. Tienes un hijo.

Por primera vez, un destello de algo resquebrajó la dura fachada de Veteranus, una emoción demasiado fugaz para ponerle nombre, que desapareció tan rápido como había surgido. Se mofó y negó con la cabeza, pero ahora había un matiz cortante en su voz.

—Mientes. Si crees que airear la existencia de un niño fantasma me doblegará a tu voluntad, has cometido un grave error.

—No miento —dijo Lepidus con firmeza—. El niño existe, Veteranus. Está vivo y es fuerte, como tú. Pero a diferencia de ti, él tiene una oportunidad, una oportunidad de ser más de lo que el mundo intentó hacer de ti. Una oportunidad de elevarse por encima de las sombras que a ti te engulleron por completo.

Veteranus lo miró fijamente, entrecerrando los ojos como si buscara grietas en la determinación de Lepidus. La tensión en la habitación era palpable, cada aliento una batalla de voluntades.

—Y sabes dónde está —dijo Veteranus finalmente—. Eso es lo que es esto, ¿no? Tu baza. Dime, Lepidus, ¿por qué debería importarme un niño que no he visto en mi vida?

Lepidus retrocedió un paso lento, dándole al otro hombre espacio para procesar lo que acababa de oír.

—Porque —dijo en voz baja—, a pesar de lo que te dices a ti mismo, sospecho que todavía queda un hombre ahí dentro. Uno al que no solo lo atormenta lo que ha hecho, sino también lo que ha perdido. Vives la vida como si ya no tuvieras nada que perder, Veteranus. Pero ahora sabes que eso no es cierto.

Los ojos atormentados de Veteranus centellearon con emociones que no había sentido en mucho tiempo y sus dedos aflojaron la presión sobre la daga. Por primera vez en muchos años, su voz flaqueó.

—Ese muchacho que afirmas que es de mi sangre. ¿Sabes dónde está?

Lepidus le sostuvo la mirada, sin vacilar.

—Ayúdame, Veteranus —dijo—. Solo haz esto por mí y te lo contaré todo.

Capítulo Once

Britannia

Cassius se despertó de un sobresalto al sentir un firme agarre en el hombro, con el corazón latiéndole desbocado por un pánico inmediato. Había relevado a Séneca en la guardia una hora antes, pero el agotamiento pudo más que él y, para su espanto, era evidente que se había quedado dormido. Su mano buscó instintivamente la empuñadura de su gladius y se le cortó la respiración mientras el miedo le recorría las venas. Pero, antes de que pudiera moverse, una mano se le aferró al pecho y lo obligó a tumbarse de nuevo en el suelo. Alzó la vista hacia los ojos de Sica y vio cómo el sirio se llevaba un dedo a los labios para advertirle de que no emitiera el más mínimo sonido.

Cassius se quedó helado, reprimiendo el pánico que amenazaba con desbordarse. Siguió la mirada de Sica hasta la puerta entreabierta y, más allá, bajo la fría luz de la mañana, vio una columna de guerreros celtas apostada junto al cercado de la granja.

Cassius sintió un vuelco en el estómago y el pulso le retumbó en los oídos. Abrió la boca para hablar, pero la mano de Sica permaneció firme sobre él y lo obligó a permanecer tumbado. Le señaló el montón de paja y, a continuación, con una calma deliberada, los dos hombres retrocedieron lentamente hasta el lugar donde los demás yacían ocultos. Séneca, ya completamente alerta, oteó la escena a través de la paja antes de volverse y susurrar por encima del hombro:

—Vienen hacia aquí.

Falco le devolvió la mirada, con el rostro pálido bajo la suciedad y la mugre.

—¿Cuántos son?

—Demasiados —respondió Séneca—. Una docena, como mínimo.

—Que vengan —dijo Falco—. Nos hemos enfrentado a fuerzas más numerosas.

—No —siseó Séneca—. Como se escape uno solo, dará la voz de alarma y estaremos muertos. —Hizo un gesto brusco hacia la paja que los rodeaba—. Enterraos más. Ni un ruido, ni un movimiento. ¿Entendido?

Los hombres obedecieron en silencio y se hundieron más en la paja áspera. Tenían las espadas desenvainadas, bien sujetas bajo aquella cubierta improvisada, y el frío acero era su único consuelo.

Un silencio sepulcral se apoderó del granero, roto tan solo por el leve crujido de los pasos del granjero al entrar, seguido de cerca por dos guerreros. La presencia de estos llenó el espacio de una tensión asfixiante; sus anchas espaldas se recortaban contra la pálida luz que se derramaba por la puerta.

Séneca yacía bajo la paja, con todos los músculos en tensión, y su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales y contenidas. No se atrevía ni a pestañear mientras observaba las sombras de los hombres alargarse por el suelo; uno portaba una lanza y el otro, una espada.

El guerrero de la lanza avanzó, con el crujido de sus botas apenas audible sobre el suelo de tierra, y recorrió el granero con una mirada larga y evaluadora. Sus ojos pasaron por encima de la paja y se detuvieron durante lo que pareció una eternidad antes de girar la cabeza hacia los establos. Su compañero lo siguió y murmuró algo en su lengua gutural que Séneca no logró entender del todo.

A Séneca se le crisparon los dedos en la empuñadura de su espada, con los nudillos blancos por la presión contra el pomo. El impulso de atacar, de saltar y dar el primer golpe, lo atenazaba como un torno. Si esperaban demasiado, perderían el factor sorpresa y serían masacrados como animales acorralados.

Dirigió la mirada hacia Sica, a quien apenas distinguía a su izquierda, y vio que este negaba casi imperceptiblemente con la cabeza. Espera.

El guerrero que empuñaba la lanza se acercó; sus botas estaban ya a escasos metros de la posición de Séneca. Escrutó las sombras, inspeccionó cada rincón del granero y, durante un instante

agónico, su mirada pareció clavarse directamente en el lugar donde los Occultum permanecían ocultos.

A Séneca se le entrecortó el aliento y su cuerpo se contrajo como un resorte. El guerrero dio un paso más y alzó ligeramente la lanza como para hurgar en la paja. Séneca se tensó, con la decisión de atacar prácticamente tomada, pero, justo cuando estaba a punto de lanzarse al ataque, un segundo guerrero lo llamó con voz ronca y señaló hacia uno de los establos. El primero se volvió, captado su interés, y juntos se dirigieron a inspeccionar el único caballo del granjero.

El alivio se mezcló con el temor cuando Séneca comprendió que no los buscaban a ellos. Su atención se centraba en el animal, una yegua robusta de pelaje oscuro y lustroso. El guerrero gruñó en señal de aprobación y alargó la mano para acariciar el cuello del caballo.

Siguió un tenso intercambio antes de que uno de los guerreros sacara una pequeña bolsa de cuero de su cinturón y la abriera para revelar un puñado de monedas tintineantes. Con un reacio asentimiento, el granjero aceptó el pago, con las manos temblándole ligeramente mientras se metía la bolsa en la túnica. El segundo guerrero agarró las riendas del caballo y lo sacó del establo con un gruñido de satisfacción. La yegua resopló suavemente, y el repiqueteo de sus cascos contra el suelo del granero resonó mientras se la llevaban.

Los Ocultos permanecieron inmóviles bajo la paja, cada hombre conteniendo la respiración mientras el trío salía del granero y, a medida que el tintineo de los cascos y el eco de las voces se desvanecían en el silencio, se permitieron un momento para exhalar.

El débil ladrido de un perro los sobresaltó momentáneamente, pero solo era el granjero que salía de nuevo de su casa, flanqueado por sus dos hijos pequeños y su chucho desaliñado mientras se dirigían a los campos.

Los Ocultos esperaron hasta que estuvieron bien lejos de su vista antes de, uno por uno, sacudirse la paja y salir de sus escondites.

—Hemos sido descuidados —dijo Séneca—. Casi nos pillan.

—Ha sido culpa mía —admitió Cassius, cabizbajo—. Se suponía que yo debía vigilar.

—Todos hemos fallado —dijo Sica, atajándolo con una mirada seca—. Tenemos los nervios destrozados, y se nota. Pero no estamos muertos, así que aprendemos y seguimos adelante.

Se reunieron en un círculo poco definido, y su aliento formaba leves nubes de vaho en el aire gélido de la mañana.

—¿Y ahora qué? —preguntó Falco—. No podemos movernos de día, esto está plagado de celtas.

—Es poco probable que esos guerreros vuelvan pronto —dijo Séneca—, así que este lugar es tan seguro como cualquier otro. Nos quedaremos aquí hasta que anochezca y luego continuaremos.

—Necesitamos comida —dijo Falco—. No llegaremos lejos en este estado.

—Estoy de acuerdo —dijo Séneca—. Sica, ven conmigo. Vosotros, los demás, permaneced escondidos. Echaremos un vistazo a ver qué encontramos.

Los dos hombres salieron del granero y, tras inspeccionar la zona, se deslizaron por el lateral para explorar la granja, con la mirada saltando en todas direcciones en busca de movimiento.

Cerca del borde del granero, vieron un corral lleno de patos que se contoneaban perezosamente, con el recinto parcialmente a la sombra de una desvencijada estructura de madera. Había huevos esparcidos por doquier, algunos acomodados en el heno, otros sobre la tierra desnuda. Sica y Séneca cogieron un puñado cada uno y se los guardaron en los pliegues de sus túnicas.

Casi de inmediato, pudieron ver cerdos en un campo cercado, resoplando y hozando en la tierra blanda. Una docena de lechones corrían a su alrededor, chillando de alegría por su libertad, y a un lado podían ver varias pocilgas, lo que sugería que había aún más animales. Los animales eran grandes, estaban bien alimentados y protegidos por una robusta valla de madera.

Séneca los observó por un momento, tentado, pero Sica negó con la cabeza.

—Demasiado ruidosos —susurró—. Un solo chillido y estamos acabados.

Continuaron explorando la granja, siempre alerta ante cualquier señal de movimiento o sonido. No parecía haber nadie más, y regresaron al granero con los huevos.

Los demás recibieron su regreso con silenciosa impaciencia, pues el hambre les roía las entrañas tras la fría odisea de la noche. Cada hombre cogió un huevo y vació su contenido en su boca; la textura cruda y viscosa les hizo hacer una mueca. Pero era sustento y, por ahora, era lo único que importaba.

—Hay cerdos —dijo Séneca—, pero matar a uno alertará a cualquiera que esté lo bastante cerca para oírlo. Sin embargo, hay patos de sobra, así que si cogemos uno esta noche, podremos estar bien lejos antes de que se den cuenta del robo.

—Dos —dijo Falco.

—¿Cómo? —preguntó Cassius, volviéndose hacia Falco.

—Cogemos dos patos —dijo Falco—. Uno para vosotros y el otro para mí. Necesito más que vosotros, que soy un hombre como Dios manda.

Séneca sonrió brevemente ante el intento de broma antes de continuar.

—Descansamos mientras podamos y esta noche seguimos adelante.

Más tarde esa noche, salieron del granero al amparo de la oscuridad, con los bultos a la espalda. El granjero y sus hijos se habían retirado hacía ya mucho, y los campos estaban silenciosos, salvo por el susurro del viento en la hierba. De la sarcina de Sica colgaban dos patos muertos que habían logrado cazar esa misma tarde, pero, a pesar de la promesa de carne, Falco se mantenía extrañamente callado y, cuando apenas habían avanzado un centenar de pasos por el bosque, se detuvo de repente y dejó caer su sarcina al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Cassius a sus espaldas.

—Nada —dijo Falco—. Solo tengo que hacer una cosa. Vosotros seguid, ya os alcanzaré. —Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y echó a correr por donde habían venido.

El resto del grupo se detuvo y se echó a tierra mientras Séneca regresaba por la fila.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé —dijo Cassius—. Falco estaba aquí hace un momento y de repente ha desaparecido. Ha dicho que siguiéramos, que ya nos alcanzaría.

—¿Qué estará tramando ese idiota ahora? —siseó Sica.

Séneca maldijo, pero sabía que Falco era uno de sus hombres más experimentados y no se pondría en peligro. Miró a su alrededor antes de tomar una decisión.

—Seguiremos hasta el río —dijo— y lo esperaremos allí. Cassius, trae su sarcina. —Tomada la decisión, continuaron a través del bosque, que se oscurecía a medida que avanzaban.

El bosque permanecía en un silencio sepulcral mientras el grupo seguía su camino hacia el río, pero apenas habían recorrido la mitad del trecho cuando un ruido a sus espaldas los hizo detenerse y darse la vuelta de golpe, echando mano a las armas. Antes de que nadie pudiera articular palabra, el crujido de ramas y el estruendo de pisadas irrumpieron entre los árboles y una figura familiar apareció de la nada.

—¿Falco? —siseó Sica, con el asombro pintado en el rostro.

Falco pasó corriendo a su lado como un poseso, con una sonrisa salvaje en la cara y un lechón pequeño y regordete echado sobre los hombros. Tenía la garganta limpiamente seccionada y la sangre aún chorreaba por la túnica de Falco.

—¡Corred! —gritó, arrebatándole la sarcina a Cassius al pasar —. ¡A no ser que os apetezca conocer al granjero y su maldita horca!

Por un segundo, los Occultum se quedaron paralizados, atónitos. Entonces, a sus espaldas, llegó el lejano pero inconfundible sonido de una voz airada que vociferaba maldiciones, acompañada por el ladrido furioso de un perro.

—¡Por Júpiter, Falco! —siseó Sica mientras salía disparado tras él. Los demás no necesitaron más para reaccionar y se lanzaron a una carrera frenética e improvisada a través de la maleza.

—¿Hacía falta de verdad? —espetó Séneca mientras corría junto a Falco, esquivando una rama baja—. Ya teníamos carne.

—Ya te lo he dicho —dijo Falco saltando un pequeño arroyo—. Estoy en edad de crecer y un par de patos escuchimizados no van a ser suficientes. Ahora corre más rápido, ¡a no ser que quieras explicarle a ese granjero por qué le hemos tomado prestado su cerdo premiado!

A pesar del caos, algunos de los hombres no pudieron evitar reírse; lo absurdo de la situación rompió momentáneamente la tensión de su aprieto.

A medida que los gritos y los ladridos comenzaron a desvanecerse, Séneca redujo ligeramente la marcha, con una expresión que era una mezcla de exasperación y diversión a regañadientes.

—Si sobrevivimos a esto, Falco, cocinarás ese cerdo tú mismo.

Falco sonrió por encima del hombro, y el lechón se zarandeó mientras corría.

—¿Quién ha hablado de cocinar? —replicó—. Tengo tanta hambre que podría comérmelo entero y crudo.

Dicho esto, los Occultum continuaron adentrándose en el bosque y sus risas se desvanecieron entre las sombras, dejando a su paso a un granjero completamente perplejo y enfurecido.

Unas horas más tarde, se aproximaron de nuevo al río para continuar su viaje aguas abajo, pero, a medida que se acercaban, se les cayó el alma a los pies. El trozo de maleza donde la habían escondido estaba vacío; la única prueba de su presencia era una leve hendidura en la tierra. Sica se agachó para inspeccionar el suelo con ojo experto.

—No hay huellas —murmuró—. Se la tiene que haber llevado el río.

—Pero si la hemos dejado por encima del nivel del agua —dijo Atticus.

—Hay mareas más altas que otras —replicó Sica—. Sencillamente, hemos tenido mala suerte.

Falco masculló una maldición y dio una patada a una piedra suelta.

—Entonces, ¿ahora qué? Esa balsa era nuestra única forma de bajar por el río sin que nos vieran.

Sica se puso de nuevo en pie.

—Siempre hay otra manera —dijo con la mirada recorriendo el oscuro río—. Pero tenemos que pensar en algo rápido.

Capítulo Doce

Roma

La taberna estaba en penumbra, sin su clientela habitual, lo que dejaba un aire de abandono. La luz parpadeante de una solitaria lámpara de aceite iluminaba las toscas mesas de madera y proyectaba sombras largas y dentadas contra las paredes. Lepidus entró con cautela, escudriñando el lugar con la mirada, pero no había forma de confundir la figura sentada en el rincón más alejado.

Veteranus parecía distinto, más limpio. Su pelo, aunque aún largo, lo llevaba recogido, y su rostro, curtido por años de violencia y abandono, estaba recién afeitado. Su túnica era sencilla pero impoluta, y las correas de cuero de su cinturón, pulidas y en orden. Sin embargo, a pesar de todos los cambios externos, era inconfundible la amenaza que todavía se aferraba a él como una segunda piel.

Lepidus se acercó a la mesa y se sentó frente a Veteranus, que se reclinó en la silla con una mano apoyada en la mesa y la otra sujetando despreocupadamente una copa de barro medio llena.

—Tienes... mejor aspecto —comentó Lepidus, señalando con un vago gesto la apariencia más aseada de Veteranus—. Quizá, después de todo, la civilización te siente bien.

Veteranus se quedó mirando fijamente al senador.

—No me hagas perder el tiempo con cumplidos, Lepidus. Háblame de mi hijo.

Lepidus vaciló una fracción de segundo, lo justo para que Veteranus se inclinara hacia delante con una intensidad palpable.

—¿Dónde está? —prosiguió—. Fuiste tú quien me habló de él en primer lugar, así que ahora dame la información que quiero.

—¿Acaso no confías en mí? —preguntó Lepidus.

—¿Confiar? —resopló Veteranus, reclinándose de nuevo, aunque sin apartar la mirada—. Si me dijeras que el cielo es azul, saldría a la calle para comprobarlo.

—¿Entonces por qué has accedido a reunirte conmigo?

La expresión de Veteranus se ensombreció y sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de la copa.

—Porque quiero saber más, pero tanto tú como yo sabemos que te mataré si me mientes.

La amenaza quedó suspendida en el aire, tan pesada y fría como los muros de piedra que los rodeaban. Lepidus escogió sus siguientes palabras con cuidado.

—Tu hijo está vivo —dijo— y sé dónde se encuentra. Pero no es tan sencillo.

—Ahórrame los acertijos, senador —gruñó Veteranus—. Lo has estado usando como cebo.

—No he venido aquí a jugar contigo —dijo Lepidus—. He venido porque te necesito. Y sí, tengo algo que quieres, pero eso no me convierte en tu enemigo.

—Me necesitas para tu caza de rebeldes —dijo Veteranus—. Pero un trato es cosa de dos. Cuéntame más o me largo de aquí ahora mismo.

La tenue luz de la taberna pareció oscurecerse aún más y las sombras se agolparon en su rostro.

—El chico está bien y a salvo —dijo Lepidus finalmente—. Eso te lo puedo decir.

—Eso ya lo has dicho —replicó Veteranus—. Pero ¿dónde, Lepidus? ¿Dónde exactamente?

Lepidus le sostuvo la mirada con firmeza, aunque podía sentir la tensión que emanaba de aquel hombre como un resorte a punto de saltar.

—Están en una granja —respondió con un suspiro—. En el sur de Italia, cerca de Paestum. Una pequeña propiedad con olivares y unas cuantas ovejas. Es un lugar tranquilo, Veteranus. Lejos del alcance de hombres como tú y como yo.

La penetrante mirada de Veteranus se entrecerró.

—Sabes más. Háblame de ellos. Háblame de *ella*.

Lepidus vaciló al sentir el cambio en el ambiente, la corriente de emoción que Veteranus se esforzaba tanto por reprimir.

—El chico se llama Lucius. Su madre... se llama Silvia.

El nombre golpeó a Veteranus como un puñetazo. Se le tensaron los hombros, como si intentara impedir que el recuerdo lo abrumara.

—Silvia —repitió—, ¿cómo acabó allí? Estaba en Roma cuando me fui.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada —dijo Lepidus—, supe lo que significaba, de quién era el niño. También supe que no estaba a salvo, no en Roma. Había demasiados ojos, demasiados oídos, hombres que podrían haber utilizado al niño en tu contra.

Los ojos de Veteranus ardían de recelo.

—¿Y tanto te importaba yo? Me cuesta creerlo, Lepidus.

—No se trataba de ti —dijo Lepidus con brusquedad, con un deje de frustración en el tono—. Se trataba de proteger a una mujer inocente y a su hijo nonato. Hice que la llevaran al sur. Le encontré un hogar con un hombre decente, un granjero viudo y sin hijos propios. Un hombre que la acogería sin hacer preguntas.

Los labios de Veteranus se torcieron en una sonrisa amarga.

—¿Y así sin más aceptó a una mujer embarazada y crio al hijo de otro hombre como si fuera suyo?

—Así fue —replicó Lepidus—. Porque la amaba. Y porque Silvia tiene el don de sacar lo mejor de la gente. Se labró una vida allí, Veteranus. Es feliz. El niño, tu hijo, también es feliz. No han tenido motivos para tener que cuidarse las espaldas.

Veteranus clavó la vista en la mesa, apretando las manos en puños, con las cicatrices de los nudillos blancas contra la madera ensombrecida.

—¿Y crees que eso te absuelve? ¿Que tenías derecho a decidir adónde iba o con quién estaba?

Lepidus se reclinó, con una expresión suavizada, pero firme.

—No tenía el derecho —admitió—, pero tenía la capacidad. E hice lo que creí mejor para mantenerla con vida. Para mantener a *tu hijo* con vida.

La mirada de Veteranus se alzó lentamente y, por un instante, Lepidus vio un atisbo de vulnerabilidad tras el muro de ira y dolor.

—Deberías habérmelo dicho —dijo.

—¿Habrías escuchado? —replicó Lepidus con suavidad—. ¿Habrías abandonado la vida que llevabas para criar a un niño en paz?

Veteranus no respondió. Apartó la mirada de nuevo, hasta que finalmente, tras un largo silencio, contestó:

—Si lo que dices es verdad... si están a salvo... entonces te asegurarás de que sigan así. ¿Me entiendes?

—Te entiendo —respondió Lepidus.

Veteranus exhaló, con el peso de los años oprimiéndolo visiblemente.

—En ese caso —dijo—, escucharé tu petición, y si decido hacer lo que me pides, cuando regrese volveremos a hablar. Pero si descubro que me has engañado... —dejó la frase en el aire, la amenaza implícita, no pronunciada.

—Entendido —dijo Lepidus. Se inclinó hacia él—. Esto es lo que sabemos hasta ahora. —Y durante los diez minutos siguientes, puso a Veteranus al corriente de cada rumor, cada susurro y cada dato de inteligencia que su red de informadores le había proporcionado. Cuando terminó, Veteranus le lanzó una mirada escéptica.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que tenemos —dijo Lepidus—, pero el linaje de esos informadores es irreprochable. La amenaza es real, Veteranus, solo queremos que averigües qué está pasando exactamente.

—¿Y si descubro que hay algo de verdad en el asunto? ¿Qué quieres que haga?

Lepidus hizo una pausa y se quedó mirando al hombre que una vez había condenado a muerte.

—Quiero que te encargues de ello —dijo finalmente—, de la forma que sea, usando cualquier recurso o método que tengamos a nuestra disposición.

—¿Sin hacer preguntas? —replicó Veteranus.

—Sin hacer preguntas —confirmó Lepidus.

—En ese caso —dijo Veteranus, poniéndose en pie—, tenemos un trato.

—Espera —dijo Lepidus mientras el hombre se volvía hacia la puerta—. ¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres? —preguntó Veteranus—. Tenéis un problema, queréis que se solucione, así que lo solucionaré.

—¿Pero cómo?

—Déjamelo a mí —dijo Veteranus—. Pero, como tú dijiste, nada de preguntas, ¿recuerdas?

Sin mediar más palabra, se dio la vuelta y salió de la taberna, dejando a Lepidus mirándolo fijamente, sin saber muy bien qué clase de monstruo acababa de desatar.

Capítulo Trece

Britania

Los miembros del Occultum se agazaparon entre la densa maleza, con la vista clavada en el río que aún les cerraba el paso. El agua refulgía tenuemente a la luz de la luna y su superficie, engañosamente tranquila, ocultaba la corriente que se había tragado su balsa. En la otra orilla se extendía el denso bosque que ofrecía seguridad o, al menos, más seguridad que el territorio de los trinovantes en el que ahora se hallaban atrapados.

Séneca, en cuclillas y con los brazos apoyados en las rodillas, examinó al grupo. Estaban cansados, húmedos y ateridos de frío, y su determinación se veía puesta a prueba por la incesante sucesión de infortunios.

—Nadar no es una opción —dijo Séneca con gravedad—. No con una corriente tan fuerte y con nuestras armas y *sarcinae* lastrándonos. O nos ahogaríamos o lo perderíamos todo. Y no podemos ir ni río arriba ni río abajo; esta orilla está demasiado poblada. Tenemos que cruzar.

—Podríamos hacer una balsa con las *sarcinae* —propuso Sica —. Ya lo hemos hecho antes.

—En aguas más lentas, sí, pero esta corriente es rápida —replicó Séneca.

—Entonces busquemos un recodo en el río que nos impulse directos a la otra orilla —dijo Sica—. Ya sabes cómo funciona.

Séneca sopesó la idea, asintiendo con lentitud.

—No es lo ideal —dijo al cabo—, pero es lo que tenemos. Ataremos los macutos con correas y capas. Nos mantendrán a flote el tiempo suficiente para cruzar, siempre que el río no sea demasiado ancho.

El grupo se levantó y emprendió una cautelosa marcha por la ribera del río en busca de un cambio adecuado en su curso. El bosque los cercaba y sus nudosos árboles proyectaban sombras

esqueléticas bajo la tenue luz de la luna. Cada susurro de hojas y cada crujido de una ramita parecían resonar con más fuerza en el opresivo silencio, y cada sonido crispaba aún más los ya tensos nervios de los hombres.

Al cabo de un rato, Sica alzó una mano para detener al grupo. Se agachó e indicó un recodo más adelante, donde el río se curvaba bruscamente, empujando la corriente contra la orilla lejana antes de seguir su curso.

—Aquí es —susurró.

Los hombres se acercaron sigilosamente, escudriñando la orilla opuesta en busca de cualquier señal de movimiento. Cuando se cercioraron de que estaba despejada, se pusieron manos a la obra: metieron sus ropas en los macutos y los ataron todos juntos para formar una balsa de *sarcinae* más pequeña, pero funcional.

Falco trabajaba con rápida eficacia, echando un vistazo de vez en cuando al oscuro bosque.

—Esta cosa no va a ganar ningún premio de artesanía —masculló—, pero debería mantenernos a flote.

—Tú céntrate en que aguante —replicó Séneca—. No buscamos comodidad.

Finalmente, la balsa estuvo lista. Se mecía ligeramente en el agua mientras comprobaban su estabilidad. Sica miró a Séneca, que asintió con un gesto seco.

—Vamos —dijo—. En silencio.

—Esperad —dijo Falco. Y, mientras el resto de los hombres observaba, colocó con cuidado el cadáver del lechón encima y lo ató firmemente con un trozo de cuerda.

—Bien —dijo—. Ahora sí, podemos irnos.

Instantes después, los seis hombres se adentraron en el río, cada uno de ellos agarrado con una mano a la balsa de *sarcinae*. El fardo de macutos flotaba en el agua, sostenido por las bolsas de aire naturales de su interior y protegido de la saturación por las capas impermeables que lo envolvían, pero todos sabían que era una medida temporal y que solo duraría unos minutos antes de que las filtraciones de agua lo volvieran demasiado pesado y se hundiera

hasta el fondo. A pesar de ello, habían practicado la técnica muchas veces y sabían que, si lo hacían correctamente, cruzarían con bastante facilidad.

—Patead —siseó Séneca, y todos los hombres empezaron a dar patadas, sumando su fuerza al impulso de la balsa. Mientras la corriente los arrastraba río abajo, se acercaban a la orilla opuesta.

—¡Más fuerte! —espetó Séneca al sentir un cambio en la corriente del río y, con un último empujón, sintieron cómo sus pies tocaban el lecho limoso y el frío abrazo del agua los liberaba a regañadientes contra la orilla opuesta. La balsa de *sarcinae* amarradas había resistido, pero por los pelos, y los hombres se desplomaron en la orilla fangosa, boqueando en busca de aire.

Falco fue el primero en ponerse boca arriba, con el pecho subiéndole y bajándole con violencia.

—Bueno —masculló entre jadeos—, no ha estado tan mal. Solo he creído que me ahogaba... dos veces.

—¿Dos veces? —gruñó Sica, arrastrando la balsa de *sarcinae* más adentro en la orilla—. Te aferrabas a esto como si fuera tu amante desaparecida.

Séneca se puso en pie, con el agua goteándole de la barba, e hizo un gesto hacia la linde del bosque.

—Basta de cháchara. Aquí estamos al descubierto. Coged vuestras *sarcinae* y dirigíos a la espesura. ¡Vamos!

El grupo obedeció; desataron sus mochilas con los dedos entumecidos sobre las correas empapadas. Sus movimientos eran lentos y tenían los músculos agarrotados por el frío, pero trabajaron con urgencia, sabiendo que cada instante en la ribera desprotegida aumentaba su vulnerabilidad.

Una vez liberados de sus cargas, se dirigieron a la espesura más cercana, una densa mancha de maleza que prometía ocultación. Séneca los guio, abriéndose paso entre el follaje hasta que estuvieron lo bastante adentrados como para sentirse a cubierto.

—Esto servirá —dijo, agachándose bajo una rama baja.

No hizo falta decírselo dos veces. Dejaron caer sus *sarcinae* y sacaron su ropa seca, tiritando cada uno mientras el aire nocturno les calaba la piel húmeda. Falco maldecía entre dientes,

murmurando que los dioses lo castigaban por haber robado el lechón, mientras que Sica trabajaba en silencio, con sus movimientos tan eficientes como siempre.

—No perdáis el tiempo —dijo Séneca—. Entrad en calor y preparaos. No nos quedaremos aquí mucho tiempo.

Cassius rió con sarcasmo mientras se ponía una túnica seca.

—Eres un verdadero rayo de sol, Séneca. Recuérdame que te invite a mi próximo festín.

—Si no encontramos esa fuerza de invasión, no habrá un próximo festín —replicó Séneca.

En unos instantes, los hombres estaban vestidos y sus *sarcinae* reempaquetadas, aunque ahora más ligeras, pues se habían deshecho de algunas provisiones para aligerar la carga. Se acurrucaron juntos brevemente, planeando la siguiente etapa de su misión para reunirse con sus compatriotas.

—Hemos superado un obstáculo importante —dijo Séneca—, pero quedan más por venir. Mientras tanto, encontraremos un lugar seguro donde pasar desapercibidos unos días y descansar un poco.

—Eso y un poco de ese cerdo del que se ha enamorado Falco —dijo Atticus.

—¿Quién ha dicho nada de compartir? —gruñó Falco—. Ese cerdito es mío y solo mío.

—Como sea —dijo Séneca—, hemos cruzado uno de los ríos principales; solo queda uno más.

Todos los ojos se volvieron para mirarlo conmocionados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cassius lentamente.

—Si no me equivoco —dijo Séneca—, acabamos de cruzar el Tamesis. Si las legiones desembarcaron donde creo que lo hicieron, están al otro lado del Medway. Lo bueno es que no está lejos de aquí.

—Otro río —suspiró Falco, dejando caer la cabeza—. A este paso, me saldrán membranas en los pies.

—La cuestión es que estamos mucho más cerca —dijo Séneca —. Mantened el ánimo y en marcha.

Se deslizaron de nuevo entre las sombras, y el bosque se los tragó otra vez mientras se adentraban más en territorio enemigo,

cada hombre plenamente consciente de que el respiro que la orilla del río les había ofrecido era solo temporal.

A varias leguas de distancia, el sol de la mañana despuntaba sobre las onduladas colinas mientras Plautius y Vespasiano, montados a caballo, escrutaban el paisaje que se extendía hasta el lejano río Medway. A su alrededor, el numeroso contingente de caballería romana aguardaba en disciplinado silencio; sus caballos piafaban de vez en cuando y el vaho de sus alientos se condensaba en el aire frío. En ambos flancos, jinetes auxiliares montaban una guardia atenta, y sus pertrechos, menos ornamentados, contrastaban con las pulidas armaduras de los oficiales romanos.

Plautius se ajustó la capa carmesí que le cubría los hombros, con la afilada mirada fija en el paisaje que se abría ante ellos. El terreno se desplegaba en un mosaico de bosquecillos, praderas abiertas y sinuosos caminos de tierra que culminaba en la ancha y centelleante cinta del río Medway en la lejanía. Desde su posición privilegiada en lo alto de la colina, la vista era imponente, pero apenas servía para disipar la tensión que se cernía sobre la campaña como un nubarrón de tormenta. A su lado, Vespasiano se protegía los ojos del sol con una mano enguantada. Su caballo se removió bajo él y le acarició el cuello con gesto ausente para calmarlo.

—Silencio —masculló, más para sí que para nadie—. Demasiado silencio.

El oficial a su izquierda, un tribuno de los *exploratores*, alzó una mano para señalar los puntos de referencia visibles en la distancia.

—Allí —dijo, apuntando hacia una arboleda que ocultaba parcialmente la orilla lejana del Medway—. El río se ensancha en ese punto y ofrece abundante cobertura. Nuestros exploradores no han informado de ninguna fortificación por ahora, pero si pretenden presentar batalla, esperaría que fuera ahí.

—¿Y las aldeas que hemos pasado por el camino? —preguntó Plautius.

—Desiertas —replicó Marcellinus—. No incendiadas, sino... abandonadas. Se ha llevado el ganado. Hay indicios de movimiento,

pero ninguna resistencia directa.

Vespasiano resopló con el ceño fruncido.

—No huyen —dijo—, nos observan. Nos ponen a prueba. —Barrió el horizonte con un gesto de la mano—. Cada loma boscosa, cada seto podría ocultar una partida de guerra. Están esperando el momento oportuno.

—Quizá —murmuró Plautius. Era un hombre conocido por su pragmatismo, por su habilidad para calcular riesgos sin que las emociones le nublaran el juicio—. O quizá nos estén atrayendo, arrullándonos con la idea de que el avance continuará sin oposición.

—Si intentan tendernos una trampa —dijo Vespasiano—, lo están haciendo bien. Mis hombres apenas han encontrado resistencia. Unas pocas escaramuzas con los forrajeadores, nada más.

Plautius dirigió la mirada hacia el norte, hacia el lejano brillo del Medway.

—Si nos están atrayendo, significa que confían en su posición. Eso quiere decir que el cruce será disputado. Y con fiereza.

Vespasiano asintió con gravedad.

—Da igual. Dejemos que se atrincheren. Les dará a las legiones algo que aplastar.

Plautius le dedicó una mirada de soslayo.

—Preferiría no hacer que los hombres vadeen un matadero si podemos evitarlo. La bravuconería no gana batallas, Vespasiano. La estrategia sí.

Vespasiano inclinó levemente la cabeza, concediendo el argumento.

—Entonces, debemos seguir avanzando. Mantenerlos en vilo sobre nuestro próximo movimiento.

Plautius asintió y luego centró su atención en el oficial de los *exploratores*.

—Doble las patrullas de reconocimiento. Quiero que se examine cada árbol, cada sombra, antes de que avancemos una legua más.

El oficial saludó con presteza antes de hacer girar su caballo y bajar la ladera al galope, ladrando órdenes a sus hombres. Mientras

los jinetes se dividían en grupos más pequeños y se dispersaban por la campiña circundante, Plautius permaneció inmóvil, con la vista fija en el horizonte.

—Cruzaremos el Medway muy pronto —dijo en voz baja, tanto para sí como para Vespasiano—. Pero cuando lo hagamos, no será en sus términos.

Capítulo Catorce

Roma

El sol del atardecer bañaba las columnas de mármol del Foro con una luz dorada y proyectaba largas sombras sobre la bulliciosa plaza. Lucius Vinicianus avanzaba entre la multitud con una arrogancia mesurada, con el borde de su toga senatorial arrastrándose ligeramente tras él al caminar. Mantenía la cabeza alta, con la barbilla lo suficientemente alzada para mostrar su desdén por quienes lo rodeaban. Para Vinicianus, las multitudes eran un desagradable mar de plebeyos y mercaderes, cuyo ruido era una irritación constante que debía soportar en el corazón de la ciudad.

Un grupo de sus guardaespaldas, escogidos uno a uno y ferozmente leales, lo rodeaba en una formación protectora. Eran hombres de ojos fríos y rostros adustos, con túnicas que ocultaban armas y músculos forjados por años de servicio legionario. Su presencia se abría paso de forma silenciosa y amenazante a través del caos del Foro y dispersaba con una sola mirada a vendedores, mendigos e incluso a algún que otro liberto.

Vinicianus disfrutaba del temor que infundía su presencia. Aunque despreciaba a la plebe, se deleitaba con su miedo y su envidia. Era un hombre ambicioso, despiadado y astuto, sin paciencia para aquellos que se interponían en su camino. Ya habían atentado contra su vida anteriormente: intentos torpes y mal ejecutados por necios que lo habían subestimado. Sonrió con disimulo al recordarlo. Ninguno había tenido éxito y todos habían pagado el precio. Ahora, sus guardaespaldas se aseguraban de que ninguna hoja ni veneno volviesen a amenazarlo jamás.

Al acercarse a la tribuna, el corazón de la vida política de Roma, aminoró la marcha un instante para examinar la escena. Un senador que reconoció, de menor importancia, insignificante, debatía con un pequeño grupo de oyentes. Un grupo de abogados discutía animadamente cerca de los tribunales, con las voces elevándose por

encima del estruendo de los mercaderes que pregonaban sus mercancías y los ciudadanos que cotilleaban. Nada de aquello le interesaba a Vinicianus. Tenía asuntos más importantes que atender.

Apartando la vista de la chusma, reanudó su camino hacia las habitaciones que tenía alquiladas, con paso firme y la mente puesta en el futuro. Las habitaciones eran una necesidad temporal; un hombre de su categoría merecía algo mucho mejor. Pronto, cuando las últimas piezas de su plan encajasen, dejaría atrás las estancias alquiladas de la ciudad por algo mucho más grandioso, algo digno de un hombre con su visión.

Una carcajada proveniente de una taberna cercana le crispó los nervios y su expresión se ensombreció. Uno de sus guardias lo miró, una pregunta silenciosa en sus ojos, pero Vinicianus negó con un leve movimiento de cabeza. Ahora no. Que rían los necios. Su regocijo sería efímero cuando el verdadero equilibrio de poder en Roma cambiase.

Al girar hacia una calle más tranquila que se alejaba del Foro, el ambiente cambió. La multitud se dispersó, el ruido se desvaneció y la imponente presencia de Vinicianus y su séquito se hizo aún más pronunciada. Incluso allí, en la relativa calma, la gente se apartaba a su paso, con la mirada baja. Su reputación lo precedía: era un hombre universalmente detestado, pero también universalmente temido.

Al acercarse al modesto pero seguro edificio que alquilaba para sus estancias en la ciudad, Vinicianus se detuvo en el umbral. Sus guardias adoptaron una rutina ensayada: dos de ellos se adelantaron para inspeccionar la entrada en busca de amenazas mientras los demás formaban un perímetro. Se permitió un momento de satisfacción. Que lo odiaran. El poder no era un premio para los débiles o los apreciados. Era para hombres como él, capaces de arrebatárselo sin vacilar.

Subió los escalones, con la espalda recta y la mente ya en la próxima sesión del Senado. Roma, en toda su inmundicia y esplendor, era suya para moldearla. Solo que ellos aún no lo sabían.

La estrecha calle se sumió en la quietud del atardecer, a excepción del suave arrullo de las palomas que se congregaban cerca de la joven sentada en el desgastado banco de piedra. Su belleza era sorprendente, con el cabello oscuro y reluciente bajo la luz mortecina, en perfecto contraste con su piel pálida. Llevaba un vestido sencillo, modesto pero bien entallado, que sugería una posición por encima de la plebe, pero no una de gran riqueza. Sus esbeltos dedos arrojaban migas de pan a las aves que tenía a sus pies, con una expresión serena pero vigilante, como si estuviera en sintonía con su entorno de un modo que la mayoría pasaría por alto.

De las sombras, más abajo en la calle, surgió un hombre. Era de apariencia anodina, vestía con sencillez y su andar era desenfadado pero resuelto. Se acercó a ella con la natural confianza de alguien que había hecho aquello muchas veces antes.

—Buenas tardes —dijo él amablemente, señalando a las palomas—. Parece que ha hecho usted aquí unas amigas leales.

La joven levantó la vista, entornando los ojos ligeramente, pero sin hostilidad.

—Esperan poco —dijo—. Es más de lo que se puede decir de muchos.

El hombre rió entre dientes, como si ella hubiera hecho una broma ingeniosa. Se sentó en el banco a su lado, manteniendo una distancia prudente. Durante un instante, permanecieron en silencio, con las palomas aleteando a sus pies.

—Supongo que no es de extrañar que llame la atención, sentada aquí cada atardecer —continuó él—. Tiene usted un porte distinto al del resto de la gente de por aquí. Resulta muy atractivo y, de hecho, su elegancia ha llamado la atención de alguien muy importante.

Ella giró la cabeza hacia él, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Importante? ¿En qué sentido?

Él sonrió, abriendo las manos como si la respuesta fuera obvia.

—Poder. Riqueza. Influencia. La clase de hombre que moldea la propia Roma. Nada menos que un senador.

Su postura se relajó un poco, pero no dijo nada. El hombre insistió con un tono suave y persuasivo.

—Es un hombre que inspira un gran respeto en Roma, y cuando alguien como él se fija en una..., bueno, no es algo que deba tomarse a la ligera. La ha visto aquí, ha admirado su elegancia, su feminidad, y ha pensado que sería agradable invitarla a cenar, a conversar, a reír, quizá a hacer una buena amiga. Solo cenar, se lo aseguro. Nada indecoroso.

Los ojos de ella buscaron en el rostro de él algún signo de engaño, pero su estudiada calma no delató nada. Vaciló, entrelazando los dedos en su regazo.

—¿Y por qué un hombre así querría cenar con alguien como yo?

El hombre volvió a reírse entre dientes, suavemente.

—Quizá porque usted no es como las demás. Es inteligente, tiene aplomo. No es alguien que se deje influir por baratijas o palabras vacías. —Hizo una pausa y luego añadió—: Estaría usted perfectamente a salvo, se lo juro. Un hombre así nunca se deshonraría a sí mismo ni a su familia con ninguna indecencia. No es su estilo.

Ella desvió la mirada, pensativa.

—Ni siquiera sé el nombre de ese hombre.

—Los nombres pueden venir después —dijo él con suavidad —. Por ahora, piense en ello como una oportunidad. O como mínimo, una buena cena en un lugar magnífico.

Las palomas revolotearon a sus pies, dispersándose por un momento. Cuando volvieron a posarse, también lo hizo la expresión de ella.

—¿Cuándo?

—¿Qué le parece mañana al atardecer, si le viene bien? — Sonrió, poniéndose en pie y sacudiéndose un polvo imaginario de la túnica—. Por supuesto, si prefiere no hacerlo, es perfectamente comprensible y mi señor lo entenderá sin problemas.

—Parece un caballero —dijo la mujer.

—Lo es —dijo el hombre—, uno de los mejores de Roma. — Se inclinó hacia delante con fingido secretismo—. De ahí el

subterfugio.

Ella sonrió ante la broma y, tras unos instantes de reflexión, tomó una decisión.

—Me reuniré con él —dijo—, pero solo durante una hora más o menos, tengo que volver pronto. Mi madre está enferma y tengo que cuidarla.

—Qué dama tan maravillosa es usted —dijo el hombre—, y no habrá ningún problema. La encontraré aquí mañana al atardecer y la llevaré a su casa.

—Aquí estaré —dijo la joven—. Gracias.

El hombre le dedicó una cálida sonrisa y se marchó, adentrándose de nuevo en el corazón de la ciudad.

Cuando se fue, ella permaneció sentada un rato más, perdida en sus pensamientos. Las migas en su mano quedaron intactas y las palomas no tardaron en impacientarse, dispersándose en el creciente crepúsculo.

Calle abajo, Lucius Vinicianus estaba de pie junto a la ventana cerrada de sus aposentos privados, con una copa de vino en la mano. Miraba por una estrecha rendija de las tablillas, observando a la mujer en el banco mientras finalmente se levantaba, se alisaba el vestido y desaparecía calle abajo.

El mensajero que regresaba entró en la habitación por una entrada trasera.

—Ha sido sorprendentemente sencillo —dijo, acercándose a una mesa para servirse una copa de vino—. Es increíble lo crédulas que son algunas mujeres en cuanto las halagas o mencionas el poder y el dinero.

—Entonces, ¿vendrá?

—Sí, mañana al atardecer. Avisaré al servicio para que preparen algo especial.

—Haga eso —dijo el senador—. Y dígales que, después de la cena, pueden marcharse antes. No quiero a nadie más aquí.

—¿Y qué pasará cuando usted haya terminado con ella? —preguntó el mensajero—. ¿Podría, digamos, *presentarme* como es debido?

—Cuando yo haya terminado —replicó Vinicianus—, no me importa en absoluto lo que le ocurra.

El mensajero sonrió para sus adentros, con una mirada lasciva en los ojos mientras se servía otra copa de vino. Eso era lo magnífico de trabajar para aquel senador en particular: tenía poca moral y todavía menos conciencia. Echó un vistazo a una hilera de cuchillos de cocina dispuestos sobre la encimera de mármol. La de mañana iba a ser una noche muy, muy especial.

Veinticuatro horas después, el comedor refulgía con la cálida luz de innumerables candiles de aceite, cuyo brillo dorado danzaba sobre las superficies pulidas. Las paredes, adornadas con frescos de escenas pastoriles, conferían a la estancia una serena elegancia, y una mesa de tamaño modesto, puesta para dos, estaba repleta de manjares: lirones asados, higos glaseados con miel, tablas de quesos y una garrafa del mejor vino falerno. El aroma del pan recién horneado se mezclaba con el suave perfume de la lavanda que emanaba de un discreto brasero en un rincón.

La joven entró, escoltada por el mismo hombre que se le había acercado en el banco. Vaciló en el umbral, mientras sus ojos muy abiertos asimilaban la lujosa escena. Se había vestido con esmero: había sustituido su sencilla túnica por una prenda más refinada y llevaba el pelo pulcramente peinado, enmarcando un rostro a la vez nervioso y sereno.

Vinicianus se levantó de su asiento y una expresión de encanto natural se instaló en sus facciones. Vestía una túnica de color carmesí intenso, ribeteada en oro, y cada uno de sus movimientos estaba calculado para irradiar calidez y amistad. Extendió una mano a modo de bienvenida.

—Ah, ya ha llegado —dijo con una cálida sonrisa—. Soy el senador Vinicianus. Me temo que mi hombre olvidó informarme del suyo.

—Soy Diana —dijo la joven, aceptando la delicada mano de él.

—Diana —repitió Vinicianus—. Muy bonito. Vamos, por favor, tome asiento. ¿Confío en que el viaje no fuera demasiado fatigoso?

Ella inclinó ligeramente la cabeza, avanzando con pasos cautelosos.

—Ha estado bien, gracias. Espero no haberle hecho esperar.

—En absoluto —replicó él, señalando el asiento de enfrente—. Encuentro que la expectación por una buena compañía es de lo más placentera. Por favor, póngase cómoda.

Mientras se acomodaba en la silla, sus ojos recorrieron la variedad de comida que tenía ante sí. Un esclavo apareció silenciosamente a su lado y le sirvió vino en una copa.

—Un brindis —dijo Vinicianus— por los encuentros fortuitos y las agradables sorpresas que traen consigo.

La mujer vaciló un brevísimo instante antes de levantar su copa para chocarla con la de él. El vino era intenso y dulce, en marcado contraste con la bebida aguada a la que estaba acostumbrada.

La cena se desarrolló tras un velo de civilidad. Vinicianus le preguntó por su vida, su familia y sus intereses, con preguntas formuladas de tal manera que halagaban en lugar de entrometerse. Ella hablaba con cautela, eligiendo sus palabras con esmero, y aunque se relajó ligeramente a medida que avanzaba la velada, permaneció alerta, con la mirada desviándose de vez en cuando hacia la puerta o las ventanas.

—No se parece a nadie que haya conocido —dijo Vinicianus, inclinándose ligeramente hacia delante—. Hay en usted una fuerza serena, una gracia que es rara en esta ciudad. Es... refrescante.

El cumplido provocó un ligero rubor en sus mejillas, aunque rápidamente bajó la mirada, desviando el elogio con un murmullo.

—Es usted muy amable, senador.

Vinicianus sonrió, con una expresión de indulgente satisfacción.

—En absoluto. Me limito a decir la verdad tal como la veo.

La conversación derivó hacia temas más seguros: la belleza del campo, los últimos cotilleos del Foro, las complejidades del teatro romano. Y cuando la cena concluyó, hizo un gesto a los sirvientes para que retiraran la mesa. Mientras trabajaban, se volvió hacia Diana con una sonrisa más suave.

—Espero que se haya divertido esta noche. Es raro encontrar una compañía tan encantadora.

—Ha sido... encantadora —dijo ella con voz firme, aunque retorcía ligeramente los dedos en el regazo—. Gracias por la invitación.

Los sirvientes terminaron su tarea y, a una sutil seña de Vinicianus, se retiraron. La estancia quedó en silencio, salvo por el leve crepitar del brasero. El ambiente se tornó más denso y la calidez del principio de la velada dio paso a una tensión subyacente. Vinicianus se recostó en su silla, estudiándola con una intensidad que la hizo removerse ligeramente en su asiento.

—Siento curiosidad —dijo—. Dígame, Diana, ¿qué opina usted del poder? ¿Qué significa, qué requiere?

Ella frunció ligeramente el ceño ante el brusco cambio de tono.

—Supongo que... requiere responsabilidad. Usarlo con sabiduría, para el bien de los demás.

Él se rio entre dientes, negando con la cabeza.

—Un sentimiento noble, pero ingenuo. El poder no es un don para ser usado. Es una fuerza para ser esgrimida, un arma para ser afilada. Y quienes entienden eso... —Se inclinó hacia delante y clavó su mirada en la de ella—. Son los que moldean el mundo.

Las manos de la mujer se crisparon en su regazo, aunque le sostuvo la mirada.

—Quizás. Pero el poder sin compasión solo conduce a la ruina.

Por un momento, reinó el silencio. Entonces, Vinicianus rio, un sonido grave y profundo que resonó en las paredes adornadas con frescos.

—Me sorprende una vez más, Diana —dijo—. Quizá por eso encuentro su compañía tan fascinante.

La tensión se alivió ligeramente, aunque persistía una corriente de fondo. El senador se levantó y se sirvió otra copa de vino. Le hizo un gesto a ella.

—¿Más?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. Debería irme pronto. Mi madre me estará esperando.

—Por supuesto —dijo él, recuperando la sonrisa—. No osaría retenerla más de lo que desea. Pero permítame al menos acompañarla sana y salva hasta la puerta.

Mientras la escoltaba hacia la entrada, la mirada de la mujer se desvió hacia esta. Se quedó helada un instante, con la atención captada por el movimiento del ayudante del senador que corría un pesado cerrojo en la puerta desde el interior.

Se le aceleró el pulso. Giró ligeramente la cabeza, con sus ojos escudriñando las ventanas, los rincones oscuros, los asientos vacíos donde antes bullían los sirvientes. Una sonrisa nerviosa afloró a su rostro, como si tratara de convencerse a sí misma de que no había motivo para alarmarse.

—¿Por qué ha cerrado la puerta con cerrojo? —preguntó, con la voz temblándole muy levemente.

Vinicianus dejó de caminar, con su mano demorándose en el brazo de ella. Cuando se volvió para mirarlo, la expresión que vio la heló hasta los huesos. Su sonrisa, antes cálida y cortés, se había torcido ahora en una mueca cruel y burlona, y sus ojos brillaban con el destello de un depredador.

—Solo una precaución —replicó—. No querremos que nadie interrumpa nuestra... *privada* conversación, ¿verdad? —Su mirada recorrió la figura de ella con indisimulada intención, una mirada hambrienta y calculadora que le erizó la piel.

Ella dio un paso atrás, con la respiración agitada, pero él apretó ligeramente su agarre en el brazo. Su sonrisa se ensanchó, divertido por la evidente incomodidad de ella.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó—. ¿Acaso pensaba que un hombre de mis... gustos la invitaría aquí simplemente para intercambiar trivialidades?

El aire en la estancia se volvió sofocante; la apariencia de hospitalidad se desmoronó para revelar la oscura corriente que había debajo. Los dedos del senador se flexionaron alrededor del brazo de ella, aún sin brusquedad, pero con la promesa implícita de control. Detrás de él, el sirviente acechaba cerca de la puerta cerrada, con

expresión ausente, su presencia un refuerzo silencioso de la autoridad del senador.

Los ojos de la joven recorrieron la estancia en busca de una salida. Su aplomo inicial flaqueó, reemplazado por un pánico creciente que luchaba por ocultar. Aun así, se obligó a hablar, con voz temblorosa pero firme.

—Creo que ha habido un malentendido. Debería irme. Ahora.

El senador rió por lo bajo, provocándole un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Oh, no, mi querida. No hay malentendido alguno. —Se inclinó más hacia ella, y su aliento le rozó la oreja mientras añadía en un susurro—: Verá, yo siempre consigo lo que quiero.

La estancia pareció encogerse a su alrededor; el cálido resplandor de las lámparas se tornó entonces áspero y sofocante. Retrocedió otro paso, y el tacón tropezó con el borde de una silla. El corazón le retumbaba en el pecho, pero su mente buscaba a toda prisa una salida. El senador ladeó la cabeza, y su regocijo se acentuó ante la evidente angustia de la mujer.

—No ponga las cosas difíciles, Diana —dijo él—. Sería una lástima arruinar una velada tan deliciosa.

El siervo que estaba junto a la puerta se movió ligeramente, y el sonido de su gesto rompió el tenso silencio. Los ojos de la mujer se desviaron hacia él y luego de vuelta al senador. El pulso le martilleaba en los oídos mientras sopesaba sus opciones, con la mente invadida por la escalofriante certeza de que nadie acudiría a ayudarla en aquel lugar. Estaba atrapada, sin escapatoria posible, y mientras el senador daba un paso deliberado hacia ella, su sonrisa se transformó en una máscara de triunfo lascivo.

Capítulo Quince

Britania

El bosque se extendía interminable alrededor del Occultum, denso y umbrío. Habían marchado sin descanso durante la noche, con los cuerpos doloridos y las mentes embotadas por el hambre y el agotamiento. Finalmente, habían encontrado una pequeña hondonada en el bosque, con una maleza lo bastante espesa como para ofrecerles cobijo y unos árboles que formaban una barrera natural a su alrededor.

Seneca examinó al grupo mientras se disponían a fortificar su refugio temporal. Marcus estaba agachado a su lado. Ambos hablaban en susurros, con las cabezas muy juntas mientras planeaban su siguiente movimiento.

—Hemos avanzado todo lo que hemos podido por esta noche —dijo Marcus—. Los hombres están al límite.

—De acuerdo —dijo Seneca—, estableceremos un perímetro. Dos hombres de guardia en todo momento, rotando cada hora. Eso les dará a los demás la oportunidad de dormir.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció Marcus—. Deberías descansar.

Cerca de allí, el resto del grupo estaba sentado o despatarrado por el suelo húmedo, con las capas ceñidas con fuerza para protegerse del frío penetrante y la humedad del bosque. Un gemido o una tos ocasionales rompían el silencio mientras los hombres cambiaban de postura, intentando encontrar algo de comodidad.

En el borde de la hondonada, Sica estaba arrodillado junto a un pequeño claro. Sus manos se movían con entrenada precisión mientras se afanaba en encender un fuego, utilizando restos de hojas secas y ramitas que había recogido durante la marcha. Falco estaba agachado a poca distancia, con sus agudos ojos fijos en cada movimiento de Sica.

—Ten cuidado con eso —masculló Falco—. Como tardes mucho, nos congelaremos antes de comer.

Sica no levantó la vista, sin perder la concentración.

—Si tantas ganas tienes, Falco, ¿por qué no enciendes tú el fuego?

—Porque probablemente prendería fuego a todo el bosque —respondió Falco—, y a ti se te dan mucho mejor estas cosas domésticas.

Sica ignoró la pulla, ahuecando las manos alrededor de la diminuta llama que cobró vida. Sopló suavemente, animándola a crecer hasta que lamió con avidez las ramitas apiladas a su alrededor. Luego añadió ramas un poco más grandes y, finalmente, los leños caídos que los hombres habían recogido antes. Una vez satisfecho, se volvió hacia Falco, que le entregó con reverencia el pequeño lechón sin vida que había robado de la granja, y comenzó a preparar el animal para asarlo. Falco, sin embargo, se quedó cerca, observando cada paso como si el éxito de la comida dependiera por completo de su vigilancia.

—Asegúrate de no estropearlo —dijo, con una mirada de advertencia.

—¿Es que nunca te callas? —replicó Sica, sin molestarse en mirarlo.

—No cuando hay comida de por medio —devolvió Falco—. Arriesgué el pellejo para conseguir ese cochinillo, así que más te vale hacerle justicia.

Sica negó con la cabeza, murmurando entre dientes mientras se ponía a la tarea. Con un cuchillo pequeño y afilado, empezó a despiezar el lechón, separando la carne en trozos pulcros y desechando lo que no se podía aprovechar. A su lado, la olla comunal del grupo, ennegrecida por años de hollín y uso intensivo, aguardaba lista. Uno a uno, Sica fue añadiendo los trozos de carne a la olla, cubriéndolos con restos de hierbas silvestres y verduras secas sacadas de sus *sarcinae*. El leve siseo de la grasa al tocar la superficie caliente empezó a llenar el aire, acompañado del primer y tentador aroma a carne cocinándose. Falco, sin embargo, parecía poco impresionado. Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Por qué lo metes en la olla?

Sica no se detuvo, echando otro trozo a la mezcla.

—Porque, Falco —replicó con un suspiro—, aquí es donde la comida se convierte en estofado.

—¿Por qué no lo pones en un espetón? —preguntó Falco—. Tenemos una hoguera justo ahí. Ásalo sobre las llamas, que la piel quede crujiente. Así es como se hace bien.

Sica se detuvo un momento y por fin levantó la vista. Su expresión era una mezcla de agotamiento y exasperación.

—Porque —dijo, deliberadamente despacio—, si lo asamos al espeto, el olor llegará a leguas y todas las tribus de este bosque olvidado de los dioses sabrán exactamente dónde estamos. Y, de todas formas, se tarda demasiado. —Señaló bruscamente la olla con el dedo—. Aquí dentro se cocinará más rápido, dará de comer a más de nosotros y nos mantendrá vivos más tiempo. ¿O es que prefieres que nos demos un festín y que nos atraviesen con una lanza mientras dormimos?

—Está bien, está bien —murmuró Falco—, no hace falta que te pongas a la defensiva. Solo digo que un cerdo asado está más rico.

Sica puso los ojos en blanco y reanudó su tarea, pero Falco no había terminado. Se inclinó hacia él.

—Ya que es mi cerdo, creo que me merezco una pequeña recompensa. ¿Una patita para el héroe que ha arriesgado la vida para alimentar a sus camaradas?

—¿Te refieres al que le robó un lechón del corral a una anciana y salió corriendo como si se le quemara la túnica? —replicó Sica sin levantar la vista.

Falco esbozó una sonrisa burlona.

—Llámalo como quieras. Venga, dámela, carnicerito.

Con otro sonoro suspiro, Sica cortó de un tajo una de las patas del lechón y se la lanzó a Falco, quien la cogió al vuelo con una sonrisa de triunfo.

—Ahí tienes. Una pata. Ahora lárgate y déjame terminar.

—Un placer hacer negocios contigo —dijo Falco alegremente —. Ensartó la pata en un palo afilado y la metió directamente en las

brasas del fuego, observando con satisfacción cómo la carne empezaba a dorarse y a chisporrotear.

—La vas a echar a perder —masculló Sica, negando con la cabeza.

—Da igual —replicó Falco, acomodándose cerca del fuego—. Quemada o no, es mía. Toda mía.

Un levísimo atisbo de sonrisa asomó a la comisura de los labios de Sica, pero mantuvo la concentración en la olla, removiendo el contenido lentamente mientras el aroma de la carne guisada comenzaba a extenderse por el campamento. A su alrededor, los demás hombres se desperezaron; la promesa de comida aliviaba brevemente el peso del agotamiento y la tensión de su desesperada situación.

La luz de la mañana se filtraba a través del denso dosel arbóreo, proyectando pálidos haces sobre el campamento improvisado. El aire era fresco, pero por suerte seco, y los hombres se movían con lentitud, sacudiéndose la rigidez de la noche. Se congregaron en silencio alrededor de los restos de la hoguera para compartir las sobras del guiso de la noche anterior.

Seneca estaba agachado cerca de las brasas agonizantes con un cuenco humeante en las manos, sus agudos ojos escrutando el bosque en busca de cualquier señal de movimiento. El guiso era espeso y sustancioso, un cambio bienvenido tras días de raciones exiguas, pero el ambiente en torno al fuego era apagado.

Falco estaba sentado a corta distancia, pálido y encorvado, con la cabeza entre las manos. Gimió en voz baja y negó con la cabeza cuando le ofrecieron una ración del guiso.

—Aparta eso de mi vista —masculló débilmente—. Llevo cagando desde el amanecer.

Sica, acuclillado junto al fuego, sonrió con aire de suficiencia mientras removía los últimos restos de la olla.

—Eso es porque no dejaste que la pata de cerdo se cocinara bien, impaciente idiota. —Miró a Falco, con un tono casi jubiloso—. Tienes suerte de no haberte envenenado del todo.

Seneca dejó que el intercambio siguiera su curso antes de ponerse en pie. Su imponente presencia atrajo la atención de los hombres. Dejó su cuenco vacío y recorrió el grupo con la mirada.

—Escuchad. Si mis cálculos son correctos, el Medway no está lejos. La fuerza de invasión estará cerca de él o ya lo habrá cruzado, y ahí es adonde nos dirigimos. Haremos un último esfuerzo para encontrarlos. —Hizo un gesto hacia el denso bosque que los rodeaba —. Los bosques son espesos aquí, así que nos moveremos de día, pero con cuidado. Nada de senderos. Nada de ruido. Mantened los ojos bien abiertos y no os separéis.

Los hombres asintieron. Habían recorrido un largo camino y sabían lo que estaba en juego: llegar al río podía significar la supervivencia o la muerte. Una vez terminada la sesión informativa, se dispusieron a prepararse para partir. Sacudieron las capas y las enrollaron con fuerza, se sujetaron firmemente el equipo a sus sarcinae e inspeccionaron las armas con esmero. A pesar de la fatiga, se movían con eficacia, con la disciplina pulida por años de entrenamiento y necesidad.

Sica apagó el fuego con el agua de su cantimplora, asegurándose de que no quedara ni un rescoldo. Se acuclilló, esparciendo las cenizas con las manos y mezclándolas con el suelo del bosque hasta que el lugar no mostró rastro alguno del descanso nocturno.

—¿Listos? —preguntó Seneca.

Hubo una serie de asentimientos con la cabeza, y Falco se puso en pie tambaleándose, con aspecto desdichado pero resuelto.

—Bien —dijo Seneca—. En marcha.

Abrió la marcha, adentrándose en las sombras del denso bosque mientras los demás lo seguían. La maleza crujía levemente a su paso, sus movimientos eran cuidadosos y deliberados. El silencio entre ellos solo se rompía por el chasquido ocasional de una ramita o el susurro de las hojas bajo sus pies. El bosque parecía cerrarse a su alrededor a medida que avanzaban; sus árboles ancestrales se alzaban imponentes sobre ellos y sus sinuosos senderos ofrecían poca orientación. Pero Seneca siguió adelante, con la concentración inquebrantable y el instinto afinado por años de experiencia.

Al menor sonido, un pájaro que alzaba el vuelo, el lejano crujido de una rama, se arrojaban a la maleza, desvaneciéndose entre las sombras como espectros. Su respiración se ralentizaba, sus manos aferraban las empuñaduras de sus armas, y esperaban, con todos los sentidos alerta ante cualquier señal de peligro. Era un avance lento. Angustiosamente lento. Pero conocían el precio de la precipitación en territorio enemigo y, habiendo llegado tan lejos, no iban a ofrecerse en bandeja a las tribus de Britania.

Una y otra vez, se veían obligados a detenerse. Voces lejanas, el ladrido de un perro de caza o el débil sonido de movimiento en el bosque los hacían lanzarse a cubierto. Permanecían inmóviles en la maleza, con el corazón palpitante y los ojos fijos en la dirección de la amenaza hasta que los sonidos cesaban y el silencio regresaba, pero finalmente su perseverancia dio sus frutos y Seneca levantó el puño cerrado, deteniendo al grupo. Lentamente, se giró e hizo un gesto para que los demás se unieran a él.

Uno a uno, avanzaron a gatas hasta el borde de la colina, donde los árboles raleaban ligeramente, permitiendo una visión más clara de la tierra que se extendía abajo. Allí estaba. El río.

Su superficie resplandeciente serpenteaba a través del paisaje, capturando la luz del sol de mediodía que había logrado abrirse paso entre las nubes en dispersión. Era ancho y rápido, sus aguas brillaban con una calma engañosa, bordeado por espesos juncos y grupos de árboles.

Por un momento, los hombres se quedaron mirando, su agotamiento olvidado por un instante. El alivio se mezclaba con la aprensión; alivio porque su destino estaba a la vista, aprensión por el desafío que representaba.

—Ese debe de ser el Medway —dijo Seneca—. Ya estamos cerca. La fuerza de invasión no andará lejos.

—Si están en la otra orilla —dijo Marcus—, tendremos que encontrar la forma de cruzar. Sin duda, las tribus vigilarán el río.

Los hombres asintieron, con la concentración renovada. El Medway estaba al alcance, pero el viaje distaba mucho de haber terminado. Se fundieron de nuevo con el bosque, echándose a tierra tan pronto como alcanzaron un tramo seguro de densa maleza.

Tumbados entre los arbustos, con los cuerpos pegados a la tierra húmeda, se convirtieron en parte del bosque. Cada hombre yacía perfectamente inmóvil, respirando lenta y superficialmente, con los sentidos atentos a cada susurro de las hojas y al chasquido de una lejana ramita.

Los sonidos de la vida cotidiana se filtraban a través de los árboles. Las voces llegaban con la brisa, órdenes secas de guerreros, risas de mujeres, los gritos juguetones de los niños. Se oían rebuznos y ladridos de animales, y el eco ocasional del retintín de herramientas o armas. Era un mundo muy distinto al silencio disciplinado de su propio campamento, pero que conllevaba una tensión propia.

Aun así, los Occultum no se movieron. Sabían que aventurarse más cerca del río ahora, a plena luz del día, sería un suicidio. Con sus capas oscuras confundiéndose con las sombras, permanecieron tan inmóviles como cadáveres, su paciencia un testimonio de su entrenamiento.

Con el paso de las horas, la luz comenzó a desvanecerse y el sol se ocultó tras el horizonte, proyectando largas sombras sobre el suelo del bosque. Los sonidos del día se apagaron con él. Las voces se hicieron distantes, los animales se aquietaron y el bosque se sumió lentamente en la quietud del atardecer.

Cuando la oscuridad finalmente los envolvió, Seneca levantó la mano, indicando a los demás que se prepararan. Uno a uno, los hombres salieron de sus escondites, moviéndose con cuidado y sin hacer ruido mientras se reagrupaban bajo la tenue luz de la luna creciente.

—Es hora de moverse —dijo—. Id agachados y en silencio. El río no está lejos.

Asintieron al unísono y comenzaron a avanzar, deslizándose entre los árboles como sombras. La luz de la luna se filtraba a través del dosel cada vez más ralo, proyectando vetas plateadas en el suelo del bosque e iluminando su camino.

A medida que se acercaban al río, el terreno se abría y los densos árboles daban paso a altos juncos y calvas de tierra. El Medway relucía bajo la luz de la luna y sus aguas se deslizaban en

silencio hacia el mar. Y allí, sin vigilancia alguna en la orilla fangosa, había varias barcas de pesca pequeñas. Sus armazones de madera eran robustos; sus sencillos remos descansaban apoyados en los costados.

Los hombres se quedaron helados, escudriñando instintivamente la zona en busca de cualquier señal de movimiento. La ribera parecía desierta, pero ya sabían que no debían fiarse de las apariencias.

Seneca hizo un gesto al grupo para que se acercaran y se agazaparon en una línea dispersa, con unos susurros apenas audibles por encima del suave murmullo de los juncos.

—¿Qué pensáis? —preguntó por encima del hombro.

—Esto es un verdadero regalo de los dioses —dijo Cassius—. Esas barcas nos permitirán cruzar y nos ahorrarán volver a nadar.

—Yo digo que lo hagamos —susurró Falco—. Estoy harto de ríos para el resto de mi vida, y de cerdos también, la verdad.

Seneca miró a sus hombres, clavando la mirada en cada uno por turnos. Nadie se opuso; solo existía la convicción compartida de que probablemente no tendrían fuerzas suficientes para sobrevivir a otro cruce del río sin algún tipo de ayuda.

—De acuerdo —dijo al fin—. Cogeremos una barca, pero en silencio. Como uno de vosotros respire más fuerte de la cuenta, somos hombres muertos. ¿Entendido?

Los hombres asintieron y, tomada la decisión, volvieron a fijar la atención en las barcas. Había silencio, un silencio casi inquietante, y a Seneca se le erizó el vello de la nuca. Algo no iba bien. Su mano se deslizó hacia la espada y, mientras la desenvainaba, un perro irrumpió de entre la maleza, husmeando el aire al percibir su rastro. Durante un breve y esperanzador instante, el perro pareció dudar, como si fuera a descartarlos por no ser más que sombras. Pero entonces ladró, un ladrido fuerte y feroz.

El sonido quebró la quietud, resonando por el bosque circundante mientras Seneca maldecía en voz baja, apretando la empuñadura de su espada. Se volvió hacia el grupo con expresión sombría.

—Estamos atrapados —siseó—. El río es nuestra única oportunidad. ¡Moveos!

Los Occultum bajaron la pendiente a toda prisa en dirección al río, con los pies martilleando la tierra mientras el caos estallaba a su alrededor. El ladrido del perro había corrido la voz como la pólvora, y ahora empezaban a aparecer hombres por los flancos, con sus siluetas oscuras recortadas contra los árboles iluminados por la luna.

La aguda mirada de Seneca se movía de izquierda a derecha, captando las figuras de los guerreros que se movían para interceptarlos. Sus enemigos se acercaban a gran velocidad; su rapidez y su número convertían el bosque en una trampa. Pero los Occultum no vacilaron. No podían permitírselo. El río era su única oportunidad, y cualquier titubeo significaría la muerte.

—¡Seguid moviéndoos! —ladró.

Más adelante, un guerrero surgió de las sombras y se interpuso directamente en su camino, con el rostro pintado con franjas azules y blancas y una lanza aferrada con fuerza en las manos. Sus ojos se clavaron en los de Seneca, llenos de intención asesina, y dejó escapar un rugido gutural mientras lanzaba su arma con todas sus fuerzas. La lanza surcó el aire.

Seneca no vaciló. Se agachó en el último momento y la lanza le pasó silbando por encima del hombro para clavarse en un árbol tras él. Sin perder el paso, se abalanzó hacia delante, con su espada brillando a la luz de la luna.

El guerrero apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Seneca blandiera la hoja en un potente y amplio arco. El afilado acero le atravesó limpiamente el estómago, y la fuerza del golpe casi lo partió en dos. El guerrero se desplomó en el suelo con un grito ahogado y sus entrañas se derramaron por el suelo del bosque.

Los Occultum pasaron como una exhalación junto al moribundo sin decir palabra, con la concentración intacta. Más voces resonaron tras ellos, ahora más cerca, y el golpeteo de los pies se hizo más fuerte a medida que el enemigo se aproximaba.

—¡Están por todas partes! —gritó Cassius.

—¡Manteneos juntos! —gritó Marcus, abriéndose paso a tajos por un matorral mientras se acercaban a la orilla del río.

Las flechas silbaban en el aire; algunas se clavaban en los árboles, otras desaparecían en la oscuridad. Las barcas de pesca estaban justo delante, tentadoramente cerca, pero la distancia entre la supervivencia y la muerte parecía fina como el filo de una navaja.

Otro guerrero irrumpió desde la maleza, alzando un hacha sobre su cabeza. Sica esquivó su embestida con un paso lateral, le clavó el hombro en el pecho y le hundió la hoja en las costillas. El guerrero retrocedió con un estertor ahogado, y su hacha cayó al suelo mientras Sica arrancaba el cuchillo.

La orilla del río ya estaba a la vista, y sus aguas, iluminadas por la luna, refulgían como la salvación. Pero los guerreros no cejaban en su empeño, y el aire nocturno vibraba con los gritos de más hombres que se acercaban.

Las barcas se perfilaban cada vez más cerca, sus sencillos armazones de madera una frágil promesa de huida, pero justo cuando parecían al alcance de la mano, aparecieron más guerreros, que salían de entre los árboles como lobos que olfatean sangre. Los Occultum no tuvieron más remedio que hacer frente a la embestida, mas, incluso mientras luchaban, su adiestramiento y disciplina los mantenían en movimiento, y su ímpetu los llevaba cada vez más cerca del río.

Falco, olvidada ya su indisposición anterior, rugió con agresividad al lanzarse a la refriega. Se movía con una precisión brutal y animal, y su hoja era un borrón que hendía el aire. Un hombre se abalanzó sobre él con una lanza, y Falco lo esquivó sin esfuerzo y le hundió la hoja en la garganta.

—¡Esto ya es otra cosa! —bramó, con la voz resonando por encima del estruendo de la batalla. Luchaba como un poseso, con sus movimientos perfeccionados en el brutal crisol de las arenas de los gladiadores. Era implacable, feroz, y sus golpes, tan salvajes que hasta los guerreros más audaces dudaban en enfrentarse a él.

A su alrededor, el resto de los Occultum luchaban con idéntica y sombría determinación, abriéndose un camino de sangre hacia las

barcas. Marcus, Cassius y Sica fueron los primeros en llegar a la orilla, seguidos de cerca por Seneca y Atticus.

—¡Empujadla! —rugió Marcus.

Empujaron todos a una, y la barca se deslizó en el agua con una salpicadura. Sica y Cassius saltaron a bordo con las manos ya en los remos mientras Seneca se volvía hacia la orilla.

—¡Falco, sube! —le gritó.

Pero Falco lo ignoró, completamente cegado por la furia de la batalla. Otro guerrero se abalanzó sobre él, y Falco desvió el golpe antes de estamparle el codo en la cara. Mientras el guerrero retrocedía tambaleándose, la hoja de Falco le rajó el pecho y le dejó una herida profunda e irregular.

—¡Vamos, cobardes! —rugió Falco con la mirada desorbitada —. ¿Eso es todo lo que tenéis?

Seneca maldijo entre dientes, dispuesto a volver a la lucha, pero, antes de que pudiera moverse, Sica ya se había adelantado. El asesino, enjuto y nervioso, pasó a su lado como una exhalación, y su hoja brilló al unirse a Falco en el fragor del combate.

—¡Vas a hacer que te maten, lunático! —gritó Sica mientras le hundía el cuchillo en el estómago a un guerrero que cargaba contra él.

Falco le sonrió, con el rostro surcado de sangre.

—No querrías perdértelo, ¿verdad?

Los dos lucharon espalda con espalda, un torbellino de muerte que los guerreros que avanzaban no pudieron superar. Los movimientos de Sica eran bruscos y eficientes; cada golpe, asestado con letal precisión, mientras que la fuerza bruta y la ferocidad implacable de Falco se abrían paso a través de sus enemigos.

—¡Retirada! —gritó Sica—. ¡A la barca!

Juntos, se abrieron paso luchando hacia la orilla. Falco hundió su espada en el último guerrero que se interponía entre ellos y el río y pateó el cuerpo sin vida del hombre hacia las aguas poco profundas.

—¡Muévete! —espetó Sica, agarrando a Falco por el brazo y arrastrándolo hacia la barca que los esperaba.

Ambos se zambulleron en el agua helada, avanzando a trompicones mientras sus camaradas gritaban y extendían las manos para alcanzarlos. Unas manos les agarraron las capas y los brazos, izándolos a bordo justo cuando otra andanada de flechas pasó silbando, para luego chapotear inofensivamente en el agua o clavarse con un ruido sordo en los costados de la barca.

—¡Remad! —ladró Seneca.

Las flechas continuaron persiguiéndolos, pero la creciente oscuridad jugó a su favor y, a medida que los proyectiles caían cortos o se hundían lejos, los gritos de los guerreros se hicieron más débiles conforme la barca se adentraba en el río.

Los hombres remaban con frenética urgencia, con los músculos atenazados por el esfuerzo. Poco a poco, la orilla opuesta del río se hizo visible y, con un último impulso, la barca arañó la costa fangosa. Una oleada de alivio recorrió al grupo mientras salían de la barca a trompicones, con las botas hundiéndose en el terreno blando y embarrado de la ribera. Pero el momento fue fugaz y, cuando Sica se disponía a poner pie en tierra, miró a su alrededor y vio que Falco no se había movido.

—Falco —dijo—. Vamos, tenemos que irnos.

El corpulento hombre gimió como respuesta y, al levantar la mirada, Sica pudo ver que su rostro estaba surcado por el dolor.

El sirio volvió a su lado y se agachó. Se le encogió el estómago. Dos flechas sobresalían de la espalda de Falco, con los ástiles embadurnados de sangre.

—Maldita sea —masculló entre dientes, posando una mano en el hombro del gigante.

Falco alzó la vista hacia él, con una expresión de resignación en la mirada.

—Parece que esta vez me han dado bien —dijo.

—Solo es un rasguño —dijo Sica, sin apartar la vista de las flechas profundamente clavadas en la espalda de su camarada—. Me sorprende que te hayas dado cuenta.

—Pero... me he llevado a unos cuantos por delante —graznó Falco con debilidad.

—No hables —espetó Sica—. Guarda fuerzas, estúpido cabrón. No vas a morir aquí. No esta noche.

Los demás se congregaron a su alrededor, olvidando el agotamiento. Habían cruzado el río, pero su lucha distaba mucho de haber terminado, y ahora la vida de su camarada pendía de un hilo.

Capítulo Dieciséis

Roma

Diana retrocedió tambaleándose, con la respiración entrecortada mientras buscaba con la mirada una salida. La puerta con el cerrojo echado a su espalda estaba sellada a cal y canto, y la imponente presencia de Vinicianus y su ayudante hacía imposible la huida. Su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales y presas del pánico mientras su mente se aceleraba.

La realidad la golpeó como un rayo cuando su talón tropezó con el umbral de una segunda puerta. Se giró bruscamente y se lanzó a la habitación contigua, con el corazón latiéndole con una esperanza desesperada. Pero, al entrar, la esperanza se hizo añicos. La estancia era pequeña, escasamente amueblada y sofocantemente cerrada. Una única cama se alzaba en el centro, con la ropa de cama impoluta y poco acogedora, y una silla solitaria descansaba en un rincón; toda la habitación estaba iluminada por una lámpara de aceite parpadeante. No había ventanas ni otras puertas, solo cuatro paredes de piedra que parecían cernirse sobre ella. Sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de que había caído en una trampa.

A su espalda, el sonido medido y deliberado de las sandalias de Vinicianus sobre el suelo llegó a sus oídos, cada paso reverberando con cruel intención. Se dio la vuelta justo cuando él llegaba al umbral, proyectando su sombra en la habitación. Su expresión era fría, depredadora, pero casi despreocupada, como si hubiera representado esa farsa innumerables veces.

Giró ligeramente la cabeza, mirando por encima del hombro hacia la puerta por la que ella había huido.

—Quédese fuera —dijo—. Y cierre la puerta con llave.

El ayudante asintió levemente y, con deliberada lentitud, empujó la pesada puerta de madera hasta cerrarla, sabiendo que su turno llegaría. Los ojos de la joven se abrieron de par en par al oír el

chirrido de la llave al girar en la cerradura, un sonido que rasgó el silencio.

Por un instante, el senador se quedó quieto, saboreando el silencio que siguió. Luego, entrando en la habitación, se tomó su tiempo para examinarla con una mirada que la hizo sentirse completamente expuesta.

—Gritar —dijo— sería inútil. Nadie la oirá.

Apretó la espalda contra la pared, con las manos temblorosas aferradas a la tela de su túnica. Sus labios se entreabrieron, pero no salió ninguna palabra.

Vinicianus ladeó ligeramente la cabeza, estudiándola con la curiosidad desapasionada de un depredador que juega con su presa.

—Pero —continuó, dando un lento paso hacia ella—, si hace exactamente lo que le digo, no sufrirá ningún daño.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas y sofocantes. Por un momento, todo el cuerpo de la mujer pareció temblar, sus ojos muy abiertos brillando con el primer rastro de lágrimas. Pero entonces, algo cambió. El pánico de su rostro comenzó a desvanecerse y las comisuras de sus labios se curvaron muy ligeramente hacia arriba.

Vinicianus titubeó y ralentizó el paso. La reacción de la mujer le pilló por sorpresa. Donde había esperado terror y sumisión, ahora veía algo completamente diferente, una sonrisa leve, casi imperceptible. No era de alivio ni de gratitud, sino algo totalmente inesperado, algo que le inquietó. Se detuvo en seco, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Qué es esto? —preguntó, perdiendo su voz parte de la seguridad de antes—. ¿De qué sonríe?

La mujer permaneció en silencio, su leve sonrisa persistiendo mientras lo miraba a los ojos y, por primera vez, fue Vinicianus quien vaciló, su confianza flaqueando mientras la inquietud se dibujaba en su expresión.

Entrecerró los ojos con recelo mientras intentaba descifrar la creciente sonrisa en el rostro de la joven. Su miedo se había evaporado por completo, sustituido por algo desconcertante, algo totalmente fuera de lugar.

Sus labios se curvaron aún más, la sonrisa ensanchándose hasta rozar lo inquietante. Ya no era tímida ni incierta, sino deliberada, casi juguetona. La confusión de Vinicianus se ahondó, frunciendo el ceño mientras retrocedía medio paso sin darse cuenta. El depredador confiado se encontró de repente en terreno incierto.

—¿Qué... qué es esto? —repitió—. ¿A qué está jugando?

La mujer ladeó ligeramente la cabeza, en un gesto que desprendía una calma que contrastaba con la situación. Entrelazó las manos frente a sí, como si ella fuera la anfitriona y él, el invitado, en aquella estancia sin escapatoria. Le clavó la mirada, sin pestañear, inquebrantable y cargada de algo que le erizó el vello de la nuca.

—Vaya, vaya, senador —dijo al fin, en un tono casi burlón y que rezumaba regocijo—. ¿En qué lío se ha metido?

El semblante de Vinicianus se demudó y, por primera vez en años, sintió una punzada de incertidumbre, un sentimiento que aborrecía. Algo no iba bien. Nada bien.

La tensión en la estancia se crispó de golpe cuando un *golpe* sordo y repentino resonó tras la puerta cerrada, y tanto Vinicianus como la joven se quedaron paralizados. El senador se giró en redondo, con la confusión dando paso a una creciente inquietud. Contuvo el aliento al oír cómo se abría el cerrojo desde el otro lado, un sonido fuerte y deliberado en el opresivo silencio.

La puerta chirrió al abrirse lentamente hacia dentro y al senador se le encogió el estómago ante la escena que lo recibió. Un hombre alto y de hombros anchos entró en la habitación, con el rostro en penumbra, pero con una presencia innegable. Llevaba el pelo recogido, lo que acentuaba sus afiladas facciones, y en la mano empuñaba un cuchillo largo, cuya hoja relucía con sangre fresca. Tras él, el cuerpo sin vida del ayudante del senador yacía despatarrado en el pasillo, y un charco de un rojo oscuro se extendía bajo este.

Vinicianus retrocedió instintivamente, con su estudiada compostura hecha añicos. El miedo floreció en su pecho mientras su mente se esforzaba por darle sentido a la situación.

—¿Quién..., quién es usted? —exigió mientras señalaba al intruso con un dedo tembloroso—. ¿Qué significa esto? ¡Hable!

El hombre no dijo nada; con su mirada serena y pausada fija en el senador, entró por completo en la estancia. Se movía con la gracia de un depredador, con el cuchillo ensangrentado colgando relajadamente a su costado, como si las exigencias del senador no le preocuparan en absoluto.

Para horror de Vinicianus, la joven, que momentos antes parecía indefensa y aterrorizada, pasó por su lado con una soltura desconcertante, con su comportamiento transformado. Ya no parecía una presa acorralada; se acercó al hombre sin dudar, con una sonrisa amplia y segura, le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla en un gesto de familiaridad.

Volviéndose hacia el senador, sonrió de oreja a oreja, provocándole un escalofrío. Sus ojos brillaron de satisfacción mientras señalaba al desconocido ensangrentado.

—Oh, senador —dijo con la voz cargada de sorna—, qué maleducada soy, permítame que le presente a mi viejo amigo Veteranus.

El hombre inclinó la cabeza hacia Vinicianus, con el cuchillo en la mano goteando sangre sobre el pulido suelo, cada gota marcando los segundos que se alargaban insoportablemente.

Al senador se le secó la garganta y retrocedió otro paso, con el peso del terror oprimiéndolo como una tenaza. Su mundo, de repente y de forma aterradora, estaba fuera de control. La espalda le chocó contra la pared, le temblaban las piernas y levantó una mano en un inútil gesto de dominio. Su voz, antaño autoritaria, se quebró ahora por la desesperación.

—Esto... esto es un malentendido —balbuceó, con la mirada saltando entre la mujer y Veteranus—. Si es dinero lo que buscan, puedo darles más del que jamás han visto. ¡Lo que quieran será suyo!

Como ninguno de los dos respondió, su tono cambió y la desesperación se apoderó de él.

—¿Saben quién soy? ¡Soy Lucius Vinicianus! ¡Un senador de Roma! Si me hacen daño, ¡la Guardia Pretoriana los perseguirá hasta los confines del imperio!

Veteranus permaneció en silencio, con expresión impasible, mientras metía la mano bajo la túnica. Lentamente, sacó una pequeña y pesada bolsa de cuero y se la entregó a la joven.

—Diez *aurei* de oro —dijo sin más—. Como acordamos.

La mujer cogió la bolsa con una sonrisa de suficiencia, aflojó el cordón y miró dentro. El brillo del oro atrapó la titilante luz de la lámpara e hizo tintinear las monedas al volver a apretar la bolsa, claramente complacida.

—Como siempre —dijo ella con un tono ligero, casi alegre—, ha sido un placer hacer negocios contigo. —Se guardó la bolsa en la faja e inclinó la cabeza hacia Veteranus, posando la mano sobre su pecho.

—¿Vas a necesitar algo más esta noche? —preguntó con el atisbo de una sonrisa lasciva en el rostro.

Veteranus negó con la cabeza, sin apartar sus fríos ojos del tembloroso senador.

—No —respondió él con sencillez—. Nos volveremos a ver pronto.

La mujer le dio otro beso y, tras guiñarle un ojo al aterrorizado senador, se volvió hacia la puerta, como si estuviera dando un paseo en lugar de abandonar una escena de sangre y muerte. Al pasar junto al cuerpo sin vida del ayudante, su actitud pareció cambiar de nuevo y se detuvo, mirando al hombre que la había encerrado momentos antes. Con una mueca de desdén, escupió sobre su cadáver ensangrentado antes de pasarlo por encima y desaparecer en el corredor.

La puerta se cerró suavemente a su espalda, y el eco de su marcha dejó la estancia sumida en un silencio opresivo.

Veteranus extendió el brazo y corrió el cerrojo con un movimiento deliberado antes de volverse de nuevo para encarar a Vinicianus. El senador se apretó aún más contra la pared, con la toga empapada en sudor pegada al cuerpo.

Veteranus lo observó con una leve sonrisa carente de humor, mientras de su cuchillo todavía goteaba sangre.

—Bien, senador Lucius Vinicianus —dijo—. ¿Por dónde empezamos?

Capítulo Diecisiete

Britania

El grupo se dispersó entre las sombras, y cada hombre tomó una posición que le permitía una línea de visión clara a través de la densa maleza. Con las armas desenvainadas, sus ojos escrutaban la oscuridad en busca de cualquier señal de persecución. El bosque se cernía a su alrededor, amenazador y silencioso, salvo por el leve susurro de las hojas y el chapoteo ocasional del agua del río. La tensión se mascaba en el aire y la urgente necesidad de vigilancia se sobreponía a su agotamiento.

Sica se agachó junto a Falco, con las manos moviéndose con rapidez, pero con cuidado. La sangre manaba de las heridas en la espalda del corpulento hombre, tiñendo los toscos vendajes que Sica ya había presionado contra ellas. Maldijo entre dientes, con el rostro contraído por la concentración.

—¡Cassius! —siseó, señalando la barca con la cabeza—. Tráeme una de las flechas. Necesito ver la punta.

Cassius vaciló solo un instante, paseando la mirada de Sica a Falco antes de asentir y apresurarse hacia la barca. Enseguida regresó, sosteniendo una de las flechas enemigas.

Sica se la arrebató, y sus agudos ojos inspeccionaron las púas perversamente curvadas, diseñadas para desgarrar la carne al ser extraídas. Masculló una maldición, con los nudillos blancos por la fuerza con que agarraba la flecha.

—Maldita sea —dijo, negando con la cabeza—. Tienen púas. No podemos sacárselas. —Señaló a Falco—. Lo desgarraría por dentro.

Cassius hizo una mueca, con la expresión convertida en una mezcla de preocupación e impotencia.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Sica le metió la flecha en las manos a Cassius.

—Quédate con él —dijo secamente—. Sigue presionando las heridas. —Cassius asintió con gravedad y sus grandes manos reemplazaron a las de Sica sobre los vendajes mientras el enjuto sirio se levantaba y se volvía hacia los demás.

Sica encontró a Séneca y a Marcus a poca distancia, agazapados tras un tronco caído.

Se agachó a su lado y les mostró la flecha para que la vieran.

—Puntas con púas. Están demasiado hundidas y no podemos sacarlas. Se desangrará antes de que terminemos.

Séneca estudió el cruel diseño de la punta de flecha.

—¿Opciones? —preguntó Marcus.

—Pocas —dijo Sica—. Señaló hacia Falco—. Las púas significan que o dejamos las flechas dentro o... —Hizo una pausa y sus labios se tensaron en una fina línea antes de continuar—. O las empujamos hasta sacarlas por el otro lado.

Marcus maldijo entre dientes, negando con la cabeza.

—Eso lo matará.

—Dejarlas dentro también lo matará —replicó Sica—. Las heridas se infectarán y morirá lenta y dolorosamente. Si las empujamos, hay una posibilidad; remota, pero la hay.

—¿Y si la hemorragia no se detiene? —contraatacó Marcus—. No somos médicos, Sica. Un movimiento en falso y sería como si le cortáramos el cuello nosotros mismos.

—¿Crees que no lo sé? —espetó Sica—. No se trata de qué es seguro. Se trata de darle alguna oportunidad.

—Y si hacemos esto —preguntó Séneca—, ¿cuánto tiempo llevará?

Sica vaciló.

—No mucho, pero tenemos que hacerlo ya. También necesitaré vuestra ayuda para mantenerlo quieto... y en silencio. Gritará, y no podemos permitirlo.

La mirada de Séneca se dirigió hacia el bosque y escudriñó las sombras en busca de cualquier señal de movimiento. Los segundos se alargaron en un pesado silencio antes de que volviera a mirar a Sica.

—Lo haremos —dijo—. Acabemos con esto.

Marcus asintió secamente y los tres hombres se pusieron en acción con rapidez. Tras ellos, Falco yacía inmóvil en las sombras, con la respiración superficial pero constante. La decisión estaba tomada, pero el peligro distaba mucho de haber pasado.

El grupo se apiñó en torno a Falco, con los rostros contraídos por una expresión de sombría determinación. Él los miró uno a uno, frunciendo el ceño con recelo.

—¿Qué estáis haciendo? —carraspeó—. Estáis tramando algo.

Sica se agachó tras él, con las manos firmes mientras sujetaba los astiles de las flechas. Se inclinó, y su aliento cálido rozó la oreja de Falco mientras hablaba en voz baja pero con firmeza.

—Una está más profunda que la otra —dijo—. Hay que recortarlas antes de hacer cualquier otra cosa.

Falco se puso tenso y cerró los puños débilmente a los costados.

—No me gusta cómo suena eso.

—La alternativa tampoco te gustará —replicó Sica. Alzó la vista hacia Marcus y Seneca, y asintió levemente—. Sujetadlo.

Seneca se agachó a la izquierda de Falco y lo agarró con fuerza por el hombro, mientras que Marcus se colocó detrás y le rodeó el pecho con sus poderosos brazos para inmovilizarlo. Cassius se arrodilló al otro lado de Falco, sumando su peso para mantener quieto al herido.

—¿Qué...? ¿Qué estáis...? —empezó Falco, pero Marcus le tapó la boca con la mano y sus palabras se ahogaron.

—Silencio, Falco —masculló—. No empeores las cosas.

Sica se inclinó más, examinando los astiles que sobresalían de la espalda de Falco. Respiró hondo, preparándose, y agarró con firmeza la flecha más larga. En un movimiento rápido y brutal, partió el astil para igualar la longitud del otro. El seco crujido de la madera al romperse fue acompañado por el grito ahogado de Falco, cuyo cuerpo se sacudió violentamente contra el férreo agarre de los demás.

—¡Sujetadlo bien! —siseó Sica.

Falco se debatió débilmente, y sus gritos ahogados se convirtieron en sonidos guturales y forzados mientras la mano de Marcus permanecía firmemente apretada sobre su boca. A su alrededor, el bosque parecía cernirse sobre ellos, con sombras que se hacían más profundas mientras el grupo trabajaba con rapidez y en silencio.

Una vez solucionado lo del astil, los hombres levantaron a Falco con cuidado. Las piernas le temblaban, pero sus firmes agarres lo mantenían en pie. La respiración de Falco era entrecortada y se apoyaba pesadamente en Marcus mientras lo sostenían. Tenía el rostro pálido y perlado de sudor, pero sus ojos ardían con desafío.

Seneca dio un paso al frente y se plantó justo delante de Falco.

—Escúchame, Falco —dijo—. Las puntas de flecha tienen púas. No podemos sacarlas sin destrozarte, así que tenemos que empujarlas para que salgan por el otro lado.

La mirada de Falco se clavó en la de Seneca. Durante un largo momento no dijo nada; su respiración era el único sonido en el tenso silencio. Luego, lentamente, asintió.

—Sé lo que significa —dijo con voz ronca. Sus labios se torcieron en un débil simulacro de sonrisa—. No es la primera vez que me ensartan, ¿eh?

El intento de humor cayó en saco roto en el pesado ambiente. Falco tragó saliva y luego miró a los demás.

—¿Tenéis vino? Podría ayudar a sobrellevar el dolor.

Sica resopló suavemente a su espalda.

—Si tuviéramos, me lo estaría bebiendo yo.

Falco soltó una risa corta y sibilante, aunque era más de dolor que de alegría.

—Me lo imaginaba.

Sin más comentarios, lo llevaron con cuidado hacia el árbol más cercano. Falco se inclinó ligeramente hacia atrás, con el rostro contraído por el dolor mientras lo colocaban. Cassius se acercó con un pequeño trozo de madera en la mano. Se lo ofreció a Falco, que lo miró con recelo.

—Muerde esto —dijo Cassius—. Es para el dolor.

—Y para que dejes de parlotear tanto, maldita sea —añadió Sica en voz baja.

Cassius soltó una risa nerviosa ante el comentario, pero Falco se limitó a fulminar a Sica con la mirada. Abrió la boca para responder, pero Cassius le metió la madera, interrumpiéndolo.

—¿Listo? —preguntó Séneca.

Falco asintió bruscamente, mordiendo la madera con tal fuerza que esta crujió. Su voz ahogada, un gruñido gutural de desafío, surgió de entre sus mandíbulas apretadas.

—¡Hacedlo!

Los hombres se prepararon, sujetando a Falco con firmeza por los hombros y, con un movimiento brusco y coordinado, lo empujaron hacia atrás contra el árbol. El impacto hizo que los ástiles rotos se hundieran aún más en su cuerpo y lo atravesaran. Un crujido húmedo y espantoso acompañó el momento en que las puntas de arpón le reventaron el pecho, mientras sus bordes dentados relucían débilmente a la luz de la luna.

El cuerpo de Falco se arqueó por la agonía y su grito ahogado hizo vibrar la madera que mordía. Sus músculos se contrajeron con violencia, pero los hombres lo sujetaron con fuerza, con el rostro adusto, mientras lo apretaban aún más contra el árbol para asegurarse de que las flechas salieran por completo.

El grito de Falco se apagó en un gemido sordo mientras su cuerpo se relajaba y su cabeza caía hacia delante. El dolor lo había vencido y se desplomó inconsciente en sus brazos. Marcus y Cassius lo sujetaron contra el árbol mientras Sica agarraba las puntas de flecha que sobresalían de su pecho y tiraba de ellas para sacarlas del todo.

Falco se estremeció, aún inconsciente, cuando le sacaron los ástiles y sus camaradas lo depositaron en el suelo. De las heridas brotó sangre fresca, pero Sica estaba preparado y presionó las lesiones con un paño doblado, aplicando una presión firme.

—¿Y bien? —preguntó Séneca.

Sica no levantó la vista mientras trabajaba, con las manos firmes a pesar de la urgencia.

—Creo que una ha roto una costilla —dijo—, pero la otra ha pasado limpia. Si detenemos la hemorragia y lo llevamos pronto a un médico, tiene una oportunidad.

—¿Qué clase de oportunidad?

Sica lo miró de reojo.

—De momento está vivo. Es todo lo que tenemos.

Séneca asintió bruscamente, tomando una decisión inmediata.

—No podemos quedarnos aquí. Haced una camilla. Cassius, Atticus, buscad ramas fuertes. Marcus, mira si hay algo en las sarcinae que podamos usar como correas o acolchado. Moveos.

Los hombres se dispersaron con silenciosa urgencia, y su entrenamiento pudo más que el agotamiento. En cuestión de minutos, Cassius y Atticus regresaron arrastrando un par de robustos árboles jóvenes. Sica y Marcus los ataron con correas cortadas de sus ahora inútiles sarcinae, creando una camilla sencilla pero resistente.

El cuerpo inerte de Falco fue trasladado con cuidado a la camilla improvisada y le aseguraron la cabeza a un lado para evitar que se cayera. Sica colocó un acolchado adicional con la ropa de repuesto que les quedaba alrededor de las heridas, asegurándose de que la presión sobre estas se mantuviera firme.

—Tendrá que servir —murmuró, limpiándose la sangre de las manos en la túnica.

—Nos vamos ya —dijo Séneca—. No pararemos a menos que sea absolutamente necesario. —Sus ojos se detuvieron en Falco un momento antes de apartar la vista—. Marcus, Cassius, haréis el primer turno con la camilla. Rotaos si os cansáis, pero no aflojéis.

El bosque se cernía oscuro y opresivo a su alrededor mientras partían. Cada paso era una batalla contra el agotamiento, pero siguieron adelante, impulsados por la leve esperanza de que Falco pudiera sobrevivir.

Capítulo Dieciocho

Roma

La tenue luz de la lámpara de aceite proyectaba largas y trémulas sombras por las paredes mientras Veteranus permanecía de pie ante el tembloroso senador. Su presencia llenaba la estancia como un nubarrón de tormenta, y el cuchillo ensangrentado que sostenía en la mano brillaba de forma ominosa. El silencio era sofocante, roto únicamente por la respiración dificultosa del senador.

—Siéntese —dijo Veteranus.

El senador vaciló, pero la mirada de Veteranus no admitía réplica. Se arrastró hacia el sillón que había en un rincón de la habitación y se sentó sin decir palabra.

Veteranus empezó a moverse, paseando lentamente por la estancia como un lobo que rodea a su presa.

El senador abrió la boca y volvió a cerrarla, con la garganta demasiado seca para articular palabra.

—Puedo pagarle —dijo al fin—. Ponga usted el precio. Sea cual sea, lo aceptaré. Oro, tierras, favores, lo que desee.

Veteranus no respondió. Ni siquiera miró al senador, con sus fríos ojos fijos en la media distancia mientras continuaba su lento y deliberado paso.

El silencio se prolongó y llevó los nervios del senador al límite. Apretó con tal fuerza los brazos del sillón que los nudillos se le pusieron blancos. El sudor le perlaba la frente y le resbalaba por la cara en brillantes regueros.

—Por favor —jadeó—. Soy un hombre valioso. Tengo contactos. Si me deja marchar, puedo asegurarle que será recompensado más allá de lo que pueda imaginar.

Veteranus dejó de caminar. Giró ligeramente la cabeza y un levísimo atisbo de sonrisa asomó a sus labios. No era una sonrisa amable.

El pecho del senador subía y bajaba rápidamente, mientras sus ojos iban del rostro de Veteranus al cuchillo ensangrentado.

—Sea lo que sea esto, podemos resolverlo. No hay necesidad de violencia.

Sin mediar palabra, Veteranus se adelantó y le propinó un puñetazo en la mandíbula al senador. El golpe resonó con un chasquido nauseabundo y lo hizo caer del sillón, despatarrado sobre el frío suelo de mármol.

Gimió de dolor, sujetándose el rostro mientras un hilo de sangre brotaba de la comisura de sus labios. Aturdido, alzó la vista hacia Veteranus, quien ahora se erguía sobre él, con una expresión carente de toda piedad.

Veteranus se agachó y su sombra se extendió por el suelo de mármol mientras estudiaba al senador. La hoja de su cuchillo ensangrentado captó la luz parpadeante de la lámpara y su filo brilló como un cruel recordatorio de lo que ya había hecho.

—¿Sabe qué es lo más fascinante de los hombres como usted, senador? —empezó Veteranus—. Cree que su cargo le otorga invulnerabilidad. Como si los muros que ha construido a su alrededor le dieran la autoridad para hacer cualquier cosa que desee sin temor a represalias.

Vinicianus tragó saliva con dificultad, con los labios temblorosos.

—No sé qué cree que he hecho…

Veteranus levantó una mano para interrumpirlo.

—Llevo días observándolo, senador —dijo—. Disfruta de sus rutinas, ¿verdad? De los caminos cuidadosos y predecibles que recorre. Pero claro, nunca se fijó en el esclavo con el que se cruzó en el pasillo, ese que se inclinó un poco más de la cuenta. O en el muchacho del mercado que se entretuvo demasiado cerca de su carruaje, o en el que dejó su puerta sin cerrar con llave cuando lo despidió. Nunca se preguntó por qué sabían mi nombre cuando vine a buscarlo.

El senador parpadeó confuso, con los labios formando palabras mudas.

—Soborné para que me dejaran entrar en su casa, senador. Unas pocas monedas de plata, entregadas a uno de sus sirvientes de mayor confianza, y después lo único que necesité fue un cebo para asegurarme de que estuviera aquí cuando viniera a buscarlo. Eso es todo lo que hizo falta. Un puñado de monedas para que me abrieran la puerta. Y ahora, aquí estamos.

La respiración del senador se aceleró y su rostro palideció, brillante de sudor.

—Si..., si está aquí para matarme, acabe de una vez —tartamudeó.

—¿Matarlo? —repitió Veteranus, soltando una risita—. No, senador, no he venido a por su vida. Todavía no. He venido a por la verdad. Y va a dármela, de un modo u otro.

Vinicianus negó con la cabeza débilmente.

—No sé de qué me habla.

—La rebelión —replicó Veteranus—. No me insulte fingiendo que no sabe nada. Hay susurros en cada rincón de esta ciudad. Nombres que se pronuncian en voz baja. Se están trazando planes. Quiero saber quiénes son, dónde se reúnen y qué están planeando.

Vinicianus se estremeció.

—¡No sé nada de ninguna rebelión! ¡Lo juro por el nombre de Júpiter!

Veteranus suspiró hondo, con un sonoro matiz de decepción. Se incorporó con lentitud para luego mirar al senador desde arriba.

—Esperaba que me lo pusiera fácil, senador. De verdad que sí.

Avanzó de repente, plantando la bota en el pecho de Vinicianus y aplastándolo contra el suelo. El senador gritó, presa del pánico, mientras sus manos arañaban el liso suelo de mármol.

—Intentémoslo de nuevo —dijo Veteranus—. ¿Quiénes son los conspiradores?

—¡No lo sé! —gritó Vinicianus con la voz quebrada—. ¡Por favor, se lo juro, no sé nada!

Veteranus negó con la cabeza, mientras una leve sonrisa asomaba a sus labios.

—Respuesta equivocada.

Sin previo aviso, le clavó la bota en las costillas al senador; el impacto produjo un chasquido inconfundible que resonó por toda la estancia. Vinicianus se retorció en el suelo, boqueando en busca de aire, con el rostro contraído por la agonía.

Veteranus volvió a acuclillarse a su lado, con un tono aún tranquilo, casi burlón.

—Solo está empeorando las cosas, senador. No tengo tiempo para juegos.

Extendió el brazo, levantó del suelo al senador semiinconsciente y lo dejó caer sin miramientos en la silla.

El senador gimió, con la respiración entrecortada. Tenía los ojos cerrados por el dolor, pero al abrirlos, vio a Veteranus en cuclillas justo frente a él, con los antebrazos apoyados en las rodillas. Su cuchillo, ya limpio de sangre, relucía a la luz parpadeante de la lámpara. Lo hacía girar ociosamente entre los dedos, con un movimiento casi despreocupado, como si estuviera decidiendo la mejor manera de proceder. Sus ojos se encontraron con los del senador, fríos e impasibles.

Vinicianus abrió la boca, pero no le salieron palabras, solo un leve sonido de miedo, ahogado. Su cuerpo se estremecía y su respiración se entrecortó al percatarse del alcance de su desamparo.

Veteranus no habló. Se limitó a estirar el brazo, sujetar la temblorosa mano izquierda del senador y clavársela contra el reposabrazos de la silla.

—¡Espere! —jadeó Vinicianus—. ¡Por favor, no!

Veteranus lo ignoró y, con un movimiento rápido y preciso, el cuchillo rebanó limpiamente carne y hueso, haciendo que el dedo del senador cayera al suelo. La sangre brotó a borbotones de la herida mientras Vinicianus echaba la cabeza hacia atrás y gritaba; un sonido crudo y gutural que retumbó en la habitación.

Veteranus permaneció inmóvil, con el cuchillo apoyado en la rodilla y la expresión inalterada. Esperó, silencioso y paciente, hasta que los gritos del senador amainaron gradualmente hasta convertirse en sollozos ahogados.

Finalmente, cuando los temblores del senador comenzaron a remitir, se inclinó ligeramente hacia delante. No habló, no hizo ningún gesto;

simplemente se quedó allí, observando, y su sola presencia resultaba más aterradora que cualquier palabra.

—¿Quiénes son los conspiradores?

Vinicianus gimoteó; su mano ensangrentada temblaba, inerte contra el reposabrazos de la silla.

—Ya se lo he dicho —jadeó, con palabras apenas audibles—. No lo sé..., se lo juro...

Veteranus exhaló lentamente, como decepcionado por la respuesta. Se puso en pie, irguiéndose sobre el senador, y su sombra envolvió al hombre tembloroso antes de que, de repente y sin dudarlo, descargara el cuchillo y lo hundiera profundamente en la rótula de Vinicianus.

El grito del senador rasgó el silencio de la estancia, crudo y agónico. Su cuerpo se convulsionó violentamente mientras el dolor estallaba en su pierna. Su rostro adquirió un espantoso tono blanquecino, las venas se le marcaron en las sienes y vomitó sobre su propio regazo antes de desplomarse inconsciente.

Veteranus retrocedió, observando sin asomo de piedad. No había ira ni frustración en sus movimientos, solo una precisión fría y metódica, sabedor de que ninguna de las heridas era mortal; al menos, todavía no. Se hizo a un lado, dejó la hoja sobre la mesa y se apoyó despreocupadamente en la pared.

Pasaron unos minutos en los que Vinicianus yacía inerte en la silla, con una respiración superficial que rasgaba el denso silencio. Lentamente, comenzó a agitarse y sus párpados se estremecieron al recuperar la consciencia. La cabeza le cayó hacia delante y luego hacia atrás, mientras profería gemidos débiles y lastimeros.

—Bienvenido de nuevo —dijo Veteranus, como si saludara a un viejo amigo.

Los ojos del senador se abrieron, parpadeando, llenos de terror y dolor al enfocar a Veteranus. Las lágrimas le corrían por el rostro, mezclándose con el sudor que le empapaba las facciones.

Veteranus volvió a ponerse en cuclillas ante él.

—Se lo preguntaré una última vez, senador. ¿Quiénes son los conspiradores?

Vinicianus se estremeció, con los labios temblorosos. Su silencio se prolongó, un hilo de desafío o desesperación.

Veteranus echó mano de su cuchillo y colocó lentamente la punta de la hoja bajo la barbilla del senador, obligando a Vinicianus a inclinar la cabeza hacia arriba.

—Por favor... no... —gimió Vinicianus.

La hoja presionó con un poco más de fuerza.

—Basta de juegos —dijo Veteranus—. Hable.

La voluntad de Vinicianus se quebró y su cuerpo se sacudió con sollozos.

—¡Está bien! —gritó, con la voz rota—. ¡Se lo contaré todo!

Veteranus no apartó la hoja; su mirada, fija en el rostro tembloroso del senador.

—Prosiga —dijo en voz baja.

El senador boqueó en busca de aire, luchando por articular palabra, pero, en cuanto empezó, las compuertas se abrieron y la información brotó a raudales, casi como un alivio por librarse de la presión.

Veteranus escuchó en silencio, con una expresión fría e implacable, mientras el senador sollozaba la verdad. Las palabras se atropellaban en los labios de Vinicianus, entrecortadas por jadeos de dolor y terror, pero Veteranus captó cada detalle.

El senador dio nombres, describió reuniones y reveló planes, liberándose del peso de sus secretos. Veteranus formuló preguntas precisas y directas, asegurándose de que la información era exacta y completa, pero cada respuesta fue recibida con la misma fría indiferencia, y su expresión no delató nada de lo que pensaba sobre las revelaciones.

Finalmente, cuando Veteranus se dio por satisfecho de que la verdad había quedado al descubierto, se levantó, retrocedió ligeramente y bajó el cuchillo. El senador se desplomó en la silla, con el cuerpo temblando.

—Por favor —jadeó Vinicianus—. Se lo he contado todo. Mande llamar a un médico, se lo suplico. Déjeme vivir, nunca revelaré su nombre. ¡Lo juro por la memoria de mis antepasados! — se ahogó en sus propios sollozos, con lágrimas surcando su rostro

ensangrentado—. Tiene mi palabra. Nadie sabrá nunca quién ha hecho esto. Por favor..., tenga piedad...

Veteranus ladeó la cabeza, con los ojos fijos en el senador como si sopesara sus palabras. Durante un instante, permaneció en silencio, observando al hombre destrozado que tenía ante sí. Luego, lentamente, asintió.

—Tiene usted razón —dijo en voz baja—. Jamás revelará mi nombre.

Los ojos del senador se abrieron con un destello de esperanza, pero se extinguió al instante cuando Veteranus dio un paso adelante y le pasó limpiamente el cuchillo por el cuello.

El cuerpo del senador se sacudió, mientras sus manos se aferraban instintivamente al cuello del que manaba sangre a borbotones. Un gorgoteo ahogado escapó de sus labios, con sus ojos aterrorizados clavados en Veteranus, que se mantuvo apartado y observó, completamente impasible.

Sus espasmos se fueron debilitando, su vida se le escapaba y formaba un charco en el suelo de mármol; en cuestión de instantes, su cuerpo se desplomó hacia delante, inmóvil, con los ojos vidriosos y muy abiertos, fijos en la nada.

Veteranus permaneció allí un momento, con la respiración tranquila y firme mientras observaba la figura inerte. Limpió el cuchillo en la ropa de cama sin usar antes de volver a guardarlo en su vaina y, sin una segunda mirada, se dio la vuelta y salió de la habitación, con el eco de sus botas resonando suavemente en el suelo resbaladizo por la sangre.

Capítulo Diecinueve

Britannia

El Occultum avanzaba por el bosque con sombría determinación, arrastrando la parihuela tras ellos. Cada paso era un suplicio, y el peso de la camilla improvisada ponía a prueba sus ya mermadas fuerzas. El hambre les atenazaba el estómago, el frío de la noche les calaba a través de las capas y el agotamiento les nublaba la vista; sin embargo, seguían adelante. Cada ápice de su voluntad estaba enfocado en un único objetivo: alcanzar a las legiones antes de que fuera demasiado tarde.

La pálida figura de Falco se mecía con el movimiento de la parihuela; su respiración era superficial e irregular y su rostro estaba perlado de sudor. Perdía y recuperaba la consciencia de forma intermitente; a ratos, sus labios se movían en silencio y, en otros, prorrumpían en murmullos entrecortados. Sica caminaba a su lado, con la aguda mirada fija en el herido.

—Vamos, Falco —murmuró—. Quédate conmigo. Has pasado por cosas peores que esta.

Los ojos de Falco se entreabrieron brevemente, sin enfocar y vidriosos.

—… la arena… caliente…, siempre caliente…, sangre en la arena… —masculló antes de que sus palabras se perdieran en divagaciones más incoherentes y su cabeza se ladeara.

—Basta ya de tonterías, idiota —espetó Sica, ocultando su preocupación—. Ya no estás en la arena. Cállate o te buscaré otro palo que morder.

El grupo siguió avanzando con dificultad, arrastrando las botas por la tierra blanda. Cada paso parecía más pesado que el anterior, y las piernas les temblaban por el esfuerzo. Los descansos ocasionales les daban un breve respiro, pero cada vez que se levantaban, les costaba más que la vez anterior. Aun así, siguieron adelante a duras penas, con su disciplina y entrenamiento

imponiéndose a las agónicas protestas de sus cuerpos. La parihuela se arrastraba tras ellos como un ancla, y su peso parecía aumentar a cada paso.

Finalmente, Séneca alzó una mano y se detuvieron tambaleándose junto a un pequeño arroyo, cuyo débil murmullo era un insólito sonido de vida en el opresivo silencio del bosque. Los hombres cayeron de rodillas, hundieron las manos en el agua helada y bebieron con avidez. El frío líquido les ofreció un alivio momentáneo, pero no bastó para alejar la cruda realidad de su situación.

Falco yacía inmóvil en la parihuela, con el pecho subiendo y bajando débilmente. Tenía el rostro pálido y los labios amoratados. Sica se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro, mientras sus penetrantes ojos examinaban las heridas del hombre. Por una vez no dijo nada, y su silencio fue más elocuente que cualquier palabra.

Séneca se acuclilló junto al arroyo, con el rostro contraído, y se dirigió al grupo.

—No podemos seguir —dijo—. Tenemos que separarnos. Alguien tiene que adelantarse y buscar ayuda. Los demás os quedaréis aquí con Falco.

Los hombres intercambiaron miradas graves, y el peso de la decisión cayó sobre ellos. Cada uno conocía los riesgos. Quien se adelantara sería vulnerable, expuesto a los peligros del bosque, mientras que los que se quedaran atrás se enfrentarían a un destino incierto con un camarada herido y sin garantía de ser rescatados.

Los hombres empezaron a murmurar mientras debatían quién debía quedarse y quién debía ir, pero antes de que pudieran seguir discutiendo, un sonido rasgó la noche: un leve susurro de hojas, el crujido de unas pisadas en el suelo del bosque. El grupo se quedó helado, conteniendo la respiración.

La mano de Sica voló hacia su espada mientras Séneca hacía un gesto para que guardaran silencio. Los hombres se agacharon, con los ojos fijos en las sombras que había más allá del arroyo, a medida que el ruido se hacía más fuerte, más cercano. Instantes después, sus corazones se encogieron al ver una patrulla de

guerreros salir de entre los árboles, con sus siluetas oscuras y amenazadoras a la tenue luz de la luna.

Los hombres del Occultum se agacharon, respirando agitadamente mientras los guerreros avanzaban directamente hacia ellos. La patrulla se movía con confianza, y el leve brillo de sus armas relucía a la luz de la luna. Rostros pintados les observaban desde las sombras y el murmullo ocasional de una lengua gutural flotaba en la quietud del bosque. Eran demasiados, al menos diez contra uno, y parecían fuertes, bien alimentados y preparados.

Séneca se levantó lentamente, con su aguda mirada fija en el enemigo que se aproximaba. Apretó la empuñadura de su espada y la desenvainó con un suave roce de acero sobre el cuero. Se volvió hacia los demás, con el rostro tallado por una sombría resolución.

—No tenemos ninguna esperanza contra tantos —dijo en voz baja—, y no podemos huir, no con Falco. Así que, ¿qué vamos a hacer? —Hizo una pausa, paseando la mirada por cada uno de ellos —. ¿Nos rendimos o luchamos?

Durante un largo y angustioso instante, el silencio se apoderó de ellos. Los hombres se miraron unos a otros, con los rostros pálidos y surcados por el agotamiento, antes de que, uno a uno, tomaran su decisión. Marcus fue el primero en levantarse. Su espada silbó al salir de su propia vaina y se colocó al lado de Séneca sin mediar palabra.

—Ni siquiera tienes que preguntarlo —dijo Cassius con gravedad, poniéndose también en pie y desenvainando su arma.

Sica se unió a ellos, con la daga reluciente en la mano, e incluso Atticus, el más silencioso del grupo, se levantó y desenvainó su espada, con una expresión tan acerada como la de los demás.

Los hombres intercambiaron miradas, con los rostros endurecidos por la comprensión tácita de que aquel era el final. El agotamiento se desvaneció, reemplazado por la fría lucidez de conocer su destino.

Séneca se volvió de nuevo hacia los guerreros, que se acercaban cada vez más, con las armas en alto.

—Si caemos —dijo por encima del hombro—, nos llevaremos a tantos como podamos.

El Occultum se mantuvo firme, una pequeña línea de hombres maltrechos y desesperados contra la fuerza abrumadora que se cernía sobre ellos. Sus respiraciones eran firmes; sus agarres, seguros. No se hacían ilusiones sobre su supervivencia, pero no flaquearían.

Los guerreros se desplegaron, bloqueando cualquier vía de escape. Por un momento se hizo un silencio antinatural, antes de que el líder levantara su hacha y lanzara una orden con un alarido y, mientras los guerreros cargaban, los hombres del Occultum se prepararon, listos para luchar hasta la muerte.

El choque fue brutal. Las espadas resonaban contra las lanzas y el aire estaba cargado de gruñidos de esfuerzo y del sonido húmedo del acero al encontrarse con la carne. El Occultum luchó con toda la habilidad y la ferocidad nacidas de años de batalla, cada movimiento preciso y mortal. Sica se movía como una sombra, su daga centelleando mientras se deslizaba entre los atacantes, cortando gargantas y rasgando tendones. Cassius luchaba como un toro, su fuerza bruta le permitía apartar armas de un golpe y hundir su espada en las filas enemigas. Pero eran demasiados.

Atticus fue el primero en caer cuando una lanza lo alcanzó en el costado y se hundió profundamente entre sus costillas. Se tambaleó, boqueando mientras la sangre brotaba de la herida, y un segundo golpe lo hizo desplomarse en el suelo.

—*¡Atticus!* —rugió Marcus—. No hubo respuesta. Atticus había muerto.

El grupo se vio obligado a retroceder, paso a paso, agónicamente, hasta que se vieron apretados en un círculo cerrado, de espaldas los unos a los otros. Cassius blandió su espada en un amplio arco, obligando a los guerreros a mantener la distancia, mientras Marcus desviaba una estocada de lanza y clavaba su hoja en las entrañas del atacante.

Séneca, que luchaba en el borde del círculo, paró un golpe, pero un guerrero lo pilló desprevenido por el flanco. La espada del enemigo se estrelló contra su costado y cayó de rodillas con un gruñido de dolor.

—*¡Séneca!* —gritó Sica, pero el líder guerrero ya estaba sobre él. Dos hombres pintados levantaron a Séneca y le sujetaron los brazos mientras la sangre goteaba de su herida. El Occultum luchó desesperadamente para alcanzarlo, pero los guerreros presionaron con renovada ferocidad, haciéndolos retroceder.

El líder se adelantó, con el rostro pintado con franjas azules y blancas y los ojos relucientes de triunfo. Sacó un cuchillo largo y cruel del cinturón y agarró a Séneca por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás con un violento tirón.

—*¡No!* —gritó Marcus, pero un escudo lo golpeó y lo hizo retroceder, y su embestida desesperada se quedó corta.

El líder alzó su cuchillo, cuya hoja atrapó la luz, pero, mientras se preparaba para rebanarle el cuello a Séneca, un rugido inesperado rasgó el aire entre los árboles y Falco apareció tambaleándose. La sangre todavía empapaba lo que quedaba de su túnica y sus movimientos eran vacilantes, pero sus ojos ardían con una furia salvaje mientras se abalanzaba, impulsado por puro instinto. Usando sus últimas fuerzas, se abrió paso a empellones entre dos de los celtas y clavó una hoja en el cuello del líder, con tal fuerza que ambos cayeron al suelo.

El cuerpo del líder se convulsionó mientras la sangre brotaba de la herida, empapando el suelo del bosque, y Falco se desplomó sobre él, con las fuerzas agotadas.

Por un momento, los guerreros se quedaron helados, y su conmoción ante la visión de su líder caído se convirtió rápidamente en una ira incontenible. Un murmullo se extendió por sus filas y, uno a uno, volvieron a levantar sus armas, con los ojos clavados en la figura inconsciente de Falco y en los maltrechos restos del Occultum.

Sica apretó con más fuerza la daga, listo para su última batalla. Marcus y Cassius se acercaron al centro, con las espadas en alto y los dientes apretados en señal de desafío, mientras que Séneca, ensangrentado y apenas en pie, luchaba por enderezarse contra el peso del agotamiento y el dolor.

Finalmente, los guerreros comenzaron a moverse para acabar con ellos, pero solo habían cubierto la mitad de la distancia cuando

un cuerno de sonido profundo y resonante retumbó entre los árboles.

Los celtas vacilaron, volviendo la cabeza bruscamente hacia el sonido. Volvió a sonar, más fuerte, reverberando por el bosque como la llamada de algún dios antiguo y vengativo y, mientras esperaban, el suelo bajo ellos tembló cuando la inconfundible estampa de los auxiliares de caballería romanos irrumpió en el claro.

Los guerreros dudaron un instante antes de que cundiera el pánico. Se dieron la vuelta; algunos gritaban órdenes, otros ya se dispersaban entre los árboles. Pero era demasiado tarde: los auxiliares se estrellaron contra sus filas, sus lanzas atravesaban la carne, sus espadas abatían a quienes eran demasiado lentos para huir. El choque del acero y los gritos de los moribundos inundaron el aire, mientras sus cuerpos eran pisoteados por los cascos de los caballos.

Séneca se tambaleó, a punto de que le flaquearan las rodillas mientras observaba cómo se desarrollaba el caos. A su alrededor, sus hombres permanecían en un silencio atónito, con las armas colgando inertes a los costados. La batalla había terminado en un instante, pero su brutal eficacia los dejó conmocionados.

Un oficial a caballo cabalgó hacia ellos; su montura resoplaba y pateaba la tierra empapada en sangre. El hombre desmontó con experta facilidad y se quitó el yelmo al acercarse.

—Os hemos estado buscando por todas partes —dijo—. Venid, las legiones esperan.

Capítulo Veinte

Roma

El senador Lépido yacía despierto, con el peso opresivo de las preguntas sin respuesta oprimiéndole el pecho como el escudo de un gladiador. Las pesadas sábanas de lino se le pegaban a la piel, húmedas de sudor a pesar del frescor que a menudo bendecía el campo tras la puesta de sol. Se revolvió en el bajo lecho de madera, intentando acallar su mente inquieta, pero fue inútil. Algo andaba mal.

Con un leve suspiro, descolgó las piernas por el borde de la cama y cruzó en silencio el pulido suelo de mármol. Un tenue resplandor se filtraba por las contraventanas abiertas, por donde un retazo de luz de luna se derramaba en la habitación. Su mirada se posó en una jarra de barro con agua que había dejado uno de los sirvientes, con el sencillo recipiente descansando sobre una mesita junto a una única copa de plata.

Vertió el agua con lenta deliberación, el líquido atrapando la pálida luz al caer en la copa. Llevándosela a los labios, bebió profundamente, deleitándose con el frescor que recorría su garganta reseca.

Tras dejar la copa, cogió su manto y se lo echó holgadamente sobre los hombros antes de salir de la habitación. El silencio de la villa era absoluto, solo roto por el crujido ocasional de las viejas vigas y el lejano canto de las cigarras. Atravesó el atrio tenuemente iluminado e inspiró hondo, alzando la mirada al cielo.

Las estrellas, centinelas eternos de la noche, refulgían contra la extensión de tinta. Sus pensamientos se volvieron hacia los dioses. Júpiter, eterno y vengativo, que empuñaba el rayo con mano firme; Marte, el siempre vigilante guardián de las legiones de Roma, y Vesta, guardiana de la llama. ¿Acaso lo miraban desde lo alto? ¿Veían el peso que soportaba, las sombras que invadían sus pensamientos?

El tenue susurro de las hojas con la brisa era reconfortante y, por un momento, se permitió creer que la quietud podría ofrecerle claridad. Pero entonces...

—*Buenas noches, senador.*

La voz queda rasgó el silencio y Lépido se puso tenso; su mano fue instintivamente a su costado, donde no pendía arma alguna. Se giró lentamente, escrutando con la mirada la oscuridad más allá de la veranda.

—¿Quién anda ahí? —exigió.

Una sombra se movió cerca de una de las columnas de mármol, justo fuera del charco de tenue luz que proyectaban las estrellas. De la oscuridad emergió una figura envuelta en un manto negro, con el rostro oculto bajo los pliegues de una capucha. Alzó la mano para bajársela, revelando su rostro.

—Hola de nuevo, Lépido —dijo—. ¿Hablamos de arañas?

Lépido se quedó mirando, con la respiración contenida, cuando el reconocimiento lo golpeó como un gladius en el pecho. Perdió la compostura por un instante, y la reemplazó un destello de ira y alarma.

—Veteranus —siseó, mirando a su alrededor para asegurarse de que no podían verlos—. ¿Qué haces aquí, por todos los dioses? ¡Mi familia duerme bajo este techo!

El hombre del manto se encogió de hombros, como si la indignación del senador no fuera más que un divertido espectáculo.

—¿Ah, sí? —dijo—. Entonces supongo que deberíamos hablar en un lugar más... privado. Guíame, senador.

Lépido apretó la mandíbula, pero contuvo su genio. La seguridad de su familia era primordial, y lo último que quería era despertar sus sospechas o, peor aún, arriesgarse a un encuentro que no pudieran comprender. Con un seco asentimiento, se dio la vuelta y guio a Veteranus a través de las sombras, más allá del sendero empedrado que serpenteaba por los jardines de la villa.

Llegaron a la veranda independiente donde la familia solía reunirse para las cenas. Era una estructura modesta, con vigas de madera cubiertas de enredaderas y un tenue aroma a aceitunas

machacadas flotando en el aire. Los olivos formaban una pantalla natural que protegía el espacio de la villa, un lugar donde podían hablar sin temor a miradas indiscretas.

Una vez bajo las vigas, Lépido se giró bruscamente, su manto arremolinándose a su alrededor.

—Vas a explicarte —siseó—. ¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Cuánto tiempo llevas observándome?

Veteranus se arrellanó en una silla con una familiaridad que crispó los nervios de Lepidus. Estiró las piernas, cruzándolas por los tobillos, y entrelazó los dedos detrás de la cabeza como si se acomodara en su asiento predilecto tras una larga jornada de marcha.

—Me hieres, Lepidus —dijo con ligereza—. Te comportas como si fuera un desconocido. ¿De verdad creías que no iba a encontrarte después de todo lo que hemos pasado juntos? —Hizo un gesto perezoso a su alrededor—. Por cierto, menudo refugio te has construido. Tranquilo, bien vigilado, cómodo... Pero ni los mejores muros pueden mantener alejado a un viejo amigo. Además, me pediste que te consiguiera cierta información, y aquí estoy. Pensé que me darías una bienvenida más cálida.

A Lepidus se le dilataron las aletas de la nariz. Se acercó un paso más, irguiéndose sobre Veteranus, aunque este no pareció inmutarse.

—No juegues conmigo, Veteranus —dijo—. Podrías haberme enviado un mensaje para que nos viéramos en algún sitio. ¿Cuánto tiempo llevas vigilándonos? ¿Cómo demonios sabías dónde encontrarme?

Veteranus se inclinó ligeramente hacia delante y el humor afable se desvaneció de su semblante. Clavó la mirada en la de Lepidus con una intensidad depredadora.

—El suficiente para conocer tu rutina —dijo—. El suficiente para sentarme en esta misma silla en las noches tranquilas, recordando lo que hicimos en todos esos años que servimos juntos. Lo que logramos... y lo que quedó por hacer.

El aire entre ellos se tornó más denso, como si el peso de los recuerdos compartidos y las verdades tácitas oprimiera a ambos

hombres. Lepidus tragó saliva con dificultad; tenía la garganta seca a pesar del agua que acababa de beber. La amenaza velada era lo bastante clara, y sus implicaciones le provocaron un escalofrío por la espalda. Fuera lo que fuese que él creía haber dejado atrás en el polvo de campañas ya lejanas, Veteranus lo había llevado consigo y, ahora, al parecer, pretendía asegurarse de que Lepidus jamás lo olvidara.

—Has dejado clara tu postura —dijo—. Supongo que has averiguado algo, así que dime lo que sabes y márchate.

Veteranus volvió a recostarse, con una expresión tan serena e indescifrable como siempre.

—Júzgalo por ti mismo —dijo simplemente, sacando un rollo de debajo de su capa.

Lepidus titubeó solo un instante antes de coger el rollo y, tras desenrollar el pergamino, recorrió con la vista la lista de nombres, cada uno de ellos minando su compostura. Senadores, magistrados y équites, hombres de alta alcurnia e influencia, cuyos nombres quedaban ahora expuestos como traidores.

Alzó la vista, con el rostro pálido.

—Esto... esto es una locura. La mitad del Senado caerá si esto es cierto. Algunos de estos hombres cenan con el emperador. ¿Cómo ha podido pasar desapercibido tanto tiempo?

Veteranus ladeó ligeramente la cabeza, con la mirada firme.

—Porque fueron cuidadosos. Se ocultaron tras capas de respetabilidad y lealtad, susurrando su traición en lugares que creían seguros. —Se inclinó hacia delante—. Pero la gente habla, Lepidus. Los esclavos oyen conversaciones. Las monedas cambian de manos. Los secretos se desmoronan.

Lepidus se dejó caer en una silla cercana, cubriéndose la boca con la mano mientras volvía a leer la lista, con la incredulidad luchando contra una sombría aceptación.

—Pero ¿cómo podían esperar salirse con la suya? Una conspiración de esta magnitud, un asesinato, un golpe de Estado... requeriría algo más que senadores conspiradores. Necesitarían un ejército. Tropas lo bastante leales como para traicionar al emperador. ¿Dónde iban a encontrar semejante apoyo?

Veteranus observó a Lepidus por un momento; su silencio prolongó la tensión en la estancia. Luego, con una leve sonrisa, respondió.

—Dalmacia.

Lepidus levantó la cabeza bruscamente, entornando los ojos.

—¿Dalmacia? Las legiones allí acantonadas...

—La Legio VII Claudia y la Legio XI Claudia —interrumpió Veteranus—. Ambas llevan años en Dalmacia, con su lealtad puesta a prueba en duras campañas en Ilírico y Panonia. Ciertos oficiales de entre sus filas fueron contactados, hombres con agravios, ambiciones o, simplemente, un precio. Los conspiradores hicieron promesas, Lepidus. Riquezas. Poder. Librarse de la supervisión del emperador. Y encontraron oídos dispuestos a escuchar.

Lepidus se puso en pie de un salto y la silla chirrió contra el suelo. —¿Me estás diciendo que legiones enteras...?

—No legiones enteras —corrigió Veteranus, alzando una mano —. Una facción dentro de ellas. Oficiales con la influencia suficiente para poner a los soldados de su parte cuando llegara el momento. Los suficientes para asegurar Dalmacia y marchar contra Roma.

Los ojos de Lepidus se clavaron en Veteranus, con una mezcla de temor y admiración que titilaba en su mirada.

—¿Y cómo, exactamente, has descubierto esto? ¿Cómo te has enterado de la existencia de esos oficiales y de sus tratos con los senadores?

La leve sonrisa de Veteranus regresó a su rostro, aunque carecía de toda calidez.

—Digamos que Vinicianus fue... muy *colaborador* en cuanto comprendió las consecuencias de su silencio.

Lepidus se estremeció; su imaginación le pintaba una vívida imagen de lo que aquellas consecuencias podían haber supuesto. Apartó la mirada y negó con la cabeza como para despejarla.

—¿Y esos oficiales de Dalmacia? —preguntó—. Los legados al mando, ¿están implicados también?

Veteranus negó con la cabeza.

—Esta conspiración no estaba dirigida desde arriba, sino por centuriones y oficiales subalternos. Los legados no sabían nada, y

sospecho que la habrían aplastado de haberlo sabido. Aun así, sus soldados se han visto comprometidos. Hay que purgar sus filas.

Lepidus cerró los ojos, apretándose las sienes con los dedos.

—Esto es una catástrofe —dijo Lepidus—. Del Senado puedo encargarme. De los hombres de esta lista nos ocuparemos rápida y discretamente. Unas cuantas ejecuciones, algunos exilios forzosos, y el resto se someterá. Pero las legiones... —Hizo una pausa y se le cortó la respiración cuando las implicaciones lo golpearon de nuevo —. Las legiones son harina de otro costal. Si se han visto comprometidas, la propia Roma está en peligro.

Veteranus permaneció en silencio, observando al senador con sus fríos ojos como un depredador que espera a que su presa se canse.

—Hay que informar de inmediato al gobernador de Dalmacia —continuó Lepidus—. Scribonianus se encargará de que los conspiradores de entre sus legiones sean eliminados antes de que este complot coja impulso.

La expresión de Veteranus no cambió. Permaneció inmóvil, con la luz del sol poniente proyectando nítidas sombras sobre su rostro. Lentamente, negó con la cabeza. Lepidus se quedó paralizado, con la confusión reflejada en su cara.

—¿Por qué niegas con la cabeza? Scribonianus es el gobernador. Seguro que actuará en cuanto conozca la amenaza que se cierne sobre Roma.

Lepidus empezó a comprender, y su mano se aferró con más fuerza al rollo de papiro.

—No... No, no es posible. No estarás diciendo...

Veteranus le sostuvo la mirada, con su expresión fría e inquebrantable.

—Es Scribonianus, ¿verdad? —dijo Lepidus—. Él es el corazón de esta rebelión. —Retrocedió tropezando y se desplomó en una silla cercana. El rollo se le cayó de las manos y rodó por el suelo. Miró al soldado con incredulidad—. Por los dioses... ¿un gobernador provincial al que se le han confiado dos legiones, conspirando para derrocar al emperador? ¿Comprendes lo que esto significa, Veteranus? Si Scribonianus da la orden de marchar...

—Roma arde —dijo Veteranus sin rodeos.

—Las mejores legiones del emperador están en Britania —dijo Lepidus—, estancadas en la conquista de la isla. El resto están dispersas por las provincias: la Galia, Germania, Siria, Egipto... demasiado lejos para responder a tiempo. Aunque enviáramos un mensaje esta misma noche, no podrían llegar a Dalmacia antes de que las fuerzas de Scribonianus ya estuvieran en marcha.

—Exacto —dijo Veteranus—. Para cuando llegaran los refuerzos, Roma estaría perdida. Scribonianus lo sabe. Por eso ha elegido este momento para actuar.

Los hombros del senador se hundieron mientras se dejaba caer más en la silla, aplastado por el peso de la situación.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó.

—¿Acaso no es obvio? —preguntó Veteranus tras una pausa —. Le cortamos la cabeza a la serpiente. Scribonianus debe morir.

Lépido retrocedió ligeramente, con los ojos muy abiertos.

—¿Pero es que no te oyes? Matar a un gobernador provincial no es una decisión que deba tomarse a la ligera. Las repercusiones...

—Las repercusiones de la inacción son mucho peores —dijo Veteranus—. Escriboniano no dudará en derramar sangre y, si esperamos a que actúe, será demasiado tarde. Las calles de Roma se teñirán de rojo.

Lépido negó con la cabeza y se puso en pie con una resolución vacilante.

—Si te equivocas..., si Escriboniano es inocente..., esto hará pedazos el imperio.

—No me equivoco —aseguró Veteranus con firmeza—. Viniciano me lo contó todo. Escriboniano lleva meses preparando el terreno. Sus conspiradores en el Senado han asegurado el apoyo político. Sus oficiales en Dalmacia han reunido soldados para su causa y, en el momento en que crea que sus fuerzas están listas, marchará hacia el sur.

Los hombres guardaron silencio mientras asimilaban las implicaciones. Finalmente, Lépido asintió en señal de conformidad.

—Es una situación terrible —dijo en voz baja—, pero hay que hacerlo. Tengo contactos que pueden encargarse de Escriboniano y

asegurarse de que las legiones de Dalmacia sean purgadas de su traición. Solo espero que lo hayamos descubierto a tiempo.

Pero Veteranus no respondió. Permanecía inmóvil, con la mirada fija en la pared del fondo. Algo en su silencio hizo que Lépido vacilara.

—¿Qué ocurre? —preguntó el senador—. Te estás guardando algo, ¿verdad?

Veteranus giró la cabeza lentamente y sus ojos fríos y penetrantes se clavaron en Lépido.

—Escriboniano es solo el principio —dijo.

Lépido se quedó helado, con la respiración contenida en la garganta.

—¿Qué quieres decir? Él es el gobernador, comanda las legiones de Dalmacia. Sin él, la rebelión se desmorona.

Veteranus negó con la cabeza, con un movimiento lento y deliberado.

—Escriboniano era el brazo ejecutor local. Una herramienta. Pero no es el artífice de esta rebelión. —Avanzó un paso y su sombra se alargó en la penumbra—. En el corazón de este complot hay otro hombre. Alguien mucho más peligroso.

Lépido lo miró fijamente, con el rostro exangüe. Entreabrió los labios como para hablar, pero no le salieron las palabras. Finalmente, consiguió susurrar:

—¿Quién?

La expresión de Veteranus se ensombreció.

—No lo sé.

Las manos del senador se cerraron en sendos puños a los costados, con la frustración mezclada con el miedo.

—¿Que no lo sabes? —repitió—. ¡Pero si has dicho que Viniciano lo confesó todo! ¿Cómo es posible que no nombrara al verdadero líder de la conspiración?

—Porque ni siquiera él lo sabía —dijo Veteranus con gravedad —. El hombre que está en el epicentro de esto no es un traidor cualquiera. Ha permanecido oculto, incluso para sus aliados más cercanos. Pero sí sé una cosa: no está aquí, en Roma.

Lépido frunció el ceño, confundido.

—¿No está en Roma? Entonces, ¿dónde?

—De campaña. En Britania.

Las palabras golpearon a Lépido como un puñetazo. Retrocedió un paso, tambaleándose, con la mente acelerada mientras intentaba encontrarle sentido.

—¿Britania? Eso es... imposible. Las mejores legiones del emperador están allí. ¿Estás diciendo que uno de ellos está tramando una traición?

—Eso parece —dijo Veteranus—. Vinicianus reveló que hace unas semanas se envió un mensajero hacia el norte. Ese hombre lleva un mensaje para el traidor de Britania, informándole de que Escriboniano está listo para actuar y de que, en cuanto lo esté, debe movilizar a sus hombres contra la invasión.

Lépido se recostó en la silla, con el rostro pálido como el de un muerto.

—¡Por los dioses! —susurró—. Si las legiones se rebelan, todo habrá terminado.

—Vinicianus no sabía el nombre del hombre que encabeza el complot —continuó Veteranus—, pero reveló el nombre del mensajero, un funcionario menor del gobierno llamado Varro.

—No lo conozco —dijo Lépido.

—Ni yo tampoco —dijo Veteranus—, pero tiene una peculiaridad que puede jugar a nuestro favor.

—¿Y cuál es?

—Le tiene pánico al agua y no cogería un barco a Britania, por lo que ha optado por unirse a uno de los carros de suministros y viajar por tierra hasta Gesoriacum para que la travesía por mar sea lo más corta posible.

—Lo que significa —dijo Lépido lentamente—, que tenemos una oportunidad de alcanzarlo antes de que entregue el mensaje.

—Por tierra quizá no —dijo Veteranus—, pero si alguien va en barco, podría ser posible.

Lépido alzó la cabeza de golpe, con la desesperación grabada en el rostro.

—Tenemos que detener ese mensaje. Yo me ocuparé de Escriboniano aquí y me aseguraré de que el Senado quede purgado

de estos traidores. Pero Britania... —Dejó la frase en el aire, entrecerrando los ojos mientras los fijaba en Veteranus—. Alguien tiene que ir —continuó, con una desesperación evidente en la voz—. Alguien que pueda detener ese mensaje y descubrir al traidor que está en el corazón de esta rebelión. Tienes que ser tú, Veteranus, tú sabes cómo piensan estos hombres, cómo actúan.

—¿Qué agentes tienes activos en Roma? —preguntó Veteranus.

Lépido vaciló. Siempre era reacio a revelar esa información, pero Veteranus había sido uno de los suyos y necesitaba saberlo.

—Hay un grupo —admitió—. Pero no están en Roma. Están en Britania.

—Mejor aún —dijo Veteranus—. ¿Cuál es su situación?

—Se infiltraron antes de que comenzara la invasión. La última vez que recibí noticias suyas, seguían tras las líneas enemigas, pero sus informes cesaron hace meses. O bien se han ocultado aún más... o están muertos.

Veteranus frunció el ceño.

—¿Quién está al mando?

Lépido vaciló de nuevo, visiblemente incómodo. Abrió los labios, pero tardó un instante en pronunciar el nombre.

—Séneca —dijo finalmente.

El nombre quedó suspendido en el aire como un desafío. Lépido estudió a Veteranus con atención, inseguro de cómo reaccionaría.

—Sé que has trabajado con él antes —dijo al cabo—, pero esta vez es diferente.

—¿Trabajado con él? —dijo Veteranus—. No. No trabajamos juntos, Lépido. Sobrevivimos el uno al otro. A duras penas. Pero es competente. Meticuloso. Un hombre de principios, aunque a uno le irrite. Si Séneca está vivo, es a quien querría liderando el Occultum.

Lépido se relajó un poco, aliviado de que el nombre no hubiera desbaratado la conversación por completo.

—Entonces, si lo necesitas, tendrás que encontrarlo. Si está vivo, será un recurso valioso.

Veteranus permaneció en silencio un largo instante, con la mirada perdida en la oscuridad. El horizonte clareaba ya, los últimos vestigios de la noche se desvanecían con el alba.

—Iré —dijo finalmente, volviéndose para mirar a Lépido—. Pero necesitaré transporte, dinero y el sello del emperador que me conceda autoridad ilimitada.

Lépido asintió.

—Lo tendrás todo. Me aseguraré de que los recursos estén listos en dos días.

Veteranus asintió y, sin mediar palabra, se dio la vuelta para cruzar el jardín a grandes zancadas, desapareciendo en la penumbra.

Capítulo Veintiuno

Roma

Dos días después de reunirse con Lépido, Veteranus se encontraba a bordo de la *Sangre*, la afamada *actuaria* de la flota romana. La esbelta nave estaba amarrada en el bullicioso puerto, con la cubierta cargada de provisiones para el largo viaje hacia el norte. La estrecha y veloz nave se había ganado la reputación de ser la más rápida de la flota; sus remos eran capaces de cortar el agua con una precisión sin igual antes de desplegar las velas para ser impulsada hacia delante a una velocidad inalcanzable.

Veteranus permanecía de pie junto a la barandilla, con la mirada fija en el horizonte mientras se soltaban las amarras del barco. El leve crujido de las sogas y el rítmico chapoteo del agua contra el casco llenaban el aire mientras la tripulación trabajaba con experimentada eficiencia.

Se ajustó la capa para resguardarse de la cortante brisa, con la mente inquieta. Aunque la decisión de viajar por mar tenía sentido desde el punto de vista táctico, no podía quitarse de encima la incomodidad: era un hombre de tierra y siempre confiaría más en la sensación de un caballo bajo sus piernas que en el vaivén de una cubierta de madera.

La nave comenzó a moverse y los remos se hundieron al unísono mientras la *actuaria* se deslizaba fuera del puerto. A sus espaldas, la extensa costa de Roma empezó a desvanecerse en la distancia. Mientras el barco avanzaba con paso firme hacia mar abierto, Veteranus permaneció como una figura solitaria en medio de la bulliciosa actividad de la tripulación. Se mantenía apartado, hablaba poco y evitaba interacciones innecesarias. En cubierta, los marineros apenas reparaban en él, concentrados en el ritmo incesante de sus tareas. Él lo prefería así. El silencio era su compañero, y acogía su abrazo con agrado.

Bajo cubierta, los apiñados camarotes no ofrecían consuelo alguno, pero Veteranus soportaba el espacio oscuro y húmedo sin quejarse. Cuando el tiempo lo permitía, salía de vez en cuando, moviéndose sin prisa mientras se dirigía a la popa. Allí, una gran marmita de hierro descansaba sobre una plataforma que sobresalía por encima de las olas, y su contenido no era un líquido, sino un fuego cuidadosamente alimentado, cuyas llamas proporcionaban el calor necesario para preparar un guiso caliente de vez en cuando para la tripulación. Cuando lo había, Veteranus cogía su ración de la sencilla comida y comía en silencio mientras la tripulación mantenía las distancias.

Cuando el tiempo empeoraba y el viento aullaba sobre la cubierta, la marmita se enfriaba y el fuego se extinguía. En esas ocasiones, Veteranus se las apañaba con raciones secas, mascando el pan duro y la carne seca sin quejarse. Seguía siendo una sombra entre la tripulación, cuya presencia se notaba, pero no se cuestionaba.

El mar se extendía interminable a su alrededor, gris e implacable, y Veteranus pasaba los días mirando al horizonte o descansando en silencio bajo cubierta, con sus pensamientos como única compañía mientras la nave se abría paso entre las olas.

Los días transcurrían con una lentitud agónica; la monotonía del mar y el cielo solo se veía rota por alguna turbonada ocasional o el rítmico crujir de las cuadernas del barco. Veteranus pasaba gran parte del tiempo a solas, sentado en un rollo de cabos o apoyado en la barandilla, bebiendo con moderación de un odre de cuero. El sabor agudo y agrio del vino era un pobre consuelo, pero bastaba para embotar el filo de sus pensamientos cuando estos se volvían hacia dentro, hacia una vida marcada por las sombras y la sangre.

Recordaba su infancia, una etapa sombría y brutal que pasó como huérfano en las calles de Roma. La supervivencia había sido una lucha constante, y la astucia, su única arma. Cuando la artimaña fallaba, había recurrido a la brutalidad pura y desenfrenada. A los diez años, su vida dio un giro oscuro cuando mató a su primer hombre, un depredador del hampa que había intentado arrastrarlo a

sus profundidades. Armado con el cuchillo que siempre llevaba consigo, Veteranus le había rajado el cuello; la hoja se deslizó limpia y profunda en un acto desesperado de supervivencia. El recuerdo de la sangre brotando sobre sus pequeñas manos se había desvanecido con el tiempo, pero las lecciones que le enseñó nunca lo hicieron.

Matar se había vuelto más fácil después de aquello. Era más limpio, más sencillo que otras formas de resolver los problemas. Eliminaba los obstáculos de forma permanente, sin dejar cabos sueltos. Cuando se hizo un hombre joven, se había labrado una vida en los rincones más oscuros de la sociedad. Los callejones umbríos y las guaridas secretas de Roma se convirtieron en su mundo, un mundo de violencia, robos y monedas manchadas de sangre.

Pero el caos de aquella vida acabó por desgastarlo. Buscó otra cosa, algo que pudiera darle un propósito o, al menos, un orden. Las legiones lo habían llamado, ofreciéndole la promesa de una estructura, camaradería y la oportunidad de ejercer la violencia al servicio de una causa. Imaginó que su mundo de disciplina rígida y hermandad férrea le sentaría bien.

Pero no tardó en descubrir lo contrario. La disciplina le irritaba; los interminables ejercicios y la inquebrantable jerarquía eran mucho más problemáticos de lo que había imaginado. Las órdenes que le ladraban a la cara hombres a los que no respetaba ni temía ofendían su orgullo, y aunque había encontrado cierta apariencia de camaradería entre sus compañeros legionarios, esta se veía atenuada por su propia naturaleza: distante, desconfiada y de genio vivo.

Su temperamento e instintos a menudo se apoderaban de él, lo que le llevaba a peleas frecuentes con sus camaradas y, cuando no andaba a la gresca, se ausentaba de su puesto, escabulléndose en la noche para encontrar consuelo en el vino, las mujeres o el silencioso caos de las calles. Sus comandantes no tardaron en darse cuenta y los castigos se convirtieron en parte habitual de su existencia. Soportó latigazos, marchas forzadas y confinamiento en solitario, pero nada parecía doblegar su rebeldía.

Estuvo peligrosamente cerca de ser expulsado de las legiones por completo; su oficial al mando amenazó con enviarlo a las minas

de sal, un destino que era una sentencia de muerte segura. Pero, justo cuando parecía que su tiempo en las legiones tocaba a su fin, un encuentro fortuito lo cambió todo.

Un joven oficial, recientemente puesto al mando de una unidad de exploradores, había oído rumores sobre Veteranus. El oficial, un hombre de mirada aguda con instinto para ver el potencial donde otros solo veían problemas, lo mandó llamar.

—Eres un alborotador —le había dicho, con su mirada penetrante atravesando la fanfarronería que Veteranus vestía como una armadura—. Pero eres rápido, eres listo y, por lo que he oído, sabes cómo desenvolverte en los lugares oscuros donde otros temen adentrarse.

Veteranus no dijo nada, inseguro de si aquello era el preludio de otro castigo o alguna broma cruel. Pero el oficial lo había sorprendido.

—Te ofrezco una oportunidad —había dicho—. Borrón y cuenta nueva. Demuestra lo que vales y tendrás un sitio en mi unidad. Si fracasas, te devolveré al comandante para que haga contigo lo que le plazca.

No es que tuviera muchas opciones, pero Veteranus la aprovechó. Destacó casi de inmediato. El mundo de los exploradores le sentaba a la perfección. Era rápido, ingenioso y despiadado cuando era necesario. Donde otros flaqueaban por el miedo o la incertidumbre ante el peligro, Veteranus se crecía y, en cuestión de meses, se convirtió en una pieza crucial de la unidad de exploradores, un hombre al que los demás acudían en busca de guía en las situaciones más peligrosas.

La noticia de su habilidad se extendió y, en poco tiempo, se le acercó otro oficial. La oferta era sencilla pero intrigante.

—Se está formando una nueva unidad —dijo el oficial—. No reconocida por Roma, pero esencial para su supervivencia. Necesitamos hombres como tú, hombres que puedan vivir en las sombras y hacer lo que otros no pueden.

Veteranus no necesitó pensárselo dos veces. Se había sentido inquieto incluso entre los exploradores, irritado por las limitaciones y las expectativas de las legiones. Esta era una oportunidad para

trabajar en una unidad fuera del rígido entramado de la burocracia romana y aceptó la oferta sin dudarlo. Esa unidad fue el primer Occultum, y el joven oficial que lo había salvado de las minas de sal y le había dado una segunda oportunidad no era otro que Lepidus.

El rítmico crujido de los remos y el leve chapoteo de las olas contra el casco llenaban el aire a bordo de la actuaria. Veteranus se apoyó en la barandilla; el viento salado le tiraba de la capa mientras contemplaba el horizonte gris. Las costas de Britania quedaban muy lejos, en la distancia, ocultas por la niebla omnipresente, y no por primera vez, la bruma de la supervivencia dio paso a la reflexión.

Su tiempo en el Occultum había sido bueno. No, más que bueno, había sido transformador. En los años transcurridos desde que se unió a la sombría hermandad, había encontrado algo que nunca creyó posible: un sentimiento de pertenencia. No la camaradería fugaz de los soldados, sino algo más profundo, forjado en el crisol de secretos compartidos y misiones peligrosas.

La Galia había sido su crisol; las tierras salvajes lo moldearon de maneras que ningún entrenamiento formal podría haber logrado. Los instructores del Occultum habían sido los mejores que Roma podía reunir, maestros del subterfugio, el sigilo y las silenciosas artes de la muerte. Bajo su tutela, había pulido su crueldad natural hasta convertirla en algo afilado, algo letal. Aprendió a moverse entre las multitudes, a acechar a un enemigo sin ser visto y, llegado el momento, a golpear con precisión y sin dudar.

Deslizó un dedo por el filo de su gladius; su peso familiar era un consuelo. Fue en la Galia donde se ganó su reputación; en los bosques del norte resonaban los susurros de un fantasma en la noche, un hombre que atacaba como una sombra y se desvanecía como el humo. Veteranus se había vuelto infame, un nombre temido por los enemigos de Roma y susurrado incluso entre los suyos.

Y luego había estado Germania. Sus oscuros bosques lo pusieron a prueba aún más. Las tribus de allí eran astutas, sus guerreros feroces, pero habían subestimado al Occultum. Una y otra vez, se había infiltrado en sus campamentos, recopilando información, sembrando la discordia y, cuando la misión lo requería,

eliminando figuras clave. Con cada éxito, sentía que sus habilidades se agudizaban, que sus instintos se afinaban hasta un punto mortífero.

Veteranus suspiró y se pasó una mano por el pelo mientras el viento cambiaba. Podía oír el bajo murmullo de los oficiales cercanos, sus voces amortiguadas por el fragor de las olas.

Los recuerdos lo arrollaron como las olas contra el casco del barco, cada uno más frío y afilado que el anterior. Su reputación en el Occultum había crecido rápidamente, pero no todas las reputaciones eran una bendición.

Al principio, su brutalidad había sido una ventaja. Las misiones exigían eficacia y resultados, y Veteranus ofrecía ambas cosas. Ya fuera para infiltrarse en una fortaleza enemiga, eliminar un objetivo clave o interrogar a un prisionero, cumplía con sus obligaciones con una determinación resuelta que le granjeó un respeto a regañadientes. Pero el respeto pronto se tornó en miedo.

Sus compañeros operativos empezaron a guardar las distancias. La camaradería que una vez los había unido se deshilachó bajo el peso de los susurros y las miradas de soslayo. Algunos lo llamaban frío; otros decían que no tenía alma. Y luego estaban los que simplemente apartaban la vista, incapaces de sostenerle la mirada.

No se trataba solo de matar, aunque de eso había de sobra, sino de cómo lo hacía. Hacía tiempo que Veteranus había dejado de discriminar entre los culpables y los desafortunados, entre los que merecían la muerte y los que simplemente se interponían en su camino. Si la misión lo exigía, si Roma lo requería, él actuaba. Era todo lo que importaba. O eso se decía a sí mismo.

Entonces llegó el senador.

Al principio fue una tarea sencilla: extraer información de un senador renegado sospechoso de conspirar contra Roma. Veteranus había sido minucioso, como siempre. Presionó al hombre, lo llevó al límite, pero no fue suficiente. El senador se negó a doblegarse, con un desafío tan férreo como el acero de un gladius. La frustración bulló hasta convertirse en furia.

Luego ocurrió el incendio.

La villa del senador ardió en llamas una noche, con su familia atrapada en el interior. El propio senador pereció, pero fueron los gritos de sus hijos los que atormentaron a los testigos; sus pequeños cuerpos, hallados entre las cenizas. Y aunque Veteranus no había prendido la llama, la verdad importaba poco. Para entonces, su reputación de carnicero se había extendido demasiado, y las acusaciones se le adhirieron como el hollín.

Aún podía ver sus rostros, el asco en los ojos de sus camaradas, el veredicto tácito que corrió por las filas antes incluso de que nadie se atreviera a interrogarlo y, para cuando Lépido hubo convocado el tribunal, el resultado era inevitable. Declarado culpable *in absentia*, condenado a muerte.

Y así, había huido al único santuario que le quedaba: los bajos fondos de Roma. Las sórdidas profundidades de la ciudad lo acogieron con los brazos abiertos, un refugio profano de mendigos y ladrones, asesinos y prostitutas. Allí, la reputación significaba poco, solo importaba la supervivencia. Y, para un hombre como Veteranus, sobrevivir era fácil.

Rápidamente alcanzó notoriedad; sus habilidades eran demasiado valiosas para pasar desapercibidas. Los contratos le llovían, susurrados en callejones oscuros y entregados bajo la luz parpadeante de las antorchas en tabernas ocultas. Si alguien necesitaba desaparecer, si había que silenciar a un rival, el nombre de Veteranus tenía peso. Su reputación como asesino a sueldo creció, pero esta vez estaba libre de la carga de las expectativas de Roma o de su juicio. En las sombras, era libre de ser exactamente aquello en lo que se había convertido: un arma perfeccionada e imperturbable.

Durante meses, prosperó. Recorrió los callejones de la Subura y el monte Aventino como un espectro, intocable y temido. Los pretorianos, sin embargo, nunca anduvieron lejos. Los rumores sobre su paradero llegaron a sus oídos y, pronto, la red empezó a cerrarse. Veteranus luchó con fiereza, evadiendo sus trampas y superando a sus patrullas, pero hasta los mejores solo pueden huir por un tiempo limitado.

Una noche fría, en las profundidades del laberinto de los bajos fondos de Roma, lo encontraron. La escaramuza fue breve y brutal y, cuando terminó, los pretorianos arrastraron su maltrecho cuerpo hacia la luz. La orden de ejecución llegó con celeridad, y Veteranus fue arrastrado al foro, encadenado y sangrando, para enfrentarse al filo de la justicia del imperio, pero, justo cuando el verdugo alzaba su espada, llegó un mensajero, con su capa carmesí ondeando a su espalda. Portaba una declaración, sellada con la propia insignia del emperador. La multitud murmuró, e incluso los pretorianos vacilaron mientras las palabras eran leídas en voz alta.

Por orden del emperador, todos los cargos contra él habían sido anulados. Había sido perdonado de todos sus crímenes, pasados, presentes y futuros.

Veteranus, ensangrentado y de rodillas, había observado con incredulidad cómo le quitaban los grilletes. El aire estaba cargado de asombro, pero nadie estaba más atónito que él. Se había preparado para la muerte, para el vacío silencioso y acogedor que aguardaba más allá del filo de la espada, pero estaba libre, agraciado con una segunda vida por el capricho de un hombre al que nunca había visto.

Capítulo Veintidós

Britania

Los caballos de los auxiliares cruzaron con estrépito las puertas del campamento legionario, sus cascos chapoteando en el lodo que había dejado la llovizna constante. Los muros provisionales se alzaban muy por encima de ellos, robustas empalizadas de madera reforzadas con estacas recién talladas, un testimonio de la eficacia de la ingeniería romana. En la pasarela superior, los centinelas patrullaban con paso mesurado, sus ojos escrutando el brumoso horizonte en busca de cualquier movimiento que pudiera insinuar la presencia acechante de los celtas.

Cuando la patrulla entró, las puertas de madera se cerraron con un gemido a sus espaldas, reforzadas por gruesos cerrojos de hierro. Dentro del campamento, el caos organizado de la vida legionaria continuaba sin tregua. Los soldados se movían en prietas formaciones, y el chirrido de las armaduras y las órdenes ladradas rompían el aire húmedo. El humo se enroscaba desde las fogatas y se mezclaba con el olor acre del sudor, el cuero y la tierra mojada.

Séneca se tambaleaba a lomos de su caballo, con el cuerpo desplomado por el agotamiento. La travesía había sido brutal, una dura prueba de hambre y fatiga que había puesto a prueba los límites de cada hombre del Occultum. Sentía el frío calarle hasta los huesos, el peso de su empapado capote oprimiéndole los hombros. Cuando el caballo se detuvo, se deslizó de la silla de montar, y sus botas se hundieron en el fango mientras las piernas se le doblaban.

Tras él, el resto del Occultum desmontó en diversos grados de agotamiento. Cassius hizo una mueca al estirarse y se rozó con los dedos los moratones de las costillas, mientras que Marcus se echaba los restos de su equipo sobre un hombro con un gruñido de dolor. Solo Sica parecía impasible, con su expresión estoica inalterada mientras escudriñaba el campamento con ojos agudos y calculadores.

—¡Médicos! —ladró uno de los guardias, mientras dos jinetes bajaban al suelo el cuerpo inconsciente de Falco. A los pocos instantes, dos medici se apresuraron a levantar a Falco entre ambos y a llevarlo hacia una tienda cercana.

Séneca, que seguía de pie, tambaleándose en el fango, los vio marchar. Hizo ademán de seguirlos, pero se quedó helado cuando el sonido de unas botas chapoteando en el barrizal llamó su atención. Se acercó un hombre, flanqueado por dos ayudantes, cuya presencia rezumaba autoridad. Su capote, sujeto con un broche de plata, y el cuero intrincadamente labrado de su armadura lo señalaban como alguien de rango importante.

El hombre se detuvo ante ellos, y su penetrante mirada recorrió al harapiento grupo. Sus labios se contrajeron en una fina línea mientras observaba sus ropas hechas jirones y sus ojos hundidos.

—Hombres del Occultum —empezó—. Soy Titus Flavius Vespasianus, *legatus legionis* de la Segunda Augusta. ¿Quién está al mando?

Séneca se enderezó, obligando a su cuerpo a obedecer a pesar del peso del agotamiento que lo aplastaba. Levantó una mano ligeramente.

—Yo, legado —dijo—. El tribuno Gaius Octavius Seneca. Y traigo información urgente para el general Plautius.

Vespasiano le dirigió la mirada, entornando ligeramente los ojos como si evaluara al hombre que tenía delante. Asintió secamente, pero levantó una mano para impedir que siguiera hablando.

—Tribuno Seneca —dijo—, sus esfuerzos son evidentes en cada arruga de su rostro, pero sus hombres están agotados. Necesitan comida, calor y atención médica. Atienda primero sus necesidades y venga a vernos por la mañana. Es una orden.

—Legado —dijo Séneca, con una nota de urgencia asomando en su voz—, comprendo su preocupación, pero esta información no puede esperar. Se refiere a los movimientos y estrategias de las tribus.

Los ojos de Vespasiano centellearon mientras lo interrumpía.

—Tribuno, no me he explicado mal. Sus hombres comerán. Descansarán. Se curarán las heridas. Hablará usted con Plautius mañana. Un día más no supondrá ninguna diferencia.

Por un momento, el silencio pendió pesado entre ellos. Los del Occultum, aún agrupados cerca, intercambiaron miradas de inquietud, pero no dijeron nada. Séneca sostuvo la mirada de Vespasiano sin pestañear, su resolución parpadeando como una llama azotada por el viento, pero la expresión del legado no admitía réplica. Finalmente, Séneca espiró por la nariz y asintió con rigidez.

—Como ordene, legado.

—Bien —dijo Vespasiano—. Ocúpese de sus hombres, tribuno. Ha cumplido con su deber y merecen un momento para respirar.

Dicho esto, Vespasiano hizo un gesto a un ayudante para que guiara al Occultum hacia las tiendas médicas. Lanzó una última mirada a Séneca, con los ojos agudos y cargados de un entendimiento tácito, antes de girar sobre sus talones y alejarse a grandes zancadas, con su capote barriendo el lodo.

Séneca se quedó quieto un momento más, mientras el aire gélido le mordía la piel. Luego, reuniendo las fuerzas que le quedaban, siguió a sus hombres, con el peso de las palabras no dichas y de un conocimiento acuciante oprimiéndole los hombros.

A la mañana siguiente, Séneca se enfundó el uniforme limpio de tribuno que uno de los siervos le había dejado durante la noche y, tras comerse un cuenco de gachas de maíz calientes, cruzó el campamento en dirección a las tiendas de mando. Al acercarse, un joven optio se adelantó, saludando enérgicamente antes de hablar.

—Tribuno Séneca —dijo—. Se ha informado al general Plaucio de su regreso. Aguarda su informe. —Dio media vuelta con marcialidad y lo condujo hacia el interior del campamento. A su alrededor, las ordenadas hileras de tiendas y depósitos de suministros emanaban una sensación de disciplinado propósito; el murmullo de la eficiencia romana contrastaba crudamente con el caos que habían soportado en las tierras salvajes. La mirada de Séneca se desvió brevemente hacia un grupo de ingenieros que

reforzaban las fortificaciones interiores, con manos rápidas y seguras mientras clavaban clavos de hierro en los soportes de madera, y, al pasar junto a un grupo de legionarios que se instruían en el patio abierto, por un instante fugaz, Séneca sintió una punzada de envidia por su estabilidad y por la relativa seguridad que ofrecían las murallas del campamento.

Más adelante, apareció a la vista la tienda del general, cuya tela carmesí destacaba netamente contra los tonos apagados del campamento. Dos guardias flanqueaban la entrada, con sus petos pulidos reflejando la débil luz. Se apartaron en silencio cuando el optio indicó al Occultum que entrara.

Séneca vaciló en el umbral y respiró hondo para serenarse. Luego, irguiendo los hombros, atravesó las lonas de la entrada. Dentro, la tienda estaba caldeada y el aire, cargado con la mezcla de olores de las lámparas de aceite y la lana húmeda. El general Plaucio estaba de pie junto a la mesa de campaña, con las manos apoyadas en su superficie mientras estudiaba un mapa sujeto con pesas de bronce. Sus penetrantes ojos se alzaron cuando entraron y se entornaron ligeramente al percatarse del estado desaliñado del grupo.

—Séneca —dijo—. Parece que ha ido al inframundo y ha vuelto.

—Así me siento, general —replicó Séneca—. Pero traemos noticias que no pueden esperar.

Plaucio se enderezó, con el semblante endurecido.

—Hable, entonces.

Antes de que Séneca pudiera dar comienzo a su informe completo, la pesada lona de la entrada de la tienda se agitó de nuevo y Vespasiano entró a grandes zancadas, con su imponente presencia de siempre. Su pulida armadura reflejó la luz de las lámparas y su aguda mirada recorrió al grupo antes de posarse en Séneca.

—General —dijo, inclinando levemente la cabeza hacia Plaucio antes de mirar a Séneca—. Veo que nuestras esquivas sombras han regresado. Confío en que traigan respuestas que justifiquen la espera.

—Eso espero —replicó Plaucio, indicando a Vespasiano con un gesto que se uniera a ellos en la mesa.

—Comience —ordenó Plaucio, volviéndose hacia Séneca—. Y no omita nada.

—Mi señor —empezó Séneca—, hemos pasado los últimos meses sondeando las lealtades y estrategias de las tribus. Los icenos y los cantiacos observan, pero los hemos persuadido de que no se comprometan, al menos por ahora. No obstante, sus caudillos recelan de las represalias romanas si se alían abiertamente con la resistencia.

Plaucio asintió, indicándole con un gesto que continuara.

—Sin embargo —prosiguió Séneca—, los trinovantes y los catuvelonos son otra historia. Ambas tribus se han unido bajo el mando de dos hermanos, Togodumno y Carataco. Juntos, comandan la mayor fuerza organizada que hemos visto en Britania hasta la fecha.

Vespasiano enarcó una ceja.

—¿Unidos? Esas dos tribus llevan generaciones enfrentadas. ¿Qué ha cambiado?

—Un enemigo común —replicó Séneca sin rodeos, sosteniendo la mirada de Vespasiano—. Roma.

—¿Tiene una estimación de sus efectivos? —preguntó Plaucio.

—Es difícil asegurarlo, pero estimo unos quince mil hombres entre las dos tribus, aunque esa cifra fluctúa. Se han visto reforzados por clanes y partidas de guerra más pequeños, deseosos de resistir la invasión.

—¿Y su armamento? —insistió Vespasiano.

—Limitado —admitió Séneca—. La mayoría lleva lanzas, hondas o hachas, aunque algunos tienen espadas saqueadas de escaramuzas anteriores. Los escudos son comunes, pero la armadura es rara fuera de sus nobles y campeones. Aun así, su conocimiento del terreno y sus tácticas de emboscada los convierten en un adversario peligroso, y cuentan con un gran número, aún desconocido, de carros de guerra.

Plaucio gruñó, pensativo.

—¿Y qué hay de sus líneas de suministro?

—Han establecido múltiples depósitos tierra adentro —dijo Séneca, señalando varios lugares en el mapa—. Están almacenando armas, comida e incluso ganado en ubicaciones secretas. El más grande que hemos identificado se encuentra justo al norte del río Tamesis, aunque hay otros dispersos por su territorio. Se están preparando para una lucha prolongada, mi general. Esos depósitos están diseñados para sostener meses, si no años, de resistencia.

Plaucio frunció el ceño, con su aguda mirada clavada en el mapa mientras asimilaba la información.

—¿Y los hermanos? Togodumnus y Caratacus, ¿qué sabemos de su liderazgo?

—Togodumnus comanda a los guerreros —dijo Séneca—. Es impetuoso, despiadado y se gana la lealtad a través del miedo y la destreza en el campo de batalla. Caratacus, sin embargo, es, al parecer, más comedido. Es el estratega, y su influencia entre los líderes tribales está creciendo.

—Eso los convierte en adversarios formidables —observó Vespasiano—. Un guerrero para inspirar a las masas y un estratega para guiarlas.

Plaucio asintió con lentitud, sopesando las implicaciones.

—¿Y los icenos y los cantiacos? ¿Podrían cambiar de opinión?

—Es posible —admitió Séneca—. Si la resistencia cobra impulso, podrían unirse para evitar la ira de Roma si nosotros flaqueamos. Pero, por ahora, se contentan con mantenerse al margen.

Vespasiano se volvió hacia Plaucio.

—Debemos actuar antes de que esos depósitos sean trasladados o reforzados, mi señor. Si atacamos con rapidez, podríamos cortar sus suministros y forzarlos a una batalla abierta, en nuestras condiciones.

Plaucio inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Pero tendremos que movernos con precisión. Parece que están muy dispersos. —Se volvió de nuevo hacia Séneca —. Ha hecho un buen trabajo, tribuno. Su labor nos dará la ventaja que necesitamos.

Séneca inclinó la cabeza en señal de reconocimiento, pero no dijo nada. El agotamiento volvía a hacer mella en él, pero se mantuvo firme, a la espera de más instrucciones.

Los ojos de Plaucio se entrecerraron y bajó ligeramente la voz.

—Entonces, hábleme más sobre el terreno donde se ocultan esos depósitos.

Al otro lado del campamento, el aire de la tienda médica estaba cargado del penetrante olor a hierbas cocidas y el acre del vinagre. Falco yacía despatarrado en un catre en un rincón, con el rostro pálido y reluciente de sudor. Su respiración era superficial, y cada exhalación conllevaba un débil estertor. Los médicos se movían con rauda precisión, aplicando ungüentos de miel y ajo machacado en las amoratadas heridas de su pecho. Uno le acercó a los labios una copa de vino caliente con infusión de corteza de sauce, instándole a tragar, aunque la mayor parte se le escurrió por la barbilla.

—Tiene la fiebre alta —masculló uno de los médicos a su colega, pasándole un paño húmedo por la frente a Falco—. Como la infección no remita pronto...

—Remitirá —le interrumpió el otro—. Hemos visto recuperarse a otros en peor estado.

Falco se agitó ligeramente; sus labios agrietados se separaron mientras mascullaba de forma incoherente. Sus palabras eran fragmentos, retazos de recuerdos y órdenes que se le escapaban en su delirio febril.

—*A la izquierda... ¡Escudos arriba!...* —musitó. Luego, con una brusca inspiración, gimió suavemente y volvió a guardar silencio.

Sica estaba sentado en un taburete bajo cercano, con expresión indescifrable mientras observaba trabajar a los médicos. Tenía las manos apoyadas con desgana sobre las rodillas, pero los nudillos se le ponían blancos cada vez que su camarada gemía. Normalmente, Sica habría hecho algún comentario mordaz sobre la terquedad de Falco o los problemas que parecía atraer, pero ahora el

silencio lo decía todo. El asesino sirio siempre había sido un hombre de pocas palabras, con su lengua afilada reservada para los momentos que consideraba que merecían la pena. Pero allí, viendo a su compañero luchar contra un enemigo invisible, se encontró perdido. Las payasadas de Falco, su humor descarado, incluso sus constantes quejas, se habían convertido en parte del ritmo de los días del Occultum. Sica se dio cuenta, con no poca incomodidad, de que la posibilidad de perder a Falco era algo para lo que no se había preparado.

Uno de los médicos se irguió, ajustando el vendaje de lino que envolvía firmemente el pecho de Falco.

—Tendré que volver a drenar la herida —dijo con gravedad—. Traed más miel y haced que calienten el vinagre.

Sica se puso en pie bruscamente.

—¿Funcionará? —preguntó.

El médico titubeó, sosteniéndole la intensa mirada a Sica.

—Si los dioses son benévolos, sí —respondió—. La infección es profunda, pero él es fuerte. Eso juega a su favor.

Sica asintió con un seco gesto y se volvió hacia la entrada de la tienda, donde el ajetreo del campamento contrastaba brutalmente con la tensión reinante en el interior. Fuera, la legión era un hervidero de actividad. Los soldados pulían sus armaduras, los centuriones instruían a sus hombres y los ingenieros preparaban el equipo para el próximo avance. El rítmico martilleo de los mazos se mezclaba con las órdenes vociferadas, una sinfonía de disciplina y preparación.

El campamento era un testimonio viviente del poderío de Roma. Las tiendas, dispuestas con esmero en hileras rígidas, cubrían el suelo embarrado como una cuadrícula, y cada una de ellas albergaba a soldados que habían perfeccionado su oficio en el crisol de campañas pasadas. Los estandartes con los orgullosos emblemas de la Legio II Augusta ondeaban al viento fresco, y sus águilas doradas refulgían débilmente bajo la pálida luz del sol.

Cajas de pescado en salazón, frutas secas y ánforas de aceite de oliva se apilaban junto a sacos de grano traído de la Galia, listos para ser molidos y convertidos en harina. De los hornos de pan

salían finas hileras de humo, y su producción constante alimentaba a los miles de hombres que marchaban bajo las enseñas de Roma. Más allá, los corrales rebosaban de ganado: cerdos, gallinas y cabras gruñían, cacareaban y balaban entre el estrépito de los soldados que se preparaban para las jornadas venideras.

A un lado del campamento, un enorme depósito de armamento bullía de actividad. Los armeros golpeaban sin descanso en las forjas, y el clangor rítmico del hierro contra el hierro resonaba por el aire mientras reparaban *gladii*, *pila* y *scuta*. Los legionarios hacían colas ordenadas, esperando para cambiar su equipo desgastado por pertrechos nuevos y, junto a los herreros, se apilaban jabalinas y haces de flechas, cada una un preciso instrumento de guerra destinado al caos de la batalla.

Los centuriones ladraban órdenes, y sus voces se oían con facilidad por encima del estruendo mientras instruían a sus hombres en formaciones y tácticas. Hileras de legionarios avanzaban y retrocedían con precisión mecánica, uniendo los escudos e hincando los *pila* en perfecta sincronía. La estampa era sobrecogedora: un mar de rojo y acero que se movía como un solo ser, un motor de destrucción viviente.

Aun así, a pesar de todo el poder concentrado en esta única legión, saber que otras tres aguardaban en la retaguardia infundía una profunda sensación de confianza a cada hombre. Juntas formaban un coloso del poder romano, una fuerza a la que ninguna coalición de tribus podría aspirar a igualar.

El campamento no era solo una fortaleza; era un microcosmos de la propia Roma, una encarnación del orden y el ingenio. Prosperaba como un único organismo cohesionado, en el que cada soldado, artesano y bestia contribuía a su propósito mayor. Y, en medio de todo aquello, Sica no pudo evitar sentir la enormidad del alcance del imperio, la determinación inquebrantable que había erigido ciudades y aplastado enemigos.

Unos días más tarde, Séneca se encontraba de nuevo a la entrada de la tienda del general, alisándose la túnica mientras el guardia se apartaba para dejarlo pasar. El ambiente en el interior era

tan tenso y concentrado como siempre; el débil murmullo de voces del exterior apenas se oía por encima del crepitar constante del brasero central. El general Plautius estaba de pie detrás de la mesa de campaña, con su penetrante mirada fija en el mapa de Britannia extendido sobre la pesada superficie de madera. Alfileres y marcadores salpicaban el pergamino, representando las fuerzas romanas y las supuestas posiciones tribales.

Plautius levantó la vista cuando Séneca entró y le hizo un gesto para que se acercara.

—Tribuno —dijo secamente—, se ha familiarizado usted mucho con esta tienda, me parece.

Séneca asintió y se acercó a la mesa.

—No perdamos el tiempo. Tengo más preguntas sobre el tiempo que pasó tras las líneas y espero respuestas sinceras. Sin evasivas. ¿Entendido?

—Sí, general —respondió Séneca.

Plautius se apoyó en la mesa, clavando su aguda mirada en la de Séneca.

—Su grupo pasó meses en territorio hostil, eludiendo la captura mientras recopilaba información sobre las tribus. No es poca hazaña, pero sus métodos siguen siendo frustrantemente imprecisos. ¿Cómo lo consiguió? ¿Cómo se orientaron los Occultum en un terreno desconocido, cómo se deslizaron por aldeas infestadas de guerreros enemigos y cómo sobrevivieron sin delatar su presencia?

—Teníamos una ventaja, general —dijo Séneca—. Un explorador celta que una vez había recorrido los mismos caminos que nos vimos obligados a seguir. Se llamaba Raven.

—¿Cómo llegó a servir a Roma?

—Hace años, buscó fortuna como explorador para las unidades romanas en la Galia, pero él y muchos de nuestros hombres cayeron prisioneros de una de las tribus galas. El Occultum organizó una misión de rescate para liberarlos, y él se encontraba entre ellos. Finalmente, tras muchos meses demostrando su valía, lo acogimos, lo adiestramos y, a cambio, se convirtió en uno de nuestros activos más valiosos.

—¿Y les sirvió con lealtad?

Séneca hizo una pausa, antes de decidir no revelar las dudas que había albergado sobre la lealtad de Raven antes de que este muriera.

—Raven conocía esta tierra como nadie —dijo al final—. Se crio aquí, a la sombra de las tribus a las que ahora nos enfrentamos. Comprendía sus costumbres, su lengua, sus movimientos. Donde nosotros veíamos bosques infranqueables o marismas interminables, él veía sendas y oportunidades. Podía mirar una aldea y decirle a uno sus puntos fuertes, sus debilidades e incluso cuánto tiempo podría resistir un ataque romano.

—¿Y está aquí ahora?

—No, no lo está —dijo Séneca—. Cayó en acto de servicio y puedo decir sin dudar que su muerte no fue en vano. Fue él quien se infiltró en el campamento de Togodumnus para matar a Cadorix, impidiendo así que los cantiacos unieran sus fuerzas a las de los trinovantes. Le debemos mucho.

—¿Cómo murió? —preguntó Plautius—. ¿Lo capturaron?

—No los trinovantes; lo capturó una partida de guerreros liderada por uno de sus maestros druidas. Intentamos rescatarlo y nos enfrentamos en uno de los bosques, pero ya era demasiado tarde. Pocos días después, los druidas lo ejecutaron. Fue... brutal. Un mensaje para Roma, con la intención de mostrar su desafío. —Su voz flaqueó brevemente antes de forzarse a continuar—. Raven fue la razón por la que sobrevivimos el tiempo suficiente para traer la información que habíamos reunido. Su contribución a la misión es incalculable.

Plautius exhaló con fuerza, negando con la cabeza.

—Una gran pérdida, sin duda. Ahora entiendo por qué lo valoraba tanto. Moverse por Britannia como lo hizo, atravesar sus aldeas sin levantar sospechas..., no es poca cosa.

—No lo era —convino Seneca—. Y las habilidades de Raven iban más allá de la mera orientación. Tenía una forma de pensar como ellos, de anticipar sus movimientos. Podía oír una conversación en su lengua y captar sutilezas que al resto de nosotros se nos

escapaban. Nos enseñó a pasar desapercibidos, a evitar la mirada de un pueblo que conocía cada piedra y cada árbol de su tierra.

—Los exploradores con tal conocimiento local son de un valor incalculable, tribuno —replicó Plautius—. Y aunque el servicio de Raven haya llegado a su fin, los de su clase siempre serán necesarios. Afortunadamente, puede que no estemos tan desamparados como parece.

Seneca levantó la vista, picada su curiosidad por las palabras del general.

—¿Qué quiere decir, general?

Los labios de Plautius se curvaron en una leve sonrisa.

—Antes de zarpar de Gesoriacum, se nos acercó un hombre, un celta belga. Vino por voluntad propia, afirmando haber explorado y cazado para una de nuestras legiones en Germania. Dijo que deseaba servir a Roma aquí, en Britannia, en parte por lealtad, pero sobre todo para encontrar a su familia, con la que perdió el contacto tras las campañas de César.

La expresión de Seneca se endureció y entornó los ojos.

—¿Un explorador belga? ¿Qué nombre usa?

La mirada de Plautius se dirigió al tribuno, intrigado por la urgencia en su voz.

—Talorcan —dijo despreocupadamente, como si el nombre no tuviera importancia—. Lo he asignado para ayudar a nuestras columnas de avance. Conoce el terreno y las tribus mejor que la mayoría. ¿Por qué? ¿Lo conoce?

Por un instante, Seneca se quedó sin palabras. Talorcan era el cazador belga que los había ayudado a navegar por las traicioneras tierras de Germania, y cuyo coraje había salvado al Occultum en más de una ocasión. Recientemente había sido fundamental para ayudar a Seneca a eludir las garras de los vándalos y era un inmenso alivio que hubiera escapado ileso. Aunque el hecho de que ahora estuviera en Britannia era asombroso.

—No —mintió—, pero parece exactamente el tipo de hombre que necesitamos para que esta campaña tenga éxito.

La sonrisa de Plautius se acentuó, mostrando su satisfacción.

—Lo es. Está patrullando en este momento con mis propios exploradores, pero cuando regrese, procure presentarse; sus conocimientos podrían ahorrarnos a todos un traspié.

Seneca asintió, sopesando ya las implicaciones. La presencia de Talorcan era inesperada, pero trajo consigo un atisbo de esperanza. El Occultum necesitaba desesperadamente un nuevo guía, y si alguien podía igualar la pericia de Raven, ese era Talorcan.

———

Capítulo Veintitrés

Britannia

Veteranus se apoyó en la barandilla del barco mientras la embarcación doblaba el último promontorio y la brisa marina traía consigo la mezcla de olores a sal y humo. Sus agudos ojos se entornaron cuando el puerto apareció a la vista y se irguió; la mera escala de lo que tenía ante sí lo dejó sin aliento por un momento, pero, a pesar de su poder y esplendor, la magnificencia de la operación no lo llenó de orgullo. Al contrario, le recordó todo lo que odiaba del mundo militar: la estructura, las rutinas, la subordinación; todos los síntomas de la autoridad suprema que tantos años se había esforzado en evitar. Ahora, a pesar de todo lo que se había prometido a sí mismo, estaba a punto de sumergirse de nuevo en ese mundo y desempeñar el papel de subordinado que tanto despreciaba, aunque solo fuera por unas pocas horas.

El puerto natural era un hervidero de actividad romana, un testimonio viviente de la pericia de ingeniería y organizativa del imperio. Docenas de barcos se mecían con suavidad en las tranquilas aguas, con sus cubiertas repletas de legionarios, esclavos y marineros que descargaban suministros. Los muelles de pontones recién construidos se extendían por la bahía como los dedos de la mano de un gigante, creando una red de atracaderos donde las mercancías se trasladaban con una eficiencia implacable.

Veteranus observó cómo se hacían rodar barriles de grano y ánforas de vino hasta los muelles, junto a cajas de armas y suministros médicos. Yuntas de bueyes arrastraban carros cargados de madera y el repiqueteo de sus cascos resonaba sobre los tablones. Más hacia el interior, caminos de grava recién trazados surcaban la costa, conectando los muelles con las extensas fortificaciones que rodeaban el puerto.

El barco atracó con un suave golpe contra el pontón y la tripulación se puso en acción de inmediato, amarrando las sogas y

preparando la pasarela. El puerto era un clamor por el estruendo del trabajo, el chirrido de la madera sobre la piedra y el ritmo constante de los martillos sobre los clavos. Veteranus permaneció en la barandilla un momento más, contemplando la escena antes de exhalar lentamente. Se echó la sarcina al hombro y bajó por la pasarela. Sus botas aterrizaron con un golpe seco en el muelle y se detuvo para ajustarse el peso de su equipo antes de abrirse paso a través del caos organizado del puerto.

Diez minutos después, se acercó a las puertas de la fortaleza, con los estandartes de la Legio IX Hispana ondeando en lo alto de las murallas de madera. Los sonidos de un caos disciplinado se derramaban desde el interior: órdenes gritadas, el estrépito de las armas, el crujido de las ruedas contra la grava mientras los carros llevaban suministros a la legión que aguardaba. Los guardias de la puerta avanzaron cuando se acercaba, con los pila en posición vertical, en una postura formal pero vigilante.

—Alto —ordenó uno de ellos—. Indique su nombre y su propósito.

—Veteranus —replicó él con firmeza, sacando de su cinturón un pergamino con el sello imperial y sosteniéndolo en alto—. Traigo un mensaje de Roma y estoy aquí bajo la autoridad del emperador. Llévenme ante su legado.

La mirada del guardia se posó en el sello y se enderezó de inmediato, ladrando una orden a los otros centinelas. En cuestión de instantes, uno de ellos le hizo señas para que entrara por las puertas y, cuando Veteranus accedió, todo el poderío de la Novena se desplegó ante él.

La fortaleza era un hervidero de actividad. Los legionarios se ejercitaban en formaciones ordenadas en la plaza central, con sus escudos entrelazados y los pila embistiendo con un ritmo perfecto mientras un centurión ladraba órdenes. A un lado, una armería bullía con el sonido de las armas al ser afiladas y reparadas, mientras los ingenieros inspeccionaban las ruedas de una ballista. Cerca de allí, los jinetes auxiliares preparaban sus monturas; el olor a caballo y cuero era denso en el aire. Equipos de esclavos y legionarios

cargaban suministros en los carros, todos trabajando bajo la atenta mirada de los optiones.

Veteranus siguió al centinela hacia un grupo de tiendas de mando en el corazón del recinto, la más grande de las cuales llevaba la distintiva insignia roja y dorada del legado al mando.

—Legado —dijo el guardia, cuadrándose al entrar en la tienda —. Este hombre trae un mensaje con el sello del emperador.

Severus levantó la vista del mapa extendido sobre su escritorio. Sus penetrantes ojos estudiaron a Veteranus por un momento antes de indicarle con un gesto que se adelantara.

—Exponga su asunto —dijo.

Veteranus inclinó la cabeza respetuosamente y colocó el pergamino imperial sobre la mesa, entre ambos.

—Estoy aquí por orden directa de Roma, mi señor, y los detalles de mi misión son solo para sus oídos.

—Déjennos solos —dijo Severus mirando a los otros hombres que había en la tienda, y esperó pacientemente a que se quedaran a solas antes de volverse hacia el forastero.

—Bueno, estoy esperando.

—Mi misión concierne a un grupo de hombres conocidos como los Occultum, mi señor. Necesito encontrarlos lo antes posible.

—¿Por qué?

—Lamentablemente, no conozco los detalles, solo que deben ponerse en contacto con su hombre en Roma por cualquier medio posible.

El legado frunció ligeramente el ceño mientras desenrollaba el pergamino, recorriendo el contenido con la mirada. Cuando volvió a levantar la vista, su expresión era cautelosa.

—He oído el nombre —dijo—, pero no sé dónde están. Llevan operando tras las líneas enemigas desde antes de que empezara la invasión. Según mis últimas noticias, la Legio II Augusta envió equipos de búsqueda para localizarlos, pero no sé qué suerte corrieron.

Veteranus asintió, sin que su rostro delatara emoción alguna. Se lo esperaba. Aun así, sabía que no podía permitirse compartir toda la verdad sobre su misión. Podría haber conspiradores en

cualquier parte, incluso el hombre que tenía delante. La confianza era un bien del que aún no podía disponer.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a la Augusta? —preguntó.

—Se han adentrado en el interior y se preparan para un gran avance hacia el Medway. La zona es traicionera y no se presta a que un hombre viaje solo.

—Lo entiendo —replicó Veteranus—. Pero mis órdenes no admiten demora.

Severus tamborileó los dedos sobre la mesa con aire pensativo, con la mirada perdida en el sello imperial del documento.

—Esa misión suya —empezó con cautela— parece importante. Sin embargo, no ha dado más detalles que el de encontrar a los Occultum. Supongo que tiene sus razones para guardarse los pormenores.

—Solo sé que esta misión atañe al mismísimo emperador. Es todo lo que puedo decir.

—Muy bien —suspiró el legado—. ¿Tiene un caballo?

—No —dijo Veteranus—. Pero se me informó de que usted podría proporcionarme uno, así como cualquier otra cosa que necesite. —Metió la mano en su zurrón y sacó un segundo pergamino, este con el inconfundible sello senatorial de cera de Lepidus, y lo colocó sobre la mesa, entre ambos—. Esto me concede el pleno apoyo del Senado y los recursos que requiero.

Severus cogió el pergamino, rompió el sello y examinó su contenido. Tras un instante, asintió secamente.

—Impresionante. Pocos hombres viajan con semejante autoridad. Muy bien, me aseguraré de que le proporcionen lo que necesita. —Hizo un gesto a un ayudante cercano—. Traiga un caballo y prepare provisiones para este hombre. Suficiente para un viaje de una semana. —Volviéndose hacia Veteranus, añadió—: Tendrá agua fresca, galletas, carne seca y todo lo que el intendente pueda darle.

Veteranus inclinó la cabeza.

—Gracias, legado. Partiré en cuanto los pertrechos estén listos.

—No lo hará —dijo Severus—. Esperará hasta la mañana y se unirá al próximo tren de suministros que se dirija a su posición. Como he dicho, el terreno es demasiado peligroso para un hombre solo, y si los Occultum han guardado silencio, es por alguna razón.

—Por supuesto —dijo Veteranus, y, con un gesto de respeto, salió de la tienda.

El caos organizado de la red de suministros de Roma estaba en pleno apogeo mientras Veteranus regresaba a la oficina del jefe del muelle en el puerto, una estructura de madera temporal pero robusta situada al borde del agua. En el interior, sus paredes estaban cubiertas de cartas de navegación y libros de contabilidad, prueba del incesante trabajo necesario para mantener en funcionamiento las líneas de suministro.

—Jefe del muelle —dijo Veteranus al entrar, mirando al hombre encorvado sobre una mesa, que garabateaba cifras en un grueso libro de contabilidad.

—Si necesita suministros —dijo el jefe del muelle sin levantar la vista—, hable con el cuestor. Estoy ocupado.

—Nada tan importante —dijo Veteranus—. Solo busco a un viejo amigo que quizá haya pasado por aquí en los últimos días.

El jefe del muelle se enderezó con un suspiro.

—He visto a miles de hombres en los últimos días, ¿cómo voy a acordarme de uno solo?

—Creo que este no habrá pasado desapercibido —dijo Veteranus—, un oficial con un miedo atroz al mar. Es posible que le causara alguna impresión.

El jefe del muelle se rascó la barbilla, frunciendo el ceño.

—Pues sí, hubo uno así —respondió el jefe del muelle—. Desembarcó hace unos días. Lo recuerdo porque era un manojo de nervios, pálido como un muerto por la corta travesía. No paraba de murmurar sobre las olas y los dioses. Parecía que iba a besar el suelo en cuanto bajara del barco.

—Ese parece ser el hombre —dijo Veteranus—. ¿Qué más puede decirme?

—No mucho. Llevaba un sello oficial del Senado y pagó generosamente por cuatro caballos para él y sus camaradas.

—¿No estaba solo?

—No. Había otros dos hombres, guardaespaldas, creo, y un celta. Un guía de algún tipo, diría yo.

—¿Por qué supone eso?

—Porque su hombre parecía tener prisa y, en cuanto consiguió los caballos, se marcharon. Se dirigieron tierra adentro, por lo que vi.

—¿Dijo algún nombre? —preguntó Veteranus.

—No, pero tenía toda la pinta de ser un burócrata. Manos finas, buena capa, todo el lote. Si quiere más información, puede probar con el jefe de los establos. Quizá le dijera algo a él.

Veteranus asintió.

—Gracias. Ha sido de gran ayuda.

El jefe del muelle lo despidió con un gesto, volviéndose ya hacia sus libros de contabilidad.

Al salir a la luz del sol, Veteranus se ajustó la mochila y echó un vistazo hacia los establos, al otro lado del puerto. Ahora tenía un rastro, débil pero prometedor. Si el hombre que había huido tierra adentro era en verdad Varro, entonces la caza por fin había comenzado.

A la mañana siguiente, temprano, el heno arañaba la piel de Veteranus mientras los tenues rayos de luz se filtraban por los anchos listones de las paredes del establo. Parpadeó, aturdido al principio, con el olor almizclado de los caballos y la paja añeja llenándole las fosas nasales. Un leve susurro cercano indicó que los mozos de cuadra comenzaban su jornada; el suave murmullo de su conversación se mezclaba con el bufido o el pateo ocasional de los animales que le rodeaban.

Se incorporó, sacudiéndose las briznas de heno de la túnica. La decisión de la noche anterior de evitar las tiendas que le ofrecían los oficiales había sido un pequeño acto de rebeldía. No soportaba la idea de compartir alojamiento con legionarios rasos, propensos a hacerle preguntas incesantes sobre sus hazañas pasadas. En su

lugar, unas cuantas monedas bien colocadas en la palma de un ansioso mozo de cuadra le habían asegurado este rincón entre las bestias.

Veteranus se levantó, haciendo girar los hombros para desentumecerse tras la noche en el lecho improvisado. Su equipo estaba cuidadosamente apilado cerca, con la espada descansando sobre la mochila, un centinela silencioso en la penumbra. Se calzó las botas y se aseguró el cinturón antes de comprobar con esmero su equipo, cada movimiento un hábito perfeccionado a lo largo de años de servicio.

Satisfecho, se echó la mochila al hombro y salió al raso. Lo recibió el aire fresco de la mañana, que traía consigo la mezcla de olores de las fogatas y el mar. Al otro lado del bullicioso campamento, las columnas de humo se enroscaban hacia arriba mientras los legionarios comenzaban sus rutinas matutinas, y sus voces se oían débilmente a lo lejos.

Veteranus se encaminó hacia una hoguera cercana donde un pequeño grupo de soldados se arremolinaba en torno a una olla común. El olor del guiso que se cocía a fuego lento llegó hasta él, y su estómago rugió en respuesta. Se acercó con desenfadada confianza, y los hombres se irguieron ligeramente al ver al adusto veterano.

—¿Les importaría darme un cuenco? —preguntó, ofreciendo una moneda.

Uno de los legionarios, un joven enjuto de ojos vivaces, miró a los demás antes de asentir.

—Sírvase, señor —dijo, aceptando la moneda y entregándole un cuenco de madera.

Veteranus se sirvió con un cucharón una ración del espeso estofado, y el calor se extendió por sus manos mientras lo sujetaba. Se sentó en un cajón cercano y comió en silencio mientras los hombres reanudaban su conversación, ahora con voces más quedas ante su presencia.

Una vez que hubo terminado, devolvió el cuenco con un seco asentimiento de gratitud antes de dirigirse a grandes zancadas hacia uno de los muchos cercados donde los mozos de cuadra habían

dejado su caballo recién adquirido. El animal relinchó suavemente cuando se acercó, irguiendo las orejas en señal de reconocimiento.

Veteranus desató las riendas y le dio unas breves palmadas en el cuello al caballo antes de montar con experta facilidad y apremiar al animal de vuelta a los muelles, guiado por el lejano graznido de las gaviotas.

Como de costumbre, los muelles eran un hervidero de actividad, y Veteranus guio a su caballo entre el gentío hasta encontrar los carros de suministros alineados y listos para partir tierra adentro. Sus ojos encontraron una figura de pie junto al carro de cabeza, un joven oficial que, obviamente, estaba al mando de la columna.

—Tribuno —dijo Veteranus al acercarse, con un respetuoso asentimiento—. He recibido órdenes de unirme a su convoy hasta que lleguemos a las posiciones de la Legio II Augusta. Procuraré no estorbar. Solo dígame dónde me necesita.

El tribuno asintió, con la atención ya de vuelta en la tarea que le ocupaba.

—Busque un sitio en la columna. Ya sabe cómo funciona esto: mantenga a los esclavos en movimiento y esté atento a cualquier señal de problemas. Partiremos en menos de una hora.

Veteranus volvió a inclinar la cabeza antes de retroceder, girándose hacia la fila de carros. Pasó junto a grupos de esclavos que se esforzaban bajo el peso de pesadas cargas, con las túnicas empapadas de sudor pegadas a la espalda mientras los capataces ladraban órdenes. Los soldados se mezclaban entre ellos; los auxiliares vigilaban atentamente, mientras que una cohorte completa de legionarios permanecía más alejada, con sus disciplinadas filas listas para proteger la columna una vez que se pusiera en marcha.

Tras encontrar un lugar a mitad del convoy de suministros, Veteranus ató su caballo a un carro cargado de barriles y se apoyó en él, examinando la actividad a su alrededor con ojo experto. Nadie le prestó mucha atención; un hombre polvoriento y curtido que se confundía fácilmente con el telón de fondo de la maquinaria romana.

A medida que el sol ascendía, los gritos y el movimiento se intensificaron. Se aseguraron los últimos suministros y los carros crujieron bajo su peso mientras se uncían los bueyes y se enganchaban las mulas. Los centuriones ladraban órdenes, formando sus filas a ambos lados de la columna, mientras que los auxiliares se desplegaban para cubrir los flancos. El tribuno pasó al galope, y el golpeteo de los cascos de su caballo contra el suelo y su voz aguda atravesaron el estruendo mientras impartía las últimas instrucciones.

Se dio la señal de avanzar y la columna se puso en marcha con un crujido; el rechinar de las ruedas de madera y el rítmico chasquido de las botas llenaban el aire. Los guardias vigilaban atentamente el campo circundante, con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus espadas o en las astas de sus lanzas mientras la columna iniciaba su lenta y deliberada marcha tierra adentro.

El tiempo se puso malo desde el momento en que la columna partió de los muelles. Unos densos nubarrones se cernieron sobre sus cabezas y arrojaron una lúgubre palidez sobre el paisaje; una llovizna incesante convirtió los caminos recién abiertos en un cenagal. El constante chapoteo de las botas y el crujido de las ruedas de los carros llenaban el aire, salpicado por la maldición ocasional de los soldados que luchaban por mantener el equilibrio.

Por el camino, pasaron junto a cientos de esclavos e ingenieros que trabajaban sin descanso, cortando la densa maleza y talando árboles para ensanchar el sendero. Otros cavaban zanjas para desviar el agua de los rudimentarios caminos, mientras que algunos reforzaban los peores tramos con tablones colocados apresuradamente y tierra apisonada. Era un esfuerzo lento y agotador, la base de las calzadas de piedra que un día cruzarían Britania, pero, por ahora, todo era fango y trabajo penoso.

Veteranus cabalgaba en el centro de la columna y su caballo castrado ruano avanzaba con cuidado por el fango. No perdía de vista a los hombres y los carros que lo rodeaban, y se fijaba en el esfuerzo de los bueyes y en cómo los soldados se ajustaban el equipo para mantenerlo seco. Su caballo, por suerte, sobrellevaba

bien las condiciones; su sólida complexión se mantenía firme mientras otros resbalaban o se resistían.

A media tarde, la columna alcanzó el final del camino a medio construir y se adentró en las llanuras abiertas. El cambio de terreno supuso un alivio, puesto que la tierra compacta resultó más firme bajo los pies. Al este se alzaban densos bosques, oscuros y amenazadores, cuyas copas se mecían de forma inquietante con el viento.

El ritmo se aceleró cuando los soldados y los esclavos encontraron un terreno más firme y los exploradores se desplegaron por delante. Regresaban periódicamente para informar de que el paso por las llanuras estaba despejado y no había señales de actividad enemiga.

A medida que el sol descendía, se divisó a lo lejos la silueta de un campamento fortificado. Empalizadas de madera y torres se alzaban contra el horizonte grisáceo, y el parpadeo de las antorchas indicaba la presencia de guardias vigilantes. Un cuerno de señales sonó desde el campamento, al que respondió una llamada similar de la vanguardia de la columna.

Veteranus se permitió una leve sonrisa. Un campamento de etapa significaba calor, refugio y la promesa de una comida caliente, lujos que no debían subestimarse en tales condiciones. Se ajustó la capa para protegerse del frío húmedo y arreó a su caballo mientras la columna comenzaba a entrar por las puertas del campamento.

Dentro, la escena era de nuevo de una preparación disciplinada. Ya se habían levantado hileras de tiendas, cuyas lonas tensas brillaban tenuemente a la luz del fuego. Los suministros estaban apilados ordenadamente a los lados del campamento, custodiados por tropas auxiliares que patrullaban con una concentración inquebrantable. Ardían hogueras en varios lugares, de las que ascendían tentadoras volutas de humo que traían el aroma de la carne asada y el pan recién hecho.

Veteranus desmontó cerca del centro del campamento y le entregó las riendas a un mozo de cuadra, que condujo su caballo hacia un recinto cubierto. Inspeccionó el campamento con ojo experto y observó que las murallas parecían bastante resistentes,

aunque ni de lejos tan imponentes como las de una fortaleza legionaria normal. Al fin y al cabo, solo era un campamento de etapa diseñado para la seguridad nocturna de cualquier columna de suministros que pasara por allí.

Cuando la noche cayó por completo, la columna ya estaba instalada y los caballos, en los establos. Los soldados comieron hasta saciarse y los esclavos fueron encerrados en una sección vigilada del campamento mientras el constante murmullo de la actividad comenzaba a desvanecerse, sustituido por el tintineo ocasional de una armadura o una conversación en voz baja, mientras el campamento se preparaba para una noche bajo atenta vigilancia.

Capítulo Veinticuatro

Britannia

Veteranus estaba recostado contra uno de los carros de avituallamiento, mascando un trozo de *buccellatum*. La galleta, dura y seca, se desmigajaba con desgana en su boca, y la regó con un trago de su odre. A su alrededor, el campamento se asentaba en un ritmo incierto y las hogueras proyectaban largas y parpadeantes sombras sobre el terreno húmedo.

Dirigió la mirada hacia una hoguera cercana donde unos soldados reían y hablaban en voz baja, sus voces transportadas tenuemente por el viento. El olor a estofado llegó hasta él, haciendo que la galleta en su mano pareciera aún más desapetecible.

—¿Solo con pan de munición? —una voz interrumpió sus cavilaciones.

Veteranus alzó la vista y vio a un legionario de pie cerca de él, con un cuenco humeante de estofado en la mano. El hombre tenía el rostro curtido, el pelo corto entrecano y el uniforme mostraba las marcas de un largo servicio. Sin esperar invitación, el soldado se sentó en un cajón junto a Veteranus.

—Toma —dijo, ofreciéndole el cuenco—. Parece que te vendría bien algo mejor que eso.

Veteranus vaciló y luego aceptó el ofrecimiento con un gesto de cabeza.

—Gracias —masculló, dejando a un lado el pan de munición y hundiendo una cuchara en el contundente estofado.

—De nada —dijo el hombre mayor—, pero no me des mucho las gracias. Estoy tan harto de este rancho como probablemente lo estés tú.

Veteranus se permitió una leve sonrisa.

—Es mejor que la alternativa.

—Desde luego —replicó el hombre. Se reclinó contra otro cajón, estirando las piernas.

—Me llamo Bacculus. ¿Y tú?

—A mí solo me llaman Veteranus.

Bacculus asintió, sus ojos vivaces escrutando el rostro de Veteranus.

—Ah, uno de esos que no sueltan prenda. Me parece bien. ¿Yo? Yo hablo por los codos. Es una costumbre de mis años en Germania, creo. Cuando estás semanas en los bosques, mirando sombras que podrían ser miembros de una tribu con lanzas, aprendes a apreciar una buena conversación.

Veteranus enarcó una ceja.

—¿Germania? ¿Luchaste en las campañas?

La expresión de Bacculus se ensombreció.

—He luchado, he marchado, me he helado de frío, he sangrado... vamos, he hecho de todo. Llevo veinte años en las legiones. La mayoría de ellos persiguiendo insurgentes por esos bosques malditos. Los queruscos, los catos, los brúcteros... demasiadas tribus para contarlas, y ninguna dispuesta a estarse quieta por mucho tiempo. —Hizo una pausa, con la mirada perdida por un momento—. También perdí allí a muchos hombres buenos. Pero mantuvimos la línea. Mantuvimos la frontera a salvo, al menos por un tiempo.

Veteranus escuchaba en silencio, llevándose el estofado a la boca mientras Bacculus continuaba. La voz del hombre arrastraba un hastío que solo años de penalidades podían forjar.

—¿Y tú? —preguntó Bacculus, finalmente—. ¿Cuál es tu historia?

—He visto lo mío —dijo Veteranus, simplemente.

Bacculus rio en voz baja.

—Esa es la respuesta de un soldado, como nunca he oído otra igual. Me parece bien.

Los dos hombres se sumieron en un silencio cómplice durante un rato, con los sonidos del campamento llenando el espacio entre ellos. Finalmente, Bacculus volvió a hablar.

—No creí que vería otra campaña, ¿sabes? Pensé que Germania sería la última. Tenía planes de volver a la Galia, sentar la cabeza. Mi mujer me espera allí. Y mi hija también.

Veteranus lo miró.

—¿Por qué no lo hiciste?

Bacculus exhaló, negando con la cabeza.

—Todavía me quedan unos años de servicio. Me prometieron un puesto en la Galia para cumplirlos, pero necesitaban hombres. Claudio quiere Britania y aquí me tienes, intentando sobrevivir a una marcha más para poder volver a ver a mi familia.

La vulnerabilidad en la voz de Bacculus pilló a Veteranus por sorpresa. Miró al hombre de más edad, viendo más allá del curtido exterior de soldado al hombre cansado y resuelto que se ocultaba debajo.

Bacculus se removió, reclinándose contra el carro.

—Aun así, Britania no está del todo mal. La Augusta está progresando adecuadamente, por lo que he oído. Su campamento de avanzada no anda lejos. No tardaremos en reunirnos con ellos.

El interés de Veteranus se despertó.

—¿Has oído algo de sus planes?

Bacculus asintió.

—Fragmentos. Su objetivo es el Medway. Se dice que los britanos se están reuniendo allí, con la esperanza de hacernos frente. La Augusta se prepara para dar un golpe de efecto. Si el Medway cae, también lo hará la columna vertebral de Britania.

Veteranus consideró las implicaciones. El Medway era una barrera natural y, si los britanos lograban fortificarla, podrían oponer una resistencia que ralentizara el avance romano. Pero si la Augusta tenía éxito...

—Gracias por el estofado —dijo, rompiendo el silencio.

Bacculus sonrió levemente.

—De nada. Viene bien hablar de vez en cuando. Solo... intenta no morir aquí, ¿eh? Siento como si fuera el último que recuerda que existe otro mundo lejos de la lucha.

Veteranus asintió, con un respeto por aquel hombre que crecía a su pesar.

—Haré lo que pueda.

Mientras Bacculus se levantaba y regresaba hacia las hogueras, Veteranus se recostó contra el carro, con el cuenco vacío

entre las manos. Por primera vez en mucho tiempo, sintió los tenues indicios de camaradería hasta que, finalmente, con el cuerpo caliente por el estofado, se metió bajo el carro y se envolvió en su sago, la capa impermeable forrada de piel de oveja que le servía de manta, antes de caer en un sueño inquieto.

Parecieron pasar solo unos pocos latidos cuando la primera de las alarmas quebró la noche y el agudo toque de un cuerno despertó a Veteranus de un sobresalto.

Salió rodando de debajo del carro y se arrodilló mientras las flechas surcaban el cielo, sus llamas trazando estelas como cometas antes de estrellarse contra tiendas, carros y muros. Resonaron gritos de hombres y el entrechocar del acero comenzó a oírse mientras unas siluetas se movían furtivamente entre las sombras.

—¡Ataque! —gritó alguien cerca—. ¡Han franqueado las murallas!

Veteranus se puso en pie en un instante, su mano buscando la empuñadura de su gladio mientras escrutaba el caos. Un grupo de legionarios pasó corriendo a su lado, con los escudos en alto mientras se apresuraban hacia las murallas, donde los sonidos del combate eran más fuertes. Otros tropezaban, algunos a medio armar, mientras buscaban a tientas sus armas en medio de la confusión.

Una figura salió de entre el humo, un guerrero britano blandiendo una tosca hacha, con la cara pintada con rayas de glasto. El hombre se abalanzó, rugiendo mientras blandía el arma en un arco mortal. Veteranus se hizo a un lado con calculada facilidad, su gladio centelleó en una brutal respuesta que se hundió profundamente en el pecho del guerrero. El britano se tambaleó y su grito se ahogó al caer, mientras la sangre formaba un charco en la tierra.

Veteranus liberó la hoja y se giró, con los ojos buscando la siguiente amenaza. A su alrededor, el campamento era un torbellino de fuego y violencia. Las empalizadas de madera habían sido derribadas en varios puntos, y los guerreros enemigos entraban en

tropel, sus gritos salvajes mezclándose con los desesperados de los defensores romanos.

Un grupo de auxiliares luchaba cerca, con sus lanzas destellando mientras intentaban contener la marea y, más allá, una tienda se derrumbó en llamas, lanzando una cascada de chispas hacia el cielo nocturno. Más britanos surgieron del humo, sus siluetas retorcidas y fantasmales a la luz parpadeante del fuego.

Otro guerrero arremetió contra él, con una lanza dirigida hacia su pecho. Se apartó, agarró el asta y desequilibró al hombre antes de clavarle el gladio en la garganta. El hombre se desplomó y Veteranus no se detuvo, girándose para enfrentarse a la siguiente amenaza.

Una sonrisa salvaje se dibujó en la comisura de sus labios mientras luchaba, con movimientos calculados y eficientes. Cada golpe, cada muerte, era ejecutado con una habilidad despiadada. Había una oscura satisfacción en el acto, un recordatorio de la parte de él que antaño se había deleitado en la brutalidad de la guerra. Por primera vez en años, se sentía vivo, alerta, concentrado, imparable.

El estruendo a su alrededor aumentó, el caos era casi abrumador. Los fuegos ardían sin control, iluminando las horrendas escenas que se desarrollaban por todo el campamento. Los soldados romanos luchaban desesperadamente en pequeños grupos, con su disciplina al límite, pero no rota. Los esclavos gritaban al verse atrapados en la refriega y otros intentaban huir, solo para ser abatidos por los vengativos britanos.

Veteranus mató a un hombre y luego a otro, con su espada centelleando a la luz de las llamas. Se movía como un fantasma en medio de la locura, con sus golpes precisos e implacables. El viejo y familiar ritmo de la batalla le recorrió las venas, ahogando todo lo demás salvo la necesidad primigenia de sobrevivir.

Aquel goce perverso lo carcomía, una voz oscura que le susurraba que ese era su lugar, que para eso había nacido. Lo apartó, concentrándose en la tarea inmediata: seguir con vida y proteger lo que quedaba del orden en el campamento.

En medio del caos, divisó a Bacculus cerca de allí, defendiéndose de dos britanos con desesperada determinación. Veteranus se abalanzó sobre ellos y abatió a uno de los guerreros con un golpe rápido y brutal. Bacculus remató al segundo hombre y asintió en agradecimiento, con el rostro surcado de sangre y sudor.

—¡No te separes! —gritó Veteranus—. ¡Aguantamos aquí!

Bacculus gruñó en señal de asentimiento y se colocó espalda con espalda con él mientras más atacantes se acercaban.

El campamento ardía y sus defensores luchaban con valentía, pero el enemigo no daba señales de retirarse. Veteranus se preparó, sabiendo que la noche distaba mucho de haber terminado.

La batalla continuó con furia, pero los sonidos del caos dieron paso lentamente a una resistencia organizada. Veteranus permanecía de pie en medio de la carnicería, con la respiración entrecortada y el gladio resbaladizo de sangre. A su alrededor, los romanos comenzaron a reagruparse y su confusión inicial dio paso a las disciplinadas formaciones que los habían convertido en maestros de la guerra. Los oficiales daban órdenes a voz en grito, sus voces rasgando el estruendo mientras reunían a los soldados en líneas cohesionadas.

Los britanos, fieros e implacables, seguían presionando, pero las tornas habían cambiado. Se formó un muro de escudos cerca de la brecha sur y las lanzas de los auxiliares hicieron retroceder a los atacantes con brutal eficacia. Más legionarios se precipitaron hacia delante y sus espadas y escudos se abrieron paso entre los guerreros que aún quedaban tras haber franqueado las empalizadas. Finalmente, después de lo que parecieron horas, los britanos comenzaron a retirarse, desvaneciéndose de nuevo en la oscuridad de la que habían salido. Unos vítores se alzaron entre los romanos, desafinados pero triunfales, mientras la amenaza inmediata amainaba. Las hogueras aún ardían, los heridos gemían de dolor y los muertos yacían esparcidos por el campamento, pero las murallas volvían a ser seguras.

Veteranus se acercó a su caballo y limpió el gladio en la capa de un atacante caído. Sus agudos ojos recorrieron el campamento, ahora una sombra del puesto bien ordenado que había sido apenas

unas horas antes. Las tiendas estaban en ruinas, los carros volcados y el suelo cubierto de cadáveres, tanto romanos como britanos.

Los supervivientes se movían entre los escombros, con rostros sombríos mientras evaluaban los daños. Los oficiales se reunieron cerca del centro del campamento, hablando en tonos bajos y urgentes. El ambiente era tenso, una mezcla de alivio por haber sobrevivido a la noche y de temor por lo que les esperaba.

—Esos cabrones no volverán esta noche —dijo Bacculus, acercándose—. Pero volverán. Los oficiales planean fortificar el campamento y esperar refuerzos del lugar de desembarco.

Veteranus frunció el ceño; la noticia le sentó como una patada en el estómago. Que hubiera refuerzos significaría un retraso, y un retraso no convenía a su propósito. Necesitaba llegar al campamento de avanzada de la Augusta lo antes posible.

—¿La columna de suministros se queda aquí? —preguntó.

Bacculus asintió.

—Ese es el plan. Hay demasiados heridos para moverlos y los suministros son cruciales. Sin refuerzos, no podemos arriesgarnos a otra marcha sin más hombres.

Veteranus miró hacia el grupo de oficiales, cuyas voces se alzaban de vez en cuando por encima del crepitar de las hogueras restantes. Estaba claro que tenían la intención de quedarse, de fortificarse y esperar el siguiente ataque. Para ellos, era una decisión lógica. Para Veteranus, era un estorbo.

Asintió distraídamente a Bacculus, con la mente ya en marcha, dándole vueltas a los detalles de lo que había averiguado. Los de la Augusta estaban cerca del Medway, preparándose para enfrentarse a los britanos en una batalla decisiva. Si se movía con rapidez y utilizaba la información que le había sonsacado a Bacculus, aún podría llegar a tiempo.

—Bacculus —dijo, inclinándose para coger su sarcina—. Tengo que irme. Asegúrate de que cuidan de mi caballo.

—¿Adónde vas? —preguntó Bacculus, atónito.

—No importa. Lo único que te pido es que te asegures de que cuiden bien del caballo y que no le digas a nadie que me he

marchado hasta el alba. Volveremos a vernos, estoy seguro. Si no he vuelto en un mes, el caballo es tuyo.

—Pero... —empezó a decir Bacculus, mas ya era demasiado tarde; Veteranus ya corría agazapado hacia el perímetro. Unos minutos después, se deslizó a través de una de las brechas en llamas de la empalizada y, antes de una hora, se encontraba en una colina cercana, contemplando desde las alturas el campamento romano en plena recuperación. Estaba solo de nuevo, tal como prefería, aunque esta vez se hallaba en una tierra donde todo era nuevo para él y necesitaba valerse de cada habilidad e instinto que poseía. Su vida dependía de ello.

Capítulo Veinticinco

Britania

Togodumnus permanecía inmóvil en el linde del bosque, con la áspera corteza de un roble milenario a su espalda, mientras observaba el caos desatarse en el campamento romano a sus pies. Sus guerreros pintados se abrían paso a través de los huecos de las empalizadas de madera, y sus feroces gritos se elevaban por encima del fragor del hierro y el crepitar de las llamas. Flechas incendiarias surcaban el cielo nocturno y iluminaban el campo de batalla con sus estelas de fuego en efímeras y caóticas ráfagas.

Por un instante, el caudillo cubierto de glasto se permitió un levísimo atisbo de satisfacción. Sus hombres eran implacables, atacaban con la ferocidad de los lobos, sembrando el miedo y la confusión entre las filas romanas mientras los soldados se dispersaban, tratando de repeler el súbito asalto. Las tiendas ardían, los carros estaban volcados y los gritos de los heridos resonaban en el fresco aire de la noche.

Sin embargo, mientras observaba, las tornas empezaron a cambiar. Los romanos, aunque sorprendidos, no eran ajenos a la guerra. Sus oficiales gritaban órdenes y, a medida que el caos comenzaba a transformarse en orden, los legionarios formaron líneas compactas, uniendo sus escudos para crear una barrera impenetrable. Las tropas auxiliares se reagruparon con una velocidad impresionante, erizando sus lanzas mientras hacían retroceder a los atacantes.

Los agudos ojos de Togodumnus se entrecerraron al observar la respuesta romana. A pesar de la tenue luz y el humo arremolinado, advirtió la rapidez con que se imponía su disciplina. Los huecos en sus defensas se cubrieron con una eficacia implacable, y los gritos salvajes de sus guerreros comenzaron a apagarse, reemplazados por las voces mesuradas de los oficiales

romanos y la sombría determinación de los soldados que luchaban por sobrevivir.

—Esta no será nuestra noche —murmuró Togodumnus para sí.

Un guerrero más joven a su lado alzó la vista, con la preocupación grabada en el rostro.

—Mi señor, ¿enviamos más hombres? Aún podemos...

—No —lo interrumpió Togodumnus—. Los romanos han recuperado la compostura. Sería un despilfarro arrojar más vidas a ese fuego.

Alzó el brazo e hizo una señal a un corneta que se encontraba a pocos pasos. La nota grave y lúgubre del cuerno de retirada no tardó en resonar entre los árboles y, más abajo, los guerreros britanos comenzaron a replegarse, retirándose con calculada rapidez. Algunos cayeron bajo las espadas romanas durante la retirada, pero la mayoría desapareció en la noche, engullidos sus cuerpos por el bosque.

Togodumnus no apartó la vista mientras sus hombres se retiraban. Sus ojos permanecieron fijos en el campamento, observando cómo se reagrupaban los romanos. Estudió la disposición de sus defensas, el modo en que sus oficiales se movían entre ellos, la eficacia con la que extinguían los fuegos y atendían a los heridos. Cada detalle era una lección, una pieza del rompecabezas que estaba componiendo.

El joven guerrero volvió a su lado, con expresión incierta.

—Muchos de nuestros hermanos han caído, mi señor.

—Y su sacrificio no ha sido en vano —replicó Togodumnus—. Hemos aprendido cómo responden los romanos al caos, cómo se recuperan, cómo defienden lo que es suyo. Su fuerza reside en su disciplina, en su orden. Romped eso y caerán como cualquier otro.

El guerrero asintió, aunque su ceño permaneció fruncido. Togodumnus le dio una palmada en el hombro, con un gesto firme pero no exento de amabilidad.

—No lloréis sus muertes esta noche. Honradlos preparándoos para la lucha que se avecina. Porque pronto elegiremos el terreno en

el que lucharemos, y cuando lleguen los romanos, no se encontrarán con una escaramuza, sino con una tormenta.

Dicho esto, Togodumnus se apartó del linde del bosque y su capa se agitó ligeramente con la brisa fresca. El bosque se lo tragó a él y a sus guerreros; su retirada fue tan silenciosa como la noche que los envolvía. A sus espaldas, el campamento romano ardía sin llama; sus defensores se lamían las heridas y apretaban las filas, ignorantes de la tormenta que ya comenzaba a gestarse en la mente de Togodumnus.

Al amanecer, el caudillo y sus hombres cruzaron el Medway por el único puente que aún quedaba en pie. A media mañana, llegaron al campamento principal, donde Caratacus aguardaba entre la extensa masa de tiendas y hogueras. La visión de los guerreros reunidos, miles de ellos, infundió a Togodumnus una confianza renovada. Allí, en su propio terreno, opondrían resistencia.

Caratacus se adelantó al acercarse Togodumnus, y la luz del alba incidió en su cabello trenzado. Su expresión era de contenida determinación, aunque sus penetrantes ojos se desviaron con preocupación hacia los ensangrentados guerreros de su hermano.

—Regresas —dijo—. ¿Qué noticias traes?

—Los romanos son formidables —replicó Togodumnus—, pero no invencibles. Sus tácticas, sus formaciones…, existen debilidades que podemos explotar.

Caratacus asintió, pero no dijo nada mientras se adentraban en el corazón del campamento, donde aguardaban los ancianos y los caudillos de las tribus aliadas. El consejo de guerra se reunió bajo un amplio dosel, un círculo de hombres cuyos rostros mostraban las marcas de la experiencia y el peso de unas decisiones que forjarían el futuro de su tierra. Togodumnus no perdió el tiempo y, erguido, se dirigió a ellos.

—Acabamos de regresar del frente —dijo—. Los romanos no son dioses, son hombres, y nosotros tenemos la ventaja numérica. Conocemos esta tierra, sus ríos y sus bosques, sus senderos ocultos. Ellos son forasteros aquí, y si derrotamos a esta primera punta de lanza, puede que el resto desista.

Uno de los ancianos asintió pensativo.

—Habla usted de fuerza, Togodumnus, pero la superioridad numérica por sí sola no gana guerras. Los romanos son astutos. Los exploradores informan de que cada día desembarcan más naves. Las playas rebosan de soldados, pertrechos y máquinas de asedio. Esta primera legión no es la única amenaza.

—Las demás son una amenaza lejana, sí —fue la respuesta—, pero esta primera legión es el verdadero peligro. Son la vanguardia, la hoja destinada a abrirse paso entre nuestra gente. Si los hacemos añicos, puede que los demás pierdan el gusto por la conquista.

El consejo murmuró y las voces se alzaron en un debate. Algunos se hicieron eco de la confianza de Togodumnus, mientras que otros expresaron un cauto escepticismo. La discusión se acaloró y los ánimos se encendieron mientras el destino de Britania pendía de un hilo. Finalmente, un anciano alzó una mano para pedir silencio.

—Si vamos a luchar —dijo—, debemos obligar a los romanos a que lo hagan en nuestros términos. El Medway es una barrera natural. Que sea la línea que no puedan cruzar.

Togodumnus asintió.

—De acuerdo. El Medway será nuestro escudo. Quemad los puentes, negadles el paso fácil y levantad nuestras defensas aquí, en la orilla cercana. Cuando lleguen, no solo se enfrentarán a nuestros guerreros, sino también al propio río.

Caratacus se adelantó para añadir su opinión. Su mirada recorrió el consejo reunido.

—Es un plan audaz —dijo—. Pero la audacia por sí sola no nos dará la victoria. Debemos estar preparados para lo que venga después. Los romanos no abandonan sus conquistas a la ligera.

—Las abandonarán cuando les devolvamos a sus muertos a las playas —dijo Togodumnus—. Esta es nuestra tierra, esta es nuestra gente. No cederemos.

El consejo acabó por llegar a un acuerdo, y los ancianos asintieron solemnemente mientras la estrategia tomaba forma. Se dictaron las órdenes y el campamento bulló de actividad cuando los

hombres se dispersaron para empezar a construir barricadas y fortificaciones a lo largo de la ribera del río.

Togodumnus lo observó todo con sombría satisfacción. Sus hombres estaban listos, con la moral alta a pesar de las pérdidas de la noche anterior. Volvió la vista hacia el horizonte. Los romanos llegarían, tan seguro como que el sol salía cada día, pero cuando lo hicieran, se enfrentarían a la furia de una Britania unida.

Capítulo Veintiséis

Britania

Veteranus avanzaba con cautela por el denso bosque, dejando muy atrás el caos de la batalla nocturna. Sabía que la Legión Augusta se encontraba en algún lugar más adelante, pero desconocía su ubicación exacta. Lo único que lo guiaba eran las palabras del legionario en el campamento y las señales que habían dejado los hombres que habían pasado por allí en las semanas previas.

La luna estaba baja y su pálida luz proyectaba patrones quebrados a través del dosel de los árboles. Veteranus avanzaba despacio, escudriñando atentamente en busca de las más mínimas alteraciones: una rama rota, hierba pisoteada, una leve hendidura en el suelo. Cada señal componía una imagen en su mente, la historia de la marcha de las legiones, pero el rastro era fragmentario, alterado por el viento, la lluvia y el tiempo.

El terreno cambiaba constantemente, pasando de árboles muy juntos a afloramientos rocosos que lo obligaban a escalar o a desviarse. Cada pocos minutos, se detenía y se agazapaba para escuchar. La noche bullía con las llamadas de los animales nocturnos, el aullido lejano de los lobos y el crujido ocasional de algún árbol mecido por la brisa. Cada sonido aguzaba su concentración, pero no oyó nada que sugiriera presencia humana.

A medida que avanzaba la noche, se topó con una señal reveladora: una fíbula desechada, semienterrada en la tierra. Se agachó para examinarla y pasó los dedos por el bronce deslustrado. Era romana, sin duda la había llevado uno de los legionarios. Se le aceleró el pulso mientras se levantaba y seguía adelante, con la confianza renovada.

Al amanecer, el bosque empezó a ralear y las sombras dieron paso a los grises apagados de la madrugada. La niebla se aferraba al suelo en jirones vaporosos, suavizando los contornos escarpados del

paisaje. Se encontró con un arroyo poco profundo, con las orillas revueltas por huellas de cascos y botas. Las pisadas estaban embarradas y superpuestas, pero su abundancia delataba un movimiento reciente. Arrodillado junto al agua, Veteranus se mojó la cara; su gélido contacto lo refrescó brevemente. Llenó un pequeño odre de su macuto antes de continuar, siguiendo el rastro que serpenteaba junto al arroyo.

El día transcurrió con lentitud y empezó a ver más señales: jirones de tela enganchados en las ramas, una piedra ennegrecida por el fuego al borde de un claro y el leve olor a ceniza que flotaba en el aire. Cada pista lo acercaba más, pero, aun así, el bosque parecía extenderse hasta el infinito ante él.

Hacia el mediodía, se encontró con un tosco mojón de piedras apiladas cerca de la base de una colina. Podría haberlo dejado un auxiliar romano como punto de referencia, o podría haber sido obra de un celta, una trampa para engañar. Rodeó el mojón con cautela, estudiando el terreno a su alrededor. Allí, parcialmente oculto por la tierra y las hojas, había un fragmento de una correa de *lorica segmentata*. Estaba quebradiza y manchada de barro, pero era inequívocamente romana.

El sol descendía mientras él proseguía su camino, y el agotamiento hacía mella en su determinación. Se detuvo brevemente para comer, mordisqueando una tira de carne seca mientras estudiaba el paisaje. El rastro se hizo más fácil de seguir al acercarse la tarde: raciones desechadas, estacas de tienda abandonadas y profundas roderas de carro sugerían que se estaba acercando a una ruta de abastecimiento.

Al caer el crepúsculo, aceleró el paso. Subió otra colina, coronada por robles centenarios, y percibió la primera señal inequívoca de vida romana: el rítmico clangor de un martillo golpeando metal. Era débil, pero nítido, transportado por la brisa. Con renovado vigor, siguió adelante, con el cuerpo dolorido, pero la determinación intacta. Los árboles empezaron a ralear y el terreno mostraba señales de desbroce reciente. Tocones recién cortados salpicaban el paisaje y el acre olor a madera quemada se

intensificaba. Ya podía distinguir el parpadeo de las antorchas, cuya luz danzaba contra la oscuridad que se cernía.

Finalmente, cuando se desvaneció la última luz del día, la fortaleza apareció ante su vista. Sus murallas de madera se alzaban recortadas contra el oscuro horizonte y los fuegos de la Legión Augusta ardían con intensidad en su interior. Incluso desde esa distancia, podía oír el leve murmullo de las voces de los soldados, el tintineo de armaduras y armas, y alguna que otra orden ladrada.

Veteranus se detuvo, agazapándose en el linde del bosque para observar. Había pasado el último día y la última noche atravesando territorio hostil, guiado únicamente por su experiencia y los débiles rastros del paso de la legión. Ahora, ante él, se erigía la culminación de su esfuerzo.

Pero los últimos pasos requerirían tanta cautela como la propia travesía. Una fortaleza romana no recibía de buen grado a visitantes desconocidos, ni siquiera a aquellos que lucieran las cicatrices de la lealtad y el servicio. Se ajustó la capa, aferró con más fuerza el gladio y comenzó su último y cuidadoso descenso.

Las puertas de la fortaleza se cernían ante él, altas e imponentes. Veteranus avanzó con cautela hacia ellas, con una postura erguida pero no amenazadora. Mantuvo las manos a la vista, una sujetando ligeramente el gladio y la otra apoyada en el cinturón. Al acercarse, un grito resonó desde las murallas.

—¡Alto! ¿Quién va ahí?

—Veteranus —respondió—. Antiguo *explorator* de Roma. Traigo noticias urgentes para el comandante de esta legión.

Los centinelas vacilaron, con los rostros ensombrecidos por la luz de las antorchas. Un instante después, el pesado chirrido de la puerta indicó que se abría parcialmente. Aparecieron dos guardias, con los escudos en alto y las lanzas destellando a la luz del fuego.

—Su gladius —ordenó uno de ellos.

Veteranus dudó un brevísimo instante antes de entregar su arma, ofreciendo la empuñadura. El guardia la cogió sin mediar palabra y le hizo un gesto para que avanzara. Flanqueado por los dos guardias, lo escoltaron al interior de la fortaleza y directamente

a la tienda central, cuya tela carmesí ostentaba la inconfundible insignia de la Legio II Augusta.

—Tenemos aquí a un hombre que dice traer noticias urgentes para el general —dijo uno de los guardias al acercarse—. Estaba solo a las puertas del campamento.

—Esperen aquí —fue la respuesta, y uno de los guardias de la tienda se metió dentro. Unos instantes después, salió y le hizo un gesto a Veteranus—. Venga conmigo.

En el interior, el aire era cálido y denso, con el tenue aroma de los candiles de aceite. Vespasiano estaba sentado ante un escritorio de campaña bajo, con el ceño fruncido mientras examinaba un mapa extendido sobre su superficie. Alzó la vista bruscamente por la interrupción, entrecerrando los ojos al clavarlos en Veteranus.

—Ha interrumpido usted mi trabajo —dijo—. Más le vale tener una buena razón. ¿Quién es usted?

—Mi señor —replicó Veteranus—, me llamo Veteranus y vengo del campamento de etapa situado entre este lugar y el punto de desembarco. Fue atacado hace poco más de un día y, aunque sigue en pie, murieron muchos hombres. Ahora mismo aguardan refuerzos antes de proseguir hacia aquí con los suministros que necesitan.

—¿Está solo?

—Sí, pero estoy más que acostumbrado a operar en solitario. Serví muchos años en los Exploratores y para mí es como una segunda naturaleza.

La expresión de Vespasiano cambió ligeramente.

—Un *explorator* que trabaja solo. Interesante. ¿Y a qué se debe eso exactamente?

—No puedo discutir los detalles, mi señor, pero llevo la autoridad del Senado en mi sarcina y necesito hablar con los miembros del Occultum. Creo que podrían estar aquí bajo su protección.

Vespasiano entrecerró los ojos y permaneció en silencio unos instantes antes de volverse hacia uno de los hombres que estaban junto a la entrada de la tienda.

—Decurión —ordenó—, vaya a buscar a Séneca. Dígale que lo necesito aquí, de inmediato.

El oficial saludó con un gesto y desapareció en la noche, mientras Vespasiano se volvía de nuevo hacia Veteranus, señalando una pequeña mesa cargada de pan, fruta y una olla humeante de estofado.

—Coma —ordenó—. No me fío de un hombre que habla con el estómago vacío.

Veteranus vaciló, pero luego se acercó a la mesa, arrancó un trozo de pan y lo mojó en el estofado. Los intensos sabores le proporcionaron un breve momento de alivio, pero su mente se mantuvo alerta, y sus ojos se desviaban de vez en cuando hacia Vespasiano. Pasaron los minutos, con el ambiente tenso pero silencioso. Finalmente, el decurión regresó, con el rostro enrojecido por la inquietud.

—Mi señor —dijo—, la tienda que usaba el Occultum está... vacía. No hay ni rastro de ninguno de ellos.

El puño de Vespasiano golpeó el escritorio con tal fuerza que el sonido retumbó por toda la tienda.

—¿Vacía? —bramó—. ¿Adónde demonios se han ido sin mis órdenes?

Antes de que el decurión pudiera balbucear una respuesta, los ojos de Vespasiano captaron el más leve atisbo de regocijo en el rostro de Veteranus. Sus cejas se juntaron con suspicacia.

—¿Hay algo que le haga gracia, exploratore? —preguntó.

Veteranus se limpió la boca con el dorso de la mano, dejó el pan y sostuvo la mirada furiosa de Vespasiano con expresión serena.

—A menos que los haya enviado usted a una misión, general —dijo con tranquila seguridad—, no estarán lejos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Tienen establos dentro del campamento?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué?

—Quizá podría llevarme hasta allí y mostrárselo.

Pocos instantes después, Vespasiano caminaba a grandes zancadas junto a Veteranus, perdiendo la paciencia a ojos vistas mientras se abrían paso por el ordenado ajetreo de la fortaleza.

—Más vale que esto dé respuestas —gruñó—. No tengo ni el tiempo ni las ganas de perseguir fantasmas en mi propio campamento.

Veteranus sonrió con sorna, pero no dijo nada, con la mirada fija al frente. Al acercarse a las extensas caballerizas, el olor terroso de los caballos se mezclaba con el aire fresco de la noche. El parpadeo de la luz de las antorchas iluminaba enormes montones de heno apilados contra la pared del fondo, cubiertos con pieles de oveja para resguardarlos de la lluvia.

—Aquí —dijo Veteranus, deteniéndose en seco. Se volvió hacia Vespasiano, con una expresión indescifrable—. ¿Es esto todo?

—¿El heno? —preguntó Vespasiano—. Sí, está todo aquí. ¿Y qué?

Veteranus no respondió de inmediato, sino que se acercó al montón más grande y ladeó ligeramente la cabeza antes de hablar.

—Seneca —dijo, dirigiéndose directamente al montón de heno —. Si estás ahí, sal. He venido de muy lejos para verte.

Vespasiano parpadeó y su asombro rompió su compostura habitual.

—¿Qué demonios...?

Pero Veteranus levantó una mano para hacerlo callar. Durante un instante, solo se oyó el sonido de voces lejanas y el suave arrastrar de los caballos en sus establos. Entonces, lentamente, el heno empezó a moverse.

Una a una, varias figuras emergieron, sacudiéndose las hebras doradas de sus capas al ponerse en pie. El primero fue Seneca, con sus facciones afiladas enmarcadas por briznas de heno pegadas al pelo. Lo siguió Sica, con sus oscuros ojos recelosos; luego, Casio y, finalmente, Marco, que se sacudía los hombros con un ligero ceño fruncido. Vespasiano se quedó boquiabierto mientras contemplaba a los cuatro hombres que ahora estaban ante él.

—¿Estaban ustedes... escondidos en el heno? —dijo, con un tono a medio camino entre la incredulidad y la ira—. ¿Por qué?

Seneca lo ignoró. Tenía la mirada clavada en Veteranus, con el ceño fruncido en una mezcla de conmoción y sospecha.

—Veteranus —dijo en voz baja—. Estás vivo.

La comisura de la boca de Veteranus se torció en una mueca de desdén.

—Hola, viejo amigo —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

Seneca dio un paso adelante y dejó caer las manos a los costados. Estudiaba a Veteranus como si intentara reconciliar al hombre que tenía delante con los recuerdos que guardaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente.

—Podría preguntarte lo mismo —replicó Veteranus. Hizo un gesto burlón hacia el montón de heno—. No es precisamente el glorioso regreso que esperaba del Occultum. ¿Esconderse en el heno? ¿En serio?

—¿Puede alguien explicar qué demonios está pasando aquí? —exigió Vespasiano, cuya afilada mirada se movía entre los dos hombres—. ¿A qué estáis jugando?

Veteranus se volvió para encararlo.

—No es un juego, legado —dijo—. Es un rasgo del Occultum. Se sienten incómodos confinados entre muros o en tiendas de campaña, incluso aquí, entre las legiones. Mientras estén relativamente a salvo, prefieren el aire libre o, tal vez, un pajar. Yo he hecho lo mismo a menudo.

Vespasiano entornó los ojos.

—¿Y espera que me crea eso?

Veteranus miró a Séneca.

—¿Y bien?

Séneca suspiró y asintió a regañadientes.

—Es verdad —admitió—. La mayoría de nosotros hemos pasado tanto tiempo en la naturaleza que las paredes y los techos nos resultan... artificiales. Sofocan los sentidos. Necesitamos sentir el aire, oír la noche.

Vespasiano bufó, con una expresión mezcla de incredulidad e irritación.

—¿El aire? ¿La noche? He mandado hombres en la Galia, en Germania y ahora en Britania, y jamás he oído nada tan absurdo. —Señaló con el dedo a Veteranus y luego a Séneca—. Los espero a ambos en mi tienda mañana por la mañana con una explicación

completa. Ese comportamiento tan peculiar suyo puede que tenga su utilidad de donde vienen, pero no consentiré que mi legión se convierta en el hazmerreír por culpa de una manada de lobos descarriados. —Giró en redondo sobre sus talones, mascullando entre dientes mientras regresaba a grandes zancadas hacia la tienda del comandante. En cuanto se marchó, Veteranus se volvió para encarar al grupo.

—No deberías estar aquí —dijo Séneca con brusquedad, con una voz que denotaba un trasfondo más profundo—. No después de...

—¿Después de qué? —lo interrumpió Veteranus—. ¿Después de que me dieran por muerto? ¿Después de que me descartaran unos hombres en los que creía poder confiar?

La expresión de Séneca se ensombreció y, por un instante, el peso de una historia no contada flotó denso entre ellos.

—No sé quién es este hombre, Séneca —dijo Marcus, al percibir la tensión—, pero es obvio que está aquí por algún motivo. ¿Quizá deberíais dejar el pasado a un lado y escucharos el uno al otro?

—Tu hombre tiene razón —dijo Veteranus—. El propio Lepidus me ha enviado aquí, así que tienes que aparcar tus ideas preconcebidas y, por una vez en tu vida, escuchar lo que tengo que decir.

—Te escucho —dijo Séneca—. Suéltalo.

—Aquí no —dijo Veteranus, mirando a los otros—. Esto es solo para tus oídos.

Los demás intercambiaron una mirada antes de retirarse a su pajar, desapareciendo uno a uno sin mediar palabra entre sus dorados repliegues. Los dos hombres caminaron un corto trecho hasta el borde del campamento, donde las altas empalizadas de madera se alzaban como sombríos centinelas contra el cielo nocturno. Séneca se volvió hacia Veteranus; la tenue luz de un brasero cercano apenas iluminaba las facciones de su rostro.

—Has venido de muy lejos —dijo finalmente—, así que habla.

—Estoy menos contento que tú con toda esta situación —replicó Veteranus—, créeme. Solo estoy aquí porque... —hizo una

pausa, reacio a revelar que tenía un hijo—. Bueno, digamos que Lepidus me hizo una oferta que no pude rechazar.

Séneca lo miró fijamente, con claro escepticismo.

—Vas a tener que ser más específico.

—Iré al grano —dijo Veteranus—. Hay una conspiración coordinada para derrocar a Claudius. Algunas de las legiones orientales ya han hecho planes para marchar sobre Roma y reemplazarlo por uno de los suyos.

El peso de las palabras quedó suspendido en el aire entre ellos y, por un momento, hasta la máscara impasible de Séneca vaciló.

—¿Sabemos quiénes son los conspiradores?

—Algunos, pero no todos.

—¿Y por quién planean reemplazarlo?

—Esa es la cuestión —replicó Veteranus—. Nadie conoce la identidad del cabecilla. Solo que está aquí, en Britania.

—Si eso es cierto, ¿cómo encaja Lepidus en todo esto?

—Lepidus se está encargando de la situación en Roma —explicó Veteranus—. Está seguro de que puede manejar las cosas en ese frente, pero antes de que pudiéramos acabar con el complot, se envió un mensajero a Britania. Lleva la noticia de que el levantamiento ha comenzado y de que la invasión debe ser interrumpida.

—¿Qué? —siseó Séneca—. ¿Por qué harían eso?

—Creemos que los conspiradores piensan que, si las legiones de aquí creen que Roma está en peligro, se unirán en torno a su hombre y lo instaurarán como nuevo emperador.

—¿A cuál?

—De nuevo, no lo sabemos, pero sea quien sea, sabrá exactamente lo que está pasando. Probablemente solo esté esperando la señal.

—¿Y esperas que yo encuentre a ese mensajero?

—Espero que lo detengamos —replicó Veteranus con firmeza —. No podemos permitir que ese mensaje se entregue. El imperio entero podría desmoronarse antes de que conozcamos siquiera la magnitud total de su plan o quiénes están implicados.

Séneca estudió a Veteranus durante un largo instante, con la mente trabajando a toda velocidad. A pesar de sus reservas sobre volver a ver al exploratore, no podía negar la gravedad de la situación.

—¿Sabes quién es este mensajero? —preguntó.

—Sé que se llama Varro —respondió Veteranus—, y creo que está en algún lugar de Britania, posiblemente en este mismo fuerte.

Las sombras de la empalizada se alargaban a su alrededor mientras la noche se hacía más profunda, pero la gravedad de las palabras de Veteranus pesaba en el aire inmóvil.

—Si lo está —dijo Séneca—, ¿significa eso que el hombre al mando de la rebelión debe de ser Plautius? O él o Vespasian.

—No necesariamente —replicó Veteranus—. Podría ser uno de los comandantes de menor rango que espera su oportunidad para actuar contra ellos. Simplemente, no lo sabemos, y por eso nadie puede saberlo, excepto nosotros y tus hombres. No hasta que el traidor quede al descubierto.

Séneca miró fijamente a Veteranus, con una expresión en la que se mezclaban la sombra del escepticismo y un tenue destello de confianza a regañadientes.

—¿Qué quieres exactamente de mí, Veteranus? —preguntó—. ¿Qué esperas que haga el Occultum en medio de toda esta locura?

Veteranus se acercó un paso.

—Me complace encargarme de esto por mi cuenta —dijo—, pero el tiempo se agota. Necesito encontrar a ese hombre cuanto antes, y los Occultum sois los únicos en quienes puedo confiar. Por mucho que odie pedirlo, necesito que me ayudes a encontrarlo.

—Incluso si te creo —respondió Séneca—, estamos en medio de una invasión, y lo que planteas podría llevar semanas, o más. Se supone que debemos ayudar a las legiones, no llevar a cabo operaciones encubiertas contra nuestros propios compatriotas.

—Y es exactamente por eso por lo que tenemos que actuar —replicó Veteranus bruscamente—. Si a las legiones les llega noticia de problemas en Roma, se centrarán en sus asuntos internos. Britania pasará a un segundo plano, la campaña se estancará, y eso

es exactamente lo que quieren estos conspiradores: caos, distracción y duda. Es la tapadera perfecta para sus planes.

Séneca exhaló con fuerza, echando la cabeza hacia atrás contra la empalizada mientras contemplaba el cielo nocturno.

—Así que, sobre este hombre, no sabemos qué aspecto tiene, no sabemos qué lleva y, desde luego, no sabemos quién mueve los hilos, y aun así esperas que lo encontremos.—Tengo algo de información —dijo Veteranus—. El jefe del muelle dijo que un hombre de aspecto oficial abandonó el desembarcadero hace unos días sin presentarse ante el legado. Compró unos caballos y se dirigió tierra adentro de inmediato con un explorador y algunos guardaespaldas. A mí me suena sospechoso y podría merecer la pena seguirle la pista. No puede haber muchos grupos que encajen con esa descripción y que hayan llegado en los últimos días.

Un largo silencio se extendió entre ellos, roto únicamente por el murmullo lejano del campamento que se acomodaba a los ritmos de la noche. Seneca finalmente se enderezó, y su mirada penetrante se encontró con la de Veteranus.

—Que así sea —dijo finalmente—. Empezaremos a hacer preguntas discretamente. Si ese mensajero está aquí, lo encontraremos.

Tras alcanzar un precario entendimiento, los dos hombres se alejaron de las sombras de la empalizada. Seneca se volvió hacia el pajar, su mente ya dándole vueltas a planes y contingencias. Veteranus lo vio marchar, con una mezcla de alivio y aprensión instalándose en su pecho. Era un hombre solitario que trabajaba mejor por su cuenta, pero la situación requería más ojos y el Occultum era perfecto para sus necesidades.

Capítulo Veintisiete

Britania

A la mañana siguiente, los hombres del Occultum se reunieron en torno a una hoguera recién encendida cerca de una de las murallas que rodeaban la fortaleza. Se sentaron muy juntos y sus alientos formaban tenues nubes de vaho en el fresco aire matutino. Veteranus salió de una tienda cercana, pero no hizo ademán de unirse a ellos, sino que se acomodó en un cajón volcado a poca distancia. Su presencia fue advertida, mas no reconocida; la tensión entre él y el Occultum flotaba en el aire como un desafío tácito. Marcus lo observó un instante y después cogió un cuenco de madera lleno de avena humeante del borde de la hoguera.

—Se lo llevaré —dijo, poniéndose en pie.

—No te molestes —dijo Séneca sin levantar la vista—. Es más que capaz de cuidarse solo.

Marcus vaciló con el cuenco en las manos.

—Es un soldado, como nosotros —dijo con sencillez—. Para mí, con eso basta.

El semblante de Séneca se ensombreció, pero no dijo nada mientras Marcus se dirigía hacia Veteranus.

—Comida —dijo, ofreciéndole el cuenco—. No es mucho, pero está caliente.

Veteranus asintió agradecido y dejó a un lado su *buccellatum* a medio comer.

Marcus asintió y regresó a la hoguera.

—Sea cual sea la rencilla que tengáis vosotros dos —dijo al volver a sentarse—, no es asunto mío.

Séneca no dijo nada y volvió a centrar su atención en su propia comida mientras sus hombres intercambiaban miradas de confusión. Finalmente, se volvió hacia el grupo.

—Tenemos trabajo que hacer —dijo—. Anoche, ese hombre de ahí, Veteranus, vino a verme con un problema que podría afectar

a la mismísima seguridad de Roma. Tenemos que intentar resolverlo.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Marcus.

Séneca repitió la situación de la que se había enterado la noche anterior antes de volverse para mirar a cada hombre por turno.

—El hombre del que habla Veteranus podría estar aquí, en esta fortaleza. Desconocemos su rostro o su tapadera, pero sabemos que es peligroso y no podemos correr ningún riesgo. Quiero que todos pasemos tiempo por el campamento. Mantened los ojos y los oídos bien abiertos, haced preguntas discretas y, si oís el más mínimo rumor de alguien que no encaja, tenemos que saberlo.

Los hombres hicieron algunas preguntas hasta que, finalmente, una vez concluida la sesión informativa, se dispersaron por el campamento y se mezclaron a la perfección con la bulliciosa actividad.

El día transcurrió lentamente, y cada miembro del Occultum se movía por el campamento con pericia. Se detenían cerca de las conversaciones, observaban las idas y venidas de los soldados e interrogaban sutilmente a cualquiera que pareciera fuera de lugar. Pero, cuando el sol se hundió en el horizonte, la verdad se hizo evidente: no había nada. Ningún extraño con mensajes ocultos, ningún comportamiento sospechoso. El hombre que buscaban, sencillamente, no estaba allí. Cuando se reagruparon esa noche, el ambiente estaba cargado de frustración. Por primera vez desde su llegada, Veteranus se unió a ellos en la hoguera.

—Es inútil —murmuró Cassius, reclinándose contra un poste de madera—. Sea quien sea ese hombre, no está aquí.

—Tiene que estarlo —dijo Marcus—. No hay ningún otro sitio adonde pueda ir. Este es el único campamento romano importante en leguas a la redonda.

—A no ser que... —dijo Sica en voz baja, entornando los ojos —. A no ser que siga en la zona de desembarco. Si se hace pasar por un mercader o un mensajero, podría estar esperando el momento oportuno para viajar.

—No —dijo Veteranus—. El capitán del puerto dijo que se dirigió claramente tierra adentro, y esta es la única fortaleza por aquí. La única otra explicación es que por alguna razón siga en el campamento de paso y esté esperando allí hasta que sea seguro venir aquí.

—O que muriera en el ataque —dijo Séneca.

—Esperemos que así fuera —dijo Veteranus—. Así podremos volver todos a casa.

Mientras los hombres proseguían con su conversación junto al fuego, los leves sonidos de un alboroto comenzaron a llegar desde las puertas.

Séneca se detuvo a media frase, ladeando ligeramente la cabeza mientras escuchaba.

—Quedaos aquí —dijo con brusquedad—. Iré a ver qué ocurre. —Y sin esperar más preguntas, se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia las puertas.

A medida que se acercaba a la entrada de la fortaleza, la escena se fue aclarando. Regresaba una patrulla, con los caballos cansados y salpicados de barro. Los propios hombres parecían igual de ajados por el viaje, con las capas húmedas y las armaduras deslucidas por la travesía.

Los agudos ojos de Séneca escudriñaron al grupo en busca de una figura familiar entre los jinetes. El corazón se le aceleró ligeramente cuando lo distinguió: un celta de hombros anchos y largo cabello oscuro recogido en un sencillo nudo. Talorcan.

El jefe de la patrulla ladró órdenes, indicando a los hombres que llevaran sus caballos a los establos y se presentaran para informar. La actividad bullía a su alrededor: mozos de cuadra que se apresuraban a coger las riendas mientras los soldados entregaban sus armas y pertrechos.

Talorcan desmontó con fluidez, con movimientos suaves a pesar del cansancio grabado en su rostro. Le entregó las riendas a un joven auxiliar, murmurando algo inaudible antes de que su mirada se encontrara con la de Séneca.

Por un breve instante, hubo un reconocimiento tácito entre ellos, aunque ninguno permitió que se reflejara en sus rostros. La

expresión de Talorcan permaneció neutra, y su lenguaje corporal no delató nada inusual mientras se unía al flujo de soldados que cuidaban de sus monturas.

Séneca se acercó, serpenteando entre la multitud con la facilidad que da la larga práctica. Se colocó junto a Talorcan como por casualidad.

—Búscame luego —susurró al pasar—. En el lado oeste.

Talorcan no se detuvo ni reaccionó de forma visible; mantuvo la atención en el caballo que estaba cepillando mientras Séneca seguía caminando, habiendo concluido ya el breve encuentro.

Más tarde esa noche, Séneca estaba sentado a solas, con una capa gastada sobre los hombros, y la luz parpadeante del fuego proyectaba largas sombras sobre su rostro. Los demás habían regresado a su improvisado refugio en el pajar, dejándolo a solas con sus pensamientos.

Un leve sonido llegó a sus oídos, el suave crujido de unas botas sobre la tierra, y una figura entró en el círculo de luz del fuego.

—Talorcan —dijo Séneca alzando la vista, con una leve sonrisa que asomaba por la comisura de sus labios.

Talorcan le devolvió la sonrisa, con una mirada cálida y familiar mientras se acercaba.

—Séneca —replicó en voz baja—. Me alegro de verte.

Los dos hombres se estrecharon los antebrazos con un agarre firme, en una muestra de camaradería tácita pero evidente.

—Siéntate —dijo Séneca, señalando el lado opuesto del fuego —. Ha pasado demasiado tiempo.

Talorcan se acomodó en un tronco, y sus movimientos denotaban el cansancio de una patrulla difícil.

Séneca se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Qué fue de ti después de Germania? —preguntó—. ¿Después de que guiaras a esos malditos vándalos en aquella endiablada persecución?

Talorcan se encogió de hombros.

—Los perdí en las montañas —dijo—. No fue fácil, esos cabrones eran persistentes, pero conozco el terreno mejor de lo que ellos podrían conocerlo jamás. Me escabullí de ellos cerca del Rin y me dirigí a Oppidum Ubiorum. Me quedé unos meses, pero sabía dónde tenía que estar. Cuando oí que el resto de vosotros estabais en Britania, me uní a las legiones que se dirigían hacia aquí. Llevo trabajando como explorador desde entonces, con la esperanza de volver a cruzarme con vosotros.

La sonrisa de Séneca regresó, más cálida esta vez.

—Y ahora lo has hecho. Los dioses deben de favorecernos.

—Quizá —replicó Talorcan.

Séneca lo estudió un momento, con gesto pensativo.

—¿Cuáles son tus intenciones, Talorcan? —preguntó Séneca, haciendo un gesto amplio—. ¿Es esto lo que quieres, cabalgar como explorador, patrullar los confines del imperio? Si es así, bien. Pero si quieres algo más, algo permanente, hay un lugar para ti aquí. Con nosotros.

Talorcan se reclinó ligeramente, con el ceño fruncido.

—¿Con el Occultum? ¿Cómo?

La expresión de Séneca se tornó sombría y titubeó un instante antes de responder.

—Porque hay un puesto —dijo en voz baja—. Raven ha muerto y necesitamos un explorador. Has demostrado tu valía y lealtad de sobra, así que hay un puesto para ti si lo quieres.

El peso de aquellas palabras quedó suspendido en el aire, y el crepitar del fuego llenó el silencio mientras Talorcan asimilaba la revelación. Sus ojos se encontraron con los de Séneca, buscando más.

¿ —Qué le ha pasado a Raven?

Séneca se inclinó hacia delante; la trémula luz del fuego proyectaba profundas sombras sobre su rostro.

—Como sabes, Raven era uno de los nuestros —empezó—. Un hermano en todo lo que importaba. O eso creíamos. Luchó con nosotros, sangró con nosotros, nos salvó la vida a más de uno. Pero hacia el final, algo cambió.

Talorcan escuchaba con atención, con la mirada fija mientras Séneca proseguía.

—Unos guerreros druidas de Togodumnus hicieron prisioneros a Raven y a Sica. Cabalgamos tras ellos y los atacamos en el bosque, pero justo cuando habíamos logrado igualar las tornas, se llevaron a Raven y se retiraron.

Talorcan ladeó ligeramente la cabeza, intuyendo que había algo más.

—¿Lo mataron los druidas?

—Sí. Pero la forma en que ocurrió... —Séneca se interrumpió, con los ojos entornados ante el recuerdo—. No fue en combate. Lo decapitaron. Un golpe limpio, casi reverencial, como si hubiera cumplido su propósito para ellos.

—¿Ejecutado? —repitió Talorcan, frunciendo el ceño.

Séneca asintió con gravedad.

—Tenemos motivos para creer que Raven era un traidor. Que nos estaba pasando información, nuestros movimientos, nuestros planes. Y cuando dejó de serles útil, acabaron con él.

Talorcan frunció el ceño con incredulidad, aunque no dijo nada.

—Sea cual sea la verdad —prosiguió Séneca—, Raven ya no está. El Occultum necesita fuerza, lealtad y mentes agudas ahora más que nunca. Si lo quieres, hay un lugar para ti aquí. Pero solo si estás seguro. No hay cabida para la duda en nuestro trabajo.

Talorcan no titubeó. Se inclinó hacia delante, su mirada encontrándose con la de Séneca con firme resolución.

—Lo quiero. Siempre lo he querido, desde el día en que te conocí. Dilo, y estoy dentro.

Séneca esbozó una leve sonrisa y asintió en señal de aprobación.

—Entonces, está hecho. Bienvenido de nuevo, Talorcan. El listón está muy alto, pero no confiaría en nadie más.

Los dos hombres volvieron a estrecharse los brazos brevemente, un gesto que selló el acuerdo.

La expresión de Séneca se tornó seria una vez más.

—Ahora que estás con nosotros, deja que te ponga al corriente. Perseguimos a una sombra, un mensajero que porta un mensaje que podría quebrar a la propia Roma. Hemos registrado esta fortaleza de punta a punta, pero no hay ni rastro de él. Si está aquí, es un fantasma. Y si no lo está... —Su voz se apagó, con una frustración evidente.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Talorcan.

—Todo lo que sabemos es que es una especie de oficial enviado desde Roma. Y que le acompañan varios guardaespaldas, además de un guía de alguna clase.

Talorcan escuchó en silencio, con la cabeza ligeramente ladeada mientras asimilaba la información. Tras un instante, se reclinó y soltó una risita, un sonido que sorprendió en la quietud.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Seneca.

Talorcan le sostuvo la mirada y sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Porque —dijo— tienes que dejar de preocuparte tanto. Creo que sé exactamente dónde está tu hombre.

Capítulo Veintiocho

Britannia

Los primeros rayos de sol atravesaron el brumoso aire de la mañana y arrojaron un pálido resplandor sobre el campamento mientras los Occultum y Veteranus volvían a reunirse junto al fuego.

—Tenemos mucho de lo que hablar —comenzó Séneca—. Las últimas horas nos han aportado algo de claridad, aunque no las respuestas que esperábamos. Primero, quiero dejar algo claro. Cuando dejemos este campamento, Talorcan cabalgará como uno de nosotros. Ha demostrado su valía más veces de las que puedo contar y ha aceptado el puesto para cubrir el hueco que dejó Raven.

Talorcan asintió levemente con la cabeza mientras los demás hombres murmuraban en señal de aprobación.

—Anoche —continuó Séneca, haciendo un gesto hacia Talorcan—, nuestro viejo amigo me reveló algo que lo cambia todo. Contadles lo que me contaste.

Todas las miradas se volvieron hacia Talorcan cuando este comenzó a hablar.

—Desde que estoy aquí —comenzó—, he servido de explorador para una de las unidades auxiliares de la Augusta. Durante los últimos días, estuvimos vigilando cerca de uno de los últimos puentes sobre el Medway. Es un punto de paso vital, así que estábamos apostados en el bosque, atentos a cualquier señal de movimiento enemigo. Hace tres días, vimos a una patrulla celta cruzando el puente.

Los hombres se inclinaron, picados por la curiosidad.

—Eso, de por sí, no era inusual —continuó Talorcan—. Pero lo que nos llamó la atención fue el grupo que iba en el centro de la patrulla. Entre los guerreros había cuatro hombres, y uno de ellos llevaba un sagum romano.

Un murmullo recorrió el grupo, pero Talorcan alzó una mano para acallarlos.

—No eran tratados como prisioneros —dijo con firmeza—. Sin ataduras, sin oponer resistencia. Caminaban libremente entre los celtas, y uno de ellos, el hombre que llevaba la capa, tenía el aspecto de alguien poco acostumbrado a los rigores de una campaña. Un rostro blando. No de los que encuentras en un soldado o un explorador.

Los hombres del Occultum intercambiaron miradas incrédulas.

—¿Crees que es él? —preguntó Cassius—. ¿Es nuestro hombre?

Talorcan se encogió de hombros.

—Encaja. El momento, el comportamiento, todo. Si el hombre que buscáis se ha pasado al enemigo, creo que está con ese grupo.

El Occultum se sumió en un silencio atónito. Finalmente, Marcus habló, con el ceño fruncido.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. Aunque sea un traidor, ¿por qué pasarse al bando de Togodumnus y sus guerreros? No tiene ningún sentido. Su contacto está aquí, en este campamento.

—No lo tiene —admitió Séneca—. Pero si lleva el mensaje que describió Veteranus, hay mucho más en juego de lo que imaginábamos. Sean cuales sean sus motivos, necesitamos respuestas.

El grupo permaneció en un silencio contemplativo, mientras el abrumador peso de su tarea se cernía sobre ellos.

—Entonces no hay elección —dijo Marcus finalmente—. Tenemos que encontrarlo.

—¿Y si está en el mismísimo corazón del campamento de Togodumnus? —dijo Cassius—. No hay forma de que podamos entrar y salir sin que nos descubran.

—Ya lo hemos hecho antes —dijo Sica sin levantar la vista de la hoja que estaba afilando—. ¿Os acordáis?

—Eso fue antes de que desembarcara la flota —dijo Cassius —. Ahora estarán en alerta máxima.

—Lo haré yo —dijo Veteranus de repente—. Vosotros solo tenéis que llevarme hasta allí y yo haré lo que se tenga que hacer.

Los hombres se miraron entre sí, sin saber muy bien cómo responder.

—¿Qué quieres decir con que lo harás tú? —preguntó Séneca —. No puedes entrar solo.

—Puedo y lo haré —dijo Veteranus—. He venido aquí para hacer un trabajo y pienso llevarlo a cabo. Si podéis ayudarme a cruzar el río sin ser detectado, encontraré al mensajero y averiguaré qué está pasando.

El grupo guardó silencio antes de que Séneca finalmente accediera.

—Que así sea —dijo—. Es una tarea peligrosa, pero es la única forma de avanzar. Partiremos al anochecer. —Dirigió la mirada a Sica—. Quiero que te quedes con Falco. Todavía se está recuperando, pero si vuelve en sí y no hay nadie conocido aquí, destrozará este lugar con sus propias manos. Volveremos tan pronto como podamos.

Sica asintió con la cabeza en señal de aceptación y, una vez tomada la decisión, los hombres se dispersaron para hacer sus preparativos. Séneca permaneció junto al fuego un momento más, con la mirada perdida en las llamas, antes de levantarse y dirigirse a la tienda de mando de Vespasiano.

La tela carmesí de la tienda del general ondeaba suavemente con la brisa de la tarde mientras Séneca se acercaba. Los guardias apostados fuera lo miraron con recelo, pero se apartaron rápidamente al reconocerlo como uno de los Occultum.

Dentro, Vespasiano se encontraba sentado a una mesa comiendo con otros dos oficiales. Los tres alzaron la vista cuando Séneca entró, y la expresión de Vespasiano cambió a una de leve irritación.

—Más vale que sea importante —dijo—. Estoy harto de que usted y sus hombres hagan lo que les plazca dentro de estas murallas.

—Lo es —replicó Séneca—. Necesitamos abandonar el campamento.

Vespasiano se reclinó en su silla, entornando los ojos.

—¿Abandonarlo? ¿Por qué motivo?

—No puedo decírselo —admitió Séneca—. Todavía no. Pero es de vital importancia. Si tenemos éxito, ayudará directamente a la invasión. Si fracasamos... —Dejó la frase en el aire, con claras implicaciones.

Vespasiano lo estudió durante un largo momento antes de exhalar un suspiro de renuente consentimiento.

—Está bien —dijo Vespasiano—. Vaya. Pero entienda esto, Séneca, ya ha consumido bastante de nuestro tiempo y recursos. Haga lo que tenga que hacer, pero si todo se viene abajo, no le prometo que pueda sacarlo de ahí. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Séneca—, pero hay una cosa más.

Vespasiano se reclinó en su silla, mirando el techo de lona de la tienda con exasperación.

—¿Qué pasa ahora?

—Talorcan viene con nosotros —dijo Séneca, anticipando un estallido de furia.

Vespasiano lo miró fijamente, con una expresión de ira contenida en el rostro.

—Es de los suyos, ¿no es así? —preguntó finalmente—. Debería haberlo sabido.

—Sirvió con nosotros en Germania —dijo Séneca— y ahora ha ocupado el lugar de Raven. Le pido disculpas, pero lo necesitamos si queremos tener alguna posibilidad de éxito.

—¿E insiste en que no me dirá la naturaleza de esta misión?

—No puedo, mi señor. Solo que el destino de la propia Roma podría depender del resultado.

La expresión del rostro de Vespasiano se transformó en una de agotada aceptación y agitó la mano con desdén.

—Váyase —dijo—. Haga lo que quiera, vaya adonde quiera, coja lo que quiera, ya he tenido bastante de estos supuestos Occultum. Por suerte para usted, sé que tiene el respaldo del emperador, pero si por mí fuera, eso podría cambiar antes de lo que cree. Ahora, márchese antes de que cambie de opinión.

Séneca hizo un rápido saludo antes de darse la vuelta y regresar con el grupo. Sabía que habrían abandonado la fortaleza incluso sin el permiso de Vespasiano, pero de esta manera, al menos

Talorcan no podría ser acusado de deserción. Con todo ya dispuesto, se centró en sus propios preparativos, sabiendo que en pocas horas estarían de nuevo solos en lo más profundo del territorio enemigo.

Varias horas después, los Occultum se reunieron en la puerta oeste. Cada uno de ellos llevaba una pesada sarcina, cargada de provisiones para el viaje que les esperaba. Sabían que el peso los retrasaría, pero también conocían el peligro de no estar preparados en territorio hostil. Séneca miró a su alrededor y rompió el silencio.

—Esta misión no se parece a ninguna que hayamos emprendido antes —dijo—, pero si el hombre que ha visto Talorcan es nuestro objetivo, no tenemos elección. Tenemos que encontrarlo y tenemos que detenerlo, pero no os equivoquéis: sabemos de lo que es capaz esta gente. Si nos atrapan, será el fin. No habrá vuelta atrás.

—Pues no nos cogerán —dijo Marcus con sencillez.

Séneca esbozó una leve sonrisa.

—Esa es la idea —dijo—. Esta noche cubriremos todo el terreno que podamos y mañana nos guareceremos antes de dirigirnos hacia el puente por la noche. Talorcan conoce el camino, así que debería ser relativamente sencillo, pero no olvidéis dónde estamos. Ahí fuera no hay aliados, solo guerreros leales a Togodumnus, así que recordemos quiénes somos y a qué nos dedicamos.

Se oyó un murmullo de asentimiento y Séneca se volvió hacia los guardias cercanos, que los miraban fascinados. Habían oído rumores sobre aquel grupo de hombres especializados, pero era la primera vez que los veían de cerca.

—Déjennos salir —ordenó, y las enormes puertas de madera se abrieron hacia dentro, lo justo para que los Occultum salieran en fila india, cada hombre abrumado por el peso de su macuto.

Fuera, la oscuridad era densa y opresiva; el sendero que se abría ante ellos era poco más que una cinta sombría que serpenteaba entre los árboles. Caminaron en silencio, con la concentración agudizándose a cada paso que daban hacia lo desconocido. La familiar seguridad del orden romano se desvaneció

a sus espaldas, reemplazada por la naturaleza indómita de Britania y, en cuestión de instantes, el bosque los engulló con sus sombras profundas e implacables.

Capítulo Veintinueve

Roma

El aire cálido y húmedo de las termas envolvía la gran sala, cuyas paredes de mármol relucían débilmente entre el vapor. Suaves murmullos de conversación resonaban bajo el techo abovedado, mezclándose con el leve chapoteo del agua de las piscinas. El delicado aroma a lavanda y mirra flotaba en el ambiente, un lujo sutil destinado a sosegar a los clientes de la élite de Roma.

Sentado en un ancho banco de mármol cerca de una de las piscinas más pequeñas del *caldarium*, el senador Lépido denotaba un aire de relajada autoridad. Su complexión delgada y patricia estaba desnuda, salvo por una toalla que le cubría sin apretar el regazo. A su lado se sentaba un hombre de porte menos distinguido, aunque sus ojos vivaces y su postura segura sugerían una mente finamente adiestrada para su propósito. Él también llevaba solo una toalla y su piel relucía levemente por el calor.

Los esclavos se movían en silencio a su alrededor; su presencia era una parte integrada del opulento entorno. Uno se arrodilló con elegancia y colocó una bandeja de plata pulida con dos copas de vino frío en la mesa baja de mármol que había entre los hombres. Otro ajustó un pequeño brasero, asegurándose de que la estancia mantuviera su delicado equilibrio de calidez y confort.

Lépido cogió una copa, con movimientos pausados, mientras se recostaba en el banco. Bebió un sorbo sin apartar su aguda mirada del hombre que tenía a su lado.

—¿Y bien? —dijo sin más.

El otro hombre se tomó un momento, levantando su copa y bebiendo un sorbo como si sopesara su respuesta.

—La situación es inestable, senador. Los hilos se están entrelazando en un nudo más apretado de lo que esperábamos. Los conspiradores son cautelosos, pero los trazos de su plan se van volviendo más nítidos.

—¿Y el cabecilla?

—Sigue siendo escurridizo —admitió el agente con un suspiro —, pero hay movimiento, susurros de alguien que coordina desde las sombras. Britania parece ser, sin duda, el punto central.

Lépido entrecerró ligeramente los ojos.

—Entonces, nuestra intervención ha sido oportuna. ¿Ha llegado el mensajero a su destino?

—Eso es... incierto —replicó el agente con cautela—. Sabemos que ha desembarcado sano y salvo en Britania, pero si ha entregado el mensaje o ha sido interceptado, no podemos asegurarlo.

El senador bebió otro sorbo de vino y desvió la mirada momentáneamente hacia el agua ondulante de la piscina cercana. Un grupo de senadores mayores holgazaneaba allí y sus risas llegaban débilmente transportadas por el aire vaporoso.

—Las desapariciones se están empezando a notar —dijo Lépido finalmente—. Hay un trasfondo de nerviosismo en el Senado.

—¿Desea usted que hagamos una pausa?

—No. El miedo es una herramienta poderosa. Cuando los hombres se desvanecen sin explicación, hace que otros se lo piensen dos veces antes de dar rienda suelta a sus ambiciones. ¿Cuántos quedan?

—La lista de Veteranum ha resultado ser precisa —replicó el agente—. Los más importantes ya han sido... neutralizados. Los demás están en proceso de ser eliminados.

Lépido dejó su copa y juntó las manos sobre el regazo mientras consideraba la información.

—¿Y qué hay de las figuras de más alto rango? ¿Aquellos demasiado prominentes como para simplemente desaparecer?

—Se «desvanecerán» muy pronto —le aseguró el agente—. No públicamente, por supuesto. Pero nos ocuparemos de ellos de forma que no dejen rastro. En cuestión de días, senador, toda esta conspiración será desmantelada y el Senado quedará depurado. Sin embargo, hay un cabo suelto.

—¿Y cuál es?

El agente dejó su propia copa y se inclinó lo justo para bajar aún más la voz.

—Scribonianus. Parece que está fuera del alcance de quienes nos sirven. Está bien protegido, Dalmacia se encuentra lejos y su guardia personal le es ferozmente leal. Hemos intentado infiltrar agentes en su círculo, pero el gobernador es astuto. Se las ha ingeniado para evitar cualquier situación que pudiera dejarle en una posición vulnerable. Ya nos hemos encargado de los oficiales menores de las legiones, los que estaban implicados. Su ausencia no ha levantado muchas sospechas, pero el efecto ha sido decisivo. Las filas permanecen intactas, pero su influencia se ha desvanecido.

—¿Y Scribonianus? —inquirió Lepidus—. ¿En qué situación nos deja eso con respecto a él?

—El último informe que recibí decía que ha desaparecido, por lo que sospechamos que se ha ocultado para no correr la misma suerte. Hemos registrado cada hacienda, cada villa y cada campamento al que hemos podido acceder sin levantar sospechas. Nada. Es muy probable que se encuentre en Constantinopla, pues allí tiene aliados, leales de sus campañas, y el caos de la ciudad le proporciona una tapadera excelente, pero no podemos estar seguros. Incluso si lo encontramos, estará rodeado por una guardia personal muy experimentada. Hombres que morirían por él. Y su familia está con él, lo que dificulta aún más las cosas. Lo protegerán como si sus propias vidas dependieran de ello. Le daré vueltas al asunto y le informaré.

Los dedos de Lepidus tamborileaban sobre el banco de mármol, mientras su mente trabajaba con rapidez. Cogió su copa, bebió un sorbo medido y luego la depositó con deliberada precisión.

—No —dijo finalmente—. Déjeme eso a mí. Su trabajo aquí ha terminado.

El agente vaciló un brevísimo instante y luego se puso en pie con elegancia, con la toalla aún atada a la cintura. Inclinó ligeramente la cabeza.

—Como diga, senador.

Sin más, se dio la vuelta y caminó hacia la siguiente sala de las termas, desapareciendo a través de una puerta arqueada velada

por el vapor.

Lepidus permaneció sentado, con expresión pensativa, mientras la estancia a su alrededor se sumía lentamente en el silencio. El leve murmullo de actividad de las piscinas adyacentes parecía lejano mientras sus pensamientos se ensimismaban, calculando su próximo movimiento. Finalmente, se irguió e hizo un gesto a un esclavo que aguardaba.

—Tráeme un escriba —dijo—. Tengo que enviar un mensaje.

El esclavo hizo una profunda reverencia y se retiró con presteza para cumplir la orden.

Lepidus se reclinó contra el frío mármol, entornando los ojos mientras consideraba el problema que tenía ante sí. La desaparición de Scribonianus era un inconveniente, pero ningún hombre era verdaderamente intocable. Si Constantinopla era su santuario, se convertiría en su tumba, y él conocía al hombre perfecto para que así fuera.

Capítulo Treinta

Britania

El murmullo del río se intensificaba a medida que los Occultum avanzaban con cautela entre la densa maleza. Haces de una luz débil y grisácea se filtraban a través del espeso dosel de las alturas, y su tenue resplandor pugnaba por penetrar en la niebla que se aferraba al suelo del bosque. El aire estaba cargado de humedad; cada bocanada sabía a musgo y a tierra. A su alrededor, el bosque parecía vivo, con sus sombras moviéndose como si observaran cada uno de sus movimientos.

Era su segunda noche desde que habían abandonado la fortaleza. El bosque se había vuelto espeso e indómito en aquel lugar. La hiedra y las zarzas se aferraban a las ramas, extendiéndose como para atrapar a los incautos, y, bajo sus pies, el suelo chapoteaba suavemente, con el barro amenazando con tragarse sus botas a cada paso.

El graznido de un cuervo sobresaltado quebró el silencio, áspero e inesperado. Instintivamente, el grupo se quedó paralizado, con la respiración contenida. Cassius se giró bruscamente, con la mano presta en la espada, mientras que Seneca levantaba un puño para detenerlos. A su alrededor, el bosque volvió a sumirse en un silencio opresivo, como si los propios árboles contuvieran el aliento. Todos los sentidos se aguzaron, cada sonido se magnificó. El aullido lejano de un lobo resonó a través de la niebla, su lamento lúgubre recorriendo el bosque, pero los lobos eran la menor de sus preocupaciones. Este bosque pertenecía a los celtas y, en algún lugar, ocultos en la maraña de ramas y follaje, sus enemigos podían estar observando. Esperando.

No había señales de movimiento, pero eso significaba poco. Los celtas conocían esta tierra mejor de lo que cualquier romano podría llegar a conocerla. Podían estar al acecho, invisibles y silenciosos, con los arcos tensos y las lanzas listas para volar en el

momento en que los Occultum salieran a campo abierto. Un solo paso en falso, un movimiento descuidado, y su presencia quedaría al descubierto. Los Occultum sabían qué destino les aguardaba si eran descubiertos, aunque los romanos capturados en estos bosques rara vez vivían lo suficiente para contarlo.

Seneca se detuvo una vez más, entornando sus agudos ojos mientras estudiaba el bosque más allá. Satisfecho, hizo un gesto para que avanzaran y el grupo se puso de nuevo en marcha. La tensión en el aire se negaba a disiparse. El bosque estaba demasiado silencioso, su silencio era antinatural; tan antinatural que hasta Marcus musitó una plegaria en voz baja.

Los pensamientos de Seneca eran sombríos mientras seguía adelante. Había guiado a sus hombres por tierras traicioneras antes: Judea, Germania, las montañas de Tracia... pero ninguna le había pesado tanto como Britania. Aquí, la propia tierra parecía hostil. Cada sombra era un celta; cada sonido, una advertencia; cada paso, un acercamiento al momento en que serían descubiertos.

Tras lo que parecieron horas, el río apareció por fin ante sus ojos y, en la distancia, la silueta tenue del único puente que quedaba para cruzarlo. Incluso en la penumbra, estaba claro que la estructura permanecía intacta: un estrecho pero robusto cruce de madera y cuerda que se extendía a lo ancho del río. Un destello de alivio recorrió al grupo; aún no lo habían destruido.

El débil resplandor de unos braseros encendidos iluminaba ambos extremos del puente, proyectando largas sombras sobre los guardias allí apostados. Seneca contó seis hombres en el lado más cercano, ataviados con túnicas y pieles celtas, cuyas armas refulgían débilmente a la luz del fuego. Apenas se distinguían otros seis en la orilla opuesta, que se paseaban de un lado a otro o se apoyaban en las barandillas.

Bajo el puente, habían atado montones de madera seca a los puntales, listos para prenderles fuego a la primera señal de que se acercaran las legiones romanas. Las miradas de los Occultum se detuvieron en los braseros, cuyas llamas lamían con avidez el aire nocturno, un claro recordatorio de lo cerca que estaba el enemigo de inutilizar el paso.

Talorcan alzó una mano e indicó al grupo que se detuviera. Se dejaron caer entre la espesa maleza, con movimientos silenciosos mientras se ponían a cubierto.

El grupo adoptó sus posiciones instintivamente; los años de entrenamiento tomaron el control. Cassius se movió para encarar el camino por el que habían venido, con su aguda mirada escrutando el bosque en busca de cualquier señal de persecución. Talorcan se volvió hacia la izquierda mientras Marcus cubría la derecha, con la vista fija en las densas sombras que se extendían más allá de la lejana orilla.

Seneca y Veteranus eran los únicos que permanecían concentrados en el puente, sin apartar los ojos de las figuras que se movían a la tenue luz del fuego.

—Están preparados —susurró Veteranus—. Si cometemos un error, quemarán el puente antes de que la legión tenga la oportunidad de acercarse siquiera.

El grupo permaneció en silencio, cada hombre manteniendo la guardia. El aire nocturno se sentía más pesado aquí, cargado con la tensión de la vigilancia del enemigo. Cada parpadeo de una sombra, cada crepitar de los braseros, parecía amplificarse en la quietud.

La noche se alargaba y los Occultum permanecían en su puesto, observando, aprendiendo, con los sentidos aguzados a pesar del frío y el cansancio que empezaban a hacer mella. Los guardias del puente mantenían su vigilancia, patrullando con paso firme o apostados junto a los braseros, con los rostros iluminados por las llamas parpadeantes.

Al despuntar el alba, la pálida luz reveló más detalles del cruce. Comenzaron a llegar comerciantes con carros y animales de carga, acompañados de guerreros ataviados con pieles que portaban lanzas. Cada carro era inspeccionado; cada viajero, interrogado.

—Lo registran todo —le susurró Séneca a Veteranus mientras yacían en la maleza—. Nada pasa sin su aprobación.

—Demasiados ojos —replicó Veteranus con gravedad—. Es imposible que pasemos desapercibidos, no así.

A medida que el día avanzaba con lentitud, los Occultum continuaron observando, con una vigilancia inquebrantable. Se

turnaban para hacer guardia, de modo que uno descansaba mientras los otros vigilaban. Incluso dormidos, la postura de cada hombre era tensa, listos para despertarse de un salto al menor sonido de peligro.

El tráfico en el puente aumentó con el transcurso del día. Carromatos y caballos pasaban sobre los tablones, sus ruedas y cascos crujiendo y repiqueteando. Guerreros celtas pasaban con paso seguro ante los guardias; su presencia era un recordatorio constante del peligro que rodeaba a los Occultum.

Al atardecer, el ritmo del cruce era evidente. A los comerciantes se les permitía el paso con más libertad, pero los guerreros se movían en grupos, con las armas colgadas al hombro.

—A los guardias no se les escapa nada —susurró Séneca—. No hay forma de que crucemos ese puente sin que nos descubran.

Al caer la noche, volvieron a encender las hogueras a ambos extremos del puente, y las llamas arrojaron un resplandor fantasmal sobre el cruce. Los Occultum se acercaron más al amparo de las sombras cada vez más profundas. Cada hombre ofrecía sugerencias, ideas para cruzar el río, pero ninguna parecía viable sin un riesgo considerable de ser detectados.

—Podríamos volver a nadar —dijo Marcus—, y una mueca reveló su recuerdo del último cruce de río que habían emprendido apenas unas semanas antes.

—Estaríamos expuestos demasiado tiempo —dijo Séneca—. Hay muchos más ojos en el río ahora. Además, la corriente nos arrastraría demasiado río abajo. No es factible.

—Hay otra manera —dijo Veteranus—. Los puntales bajo el puente. Si consigo bajar hasta allí, puedo usarlos para cruzar sin ser visto.

Séneca frunció ligeramente el ceño.

—¿Bajo el puente? Puede que los guardias no miren directamente abajo, pero sigue siendo un riesgo. Un error y te oirán.

—Siempre hay un riesgo —dijo Veteranus—. Pero las hogueras en cada extremo proyectan la luz hacia arriba, no hacia abajo. Los puntales me mantendrán oculto de los guardias del

puente y de cualquiera en las orillas. Solo necesito moverme despacio y en silencio.

El grupo guardó silencio, sopesando la audacia del plan. Marcus miró hacia el puente con el ceño fruncido.

—No es mala idea —admitió a regañadientes—. Pero estarás solo ahí fuera, así que si algo sale mal, no podremos hacer nada para ayudarte.—Cierto —dijo Veteranus—. Pero es la mejor oportunidad que tengo de cruzar. Y tengo que ir solo; dos o más aumenta el riesgo de que nos descubran.

Séneca lo miró fijamente, buscando cualquier señal de duda. No había ninguna. Finalmente, asintió brevemente.

—Muy bien —dijo—. Mantendremos la posición aquí y vigilaremos. Si algo sale mal, intenta volver si puedes. Si no puedes… —Dejó la frase en el aire, reacio a expresar el pensamiento.

Los otros hombres intercambiaron miradas inquietas, pero no dijeron nada. La determinación de Veteranus era clara y no tenía sentido seguir discutiendo.

Sin mediar más palabra, Veteranus se deslizó de nuevo entre las sombras, moviéndose hacia la orilla del río para iniciar su aproximación. Los Occultum lo vieron marchar, con el corazón encogido por el peso de lo que estaba a punto de intentar.

Veteranus reptaba lentamente hacia la orilla del río, y el fango frío le empapaba la ropa a medida que avanzaba. Había dejado atrás su sarcina y el lodo helado se le pegaba al cuerpo, añadiéndole peso y calándole la túnica hasta que se volvió insoportable.

Maldiciendo en voz baja, se detuvo un instante para quitarse la prenda empapada, y se quedó con el torso desnudo. Su piel, ahora resbaladiza por el barro, se fundía a la perfección con la tierra oscura que lo rodeaba, volviéndolo invisible bajo la tenue luz de las antorchas que había arriba.

El barro se le adhería a cada centímetro del cuerpo y lo calaba hasta los huesos, pero Veteranus siguió adelante, haciendo caso omiso del frío cortante. Cada movimiento era terriblemente lento, y sus músculos se tensaban mientras se acercaba

sigilosamente al puente. El sonido del río se hacía más fuerte, mezclándose con los murmullos y las pisadas ocasionales de los guardias que patrullaban sobre él.

Finalmente, llegó al punto donde los puntales del puente se hundían en el agua. Pegándose a la orilla, Veteranus esperó, con el cuerpo en tensión como un resorte. Las antorchas de los guardias se balanceaban con pereza, y su débil resplandor anaranjado iluminaba los tablones de arriba, pero dejaba intacto el mundo sombrío que se extendía bajo el puente.

Manteniendo el cuerpo agachado, se deslizó hacia el primero de los puntales de madera. La madera estaba resbaladiza por las algas y las salpicaduras del río, y sus manos cubiertas de barro luchaban por encontrar un buen agarre al aferrarse a ella, pero, lentamente, balanceó una pierna y su pie encontró un estrecho saliente de roca que apenas sobresalía del agua. Aguantó, aunque los músculos le temblaban por el esfuerzo de mantener el equilibrio.

Sobre él, las pisadas se detuvieron y Veteranus se quedó helado, con cada músculo del cuerpo tenso como la cuerda de un arco. Un guardia se detuvo; su voz no era más que un murmullo bajo mientras intercambiaba unas palabras con otro. La conversación no significaba nada para Veteranus, era solo ruido, pero los segundos se alargaron agónicamente hasta que, por fin, las pisadas se reanudaron.

Exhaló suavemente, sintiendo cómo la tensión abandonaba sus miembros, y siguió avanzando a hurtadillas. Los puntales del puente formaban un laberinto de madera sobre el agua negra, un peligroso entramado de vigas resbaladizas y huecos lo bastante anchos como para colarse por ellos. Veteranus se deslizó entre ellos con movimientos lentos y deliberados. A veces, sus dedos de las manos y de los pies se aferraban únicamente a estrechas ranuras de la madera mientras el río se arremolinaba ominosamente bajo él, desafiándolo a caer.

Los tablones de arriba volvieron a crujir y Veteranus se inmovilizó, con el corazón martilleándole tan fuerte que estaba seguro de que lo delataría. Una gota de agua le golpeó el hombro, provocándole un escalofrío involuntario por la espina dorsal. Se

aferró a la viga que tenía debajo, casi sin respirar, esperando a que los ruidos pasaran.

Finalmente, avanzó una vez más, con el frío mordiéndole la piel expuesta. El barro de su cuerpo se secaba en vetas irregulares que se agrietaban al flexionar los músculos. El puente se estrechaba hacia el centro, con las vigas combadas por la edad y el mal estado. Uno de los tablones de arriba se partió de repente cuando el peso de un guardia se desplazó, y Veteranus se encogió, resbalando ligeramente cuando su pie patinó sobre una mancha de algas.

Lanzó una mano, y sus dedos se clavaron desesperadamente en la madera rugosa. El mundo pareció detenerse y, por un instante, quedó suspendido precariamente sobre el agua. El río lo llamaba desde abajo, negro e implacable, pero con un gruñido de esfuerzo, se izó de nuevo contra el puntal. El ruido de arriba se calmó de nuevo, otra pausa, otro cruce de voces murmuradas, pero no se dio ninguna alarma.

El sudor se mezclaba con el barro de su frente y le escocía en los ojos, pero Veteranus no podía permitirse parar. Lenta y concienzudamente, comenzó a moverse de nuevo, con los músculos en tensión a cada cauteloso tirón de su cuerpo a través de las vigas entrecruzadas. Llegó a un punto en el que tendría que saltar; una distancia corta, pero en su estado actual, le parecía tan peligroso como saltar un desfiladero.

Se agachó, contrayendo el cuerpo todo lo que se atrevió, y se impulsó. Durante un segundo que le revolvió el estómago, estuvo en el aire, y el mundo enmudeció salvo por el silbido del viento en sus oídos. Lanzó las manos hacia delante y golpearon otra viga; sus dedos tantearon frenéticamente hasta que se aferraron a un borde astillado. Reprimió una maldición cuando una esquirla le atravesó la palma de la mano y un dolor agudo le recorrió el brazo, pero aun así, se izó. Siguió avanzando, con cada movimiento espoleado por la certeza de que el amanecer se acercaba. El más leve indicio de un tono grisáceo teñía ya el cielo del este más allá de la orilla del río. Finalmente, llegó al otro extremo del puente, donde las vigas se hundían en el fango. Pegando el cuerpo a las sombras una vez más, Veteranus se deslizó a tierra firme. El agua fría del río lamía la orilla

a su lado, susurrando suavemente como si se burlara de su lucha. No se detuvo a descansar. Haciendo caso omiso del dolor ardiente de sus miembros y del impulso de correr a guarecerse, reptó lentamente por el terraplén hasta el acogedor refugio de la maleza que bordeaba el río. Las espinas se le enganchaban en los brazos y el pecho, y las zarzas le tiraban de los tobillos como si intentaran retenerlo. Finalmente, cuando le faltaba el aliento y las piernas amenazaban con fallarle, tropezó y cayó en una pequeña hondonada bajo las raíces de un roble caído. El puente era ahora un recuerdo lejano. Las antorchas de los guardias ya no eran visibles. El único sonido era el murmullo leve e incesante del río y su propia respiración superficial.

Se acercaba el alba, pero por ahora estaba a cubierto, lo cual le permitía descansar y, con una última y recelosa mirada a través de la maraña de raíces y ramas, Veteranus cerró los ojos y dejó que el bosque lo ocultara.

Capítulo Treinta y Uno

Britania

El día se arrastró como un animal herido. Veteranus yacía encajado entre las retorcidas raíces del viejo árbol, con la tierra húmeda apretándole la espalda y los hombros. Las sombras se movían sobre su cabeza mientras el sol trazaba su arco en el cielo, sin que su calor lograra atravesar el denso dosel de hojas. Durmió a intervalos, con el cuerpo rígido y la mente atormentada por la sed y el constante zumbido del peligro. Incluso en sueños, sus instintos se agitaban al menor sonido: el chasquido lejano de una rama, el susurro de las hojas, la llamada grave de un pájaro.

Cuando la luz comenzó a menguar, supo que necesitaba comida, agua y ropa antes de que el frío de la noche volviera a caer. Lenta y dolorosamente, se deslizó fuera de su escondite. La capa de barro y mugre que aún lo cubría lo ayudó a confundirse con el suelo sombrío del bosque mientras avanzaba a gatas. Se detenía a menudo, escuchando, con la cabeza ladeada como un lobo que olfatea el aire.

En menos de una hora, se le levantó el ánimo al percibir el leve pero inconfundible olor a humo mezclado con el rico y apetitoso aroma de la carne asada. Se le encogió el estómago al pensar en la comida, y el instinto lo impulsó hacia delante. Moviéndose agazapado y en silencio, siguió el rastro del olor a través de la maleza, con el suelo frío e irregular bajo sus manos y rodillas. Finalmente, a través de un hueco en los zarzales, vio a dos hombres sentados junto a una pequeña hoguera, preparándose para pasar la noche. Uno de ellos arrancó un trozo de carne de un ganso que colgaba de un asador; la grasa goteaba en las llamas con un suave siseo. El olor era casi insoportable y despertó en Veteranus un hambre primigenia que le llenó la boca de saliva.

Los cazadores eran hombres corrientes, envueltos en túnicas bastas y capas que parecían cálidas y muy usadas. Sus armas y

pertrechos yacían esparcidos cerca de ellos: un arco sin tensar, un carcaj de flechas, un odre y, lo más importante, una pesada capa de lana sobre una mochila.

Se tumbó en la maleza y esperó. El tiempo transcurrió lentamente, marcado solo por el débil crepitar del fuego y los suaves murmullos de los cazadores. A medida que la luna se elevaba, la conversación de los hombres se fue apagando. Uno de ellos bostezó ruidosamente y arrojó el último trozo de ganso al fuego antes de tumbarse en su yacija. El otro hizo lo mismo, no sin antes ajustarse la capa sobre los hombros.

Veteranus no se movió. No podía permitírselo. Yació inmóvil entre los arbustos, esperando durante cada segundo insoportable mientras el fuego crepitaba y se atenuaba. Los cazadores acabaron por guardar silencio, y el sonido de sus ronquidos rompió la quietud de la noche.

Esperó aún más. Veteranus había aprendido a tener paciencia hacía mucho tiempo en el campo de batalla, donde un solo paso en falso podía significar la muerte. Ahora, mientras observaba el subir y bajar de los pechos de los hombres y escuchaba el ritmo de sus ronquidos, comenzó a moverse.

Silencioso como una sombra, se adentró sigilosamente en el campamento, con los pies hundiéndose en la tierra fría y blanda, cada paso dado con cuidado, evitando ramas y piedras sueltas. El fuego se había consumido y sus brasas brillaban como estrellas moribundas, arrojando apenas la luz suficiente para ver. Veteranus se acuclilló junto a las mochilas y alargó los dedos hacia la más cercana.

Comenzó a abrirla despacio, conteniendo la respiración mientras las correas de cuero crujían suavemente. Dentro, pudo entrever lo que necesitaba: tiras de carne seca, un odre, una capa gruesa. Un alivio le henchió el pecho. Pero cuando su mano se cerró en torno a la capa, un sonido lo paralizó: un leve jadeo.

Levantó la vista bruscamente. Uno de los cazadores se había incorporado de golpe, con los ojos muy abiertos y la mirada fija. Por un instante, hubo silencio, el tiempo justo para que el hombre abriera la boca y su pecho se hinchara al tomar aire para gritar.

Veteranus reaccionó por instinto. Se abalanzó hacia delante, su mano voló hacia el cinto y desenvainó el cuchillo que siempre llevaba allí. Saltó sobre el hombre, empujándolo de espaldas contra su estera para dormir y, mientras con una mano le tapaba la boca para ahogar el grito, hundió el cuchillo hacia arriba; la hoja se deslizó entre las costillas y penetró en el corazón del hombre.

El cazador se sacudió, y su cuerpo se convulsionó bajo el peso de Veteranus. Un gemido ahogado escapó de sus labios, pero el sonido fue breve y estrangulado. Veteranus lo mantuvo sujeto, con el rostro a centímetros del suyo, observando cómo la vida se desvanecía de sus ojos abiertos e incrédulos. Lentamente, las extremidades del hombre se aflojaron, y su pecho se alzó una última vez antes de quedar inmóvil.

Veteranus permaneció así un momento, con la sangre cálida del cazador empapándole las manos. El otro hombre seguía roncando, imperturbable, mientras el fuego crepitaba suavemente entre ellos. Despacio, Veteranus lo soltó y dejó que el cuerpo sin vida del cazador se desplomara sobre la yacija.

Limpió el cuchillo en la túnica del muerto y luego volvió a centrar su atención en el fardo. Actuó con rapidez, sacó la capa y se la echó sobre la piel cubierta de barro. Era áspera y olía a sudor y a humo, pero era cálida, y el calor significaba la supervivencia. Cogió el odre, se colgó el arco y el carcaj al hombro y se metió la carne seca en los pliegues de la capa.

Veteranus echó un último vistazo al otro cazador, cuyos ronquidos aún resonaban suavemente en el campamento. Sería fácil acabar con él también, de forma rápida y silenciosa, pero el riesgo de hacer ruido pesaba en su contra. En su lugar, se fundió de nuevo con el bosque, dejando solo el leve susurro de las ramas a su paso.

Al día siguiente, Veteranus se agazapó de nuevo al abrigo de los árboles, con la mirada fija en el camino que serpenteaba por el bosque. Era un sendero angosto, convertido en un barrizal por innumerables ruedas y cascos, que culebreaba como una cicatriz a través del denso arbolado. Apenas había salido el sol, cuya pálida luz

luchaba por atravesar las espesas nubes grises del cielo, pero el camino ya bullía de actividad.

Los carros traqueteaban, con sus ruedas de madera chirriando bajo el peso de los suministros: sacos de grano, barriles de carne en salazón, cada carga custodiada por conductores exhaustos y mulas de paso cansino. En dirección contraria, los carros regresaban vacíos, una vez entregada su carga, con los conductores desplomados en sus pescantes y la mirada vacía.

—Están avituallando un campamento —pensó Veteranus con pesadumbre—. Uno grande.

El tráfico no cesaba. Llegaron más carros, seguidos de hileras de mulas de carga repletas de provisiones, con los cascos chapoteando en el fango. Aquí y allá, avanzaban entre ellos grupos de desplazados, familias harapientas que llevaban sus escasas pertenencias a la espalda, con la cabeza gacha y los rostros manchados de mugre y derrota. Veteranus los observó con atención, su mente despierta atando cabos sobre la situación. Las legiones estaban reforzándose al otro lado del río y aquella gente, temerosa de lo que pudiera ocurrir, buscaba seguridad cerca de los guerreros de su propio pueblo.

La lluvia comenzó a caer, una llovizna lenta y persistente que convertía el camino embarrado en un sendero resbaladizo y traicionero. Veteranus se permitió una sonrisa sombría. La lluvia era una bendición: ocultaba los detalles y los rostros, convirtiéndolo todo en una mancha gris y borrosa. Se ajustó la capa de lana robada, se subió la capucha para ocultar sus facciones y se dirigió con cautela hacia el camino.

Esperó el momento oportuno. Un carro pasó traqueteando, con el conductor desplomado hacia delante, apenas percatándose del mundo que lo rodeaba. Detrás venía un grupo de campesinos que caminaban con paso pesado, con la ropa empapada y la cabeza inclinada para protegerse de la lluvia. Veteranus salió del amparo de los árboles y se unió a su paso.

Mantuvo la cabeza gacha y dejó que el ritmo del grupo lo engullera. La lluvia le corría por la cara, mezclándose con el barro que salpicaba del camino. No miraba ni a izquierda ni a derecha;

tenía los ojos fijos en el suelo empapado que tenía delante. A su alrededor, los viajeros desplazados seguían su penosa marcha en silencio, perdidos en sus propias tribulaciones, con la atención puesta únicamente en el siguiente paso, en la siguiente oportunidad de conseguir una mísera comida.

Las horas pasaron lentamente. La lluvia arreció, y su sonido repiqueteaba contra su capucha y la lona de los carros. Veteranus comió con moderación del fardo, arrancando pequeñas tiras de carne seca y masticándolas metódicamente mientras caminaba. El hambre le roía las entrañas, pero sabía que no debía devorar sus provisiones. La comida tenía que durar.

Conforme avanzaba la tarde, el camino se fue haciendo más concurrido. Veteranus se mantuvo en el centro de la vía, sin acercarse nunca a los bordes, donde podrían acechar miradas vigilantes. Cerca del atardecer, el camino comenzó a ensancharse, y las sospechas de Veteranus se confirmaron. A través de los árboles, que raleaban más adelante, vislumbró las formas lejanas de tiendas y estandartes tribales que ondeaban al viento. El olor del campamento le llegó antes de que pudiera verlo: humo de leña mezclado con el hedor a sudor, estiércol y gachas hervidas. El sonido de los gritos llegaba débilmente en el aire empapado por la lluvia: órdenes vociferadas, martillos que golpeaban, el rebuzno ocasional de una mula.

Veteranus se desvió, con el instinto gritándole cautela. Sin alterar el paso, se salió del camino y se metió al abrigo de los árboles, desapareciendo entre las sombras como un espectro, mientras la espesa maleza lo ocultaba de cualquier ojo indiscreto que hubiera en el camino.

Desde su posición entre los árboles, podía entrever el campamento a lo lejos, un mar de tiendas y hogueras que se extendía rodeado de diversas defensas que iban desde empalizadas hasta simples zanjas. Se acomodó en la maleza, ajustándose la capa mientras la lluvia seguía cayendo. Permaneció inmóvil durante un buen rato, con la mente activa, calculando. No había garantía de que los hombres que buscaba estuvieran siquiera en el campamento, pero era ciertamente probable que hubieran pasado por allí. Lo

único que tenía que hacer ahora era encontrar la forma de entrar y ver qué podía averiguar, pero por el momento, observaría y esperaría. Necesitaba estudiar los movimientos del campamento, sus patrones y sus puntos débiles. Habría una forma de proceder, pero solo la encontraría con paciencia, y mientras el anochecer se cernía sobre la tierra, se fundió aún más entre las sombras, una figura silenciosa al borde del poderío del imperio.

A muchas leguas de distancia, Séneca y sus hombres permanecían apiñados bajo un entramado de árboles frondosos, en silencio y vigilantes mientras el bosque a su alrededor se convertía en un lodazal. La lluvia había estado cayendo sin cesar desde el alba, implacable y fría. Veteranus llevaba horas ausente, pero no se había oído ninguna alarma. Ni cuernos lejanos, ni señales de persecución.

Séneca estaba acuclillado junto al tronco de un árbol, con la capucha de la capa calada para protegerse el rostro de la lluvia. Cerca de allí, Talorcan estaba sentado contra un tronco caído, con su cuerpo desgarbado encorvado contra el frío mientras escudriñaba el empapado bosque.

—Creo que lo ha conseguido —dijo Séneca al fin, rompiendo el silencio—. Si lo hubieran encontrado, ya habríamos oído algo o habríamos notado un cambio de actitud en los hombres del puente.

—O lo han capturado y todavía no han dado la alarma —dijo Casio—. Sacudió la cabeza, con el pelo húmedo pegado a la frente —. Es un hombre astuto, pero los dioses no siempre favorecen a los astutos.

—Sea cual sea la verdad —replicó Séneca—, ahora está solo. —Se enderezó lentamente, haciendo una mueca de dolor cuando sus rodillas agarrotadas protestaron—. Aquí ya hemos hecho todo lo que hemos podido. La lluvia borrará nuestras huellas, pero no nos mantendrá ocultos para siempre. Es hora de moverse.

Los demás se levantaron sin quejarse. Estaban calados hasta los huesos, con las capas pegadas al cuerpo como pesadas cargas, pero sabían que Séneca tenía razón. Habían esperado bastante y quedarse cerca del río era una invitación al desastre.

Avanzaron en fila india de vuelta al bosque, manteniéndose agachados mientras se abrían paso entre los árboles centenarios. La lluvia se filtraba por las ramas, colándose por cada costura y rendija, y el barro pegajoso se adhería a sus botas, haciendo de cada paso un esfuerzo lento y laborioso. El bosque se oscureció a medida que se adentraban en él. Los árboles se alzaban más altos allí, sus gruesas ramas entrelazadas como las costillas de una gran bestia. El aire se enfrió, cargado de niebla y del húmedo olor a hojas en descomposición. Las horas parecieron pasar en silencio, salvo por el redoble constante de la lluvia y la ocasional maldición musitada cuando alguien tropezaba en el terreno irregular.

Fue Marcus quien lo vio primero, un estrecho claro a un lado, casi oculto tras un muro de espinos y zarzas. Más allá había una pequeña cabaña de tosca madera, con las paredes oscurecidas por el tiempo y el tejado ligeramente hundido por el peso de la lluvia. A su lado había una pila de leños, parcialmente cubierta con una lona podrida.

Marcus se detuvo y levantó una mano.

—Ahí —dijo en voz baja—. ¿Quizá podríamos usarla?

Séneca se adelantó, entornando los ojos mientras estudiaba la cabaña.

—Está en buen estado —dijo Séneca—, pero no veo señales de vida. Debería haber un perro por lo menos. Parece que alguien se fue a toda prisa.

Talorcan se acercó más, con movimientos silenciosos a pesar de la lluvia.

—Parece la cabaña de un leñador, quizá, o de un trampero.

—Da igual si está vacía —dijo Marcus—. ¿La registramos?

Séneca asintió.

—Casio, Talorcan, quedaos aquí. Vigilad los árboles. Marcus y yo echaremos un vistazo.

Los dos hombres se acercaron a la cabaña con cautela, armas en mano. Séneca se detuvo justo delante de la puerta, escuchando con atención. No se oía ningún sonido del interior y empujó la puerta lentamente, con los goznes quejándose en señal de protesta. La única habitación del interior estaba oscura y olía a humedad, pero

por lo demás estaba vacía. El aire olía a humo, madera y tierra húmeda. Había una única mesa de madera contra una pared y un jergón de paja en el rincón. Por el suelo había herramientas esparcidas: un hacha, un rollo de cuerda y un cuchillo de caza oxidado.

—Está despejado —llamó Séneca en voz baja, entrando.

Marcus lo siguió, bajando la espada mientras inspeccionaba la habitación.

—Quienquiera que estuviera aquí no perdió el tiempo en irse —dijo, empujando un par de botas cerca del jergón con la punta de la espada—. Debieron de asustarse por una de las patrullas del fuerte.

—Ya no importa —replicó Séneca. Se acercó al hogar y se agachó para reavivar las ascuas. En unos instantes, una débil llama parpadeó y el humo ascendió en espiral hacia el techo—. Nos secaremos y descansaremos aquí.

Marcus regresó a la puerta y les hizo una seña a sus camaradas, que se encontraban en el linde del claro, para indicarles que no había peligro. No apartó la vista del borde del bosque mientras cruzaban hacia la cabaña.

Los cuatro hombres se instalaron, con movimientos lentos y cansados. Marcus retiró la lona que cubría los troncos de fuera y trajo suficiente leña seca para mantener el fuego encendido. Talorcan se sentó cerca de la ventana para vigilar, con su espada celta curvada sobre las rodillas, mientras Cassius se acomodaba con cuidado cerca del fuego, acercando las manos temblorosas a las llamas crecientes.

—Descansaremos aquí esta noche —dijo Séneca—. Mañana nos pondremos de nuevo en marcha, pero, por ahora, nos quedaremos en silencio y a cubierto.

El fuego crepitaba suavemente, llenando la estancia con una luz parpadeante y un calor creciente. Fuera, la lluvia seguía cayendo, pero, por primera vez en días, el grupo se permitió relajarse.

Talorcan miraba al exterior a través de una estrecha rendija de los postigos, con expresión indescifrable.

—Saldrá de esta —dijo de repente, rompiendo el silencio.

Cassius alzó la vista, con el ceño fruncido.

—¿Veteranus?

Talorcan asintió.

—Sí. Si alguien puede lograrlo, es él. He visto a otros como él.

—Te equivocas, Talorcan —dijo Séneca sin levantar la vista—. Te aseguro que nunca has conocido a nadie como Veteranus. Es..., digamos, único.

Todos los hombres se quedaron mirando a Séneca, pero, cuando quedó claro que no tenía intención de explayarse sobre el comentario, volvieron a centrarse en el asunto que les ocupaba: secarse… y entrar en calor.

Capítulo Treinta y Dos

Britania

Veteranus se agazapó al abrigo de un tejo milenario, con la mirada fija en el extenso campamento celta que se veía a lo lejos. Desde su posición privilegiada, justo en el linde del bosque, podía ver innumerables hogueras, cuyo humo ascendía en espirales hacia el cielo vespertino. Había estado observando durante horas, con el cuerpo dolorido y el hambre royéndole las entrañas, pero conocía los peligros de la imprudencia. Un solo paso en falso y lo arrastrarían al campamento, cargado de cadenas o algo peor.

Estaba anocheciendo cuando algo le llamó la atención: un jinete solitario que salía del campamento. El hombre apareció por las estrechas puertas a lomos de un robusto caballo castaño, con los flancos cargados de alforjas a todas luces repletas de provisiones. No era un guerrero. El hombre se erguía en la silla, de constitución delgada y espigada, y sus ropas, aunque prácticas, eran notablemente distintas de las vestimentas que llevaban los britanos con los que Veteranus se había topado hasta entonces. Una capa de tejido basto le caía sobre los hombros y su pelo, largo y oscuro, le colgaba suelto sobre ellos.

Veteranus entrecerró los ojos; los detalles despertaron un vago reconocimiento en su memoria. El jefe del muelle había dicho que el mensajero tenía algunos guardaespaldas, pero también un explorador. Si aquel hombre había venido del otro lado del mar, lo más probable es que fuera galo, y desde luego su forma de vestir así lo sugería. Al darse cuenta de que era la única pista que tenía por el momento, decidió investigarlo y, mientras el jinete guiaba su caballo por el embarrado camino que se alejaba del campamento, Veteranus se deslizó de nuevo entre los árboles, donde la densa maleza ahogó el sonido de sus movimientos.

El hombre se dirigió hacia el sur por el camino, mezclándose con la dispersa multitud de campesinos y carros que todavía se

movían en ambas direcciones por su superficie llena de baches. Veteranus salió del bosque con cautela, mezclándose una vez más con el flujo de transeúntes que avanzaba penosamente por el camino. Había dejado de llover, pero el firme seguía resbaladizo por el barro, lo que ralentizaba el avance de los carros y las sufridas mulas. El jinete avanzaba a un ritmo constante, con su caballo sorteando con cuidado el lodazal, y Veteranus mantuvo la cabeza gacha, confundiéndose con la masa anónima de viajeros desplazados.

Las horas pasaron lentamente y Veteranus lo siguió a un ritmo constante, con cuidado de no llamar la atención. Mantuvo la vista fija en el suelo, pero sus ojos se desviaban con frecuencia hacia la posición del jinete más adelante en el camino. El hombre no se percataba de nada, concentrado en su ruta, y de vez en cuando se removía en la silla para desentumecer los músculos agarrotados.

Al anochecer, el escaso tráfico del camino se había reducido a la nada y el jinete desvió su caballo de la senda principal, guiándolo hacia una arboleda que bordeaba el embarrado camino. Veteranus se quedó atrás, con el corazón latiéndole con más fuerza mientras se deslizaba entre las sombras del bosque para seguirlo.

Poco después, a través de un claro en la maleza, vio al hombre desmontar en un pequeño claro, antes de atar su caballo sin apretar a una rama baja. Trabajaba metódicamente, con movimientos pausados mientras deshacía el equipaje, y poco después, una pequeña hoguera empezó a crepitar, proyectando largas sombras por el claro. Cogió una manta de una de las alforjas y la colocó cerca del fuego antes de sentarse a disfrutar del calor. Finalmente, sacó un trozo de pan y una tira de carne seca, los partió con las manos y comió lentamente, con la mirada perdida y pensativa, como si estuviera ensimismado.

Veteranus observaba desde las sombras, oculto entre las zarzas. Apretó la empuñadura de su cuchillo, pero no hizo ademán de desenvainarlo. Por primera vez desde que había cruzado el río, no tenía intención de matar; necesitaba información, y matar al explorador no resolvería nada.

Se agachó aún más, con el cuerpo en tensión, y empezó a avanzar sigilosamente mientras el crepitar del fuego enmascaraba cualquier leve sonido de movimiento. Se detuvo en el borde del claro; la luz del fuego parpadeaba en su rostro manchado de barro. El explorador estaba sentado de espaldas, frotándose distraídamente una rodilla con la mano mientras masticaba su comida. Su cuchillo yacía a su lado, lo bastante cerca como para cogerlo, pero no en su mano.

Veteranus avanzó de nuevo, con la respiración entrecortada; el martilleo de su corazón resonaba en sus oídos mientras sentía la familiar oleada de adrenalina del cazador que se acerca a su presa.

El hombre se movió de nuevo y, al enderezarse ligeramente, Veteranus actuó, pero en cuanto se lanzó hacia delante, el explorador se giró y se arrojó a un lado, rodando para apartarse del fuego y poniéndose en pie de un salto. Ya tenía el cuchillo en la mano, con la hoja brillando débilmente a la luz de la hoguera.

Los dos hombres se miraron fijamente a través del claro. Ninguno habló, ninguno se movió, pero fue la mirada en el rostro del otro hombre lo que más sorprendió a Veteranus: la misma expresión endurecida y cautelosa que había visto innumerables veces, la mirada de un hombre que conocía la muerte íntimamente, que había sentido el roce de su fría mano y había sobrevivido. No era un explorador común, se comportaba como un hombre que entendía la violencia, uno cuya vida dependía de instintos perfeccionados. Eran iguales.

—No eres britano —dijo el hombre de repente, rompiendo el silencio—. Tus rasgos te delatan como romano.

Veteranus sintió una sacudida. El hombre había hablado en galo. Veteranus no había oído el idioma en meses, pero sus años de campaña en la Galia le habían dado fluidez. Apretó con más fuerza la empuñadura de su cuchillo.

—No soy una amenaza para ti —dijo lentamente—. Solo quiero hablar.

El explorador frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Te has acercado a hurtadillas para hablar? —preguntó con escepticismo—. ¿Por qué no has anunciado tu presencia?

Veteranus alzó ligeramente la mano que tenía libre, en un gesto de cautela, y se irguió desde su postura encorvada.

—No tuve más remedio —dijo—. No sabía si eras amigo o enemigo.

El explorador lo estudió durante un largo rato con el cuchillo aún en alto, aunque había menos hostilidad en su postura.

—Todos los romanos que he conocido eran enemigos. ¿Por qué ibas a ser tú diferente?

—Porque no soy como ellos.

Los ojos oscuros del hombre lo recorrieron de arriba abajo: su rostro manchado de barro, la capa andrajosa y el cuchillo que sostenía con soltura, pero con pericia, en la mano.

—Entonces, ¿quién eres? ¿Qué quieres?

Veteranus vaciló. La confianza era peligrosa, a menudo mortal, pero necesitaba información, y aquel hombre, aquel explorador, podría ser su mejor oportunidad. Despacio, bajó el cuchillo, manteniéndolo a la vista, pero ya no en posición de ataque.

—Una vez fui soldado romano —dijo—, hace muchos años. Ahora solo trabajo para el mejor postor. Necesito información, nada más.

El explorador no se relajó del todo, pero la mano con la que sujetaba el cuchillo también se aflojó, muy ligeramente. Ladeó la cabeza, con una expresión indescifrable.

—¿Y por qué debería creerte?

Veteranus le sostuvo la mirada.

—Porque si quisiera matarte, ya estarías muerto.

El explorador lo observó durante otro largo rato antes de asentir con lentitud. Cambió ligeramente el peso de su cuerpo, volviendo a sentarse en la manta y señalando un tronco al otro lado del fuego.

—Entonces siéntate, romano, y veamos si podemos evitar matarnos el uno al otro. ¿Qué quieres saber?

Veteranus se adentró con cautela en la luz del fuego, manteniendo una postura vigilante, pero menos hostil. Dejó que el calor de las llamas acariciara su piel aterida mientras observaba al

explorador con recelo. Sabía que aquello distaba mucho de ser confianza, y aún más de ser seguridad, pero era un comienzo.

—Antes de nada —dijo Veteranus, sentándose en el tronco—, dime, ¿acabas de escoltar a un mensajero de Roma hasta ese campamento de las colinas?

—Así es —contestó el explorador—. ¿Por qué es de tu incumbencia?

El corazón de Veteranus se aceleró. La confesión del explorador significaba que era exactamente el grupo que había estado buscando.

—Digamos que es mi deber saber tales cosas —replicó.

—¿Y tu deber requiere siempre que degüelles a los hombres mientras duermen?

Veteranus permitió que un atisbo de humor seco asomara a su rostro.

—Solo cuando no me queda más remedio. —Se irguió ligeramente, buscando la mirada del hombre a través del fuego—. Escucha. No necesito hacerte daño y no quiero pelea. Lo único que necesito saber es por qué estáis en este lado del río, en el lado celta.

El explorador ladeó ligeramente la cabeza, observando a Veteranus con ojos agudos y calculadores. Finalmente, suspiró, como si hubiera llegado a alguna conclusión tácita, y bajó el cuchillo por completo. Miró la pequeña olla que colgaba sobre el fuego, de cuyo borde salía vapor, y la señaló con la cabeza.

—¿Has comido?

La pregunta pilló a Veteranus por sorpresa. Vaciló, observando al explorador con recelo, pero el hambre le roía las entrañas y el olor del guiso era demasiado tentador como para ignorarlo.

—Hace tiempo que no.

El explorador metió la mano lentamente en su petate y sacó un cuenco de madera maltrecho, en el que sirvió una ración del guiso humeante antes de colocarlo cerca del borde del fuego.

—Coge —dijo—. Hay de sobra para compartir.

Veteranus lo observó un instante más antes de alargar la mano. Se movió de forma deliberada y medida para demostrar que no tenía intención de atacar. Cogió el cuenco, cuyo calor le reconfortó los dedos helados, y retrocedió para sentarse frente al explorador.

El estofado era sencillo: trozos de tubérculos, carne seca y un caldo grasiento. Veteranus comió con cautela, sin apartar la mirada del explorador, quien a su vez lo observaba mientras comía de su propio cuenco. Ninguno de los dos habló. El silencio se prolongó entre ellos, roto tan solo por algún sorbo ocasional o el crepitar de la leña en las llamas.

Cuando terminaron, Veteranus dejó a un lado su cuenco vacío y se recostó, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Podía sentir los ojos del explorador sobre él, todavía recelosos, todavía calculadores. El aire entre ellos estaba cargado, tanto de preguntas tácitas como de la frágil certeza de que la violencia no les serviría de nada en ese momento.

—Pareces estar lejos de casa, romano —dijo finalmente el hombre.

Veteranus le sostuvo la mirada.

—Abandoné el amparo de Roma hace mucho tiempo.

—Y, sin embargo, aquí estás.

Veteranus escogió sus siguientes palabras con cuidado.

—Busco respuestas —dijo—. Sé que ese hombre llevaba un mensaje de Roma. Solo quiero saber para quién es.

—¿Por qué te interesa?

—Porque podría salvar la vida de muchos hombres.

El explorador lo estudió durante un buen rato, con el fuego danzando en sus ojos oscuros. Por primera vez, pareció considerar de verdad al hombre que tenía sentado enfrente.

—Me llamo Ambicatus —dijo finalmente—, y soy un hombre de los bosques, nacido y criado en las montañas del sur de la Galia. Aprendí a rastrear, cazar y sobrevivir desde que pude caminar y me gané la reputación de ser el mejor en lo mío en esa parte del mundo. Hace muchas semanas, me ofrecieron guiar a un oficial romano a través de la Galia hasta Gesoriacum.

—Eso no explica por qué los ayudas. Ya has dicho que aún no has conocido a un romano que no fuera un enemigo.

Ambicatus resopló levemente y negó con la cabeza mientras cogía una vara para atizar un trozo de leña rebelde en las brasas.

—No los estoy ayudando —replicó—. Solo hago un trabajo. Nada más.

—Bien pagado, imagino —dijo Veteranus, aunque ya sabía la respuesta.

La boca de Ambicatus se torció en una sonrisa ladeada.

—Por supuesto.

—Entonces, háblame de este mensajero —dijo Veteranus.

Ambicatus volvió a recostarse, con la tensión de sus hombros aliviándose ligeramente.

—No es como tú: es un hombre débil, un romanito nervioso que le teme al agua. También es un cobarde que merece poco respeto. Apenas me dejaba perderlo de vista, aterrorizado por los bandoleros, los lobos e incluso su propia sombra —se encogió de hombros—. Fue un trabajo fácil por una buena soldada y, una vez llegados a Britania, estaba listo para volver a casa. Pero… —dejó la frase en el aire, y su mirada se desvió brevemente hacia el fuego.

—¿Pero? —insistió Veteranus.

Ambicatus alzó la vista, con el rostro a media luz por las brasas.

—En el último momento, el hombre cambió sus instrucciones. En lugar de ir al fuerte romano, me ordenó que cruzara el río con él. El Medway, creo que lo llamáis. Se negó a pagarme hasta que acepté. Habría lidiado con la traición allí mismo, pero sus secuaces se aseguraron de que no me quedara otra opción que aceptar. Además, solo eran unos días más.

Veteranus frunció el ceño, dándole vueltas al detalle.

—¿Por qué? ¿Cuál fue el motivo?

Ambicatus extendió las manos.

—No lo sé. El hombre no quiso decírmelo y no era asunto mío. Dudé, por supuesto. Cuanto más nos adentrábamos en esta tierra, más peligrosa se volvía: partidas de guerra, patrullas, exploradores como tú. —Inclinó ligeramente la cabeza, con un brillo

de seca diversión en los ojos—. Pero, como ya he dicho, me pagó bien, así que acepté.

Veteranus exhaló lentamente mientras su mente cavilaba a toda velocidad.

—¿Y ahora te marchas?

—Sí. Mi parte ha terminado. Lo llevé adonde quería ir, al otro lado del río y hasta el campamento. Ahora vuelvo a casa. —Ambicatus hizo un gesto vago hacia su caballo, que pacía cerca—. Las monedas del romano nos comprarán a mí y a mi familia comida y vino hasta el próximo invierno, así que ¿qué me importa lo que haga después?

La mirada de Veteranus se agudizó.

—¿Qué *era*?

Ambicatus frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué?

—El mensajero —aclaró Veteranus—. ¿Un senador? ¿Un soldado? ¿Qué era?

Ambicatus negó con la cabeza.

—Un hombre con un pergamino y demasiadas preocupaciones, eso es todo lo que sé. No llevaba uniforme ni armadura. Apenas me dirigió la palabra, salvo para dar órdenes o quejarse.

Veteranus contuvo su frustración. Eso ya lo sabía. Lo que importaba ahora era lo que había ocurrido después de que cruzaran el río.

—¿Cuándo estuvisteis en el campamento? —preguntó—. ¿Con quién os encontrasteis?

—Con nadie. El hombre al que se suponía que debíamos ver no estaba allí. Lo esperamos, pero no llegó.

—¿Cuánto tiempo esperasteis? —preguntó Veteranus.

—Tres días —dijo Ambicatus—. Siguen esperando en el campamento, pero les han dicho que el hombre que buscan está en camino, así que me marché.

El pulso de Veteranus se aceleró. Había estado seguro de que llegaba demasiado tarde, de que el mensajero y su información se le habían escapado de las manos, pero si todavía estaban esperando,

aún había una oportunidad. Sus hombros se relajaron ligeramente mientras se recostaba, y el peso del agotamiento se abatió sobre él ahora que la esperanza había resurgido.

—Gracias —dijo—. Has sido de gran ayuda.

Ambicatus lo estudió un momento, con el más leve rastro de curiosidad en su expresión. Luego, como si la tensión se hubiera disipado, se inclinó hacia delante y cogió un odre de vino que colgaba cerca del fuego. Lo descorchó con los dientes y bebió un largo trago antes de ofrecérselo a Veteranus, con el vino chapoteando en su interior.

—Vamos —dijo, cambiando a un latín tosco—. Bebe. Es buen vino, mejor que el que encontrarás en estos bosques.

Veteranus cogió el odre y bebió con cautela. El vino era áspero, pero bienvenido en su garganta. Hacía demasiado tiempo que no probaba otra cosa que no fuera agua y hambre. Le devolvió el odre y Ambicatus bebió otro largo trago antes de dejarlo a un lado. Durante un rato, ninguno de los dos habló. El fuego crepitaba, con las llamas danzando entre ellos, y el claro pareció encogerse hasta que solo quedaron ellos dos, el romano y el galo, sentados como viejos camaradas que comparten un momento de tranquilidad tras una larga campaña.

Veteranus se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos fijos en el explorador mientras consideraba la siguiente pregunta.

—Dime —dijo—, ¿es posible llegar hasta el mensajero dentro del campamento?

La mirada de Ambicatus se entornó al considerar la pregunta.

—Es posible —respondió finalmente—, pero no será fácil.

—Dime cómo.

—Les han dado una cabaña justo contra la empalizada exterior — explicó—. A cien pasos a la izquierda de la puerta, justo después del primer puesto de guardia. Como los celtas no se fían de los romanos, los mantienen bien alejados del centro del campamento, lejos de los guerreros y los líderes. Me sorprende que lo hayan dejado con vida, pero sea lo que sea que esté pasando, debe de ser importante. Lo estaban esperando.

Veteranus asintió, asimilando la información. Seguía sin tener ningún sentido, pero sabía que se estaba acercando a la verdad. Podía sentirlo en los huesos. Se puso en pie y se arrebujó en la capa.

—Te deseo un buen viaje de vuelta a la Galia, Ambicatus, pero ahora tengo que irme.

—Ten cuidado, romano —dijo el explorador—. Esta gente no es tonta y, sea lo que sea que tenga él, te aseguro que no merece la pena que arriesgues la vida por ello. Vete a casa, emborráchate y búscate unas mozas bonitas. La vida es demasiado corta para todo esto.

—Cuídate —dijo Veteranus, y le dedicó a Ambicatus un último gesto de asentimiento antes de volverse hacia el borde del claro, planeando ya su siguiente movimiento.

Capítulo Treinta y Tres

Britannia

Veteranus volvió a agazaparse a la sombra de un nudoso roble, con la aguda mirada fija en el extenso campamento celta que se extendía ante él. La luna, semivelada tras unas nubes a la deriva, derramaba un resplandor plateado que se quebraba por el parpadeo de las antorchas dispersas a lo largo del perímetro del campamento. A diferencia de las ordenadas murallas de piedra o madera de las fortalezas romanas, este campamento era un laberinto improvisado de barreras levantadas para repeler y confundir a cualquier posible atacante. En algunos lugares se erigían altas empalizadas de madera, dentadas e imponentes, con troncos toscamente labrados y afilados en punta en sus crestas. Más allá, las barricadas daban paso a escarpados terraplenes de tierra coronados con estacas puntiagudas, cuya burda construcción recordaba a los campamentos de marcha romanos levantados apresuradamente durante una marcha forzada. Más allá, otras secciones parecían diseñadas deliberadamente para dificultar la entrada; densos matorrales de espinos y árboles muertos, cuyas ramas entrelazadas era imposible atravesar sin que crujieran y susurraran; pero lo que a los celtas les faltaba en disciplina lo compensaban con ingenio. La amalgama desordenada de barreras canalizaría a cualquier intruso hacia un único y estrecho acceso, donde los centinelas o los guerreros podrían detectarlo y abatirlo fácilmente.

Se movió ligeramente, manteniéndose pegado al suelo mientras avanzaba por la linde del bosque, con las botas silenciosas sobre la tierra húmeda. De vez en cuando se detenía a escuchar, observando a los guardias que recorrían el perímetro. Las antorchas ardían a intervalos irregulares y proyectaban profundas sombras donde la luz no llegaba. Los centinelas se movían sin la precisión ni el ritmo romanos, con patrullas impredecibles. A veces, dos hombres caminaban juntos hablando en voz baja, mientras que en otro lugar

un guardia solitario se apoyaba perezosamente en una lanza, mirando al bosque sin concentración.

Pasaron las horas y el frío le carcomía los miembros mientras permanecía inmóvil en la penumbra. Había empezado a caer una ligera llovizna, cuyo repiqueteo enmascaraba los ruidos leves, pero convertía el ya fangoso terreno en un resbaladizo lodazal. Le jugaba a su favor. El sonido de la lluvia ocultaría su avance y cualquier movimiento descuidado podría confundirse con el tiempo. Finalmente, Veteranus avanzó sigilosamente, con cada músculo del cuerpo en tensión, mientras se dirigía hacia una estrecha brecha que había localizado antes, una grieta en los terraplenes donde la lluvia había arrastrado parte de la tierra acumulada.

Con sumo cuidado comenzó a deslizarse por la brecha, con la capa arrastrándose por el suelo empapado mientras avanzaba a rastras. Las espinas se le enganchaban en la ropa, afiladas e implacables, pero mantuvo la lentitud de sus movimientos, negándose a que las quebradizas ramas se partieran bajo la tensión.

Finalmente consiguió salir del matorral y se pegó por completo a la ladera fangosa del otro lado del terraplén, oculto en la sombra. Se arriesgó a echar un vistazo hacia arriba. Por encima de él, dos guardias patrullaban en direcciones opuestas, y la luz de sus antorchas se desvanecía a medida que se alejaban el uno del otro.

Una vez a salvo, su mente se centró en la choza.

—Cien pasos a la izquierda, pegada a la empalizada del fondo —había dicho Ambicatus—. Si puedes entrar, es fácil de encontrar.

Lentamente comenzó a moverse de nuevo, con los miembros doloridos por el esfuerzo de la inmovilidad. Manteniéndose cerca del terraplén, bordeó hacia la izquierda y, después de lo que pareció una eternidad, el terraplén se unió a una sección de empalizada toscamente labrada. El viento traía retazos de voces, de hombres que hablaban alrededor de hogueras lejanas, alguna carcajada ocasional, pero se sentían distantes, amortiguados por la lluvia y el peso opresivo de la noche.

A primera vista, todas las chozas parecían iguales, con las entradas protegidas por pieles colgantes, pero entonces vio lo que había estado buscando: una pequeña estructura aislada, pegada a la

empalizada. Se agazapó en las sombras, con la mirada fija en su objetivo mientras examinaba los alrededores. El campamento seguía vivo, pero ajeno, con sus ocupantes demasiado absortos en sus propios asuntos como para percatarse de la figura silenciosa que acechaba en la oscuridad.

Cuando estuvo seguro de que el camino estaba despejado, se movió rápida y silenciosamente a lo largo de la empalizada, sintiendo la áspera veta de la madera a través de sus dedos húmedos. Se acercó sigilosamente a la entrada, con movimientos angustiosamente lentos. La piel que cubría la entrada se agitó ligeramente con la brisa, con los bordes mojados y pesados por la lluvia. Se agachó, ladeándose mientras levantaba con cuidado el borde de la piel y se asomaba al interior.

El interior estaba débilmente iluminado por un único candil colocado sobre una mesa improvisada, cuyo tenue resplandor apenas bastaba para hacer retroceder las sombras. El aire olía a madera húmeda, sudor y cuero viejo. Dentro pudo ver a tres hombres: dos dormían, mientras que un tercero estaba sentado a una mesa, afilando un cuchillo con pasadas lentas y deliberadas; el leve chirrido del acero contra la piedra resonaba en la pequeña choza.

Veteranus apretó la empuñadura de su cuchillo; el peso familiar le anclaba mientras se preparaba para actuar. Aquellos hombres, ya fueran mercenarios, desertores o traidores, habían elegido su bando, y ese bando era el enemigo de Roma.

Deslizándose silenciosamente por la entrada, se adentró en el oscuro interior de la choza, con los ojos clavados en el hombre sentado. Despierto y armado, era la mayor amenaza, pero completamente ajeno a lo que se cernía tras él. Veteranus se detuvo justo a su alcance y, sin perder tiempo, su mano izquierda se abalanzó hacia delante y le tapó la boca. Los ojos del guardia se abrieron de par en par, presos del pánico, mientras Veteranus le hundía el cuchillo con fuerza en la garganta, la hoja atravesando limpiamente carne y tráquea. El hombre se encabritó una vez, con el cuerpo convulsionándose violentamente, antes de que Veteranus

girara el cuchillo bruscamente y lo sacara, depositando el cuerpo sin hacer ruido en el suelo.

Veteranus se giró, con la atención ahora puesta en el guardia que dormía junto a la pared del fondo. Matar a un hombre mientras dormía no era diferente a segar trigo en un campo: rápido, limpio y necesario.

Se agachó junto al guardia, con una expresión tan fría e impasible como la piedra. Sin vacilar, le tapó la boca con firmeza con su mano ensangrentada, ahogando cualquier posibilidad de ruido, antes de pasarle la hoja por la garganta en un único y decidido tajo. La sangre caliente se derramó sobre su mano, empapando el suelo de tierra mientras el hombre se convulsionaba, y, una vez más, la estancia se sumió en un profundo silencio; los únicos sonidos eran ahora el crepitar del fuego y el leve siseo de la lluvia del exterior. Veteranus se enderezó lentamente, la respiración sosegada y la aguda mirada recorriendo la estancia. Ambos hombres yacían muertos, sus vidas extinguidas antes de que ninguno de los dos tuviera la oportunidad de comprender lo que había sucedido. Dirigió su atención al último objetivo: el mensajero.

El hombre estaba acurrucado en un rincón de la choza, envuelto apretadamente en gruesas mantas de piel de oveja, con su delgada figura que apenas se elevaba con cada respiración superficial. Veteranus avanzó, con pasos absolutamente silenciosos, con el cuchillo todavía húmedo por la muerte.

Se agachó junto al mensajero, observándolo un instante. El rostro del hombre estaba pálido a la escasa luz, demacrado por el agotamiento incluso en sueños. Su mano descendió de golpe, presionando con fuerza la boca de Varro y aplastando su cabeza contra las mantas. El mensajero despertó de un brinco, con los ojos desorbitados por un pánico absoluto.

—Estese quieto —siseó Veteranus. Se inclinó, su aliento cálido contra la oreja del hombre—. Sus hombres ya están muertos, y si se mueve lo más mínimo, se unirá a ellos. ¿Entendido?

Varro se quedó inmóvil bajo su mano, con los ojos moviéndose frenéticamente por el miedo. Veteranus lo miró

fijamente, sin pestañear, con una mirada tan afilada y fría como el acero.

—Asienta si lo entiende —murmuró.

El cuerpo de Varro temblaba, sus respiraciones eran cortas y agitadas, pero finalmente consiguió hacer un mínimo gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bien —dijo Veteranus en voz baja, con la mano aún firme sobre la boca del hombre—. No gritará. No se moverá a menos que yo se lo diga. Si lo hace, lo mataré rápidamente, como a los otros.

Varro asintió de nuevo, esta vez de forma más frenética, con los ojos muy abiertos y suplicantes.

Satisfecho, Veteranus aflojó lentamente la presión, pero la hoja de su cuchillo descansaba firmemente sobre el cuello del mensajero.

Varro permaneció completamente inmóvil, con el pecho subiendo y bajando bajo las pieles de oveja, con el terror grabado en cada línea de su rostro. El miedo en sus ojos le dijo a Veteranus todo lo que necesitaba saber. El hombre no era un soldado, ni un luchador, solo un mensajero atrapado en una situación que lo superaba con creces.

—Hable solo cuando yo se lo pida —dijo—, y diga la verdad. ¿Entiende?

Varro volvió a asentir con un gesto pequeño y aterrorizado.

—Bien. Ahora, ¿para quién trabaja?

Varro tragó saliva, sus ojos desorbitados se movían entre el rostro de Veteranus y la hoja manchada de sangre que tenía en la mano. No había lucha en él, solo terror.

—Para un senador —tartamudeó—. Un senador llamado Vinicianus. Mis instrucciones eran llevar el mensaje al norte, a Britania.

—¿Para quién era el mensaje? —insistió Veteranus.

Varro se estremeció, sus manos se aferraron a las mantas como si pudieran protegerlo.

—No lo sé —suplicó—. Me dijeron que viniera aquí, a este campamento, y que se lo entregara al hombre que me esperaba.

—¿Quién es ese hombre? ¿Cómo se llama? ¿Es Togodumnus o su hermano Caratacus, quizá?

—¡No lo sé! —casi sollozó Varro—. ¡Solo que se reuniría conmigo aquí, en este campamento!

La desesperación del mensajero parecía sincera, pero apenas sirvió para calmar los pensamientos de Veteranus. Se recostó ligeramente, con el ceño fruncido mientras sopesaba la situación. El nombre de un senador vinculado a un mensaje entregado en lo más profundo del territorio enemigo. Y ahora un campamento, a la espera de una misteriosa figura que aún no había llegado. Las piezas no encajaban, y aquello le dejaba un mal sabor de boca a Veteranus.

—¿Dónde está el mensaje? —exigió.

Varro levantó una mano y, tembloroso, señaló una ajada bolsa de cuero que descansaba sobre la mesa.

—Ahí.

—Levántese —ordenó Veteranus—. Tráigamelo.

Varro obedeció al instante, saliendo de entre las mantas a trompicones y tropezando hasta la mesa. Soltó las hebillas con manos torpes y tendió un rollo a Veteranus, con el sello intacto.

Veteranus se quedó mirando el sello. No llevaba ninguna insignia romana que reconociera, ni rastro del águila, ni del Senado o del emperador, solo el vago contorno de un escarabajo. Lo rompió sin miramientos y desenrolló el pergamino para revelar una página de extraños y angulosos símbolos.

Veteranus frunció el ceño, con la frustración a flor de piel. La escritura no le resultaba familiar; sus trazos aracniformes formaban extraños símbolos o dibujos. Fuera lo que fuese, no significaba nada para él.

—Inútil —masculló con amargura, observando las marcas como si pudiera obligarlas a tener sentido por pura voluntad.

Varro lo observaba desde el rincón de la choza, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Solo me dijeron que lo entregara. Eso es todo.

Veteranus lo ignoró, con la mente trabajando a toda prisa. Lo había arriesgado todo para encontrar este mensaje y ahora, en el

momento crítico, la respuesta se encontraba burlonamente fuera de su alcance. Quienquiera que viniera a este campamento, quienquiera que fuera el destinatario, aún no estaba aquí. Y eso significaba que todavía tenía tiempo.

Su mirada volvió a Varro, que permanecía acurrucado contra la pared, agarrando el borde de su túnica húmeda. El hombre parecía medio fantasma, pálido y tembloroso en la penumbra, desesperado por apaciguar al compatriota romano que ahora tenía su vida en sus manos.

—Su contacto —dijo Veteranus—, ¿tiene previsto llegar pronto?

Varro asintió apresuradamente, con la mirada clavada en el documento que Veteranus sostenía en la mano.

—Sí. Mañana. No sé exactamente cuándo.

—¿Se ha reunido antes con él?

—No. Nunca lo he visto. Solo me dieron instrucciones, adónde ir, dónde esperar. ¡Eso es todo!

El pánico del hombre era palpable, pero Veteranus no había terminado. Se acercó más, cerniéndose sobre el mensajero, obligando a Varro a sostenerle la mirada.

—Ha dicho que no se ha reunido con él, ¿pero se ha reunido con alguien más desde que llegó aquí?

—N-no, en realidad no —balbució—. Bueno, hubo alguien, un contacto, supongo. Se reunió con nosotros cuando llegamos al campamento.

—¿Qué contacto?

Varro se encogió ante el tono, pero continuó, con sus palabras brotando en ráfagas nerviosas.

—¡No sé su nombre! Era una especie de intermediario, creo. Me habló brevemente, nos consiguió esta choza y luego ordenó a todo el mundo que se mantuviera alejado. Dijo que era por nuestra seguridad. Eso fue todo lo que dijo.

—¿Y los demás? —preguntó Veteranus—. ¿Sus guardias? ¿Hablaron con él?

Varro volvió a negar con la cabeza.

—No. Nos dijeron que nos quedáramos dentro. Apenas hemos visto a nadie desde que llegamos.

—¿Comida? —insistió Veteranus—. ¿Suministros?

—Nos traen comida todos los días —explicó Varro rápidamente—. Un cuenco de estofado, algo de pan, a veces agua o vino. Lo dejan fuera de la puerta. Nadie nos habla. Simplemente lo dejan ahí y se van.

Veteranus frunció el ceño mientras procesaba la información. La cabaña había sido aislada deliberadamente: sin visitas, sin atenciones innecesarias, solo comida entregada en silencio y un único contacto que se desvanecía en el momento en que llegaba. Quienquiera que estuviese orquestando aquello buscaba el más absoluto secreto, y eso convertía el mensaje, y la persona a la que iba dirigido, en algo aún más peligroso.

—¿Y no ha venido nadie más? ¿Nadie ha hablado con usted?

—Nadie. Nos han dejado solos.

Veteranus lo observó con detenimiento, sopesando la veracidad de sus palabras. El mensajero no era ningún héroe, su miedo era demasiado visceral, demasiado real para ser fingido. Al hombre lo habían mantenido en la ignorancia, su papel no era más que el de un mero peón que transportaba el mensaje hacia el norte.

Volvió a centrar su atención en el indescifrable documento, cuyos diagramas parecían burlarse de él a la tenue luz del fuego. Seguía sin saber qué decía, pero ahora sabía qué hacer.

La idea fue tomando forma y, cuanto más le daba vueltas en la cabeza, más clara se volvía. Podía ocupar el lugar de Varro, esperar a que llegara el contacto y entregar el mensaje como si no hubiera pasado nada. Los celtas nunca sospecharían de la suplantación. Lo único que verían sería a un cauteloso mensajero romano que cumplía con su cometido.

Se quedó mirando a Varro, observando cómo el hombre temblaba a la débil luz del fuego. Era bajo y delgado, con el rostro demacrado por el miedo y el agotamiento. Un hombre superado por las circunstancias, atrapado en un juego que jamás podría llegar a comprender. Varro no era un traidor, ni un soldado, sino un simple mensajero asustado que seguía órdenes. El cuchillo en la mano de

Veteranus le pareció pesado. Matarlo sería más limpio, más sencillo. Un cabo suelto atado; pero mientras estudiaba a Varro, algo detuvo su mano. Los ojos del hombre estaban desorbitados, llenos no de desafío, sino del terror puro e impotente de quien sabe que su vida ya no le pertenece. Resopló con brusquedad.

—Tiene usted suerte —masculló, con las palabras dirigidas tanto a sí mismo como a Varro. Envainó el cuchillo y, con un movimiento rápido, agarró al aterrorizado hombre y lo arrojó al suelo. Varro no opuso resistencia; era demasiado bajo, demasiado frágil, estaba demasiado asustado. Veteranus le ató primero las muñecas, con nudos apretados e implacables, y luego hizo lo mismo con los tobillos. Varro gimoteó suavemente, con el pecho agitado, pero no se resistió. Cuando Veteranus quedó satisfecho, obligó al tembloroso hombre a volver a tumbarse sobre las mantas.

—Escúcheme —dijo, agachándose a su lado. Señaló los dos cadáveres desplomados en el rincón, cuyas siluetas apenas se distinguían en las sombras—. Sería mucho más fácil para mí matarlo como a ellos. Más rápido, más silencioso y sin posibilidad de que usted me delate.

Varro apretó los ojos con fuerza y se le escapó un leve gemido. Veteranus le sujetó la barbilla con brusquedad, obligándolo a levantar la mirada.

—Pero voy a darle una oportunidad —continuó—. Si guarda silencio, vivirá. Ese es el trato. Si hace el más mínimo ruido... —Dejó la amenaza en el aire, con un significado evidente.

Varro asintió frenéticamente, con el rostro cubierto de sudor.

—Bien —masculló Veteranus, irguiéndose—. Siga así.

Su atención se desvió hacia el resto de la estancia. La cabaña aún apestaba a sangre y muerte, con los dos guardias sin vida desplomados torpemente donde habían caído. Aquello no serviría. Cualquiera que entrara sabría al instante lo que había ocurrido.

Agarró el cuerpo más cercano por los tobillos y gruñó en voz baja mientras lo arrastraba por el suelo de tierra hasta el rincón más alejado de la cabaña. Dejó un rastro de sangre a su paso, oscura y húmeda, pero la luz de la lámpara apenas llegaba a esa parte de la

habitación. Hizo lo mismo con el segundo guardia, ignorando el peso rígido de los miembros muertos.

Cuando ambos cuerpos estuvieron en el rincón, Veteranus se fijó en las alfombras y mantas de más que colgaban de las paredes. Descolgó unas cuantas y las arrojó sobre los cadáveres. Creó un montón desordenado que ocultaba sus formas. No era perfecto, pero bastaría para engañar a una mirada superficial. Si alguien entraba, no vería más que ropa de cama desechada.

Satisfecho, se sacudió el polvo de las manos y se acercó al fuego. Las brasas se habían consumido y las llamas apenas parpadeaban. Cogió unos cuantos leños del montón que había junto a la puerta y los colocó con cuidado sobre el fuego, reavivándolo. Las llamas lamieron el nuevo combustible y la estancia se calentó, la luz cambiante empujó las sombras hacia los rincones más profundos. Los cuerpos estaban ocultos. El mensajero, silenciado, y el resplandor del fuego dotaban a la cabaña de un engañoso aire de paz, exactamente el aspecto que tendría si no hubiera pasado nada.

Se reclinó contra la pared, con las rodillas flexionadas y los brazos apoyados con holgura sobre ellas. Su mirada se desvió hacia Varro, que yacía inmóvil en el lecho, con el pecho subiendo y bajando rápidamente. Los ojos del hombre recorrían la estancia, evitando la mirada de Veteranus, como si intentara abstraerse de la realidad de su situación.

Ahora el plan estaba claro. Reemplazaría a Varro, interceptaría al contacto y descubriría la verdad que se escondía tras este mensaje. Dejó reposar la cabeza contra la madera y cerró los ojos un instante mientras serenaba su respiración. Tenía su plan. Ahora, lo único que necesitaba era paciencia.

Capítulo Treinta y Cuatro

Britania

Al otro lado del río, en la cabaña de cazador abandonada a toda prisa, Séneca y sus hombres estaban sentados alrededor del fuego; el calor era un bienvenido respiro tras los últimos días y una buena oportunidad para secarse y reponer fuerzas.

Séneca estaba sentado con las piernas cruzadas, afilando con cuidado el filo de su gladio con pasadas rítmicas y deliberadas. A su lado, Marcus se recostaba contra la pared, adormilado, aunque el temblor de sus dedos junto a la empuñadura de su espada sugería lo contrario. Talorcan estaba sentado más cerca de la puerta; sus ojos inquietos se movían con rapidez hacia el oscuro bosque que se extendía más allá, escuchando, observando. Solo Cassius parecía el más tranquilo, agachado sobre un trozo de carne seca, usando su daga para cortar pequeños trozos que masticaba pensativamente.

—Yo digo que volvamos al fuerte en cuanto mejore el tiempo —dijo Séneca—. No podemos seguir aquí acurrucados como ratas para siempre.

Marcus abrió un ojo y ladeó la cabeza.

—¿Y qué hay de Veteranus? ¿Vamos a abandonarlo?

—Lleva demasiado tiempo fuera —dijo Séneca.

Cassius levantó la vista del pan, frunciendo el ceño.

—¿Crees que está muerto?

—No lo sé —dijo Séneca—, pero ya no podemos hacer nada más por él. Si está vivo, encontrará la forma de volver por su cuenta.

Marcus gruñó en señal de renuente asentimiento y se movió contra la pared.

—Entonces digo que nos marchemos mañana —dijo—. Cuanto más nos demoremos, mayor será la probabilidad de que nos encuentren.

Séneca asintió y volvió a su tarea con la espada. Los demás asintieron con murmullos y la conversación se fue apagando hasta dar paso al silencio mientras los hombres se enfrascaban de nuevo en sus tranquilas tareas.

Durante la siguiente hora, más o menos, disfrutaron del silencio hasta que, uno a uno, se percataron de algo; cada hombre abrió los ojos para mirar fijamente a sus camaradas, sin estar seguro de lo que estaba ocurriendo.

No era el sonido natural del bosque, ni el susurro de los animales, ni el murmullo de las ramas. Era otra cosa. Voces de hombres, gritando, dando órdenes. Y por debajo de todo, el estallido ocasional de un cuerno, distante pero inconfundible.

Séneca se puso en pie, con la espada sujeta sin firmeza a un lado.

El ruido creció, alzándose como una ola desde las profundidades del bosque. Una bandada de pájaros salió disparada de la bóveda arbórea, batiendo las alas furiosamente mientras huían hacia el oeste. Las criaturas más pequeñas los siguieron: conejos que corrían por la maleza, un zorro que se escabullía por el borde del claro con las orejas gachas. Los animales lo sabían. Lo sentían.

El sonido se hizo aún más fuerte. Voces de hombres, cientos de ellas, resonaban entre los árboles, mezclándose con el golpeteo de los cascos y el leve tintineo de las armaduras. El suelo parecía zumbar, vibrando bajo el peso de algo descomunal.

Talorcan maldijo en voz baja, con los nudillos blancos alrededor de la empuñadura de su espada.

—Alguien se acerca. Y son muchos.

Séneca se movió al otro lado de la puerta y se agachó para aguzar el oído.

El sonido era ahora más claro, más cercano. Órdenes ladradas en latín resonaban por encima del estruendo. Las notas agudas y chirriantes de un cuerno romano se oían a través de la niebla.

Momentos después, desde el borde del claro, surgieron sombras entre los árboles cada vez menos densos; al principio, poco más que formas oscuras en la niebla. Luego aparecieron los caballos, un destacamento completo de caballería; los jinetes

acorazados recortaban imponentes figuras mientras se desplegaban y rodeaban la cabaña. La lluvia brillaba en sus yelmos y petos; sus lanzas formaban un anillo de hierro y carne de caballo, y sus agudos ojos estaban fijos en la cabaña.

A sus espaldas, el sonido de las pisadas marciales creció hasta convertirse en un estruendo mientras una columna interminable de tropas veteranas marchaba hacia el oeste, un muro de escudos, con los gladii envainados y lanzas que parecían extenderse sin fin hacia el bosque. El suelo temblaba bajo su avance, el aire denso por el sonido de su paso. Los cuernos sonaron de nuevo, sus notas claras elevándose por encima del redoblar de las pisadas, transmitiendo órdenes que pasaban invisibles de hombre a hombre. Aquello era la legión, una marea imparable de poderío romano en marcha. Cada hombre cargaba con un pesado fardo, provisiones para tres días atadas a la espalda, herramientas colgando de los cinturones y sus yelmos refulgiendo con un brillo apagado a la tenue luz del día. Eran los hombres que aseguraban el terreno, deteniéndose a intervalos regulares para formar una línea de acero mientras esperaban a que los siguieran las siguientes unidades. Cada movimiento tenía un propósito, cada hombre era un engranaje en la gran maquinaria de guerra que impulsaba a Roma.

Luego venían las bestias de carga: yuntas de bueyes y mulas que se esforzaban contra los arneses mientras tiraban de pesados carros a través del barro y las raíces. Los carros gemían bajo el peso de los suministros y de cajas llenas de armas, armaduras de repuesto y herramientas. Algunos carros transportaban formas más oscuras, cubiertas por lonas aceitadas: las siluetas de las máquinas de guerra romanas, a la espera de ser montadas.

Los carros no viajaban desprotegidos. Flanqueándolos a ambos lados marchaban más legionarios, con la mirada escrutando la linde del bosque con la firme concentración de hombres que esperan una emboscada en cualquier momento. Su presencia lo dejaba claro: ninguna parte de aquella columna era vulnerable.

La legión era una máquina de guerra en movimiento, vasta, implacable y aterradora en su precisión. Cada hombre conocía su lugar, cada unidad se movía como parte de un todo. No había caos

ni desorden, solo el impulso arrollador de un ejército que no se detendría hasta completar su tarea.

El ruido de la legión en marcha comenzó a amainar ligeramente, reemplazado por el tintineo constante de las bridas y el crujir de las sillas de montar mientras el círculo de caballería que rodeaba la cabaña se movía. Los guardias a caballo se irguieron en sus monturas, abriéndose lo justo para dejar pasar a un jinete solitario.

Portaba su autoridad como una armadura. Su sagum le colgaba pesado del hombro, y el penacho de su yelmo, aunque humedecido por la neblina, le confería una altura y una presencia que pocos podían igualar. Era Vespasiano.

El oficial desmontó con un movimiento rápido y sus botas resonaron contra el suelo embarrado. Durante un instante, abarcó la escena con una sola ojeada, aguda y calculadora, posando su atención en Séneca.

—Séneca —dijo—. Me han informado de que tú y tu equipo estabais aquí. Confío en que tengáis novedades para mí.

Séneca sostuvo la mirada de Vespasiano sin vacilar, aunque la tensión subyacente era inconfundible.

—Uno de nuestros hombres se ha infiltrado en el campamento enemigo —dijo—, pero aún esperamos a que informe.

—¿Está solo?

—Era el único modo. No teníamos otra opción.

Vespasiano entornó los ojos y sus labios se curvaron en una mueca de incredulidad.

—Así que ¿habéis estado holgazaneando en el bosque como bandidos mientras vuestro hombre deambula solo por territorio de los trinovantes?

—Nuestra posición estaba demasiado comprometida para proceder como una unidad. Veteranus era nuestra mejor baza para pasar desapercibido.

Vespasiano ladeó ligeramente la cabeza y su mueca se acentuó.

—Vuestra *mejor baza* parece haber fallado. —Se giró un poco, mirando brevemente hacia la cabaña, y luego al otro lado del claro

por donde la legión seguía avanzando. Tras una pausa, chasqueó los dedos con brusquedad, y un oficial de caballería cercano espoleó su caballo para adelantarse.

—Continuad con la legión —ladró, agitando una mano en dirección a la columna—. Seguid avanzando, no quiero retrasos.

El oficial de caballería saludó y giró su caballo, gritando órdenes secas a los otros jinetes. En unos instantes, el círculo de hombres a caballo se deshizo; los animales adoptaron una formación dispersa antes de dar media vuelta hacia el camino. Vespasiano se volvió de nuevo hacia Séneca.

—En cuanto a ti y a tus hombres —dijo con frialdad—, os uniréis al tren de suministros. Os quiero en la retaguardia hasta que lleguemos al frente. Entonces decidiré qué hacer con vosotros.

—¿Y Veteranus?

Vespasiano volvió a hacer una mueca de desdén.

—Tenemos asuntos más importantes que considerar. Ya habéis perdido bastante tiempo merodeando por los bosques, así que uníos a la columna, obedeced las órdenes y procurad no volver a poneros en evidencia.

Sin mediar más palabra, regresó a grandes zancadas hacia su caballo y montó con la fluidez de un hombre que lo había hecho mil veces. Tiró de las riendas, haciendo girar al animal, y lo espoleó de vuelta hacia la columna de la legión, desapareciendo entre la niebla y el ritmo constante de las botas en marcha. Por un instante, nadie habló. Entonces, Talorcan masculló entre dientes:

—Bastardo arrogante.

—Empacad vuestras sarcinae —dijo Séneca—. Se nos ha ordenado unirnos al tren de suministros, así que eso es lo que haremos. —Dirigió la mirada hacia el sureste, con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos—. Las otras legiones deben de haber desembarcado cerca de Rutupiae —murmuró. Señaló vagamente hacia la costa con la barbilla—. Vespasiano no es el único en esta contienda; hay miles más detrás de él.

Marcus soltó el aire lentamente.

—Es impresionante —admitió—, en lo que a la guerra respecta, Roma se mueve como ninguna otra.

—Entonces, no hagamos esperar a Vespasiano —dijo Séneca —. Preparaos para marchar.

Los Occultum se movieron con la eficiencia que da la práctica, recogiendo su equipo y atándoselo firmemente a la espalda. Séneca abrió la marcha y los hombres adoptaron una formación dispersa mientras comenzaban a avanzar hacia el camino. La columna de soldados se extendía hasta donde alcanzaba la vista, perdiéndose entre la niebla y los árboles en la lejanía. Los sonidos de las hachas y las botas de marcha llenaban el aire, alzándose como el redoble constante de un tambor de guerra.

Mientras se incorporaban al paso tras los carros y las carretas del tren de suministros, Séneca lanzó una última mirada por encima del hombro y sus pensamientos se volvieron brevemente hacia Veteranus. En algún lugar más allá del río, su camarada se movía en solitario por tierras enemigas, sin ser visto ni oído. Formaba tanta parte de esta guerra como los miles que marchaban a su lado, quizás incluso más. Y con ese pensamiento, los Occultum guardaron silencio y sus botas se unieron al ritmo implacable del avance de Roma.

Capítulo Treinta y Cinco

Britania

El aire dentro de la cabaña de los trinovantes se había vuelto sofocante; un vago olor a madera húmeda y sangre pesaba en el ambiente. Veteranus estaba sentado contra la pared del fondo, con la espada celta descansando sobre su regazo y la mirada fija en la entrada mientras escuchaba el caos que crecía en el exterior. El campamento se había convertido en un hervidero de actividad frenética; ya no era el asentamiento tranquilo y disperso que había sido cuando él entró por primera vez.

Los guerreros pasaban como un trueno, con los pies golpeando la tierra como tambores y sus voces alzadas en cánticos y rugidos que hacían vibrar el mismísimo aire. Fuera, el sonido de las espadas al chocar contra los escudos resonaba en patrones rítmicos y gritos de guerra; la moral se elevaba con cada golpe. Veteranus podía imaginárselos: hombres pintados con glasto, las armas en alto, su sed de sangre palpable mientras lanzaban juramentos a sus dioses y prometían la muerte a los romanos. Algo estaba ocurriendo.

Desde su rincón en la cabaña, echó un vistazo a Varro, que yacía donde lo había dejado, atado y amordazado. Los ojos del mensajero estaban desorbitados por el terror y se contraían con cada rugido y cántico que provenía del otro lado de las delgadas paredes de madera.

Llevaba horas así. El caos se hacía más ruidoso; el frenesí, más agudo. Veteranus solo le había quitado la mordaza a Varro dos veces, lo suficiente para meterle a la fuerza unos sorbos de agua y pan duro antes de volvérsela a poner. Varro no había intentado hablar; comprendía de sobra que su vida aún pendía de un hilo.

Volvió a centrar su atención en el ruido del exterior. Podía oír cómo se ladraban órdenes, los tonos agudos de la autoridad abriéndose paso entre los gritos de los guerreros. Ya no era el descanso ocioso de unos hombres que esperaban órdenes. El

campamento bullía de determinación, una energía creciente y maníaca que se acumulaba para la inevitable liberación del derramamiento de sangre. Los instintos de Veteranus le gritaban.

Sal de aquí ahora.

Ese ya no era un lugar donde pudiera permanecer a salvo. Si esperaba demasiado, se vería arrastrado por cualquier locura que los celtas estuvieran preparando. Era hora de moverse.

Se acercó sigilosamente a la puerta y levantó la piel que la cubría lo justo para poder ver el exterior. El campamento era una vorágine de caos, con guerreros que reunían armas, gritaban y corrían entre las cabañas mientras los tambores de guerra empezaban a sonar.

Mientras observaba, buscando una oportunidad, vio a cuatro jinetes que hablaban con los guardias de las puertas cercanas. Era evidente que los hombres no eran del lugar: sus capas eran más finas y su armadura de cuero, limpia y funcional. Uno de los guardias habló rápidamente, con la lanza apuntando directamente a la pequeña estructura de madera donde Veteranus se escondía.

El pulso de Veteranus se aceleró cuando los jinetes giraron sus caballos para dirigirse en su dirección, con los ojos ahora fijos en la cabaña. No necesitaba oír las palabras intercambiadas para saber la verdad: el hombre al que habían estado esperando, el contacto, había llegado. Se quedó inmóvil junto a la puerta de la cabaña. Los hombres eran inconfundiblemente celtas, todo en ellos lo gritaba, pero sus rasgos parecían diferentes, afilados y fieros, con el pelo trenzado y las caras afeitadas. Cada uno de ellos exudaba un aire de confianza, una autoridad casi endurecida que los distinguía de los frenéticos guerreros que corrían hacia el río.

Los jinetes aminoraron la marcha al acercarse a la cabaña y detuvieron sus caballos justo delante de la entrada. Un hombre desmontó, más alto que los demás, con una capa de un tono verde más oscuro, sujeta al cuello con un intrincado broche de plata en forma de escarabajo.

Veteranus se tensó cuando el hombre caminó hacia él; sus botas crujían suavemente sobre la tierra húmeda. No hizo ademán

de desenvainar su arma ni de llamar a otros, pero sus ojos recorrieron a Veteranus con callada sospecha.

—¿Es usted el mensajero? —preguntó en un latín claro y medido; las palabras tenían un ligero acento, pero eran perfectamente inteligibles.

El corazón de Veteranus latía con fuerza, pero, por fuera, permaneció tranquilo. Se enderezó ligeramente, sosteniendo la mirada del hombre con una confianza que no sentía del todo.

—Lo soy —dijo.

El celta hizo una pausa, con su aguda mirada demorándose en el rostro de Veteranus como si buscara algo: un tic, un atisbo de duda, cualquier cosa que delatara una mentira. Finalmente, asintió con la cabeza, lenta y deliberadamente.

—¿Dónde está el mensaje?

—El mensaje está a salvo —dijo Veteranus—. Pero me dijeron que lo entregara solo cuando estuviera seguro de que iba al hombre adecuado.

La expresión del celta se ensombreció ligeramente, sus ojos se entrecerraron como si las palabras de Veteranus le hubieran parecido tan inteligentes como inoportunas. Finalmente, esbozó una leve sonrisa sin humor, aunque no le llegó a los ojos.

—Cauteloso —dijo en voz baja—. Quizá demasiado. No es como los otros mensajeros romanos con los que he tratado.

Veteranus también forzó una leve sonrisa.

—Quizá haya tratado usted con los romanos equivocados.

El hombre soltó una risa breve y sin humor antes de desviar la mirada hacia la choza.

—No estamos aquí para juegos, mensajero. Muéstreme el documento ahora o daré por hecho que me está haciendo perder el tiempo.

La mente de Veteranus trabajaba a toda velocidad, con el rostro impasible mientras estudiaba al celta que tenía ante él. La postura del hombre, su tono cortante, la impaciencia en sus movimientos... todo ello denotaba autoridad, pero no la *máxima* autoridad. Este no era el hombre al que iba destinado el mensaje en última instancia. Veteranus se la jugó.

—No hay ningún documento —dijo—. El mensaje está en mi cabeza. Esa fue la orden. Demasiado importante para arriesgarlo en un pergamino.

El celta apretó los labios hasta formar una línea dura. Sus ojos escrutaron el rostro de Veteranus en busca de cualquier señal de engaño, pero el romano le sostuvo la mirada con una confianza inquebrantable.

—Dígalo —exigió al fin.

Veteranus negó con la cabeza.

—No. Se lo daré únicamente a su líder. Aquel con quien se me ordenó reunirme. A nadie más.

La tensión entre ellos se hizo más densa, y en el aire vibraba la amenaza tácita de la violencia. Por un momento, el celta pareció a punto de atacar, su mano crispándose levemente hacia la empuñadura de su espada, pero Veteranus permaneció inmóvil, su expresión tallada en piedra, cada uno de sus músculos en tensión y alerta. El celta exhaló bruscamente por la nariz, con el labio curvado en un gesto de leve irritación.

—Es usted audaz, romano —masculló—. ¿Tiene caballo?

Veteranus dudó apenas una fracción de segundo antes de responder.

—No. Uno de los miembros de la tribu se lo llevó cuando partieron hacia el río.

El celta lo miró fijamente otro largo momento, antes de despachar el problema con un gesto de la mano.

—No importa. Nosotros iremos a caballo. Usted caminará.

Veteranus asintió una vez, como si no tuviera importancia. Aquellos hombres tenían un aire de silenciosa amenaza, como lobos esperando la orden de atacar.

—Guíenme —dijo.

Uno de los jinetes hizo girar su caballo y tiró de las riendas para guiar al animal de vuelta hacia la puerta. Los demás lo siguieron, con movimientos fluidos y diestros, mientras formaban una escolta dispersa alrededor de Veteranus. El celta que le había hablado montó su propio caballo con un movimiento rápido, y su

aguda mirada se desvió brevemente hacia el romano antes de espolear a su montura.

Llegaron a la puerta, por donde grupos de guerreros seguían saliendo en dirección al río, con sus gritos resonando en la niebla, pero los jinetes giraron bruscamente hacia el norte y se desviaron del camino que conducía a la inminente batalla. Veteranus los siguió sin dudar, con el rostro inescrutable, mientras echaba una última mirada atrás al extenso campamento que ahora dejaba a sus espaldas.

Capítulo Treinta y Seis

Britannia

Séneca y sus hombres salieron de la linde del bosque y se detuvieron al borde de la ladera para contemplar con mudo asombro el espectáculo que se extendía ante ellos. El vasto río surcaba el paisaje, con sus aguas grises crecidas por las lluvias recientes y brillando tenuemente bajo un cielo ahogado por las nubes. Pero no fue el río en sí lo que les cortó la respiración, sino los ejércitos que se alineaban en ambas orillas, a punto de derramar sangre.

En la orilla más cercana, miles de legionarios romanos se mantenían en sus perfectas formaciones, un vasto mar de escudos pulidos y yelmos relucientes. La escala de la fuerza era asombrosa, con fila tras fila de soldados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, sus escudos superpuestos en apretadas hileras y sus pilos firmemente clavados en la tierra. Los portaestandartes sostenían en alto las orgullosas insignias de sus cohortes, con los estandartes ondeando lánguidamente con la fría brisa.

Las legiones permanecían en un silencio absoluto, una quietud que resultaba antinatural ante la inminente violencia. Ningún hombre se movía, ninguna voz rompía el silencio; solo el tintineo ocasional de una cota de malla o el leve golpeteo de la bota de un oficial contra el suelo delataban la vida dentro de aquella muralla de acero y carne. Cada hombre mantenía su posición, esperando, con la mirada fija al otro lado del agua con una calma implacable que hablaba de su entrenamiento y su resolución.

En la orilla lejana, la tierra parecía agitarse mientras decenas de miles de guerreros celtas descendían en tropel por las colinas como una riada imparable. Rostros pintados, embadurnados de glasto, se contraían de rabia mientras los hombres se empujaban para ocupar sus posiciones y formaban líneas ininterrumpidas de escudos, lanzas y odio. Sus armaduras eran un mosaico de cuero, bronce y cotas de malla romanas robadas; sus armas, toscas pero

mortales; las largas espadas brillaban bajo la luz neblinosa y las lanzas se erizaban sobre sus cabezas como un oscuro bosque de muerte.

Los celtas se extendieron por la ribera del río y su número sobrepasaba lo que la vista de Séneca podía alcanzar. Los guerreros gruñían y rugían, golpeando los escudos con sus armas para crear un trueno rítmico y ensordecedor. Los cuernos de guerra sonaban de forma discordante y sus agudos toques cortaban los gritos como cuchillos invisibles. Profundos tambores de guerra marcaban un ritmo incesante, un latido de furia que aceleraba el pulso, mientras que las mujeres, en las colinas de detrás, proferían agudos y estridentes lamentos que se elevaban sobre la cacofonía como los gritos de los demonios.

Era un muro de caos, sonido y violencia, y sus voces se elevaban en un crescendo ensordecedor de odio y expectación. El sonido crecía, extendiéndose sobre el río como una ola, como si solo él pudiera romper el silencio inmóvil y disciplinado de los romanos que les devolvían la mirada.

Pero los romanos no se movieron.

Séneca sintió que se le oprimía el pecho ante aquel contraste: los celtas, una tormenta aullante y frenética a punto de desatarse, y las legiones, que permanecían tan quietas y silenciosas como estatuas. Sus disciplinadas filas parecían antinaturales frente a la locura que se desplegaba ante ellas; su quietud era inquietante. Se limitaban a observar, inmóviles, como si los rugidos del enemigo no significaran nada.

—Por los dioses —murmuró Talorcan, acercándose a Séneca —. Míralos.

Séneca asintió levemente mientras contemplaba a los celtas, miles y miles de guerreros listos para luchar hasta la muerte. Eran un mar de rabia, una sólida muralla de hombres y mujeres que derramarían hasta la última gota de sangre de sus venas antes de permitir que los romanos tomaran el río.

Y, sin embargo, las legiones permanecían en calma, en un silencio sepulcral.

—No se inmutan —musitó Cassius con la mirada fija en las filas romanas—. Ni siquiera parpadean.

Séneca exhaló lentamente, con la mente hecha un torbellino de pensamientos. El silencio de las legiones no era miedo ni vacilación, sino algo mucho peor. Era certeza. Cada hombre en aquellas filas conocía su lugar, conocía su función. La maquinaria de guerra romana no necesitaba gritar su furia. Hablaría con el acero y, cuando lo hiciera, resonaría más fuerte de lo que los celtas podían imaginar.

El momento se alargó, con el río fluyendo perezosamente entre las dos fuerzas, como si dudara en permitir que uno u otro bando lo cruzara. El estruendo de la orilla lejana se convirtió en un rugido ensordecedor, y los gritos de guerra y el golpeteo de los escudos llenaron el cielo como nubarrones antes de una tormenta.

Y, aun así, los romanos esperaban.

Séneca afianzó la empuñadura de su espada, sintiendo cómo el peso de lo que estaba por venir se le asentaba en el pecho como una piedra. La guerra había llegado y el río se teñiría de rojo antes de que acabara el día.

Marcus se removió, inquieto, con la mirada saltando de las silenciosas legiones romanas al rugiente caos de los celtas al otro lado del río. La inmensa escala de las fuerzas dispuestas a ambos lados parecía casi imposible, un choque del orden contra la furia.

—¿Qué quieres que hagamos, Séneca? —preguntó.

Séneca no respondió de inmediato. Sus ojos permanecían fijos en los dos ejércitos, con el ceño fruncido en profunda concentración. Podía sentir el peso del momento oprimiéndolo, la inevitabilidad de lo que estaba a punto de suceder.

—Pase lo que pase —dijo al fin—, no cruzaremos hasta que sea seguro hacerlo. Las legiones dominarán, siempre lo hacen, pero no sin un coste. Cuando derroten a los celtas, nos moveremos. Cruzaremos e intentaremos encontrar a Veteranus.

Dirigió la mirada río arriba, hacia donde el puente que habían explorado días antes ardía ahora contra el cielo gris. La estructura de madera no era más que un esqueleto, con los soportes derrumbándose en las turbulentas aguas de abajo. Los celtas le

habían prendido fuego para asegurarse de que los romanos no pudieran utilizarlo para cruzar.

Séneca exhaló lentamente, con la mente trabajando a toda velocidad. Volvió a mirar hacia el río, observando a las silenciosas legiones y a los rugientes celtas, un contraste tan marcado que parecía casi surrealista. En algún lugar más allá de ese caos se encontraba Veteranus, moviéndose sin ser visto por tierras enemigas.

Durante la siguiente hora, más o menos, el estruendo de los celtas comenzó a desvanecerse, como si una fuerza invisible hubiera acallado los tambores de guerra y calmado a los aullantes guerreros. Al otro lado del río, el caos frenético que había sacudido el aire durante tanto tiempo amainó hasta convertirse en una calma inquietante. Era como si ambos ejércitos, por algún acuerdo tácito, se hubieran detenido para medirse mutuamente. Séneca y sus hombres permanecieron inmóviles, observando cómo las dos grandes fuerzas se encaraban, cada una un reflejo del propósito de la otra, pero completamente distintas en todos los sentidos.

En la orilla lejana, los celtas se mostraban salvajes y feroces. Guerreros con los rostros embadurnados de glasto miraban al otro lado del río con una ira primigenia, sus cuerpos pintados y desnudos, salvo por los cinturones de cuero y los arneses tachonados de hierro. Largas melenas enredadas con trenzas caían sobre sus hombros, adornadas con amuletos de hueso y metal retorcido. Muchos portaban espadas pesadas y toscas, largas hojas de hierro picadas de óxido, pero capaces de partir a un hombre en dos de un solo tajo. Sus escudos eran redondos, pintados con colores tribales, y lucían las cicatrices de batallas pasadas. Las lanzas se erizaban en sus filas como un matorral infranqueable, mientras los carros de guerra traqueteaban hasta ponerse en posición y los caballos resoplaban y pateaban el suelo, impacientes.

Las líneas romanas, en cambio, eran escultóricas. Las legiones formaban en filas ordenadas, cada hombre un engranaje de una vasta maquinaria. Sus armaduras segmentadas relucían con un brillo apagado, pulidas pero prácticas, y sus *scuta* rectangulares se ceñían a ellos como muros de hierro. Hileras de capas escarlatas

colgaban rígidas sobre sus espaldas, apelmazadas por la humedad, mientras que los estandartes de sus cohortes, águilas y lábaros rematados con emblemas de bronce, se alzaban muy por encima de sus cabezas. No salía de ellos ni un solo sonido. Ni gritos de guerra ni golpeteo de escudos, solo silencio.

Las armas que portaban no eran menos mortíferas, aunque completamente diferentes. Cortos *gladii* de filo cortante como una navaja colgaban a sus costados, listos para ensartar y cortar con precisión en el cuerpo a cuerpo. A sus pies yacían los *pila*, jabalinas diseñadas para doblarse con el impacto, inutilizando los escudos enemigos. Y más allá se encontraban los arqueros y la caballería auxiliares, esperando órdenes, con los rostros tranquilos e inexpresivos. Era una guerra de contrastes: el caos contra la disciplina, la furia contra el cálculo, la locura contra el método.

Finalmente, justo cuando parecía que todos iban a permanecer allí todo el día, las filas romanas se abrieron y docenas de carros surgieron de detrás de las líneas, cada uno tirado por pesados bueyes que sus cuidadores arreaban hasta ponerlos en posición. Las ruedas gemían y se hundían en la tierra húmeda mientras los carros eran colocados en su sitio, desplegándose de manera uniforme a lo largo de la orilla del río. Cada carro portaba una catapulta, grandes máquinas de madera con cuerdas tensas y prietas como tendones, a la espera de desatar su carga.

Séneca entrecerró los ojos mientras observaba cómo otros carros los seguían de cerca, estos cargados de piedras y vasijas incendiarias, listos para reabastecer las máquinas de asedio una vez que comenzara el bombardeo.

La calma inquietante se hizo más profunda cuando surgieron unas pocas docenas de hombres que caminaban con deliberada resolución a lo largo de la línea de catapultas. Cada uno llevaba una gran cesta de mimbre, cuyo contenido quedaba oculto a la vista. Se detenían en cada máquina y abrían las cestas para revelar su siniestra carga, objetos que unos operarios de rostro adusto levantaban con cuidado y colocaban en las hondas de las catapultas.

—¿Qué demonios están cargando? —masculló Marcus, frunciendo el ceño.

Séneca no dijo nada. Observaba los rostros de los hombres y la forma cuidadosa y experta con que manejaban los objetos, sabiendo que era algo especial. Algo terrible.

El silencio se mantuvo, denso y pesado, hasta que lo rompió el leve sonido de unos cascos. Dos jinetes surgieron de la linde del bosque, tras las filas romanas. Sus caballos avanzaban a un paso mesurado y sus siluetas eran inconfundibles incluso a la distancia.

—Plautius —murmuró Séneca, con un destello de reconocimiento en los ojos.

El hombre que iba al frente lucía la armadura dorada de un comandante romano, con su casco cimado con penachos blancos que destacaban crudamente contra el cielo plomizo. Su capa, teñida de carmesí, ondeaba a su espalda mientras inspeccionaba el río con una mirada fría y calculadora. A su lado cabalgaba Vespasiano, ataviado con galas igualmente impresionantes, cuyos agudos ojos recorrían la horda celta con silenciosa amenaza.

Los dos comandantes detuvieron sus monturas en el centro de la línea romana, donde se habían desplegado las catapultas. Plautius no dijo nada; se limitó a mirar al otro lado del río a los guerreros que se congregaban en la orilla opuesta. Observó el caos salvaje de su formación, la furia pura grabada en sus rostros y la sed de sangre que emanaba de ellos como una nube de tormenta. Finalmente, giró ligeramente su caballo y se dirigió a Vespasiano.

—Envíeles un mensaje que nunca olviden.

Vespasiano desenvainó su gladio con un movimiento rápido y experto, y la hoja pulida captó la poca luz que ofrecía el día plomizo. La alzó, y su voz resonó clara y potente por entre las filas romanas.

—¡Catapultas, listas!

Los operarios de las catapultas se movieron como uno solo, cargando las hondas con lúgubre precisión. Los hombres de Veteranus, que aún observaban desde su posición elevada, entornaron los ojos al distinguir mejor lo que las máquinas portaban: unas formas redondas y oscuras que parecían demasiado irregulares y pequeñas para ser simples piedras o vasijas incendiarias.

Los operarios vertieron una espesa pez negra sobre los objetos, cubriéndolos hasta que el hedor a aceite se elevó en el aire.

Aparecieron antorchas, y sus llamas arrojaron un parpadeante brillo anaranjado al prender la pez. Una a una, las hondas sisearon por el calor, con las cargas ardientes pegadas a los hombres que estaban listos para lanzarlas. A Séneca se le revolvió el estómago al caer en la cuenta.

—Que los dioses nos amparen.

Vespasiano mantuvo la espada en alto un instante más, con la mirada fija en la línea celta al otro lado del río. Entonces, con una voz como un trueno, rugió:

—¡Soltad!

La espada cayó y, mientras las catapultas se disparaban con un sonido como el de cien cuerdas rompiéndose a la vez, las hondas lanzaron su horrible carga por los aires: las cabezas en llamas de los prisioneros trinovantes.

Los guerreros celtas en la otra orilla vieron cómo las cabezas llameantes caían entre ellos. Algunas aterrizaban con golpes secos y repugnantes, humeando en el barro, mientras que otras reventaron, esparciendo pez y fuego por la hierba y la carne por igual. Un profundo silencio de estupefacción se instaló en la ribera y, por un brevísimo instante, todo quedó inmóvil.

Entonces los celtas volvieron a rugir, no con gritos de guerra, sino con una rabia tan profunda que pareció hacer temblar la misma tierra.

Al otro lado del río, el silencio que se había apoderado de las filas romanas se hizo añicos cuando Vespasiano rugió la siguiente orden.

—¡Ballistae, soltad!

El otro centenar de catapultas liberaron sus cargas en un único y estruendoso movimiento. El sonido de cuerdas rompiéndose y madera crujiendo fue ensordecedor mientras las vasijas incendiarias se elevaban hacia el cielo, dejando estelas de humo y llamas a su paso. Las vasijas de arcilla ardientes trazaron un arco en las alturas, brillando con un tono anaranjado contra las nubes plomizas antes de precipitarse sobre las filas celtas como el juicio de los dioses.

Los primeros impactos golpearon con una precisión brutal. El fuego brotó donde las vasijas se estrellaban contra el suelo, esparciendo pez líquida que se adhería a todo lo que tocaba: hierba, escudos, piel. Se alzaron gritos mientras los guerreros quedaban atrapados en el incendio, agitándose desesperadamente al tiempo que sus capas prendían en llamas. Siguieron las rocas, que se estrellaban contra las filas de hombres con una fuerza devastadora, partiendo huesos y astillando escudos mientras rebotaban y rodaban, dejando estelas de ruina a su paso.

La furia rugiente de los celtas se tornó en caos. Los guerreros se dispersaron, tropezando unos con otros mientras se apresuraban para evitar la lluvia mortal. Los carros se encabritaban y respingaban mientras los caballos entraban en pánico y sus relinchos se mezclaban con los de sus amos. El bombardeo incesante ahogó los sonidos de los cuernos de guerra y los tambores, llenando el aire únicamente con el estruendo de la destrucción y los lamentos de los heridos.

En el bando romano, las legiones permanecían inmóviles, con sus disciplinadas filas intactas. No hubo vítores ni gritos de triunfo, solo el silencio sombrío y concentrado de unos hombres que observaban actuar a las herramientas de su imperio. Los operarios de las catapultas se movían con una eficiencia mecánica, recargando las máquinas de asedio con nuevas vasijas y piedras. Los carros avanzaban con paso firme, conducidos por sudorosos sirvientes, a medida que se reponían las rocas y las vasijas de fuego.

Séneca y sus hombres estaban sentados juntos en la ladera, apartados de las legiones, con las capas ceñidas firmemente contra el frío. El bombardeo incesante continuaba y los fuegos lejanos iluminaban el anochecer incipiente con esporádicas ráfagas de color naranja y rojo. Los sonidos de los gritos y los escombros al estrellarse les llegaban débilmente, transportados por el viento.

Cassius arrancó un trozo de pan de la hogaza rancia que sostenía en la mano y masticó pensativamente mientras mantenía la vista fija en la destrucción al otro lado del río.

—Es impresionante —masculló entre bocados—. Pero ¿de qué sirve? Apenas están acertando. Mira.

Séneca dirigió la mirada hacia la orilla opuesta. Cassius no se equivocaba. A pesar de toda su furia, el bombardeo había empezado a perder efectividad. Los celtas estaban aprendiendo a adaptarse, dispersándose y utilizando los contornos naturales del terreno para guarecerse. Las vasijas de fuego ardían en focos aislados, pues las llamas no lograban prender en el suelo húmedo, y las rocas habían comenzado a errar sus objetivos, rebotando inofensivamente en el río o haciéndose añicos contra la tierra inflexible.

—Llevamos así horas —prosiguió Cassius—, pero los celtas resisten. Si las legiones cruzan mañana, todavía se enfrentarán a decenas de miles de guerreros.

Séneca no respondió de inmediato. Arrancó un pequeño trozo de su propio pan y masticó lentamente mientras observaba las lejanas llamas parpadear y danzar. Marcus, que estaba agachado cerca, habló en su lugar.

—No se trata de las bajas —dijo en voz baja, con la mirada fija en la orilla lejana—. Se trata de su atención.

Cassius frunció el ceño y alternó la mirada entre él y Séneca.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo —dijo Marcus—. Los celtas solo miran lo que tienen delante: el río, las catapultas y las legiones. Ahí es donde está toda su atención. Rabian por el bombardeo, pero mantienen sus posiciones, desafiando a nuestra primera línea porque creen que la batalla se librará ahí. Lo que significa que el verdadero plan no se está desarrollando aquí.

Cassius frunció el entrecejo, pero luego su expresión se aclaró al caer en la cuenta.

—Es una maniobra de distracción —murmuró—. Mantienen a los celtas inmovilizados aquí mientras sucede algo en otra parte.

—Exacto —dijo Marcus—. Lo he visto ocurrir cientos de veces. —Hizo un gesto río arriba con una leve inclinación de cabeza—. Ese puente fue elegido como el lugar para este asalto porque Plautio quiere que crean que lo necesitaba para cruzar, cuando en realidad no es así.

Cassius soltó un silbido bajo, negando con la cabeza.

—Y mientras tanto, ¿siguen con esto? —Hizo un gesto hacia las máquinas de asedio romanas, que todavía lanzaban fuego y piedra al otro lado del río a intervalos regulares.

Marcus asintió.

—El tiempo que haga falta. Los celtas son demasiado orgullosos para abandonar su línea y están demasiado furiosos para pensar con claridad. Cada vasija de fuego, cada roca los mantiene exactamente donde Plautius quiere que estén: mirando hacia aquí, cuando el verdadero peligro viene de otra parte.

Un pesado silencio se apoderó del grupo mientras asimilaban la noticia. Más allá de ellos, las catapultas dispararon de nuevo, trazando nuevos arcos de fuego sobre el río.

—Esa es la forma de actuar de los romanos —dijo Séneca—. Hacer que luchen donde nosotros queremos que luchen.

Los celtas aún no lo saben, pero su destino ya está sellado.

Río abajo, lejos de las miradas tanto de las fuerzas romanas como de las celtas, una silenciosa columna de hombres tomaba posiciones. El aire era húmedo y pesado, y el rugido ahogado del bombardeo lejano enmascaraba los sonidos de sus preparativos. Los bátavos, afamados en todo el imperio por su inigualable pericia en el cruce de ríos, se preparaban para la tarea más peligrosa que habían afrontado hasta la fecha.

El recodo del río que tenían delante había sido escogido con sumo cuidado. Allí, la corriente era más lenta, interrumpida por rocas y bajíos, aunque seguía siendo lo bastante traicionera como para ahogar a los desprevenidos. Pero los bátavos no estaban desprevenidos. Habían pasado la vida perfeccionando este arte; sus cuerpos estaban curtidos y sus caballos, adiestrados para responder a las órdenes más sutiles. Dejarían que la corriente trabajase a su favor y no en su contra.

Uno a uno, los hombres y sus monturas avanzaron y se adentraron sin vacilar en las gélidas aguas. Los caballos resoplaban y pateaban el suelo, con los ollares dilatados mientras el nivel del río les llegaba a los flancos, pero se mantenían firmes, adiestrados para aquella misma tarea. Los soldados, por su parte, iban cargados con

todo su equipo: los cascos bien sujetos, los *gladii* y los escudos asegurados, y las jabalinas a buen recaudo.

El agua les lamía las rodillas y luego la cintura. Pronto, los caballos nadaban, sus cabezas abriéndose paso en el agua mientras los soldados se aferraban a sus lomos, dirigiéndolos hacia la orilla opuesta. La corriente tiraba de ellos, fuerte e insistente, pero calcularon el ángulo de aproximación a la perfección, dejando que el flujo los guiara y arrastrara río abajo mientras cruzaban con paso firme.

El cruce era una prueba de temple y adiestramiento, pero los bátavos hicieron que pareciera fácil. Ningún hombre sintió pánico, ningún caballo flaqueó. Se movían como uno solo, una procesión silenciosa transportada por el propio río. Tras ellos, los siguieron más, un flujo constante de jinetes que entraban en el agua hasta que el río se llenó de vida con las oscuras siluetas de hombres y bestias surcando en silencio su superficie.

En cuestión de minutos, cientos de bátavos emergieron en la orilla opuesta, chorreando agua y cubiertos de lodo. El bosque de aquel lado era denso; los árboles se alzaban como oscuros centinelas, con los troncos envueltos en la niebla. Proporcionaba la cobertura perfecta.

Los hombres se reagruparon rápidamente, con movimientos precisos y eficientes. Se ajustaron los escudos, comprobaron las espadas y reformaron las filas en un silencio disciplinado. Sus caballos los habían cruzado sin fallo; el vínculo entre jinete y montura permanecía intacto. Los bátavos sabían lo que estaba en juego. Aquello no sería una carga gloriosa ni una confrontación abierta; era el cuchillo en la oscuridad, el martillo en el flanco que haría añicos la determinación del enemigo. Los celtas, con su furia estruendosa y su número inagotable, estarían tan concentrados en las legiones que tenían delante que jamás se esperarían la tormenta que se estaba gestando en los bosques a sus espaldas.

Capítulo Treinta y Siete

Britania

Veteranus seguía a los celtas a través del bosque, con la respiración agitada. Hablaban poco y, cuando lo hacían, sus voces eran bajas y guturales; las palabras, cortantes y escasas. Se movían con la clase de confianza que proviene de saber que nadie se atrevería a cruzarse en su camino y, de hecho, mientras avanzaban por el bosque, otros que los veían se apartaban rápidamente, inclinando la cabeza o retirándose entre los árboles. No eran guerreros corrientes.

Veteranus mantenía las distancias, pero los estudiaba con atención. Sus armaduras eran una amalgama de artesanía romana e ingenio celta: cotas de malla superpuestas sobre cuero, brazales adornados con hueso tallado y capas abrochadas con fíbulas de plata con forma de bestias gruñendo. Sus armas eran igual de impresionantes: espadas largas de empuñaduras ornamentadas, pesadas lanzas y dagas metidas en los cinturones.

El día avanzaba, el sol ascendía cada vez más y su pálida luz se filtraba débilmente a través del dosel, cada vez más ralo. Aquí el aire se sentía más frío, el viento ululaba por los estrechos pasos y tiraba de las capas con dedos helados.

Veteranus frunció el ceño mientras los seguía, con la mirada escrutando el terreno. El sendero que seguían los guerreros se fue haciendo menos definido, desvaneciéndose contra la roca hasta no ser más que un rastro tenue marcado por piedras removidas. Finalmente, los riscos se elevaron a su alrededor, formando un corredor natural que los conducía hacia un único destino: una choza de barro, oscura y amenazadora, enclavada en la ladera de un acantilado escarpado.

A medida que el grupo se acercaba, su mirada se desvió hacia las figuras que esperaban cerca de la choza. Varios hombres tatuados más estaban de pie o sentados entre las rocas, con

posturas relajadas pero vigilantes. Iban tan bien armados como los que él seguía y sus rostros mostraban los mismos patrones de tatuajes a medias, con la tinta oscura destacando marcadamente sobre su piel curtida.

Los jinetes desmontaron y Veteranus fue conducido hacia delante; los guerreros lo sujetaban por los brazos con una firmeza implacable. El frío de la choza lo envolvió al entrar, la luz parpadeante de muchas velas proyectando sombras espeluznantes en las paredes circundantes. El aire era gélido e inmóvil, cargado del olor a tierra, a cera y a algo ligeramente metálico; sangre, quizá, o los restos persistentes de antiguos sacrificios.

En el extremo opuesto, un hombre estaba arrodillado de espaldas a ellos, con la cabeza muy inclinada en oración. Llevaba una capa oscura, de bordes raídos y manchados de tierra, con las manos firmemente entrelazadas ante él. A la tenue luz, Veteranus pudo distinguir el ligero destello de un pequeño ídolo que descansaba en un nicho de la pared frente a él. Los guerreros se detuvieron bruscamente y obligaron a Veteranus a arrodillarse de un empujón.

—Espera —gruñó uno de ellos.

Veteranus no se movió, con los ojos recorriendo la choza, absorbiendo cada detalle que podía. Estatuas e ídolos se agolpaban en cada espacio disponible, pequeñas y toscas tallas de dioses y espíritus, con sus rasgos deformados por la sombra y la luz parpadeante de las velas. Se alineaban en las paredes, se posaban en mesas bastas y descansaban en el suelo, con una presencia opresiva y abrumadora.

La atmósfera era sofocante. El parpadeo de las velas proyectaba sombras cambiantes sobre las paredes, haciendo que los ídolos parecieran retorcerse y serpentear en la penumbra. El aire estaba cargado de una tensión innombrable, como si la propia choza contuviera el aliento, esperando que ocurriera algo indecible.

El pulso de Veteranus se aceleró. No se trataba de una simple reunión; era un lugar de culto, de ritual y de muerte. Quienquiera que estuviera arrodillado ante el ídolo al fondo de la choza no era un mero líder o señor de la guerra. Era algo completamente distinto.

El hombre de la capa permanecía inmóvil, con la cabeza aún inclinada mientras susurraba unas tenues palabras de plegaria que Veteranus no alcanzaba a oír, el bajo murmullo de su voz mezclándose con el leve crepitar de las velas.

El silencio se prolongó, roto solo por el débil susurro de las oraciones del hombre, hasta que, de repente, a una señal invisible, los guardias se volvieron para marcharse.

Veteranus permaneció de rodillas, con el pulso firme pero la mente acelerada. Sus ojos se mantuvieron fijos en la figura que tenía delante, el hombre al que había venido a buscar, el hombre cuya identidad y propósito le carcomían la curiosidad como un lobo hambriento.

El hombre inspiró bruscamente, y el sonido rompió la quietud de la caverna. Su espalda se enderezó, sus hombros se irguieron mientras se incorporaba sobre las rodillas, con las manos ahora descansando a los lados. Por un momento, se quedó quieto, inmóvil, como si reuniera sus pensamientos antes de ponerse en pie. Se giró, y la luz de las velas jugueteó en su rostro, proyectando sombras que solo acentuaban la intensidad de su mirada. Los ojos del hombre se clavaron en el recién llegado antes de pronunciar las palabras que atravesaron al romano como la más afilada de las cuchillas.

—Bienvenido a su peor pesadilla, Veteranus. ¿Acaso no lo estaba esperando?

Veteranus sintió como si el suelo se hubiese abierto bajo sus pies, con la mente tambaleándose, golpeada por una mano invisible. Aquel hombre había pronunciado su nombre, de forma clara, deliberada y con una inquietante naturalidad que le aceleró el pulso al romano.

Imposible, pensó. *Esto es imposible.*

Estaba en medio de la nada, rodeado de extraños en una tierra hostil y, sin embargo, este hombre sabía quién era. El peso de la revelación lo aplastó, mientras su mente se afanaba por atar cabos y entender cómo era posible algo así. Intentó moverse, intentó levantarse del suelo, pero su cuerpo lo traicionó. Sentía los músculos como si fuesen de plomo, como si el mero peso de la mirada de aquel hombre bastara para mantenerlo clavado en el sitio.

La presencia del hombre era sofocante, su aura cargada de una autoridad que desafiaba toda explicación. Comenzó a caminar alrededor de Veteranus, lenta y deliberadamente, como si inspeccionara un trofeo que hubiese esperado años para reclamar.

—Lo ha hecho bien —dijo, y su voz le provocó a Veteranus un escalofrío en la espalda—. No muchos podrían haber logrado lo que usted ha hecho.

Veteranus sintió la boca seca; sus pensamientos eran una maraña de incredulidad y desasosiego.

—Se pregunta cómo sé de usted —continuó el hombre, despacio—. Podría decirle que es magia antigua, o quizá que estaba escrito en las estrellas. —Hizo una pausa, y sus finos labios se curvaron en algo que podría haber sido una sonrisa, aunque carecía de toda calidez—. Pero sé que no es usted un hombre que crea en tales cosas, ¿verdad? —Se detuvo detrás de Veteranus—. Así que le diré esto: sabía de usted incluso antes de que pusiera un pie en nuestras tierras, Veteranus. Sé quién es, sus antecedentes, su propósito. —El hombre se movió de nuevo y regresó al campo de visión de Veteranus; su rostro cruel, iluminado por la luz parpadeante de las velas—. Parece sorprendido. Pero ustedes, los romanos... —Inclinó ligeramente la cabeza, y su afilada mirada se clavó en Veteranus como un cuchillo—. No son los únicos que emplean espías.

Veteranus apretó los puños, tratando de zafarse de la extraña parálisis que lo atenazaba. Su instinto le gritaba que solo era un hombre, de carne y hueso como cualquier otro, y que debería ser capaz de reducirlo. Sin embargo, y para su horror, no *quería* hacerlo. Había algo en aquel hombre que lo mantenía cautivo, algo que iba más allá de la agudeza de su mirada o la deliberación de sus movimientos. Estaba en su voz, en su presencia; un poder silencioso que exigía respeto y sumisión sin necesidad de alzar el tono. El aire a su alrededor parecía más denso, más oscuro, doblegándose a su voluntad.

Veteranus sintió un nudo de ira formándosele en el pecho; ira contra sí mismo por sentirse tan afectado, por permitir que aquel hombre lo desestabilizara tan profundamente. Pero incluso esa ira

era tenue, engullida por el aura opresiva que llenaba la cabaña. Finalmente, con la garganta seca y una resolución trémula, Veteranus se obligó a hablar.

—¿Quién..., quién es usted?

—Usted ya sabe quién soy —dijo el hombre en voz baja—. Le han hablado de mí. —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Por qué no dice mi nombre, romano? Pues lo conoce con la misma certeza con que yo conozco el suyo.

Veteranus lo miró fijamente, con el corazón martilleándole en el pecho mientras la confusión y el desasosiego se arremolinaban en su mente.

¿Lo conozco?

La pregunta le pareció ridícula, imposible; jamás en su vida había visto a ese hombre. Y, sin embargo, mientras el extraño hablaba, notó un vago hilo de familiaridad que tiraba de los confines de sus pensamientos, y entonces, como una chispa que prende una llama, un recuerdo cobró vida. La voz de Séneca, tranquila y pragmática, hablando de los peligros que acechaban en las sombras de Britania. El druida que había matado a Raven, la figura sombría de la que se susurraba tanto en círculos romanos como celtas. ¿Cuál era su nombre?

La respuesta le llegó como un susurro transportado por el viento, un nombre que le provocó un escalofrío por la espina dorsal. Abrió los ojos de golpe y alzó la vista hacia el hombre que seguía de pie ante él.

—*Mordred* —dijo con sencillez—. Su nombre es Mordred.

La expresión del hombre cambió muy levemente; un tenue destello de algo ilegible recorrió sus lúgubres facciones. Satisfacción, quizá, o diversión.

—Bien —dijo—. Ahora podemos dejarnos de fingimientos.

El tenue parpadeo de las velas dibujaba su rostro con un crudo relieve y acentuaba las líneas de sus facciones al compás de las sombras que danzaban por las paredes. Sus ojos, fríos e implacables, parecían atravesar a Veteranus una vez más, como si sopesaran su misma alma.

—Vino usted a buscar respuestas —continuó—, y quizá las obtenga. Pero primero beberá y comprenderá.

Capítulo Treinta y Ocho

Britannia

De vuelta en el río, Aulo Plaucio se encontraba a la orilla del agua, con su capa carmesí meciéndose con la suave brisa. A su alrededor, el aire bullía con la actividad de la maquinaria de guerra romana. Un joven ingeniero se acercó, y el crujido de sus botas resonó en la orilla de grava. Se detuvo en seco ante Plaucio y se golpeó el peto con el puño a modo de saludo.

—General, la marea está en su punto más bajo —informó.

Los ojos de Plaucio no se apartaron del río, donde el sol destellaba sobre las olas someras. Asintió una sola vez, con expresión implacable.

—Bien. Que traigan a los prisioneros.

El ingeniero volvió a saludar y giró sobre sus talones para transmitir la orden. Instantes después, las organizadas filas de legionarios se abrieron para revelar una desharrapada hilera de prisioneros que eran conducidos hacia delante. Los cautivos celtas, rodeados de auxiliares, avanzaron a tropezones por el hueco, con movimientos torpes por la fatiga.

Los prisioneros ofrecían un espectáculo lamentable. Llevaban las túnicas rasgadas, manchadas de sangre y mugre, y sus rostros mostraban las marcas de un trato rudo. Tenían hematomas que les oscurecían la piel bajo los ojos y no pocos cojeaban, aquejados de heridas que habían sido vendadas toscamente o que se habían dejado infectar.

Las lanzas se clavaban en sus espaldas y los obligaban a formar una sola fila apiñada mientras las aguas poco profundas lamían la orilla. Los celtas intercambiaron miradas inciertas, con sus rostros agotados marcados por el dolor y la confusión, mientras un auxiliar romano se adelantaba de entre las filas. En la mano portaba un cuchillo cuya hoja relucía a la luz del sol. Se lo tendió a uno de

los celtas, que retrocedió instintivamente y desvió la mirada de la hoja al rostro del auxiliar.

El auxiliar volvió a ofrecer el cuchillo, esta vez con una orden escueta. Lenta y dudosamente, el prisionero extendió las manos y observó en silencio cómo el hombre cortaba sus ataduras. Con las muñecas libres, el prisionero se quedó mirando sus manos con estupefacción antes de ver cómo el auxiliar iba de un hombre a otro, liberándolos a todos.

Finalmente, todos se quedaron inmóviles, con la mirada nerviosa clavada en la masa de hombres armados que los rodeaba. Algunos flexionaban las manos y se masajeaban las muñecas para recuperar la circulación. Otros miraban con recelo a los romanos, esperando el golpe inevitable.

Pero el golpe nunca llegó. En su lugar, el auxiliar que había entregado el cuchillo se adelantó, con un ademán tranquilo pero autoritario. En un celta con fuerte acento, pero reconocible, se dirigió al grupo.

—Idos —dijo con firmeza, señalando el río—. Sois hombres libres.

Por un momento, ninguno de los celtas se movió. La sospecha titilaba en sus ojos mientras miraban alternativamente a las filas de soldados romanos y al río que tenían detrás.

Finalmente, un hombre retrocedió, con pasos lentos y deliberados. Su mirada se detuvo en los soldados, esperando el brillo de una espada o el silbido de una lanza. Haciendo acopio de valor, se giró y chapoteó en el agua, con movimientos frenéticos mientras avanzaba hacia aguas más profundas.

La formación romana permaneció inmóvil, observándolo de cerca mientras cruzaba. Casi había llegado a la mitad del río cuando otro celta lo siguió, con pasos igual de cautelosos. En cuestión de instantes, el dique del miedo se rompió y docenas de hombres se lanzaron hacia delante, sumergiéndose en las aguas poco profundas en busca de la libertad en la orilla opuesta.

Los Ocultos observaron en silencio desde su escondite mientras el río se agitaba con el chapoteo de los hombres que

escapaban. Cassius, agazapado junto a Seneca, frunció el ceño, confundido.

—¿Qué están haciendo? —preguntó—. ¿Por qué liberarlos?

Seneca no respondió de inmediato. Sus agudos ojos siguieron los movimientos de los prisioneros, observando cómo luchaban contra la corriente, algunos solos, otros formando grupos para apoyarse. Entonces, se dio cuenta de todo, y sus labios se curvaron en una risa seca.

—Muy astuto, general —murmuró.

Cassius se volvió hacia él, con el ceño aún más fruncido.

—¿Astuto? ¿Qué tiene de astuto dejarlos marchar? Podrían reagruparse y unirse al ataque contra nosotros.

Los ojos de Séneca brillaron con entendimiento mientras señalaba hacia el río. Los prisioneros liberados, ahora extendidos en una línea escalonada a lo ancho del cauce, luchaban contra la corriente; cada paso era un testimonio de la profundidad y la fuerza del agua.

—¿Lo ves ahora, Cassius? —preguntó—. Míralos, peones involuntarios en la estrategia de Plautius. Al liberarlos, ha medido la profundidad del río y su fuerza, y sabrá exactamente adónde enviar a las legiones cuando llegue el momento. No hay necesidad de sacrificar vidas romanas cuando el enemigo puede proporcionar las respuestas. —Guardó silencio, con la mirada de nuevo en el río, mientras los últimos prisioneros se acercaban a la orilla lejana y sus gritos de alivio llegaban débilmente sobre el agua.

Río arriba, la legión por fin se movía hacia el cauce, y sus disciplinadas filas formaban un sólido muro de hierro y cuero en la orilla. Detrás de ellos, las líneas de caballería esperaban inquietas; sus caballos resoplaban y escarbaban en el suelo, y el aire era denso por el olor a sudor y expectación.

En ambos flancos, las catapultas yacían de nuevo preparadas, con sus enormes brazos crujiendo bajo la tensión de las cuerdas de tendones, listas para liberar su mortífera carga. Las balistas portadoras de fuego, cargadas con vasijas incendiarias, relucían de forma ominosa, y el penetrante olor a azufre y nafta flotaba entre

las filas. Sin embargo, a pesar de toda esta preparación, la hueste romana permanecía inmóvil, y su presencia inamovible se sumaba al peso del momento. Plautius se encontraba al frente, con la mirada fija en la orilla opuesta, donde los guerreros celtas se arremolinaban tras sus improvisadas fortificaciones.

El tiempo se alargaba, cada instante que pasaba tenso por la expectación. Los centuriones se paseaban a lo largo de sus líneas, ladrando órdenes en voz baja. Los caballos se movían inquietos y sus jinetes les susurraban para mantenerlos en calma, con las manos apretando las lanzas y las riendas. La suave corriente del río ondulaba contra las orillas, y su leve murmullo contrastaba marcadamente con la tormenta de violencia que esperaba ser desatada.

Y entonces llegó. Desde mucho más allá de las líneas celtas, un sonido se elevó por encima del murmullo del río y los inquietos movimientos de las tropas, una nota profunda y lúgubre, larga y resonante: el cuerno de guerra batavo.

Su lamento rasgó el aire como una cuchilla, una señal que provocó un escalofrío tanto en amigos como en enemigos. Los ojos de Plautius brillaron. Era esto lo que había estado esperando, y su voz rugió por encima del estruendo.

—¡Preparad los *scuta*! ¡Formación de *testudo*! *¡Avanzad!*

La orden recorrió las filas y los legionarios avanzaron con precisión experta; las filas traseras alzaron sus escudos sobre la cabeza, encajándolos para crear un techo de protección ininterrumpido. Los soldados se movían con un paso firme y deliberado, y sus disciplinadas filas les daban estabilidad contra la lenta pero insistente corriente; cada hombre confiaba en el peso y la presencia de sus camaradas para mantener el equilibrio.

Los celtas desataron sus flechas, oscureciendo el cielo mientras una lluvia de muerte descendía sobre el avance romano, pero mientras los proyectiles repiqueteaban inofensivamente contra los escudos alzados, haciéndose añicos al impactar o desviándose hacia el agua, la *testudo* siguió avanzando, inexorable, indomable. Llovían flechas, se rompían piedras, rugían las llamas, pero nada podía detener el avance del poder de Roma.

Al otro lado del río, tras las líneas celtas, la tierra temblaba bajo el golpear de los cascos de la caballería batava mientras los miembros de las tribus germanas desataban su propio ataque. El lamento sobrecogedor de sus cuernos de guerra rasgó el estruendo, enviando oleadas de pánico a través de las desprevenidas filas celtas, y los guerreros se volvieron confusos, con la atención dividida entre el avance de las legiones romanas y esta súbita y devastadora embestida por la retaguardia.

Los batavos golpearon primero los carros que esperaban. Los lanceros clavaron sus armas en los flancos expuestos de los caballos celtas, derribando los carros en una cacofonía de madera astillada y gritos de agonía. Aurigas y guerreros fueron derribados y masacrados sin piedad, y sus líneas se derrumbaron bajo la pura ferocidad del ataque. Las llamas rugieron mientras los batavos prendían fuego a todo lo inflamable, y el hedor acre a grano y carne quemados llenó el aire, mezclándose con los gritos de los moribundos y los lamentos aterrorizados tanto de mujeres como de niños. Los hombres eran abatidos allí donde se encontraban, muchos desarmados y sin preparación, mientras el resto se dispersaba presa de un pánico ciego cuando los jinetes batavos arrasaban el campamento, cortando y apuñalando en un torbellino de muerte.

Fue una carnicería, una vorágine de violencia que desafiaba las expectativas de los celtas sobre la batalla. Habían venido preparados para morir, para enfrentarse a las disciplinadas legiones romanas en un honorable choque de ejércitos. Pero esto era el caos. Los batavos no eran guerreros honorables; eran depredadores, y los celtas eran la presa.

Atrapadas entre la disciplina implacable de las legiones romanas que avanzaban por el río y el caos brutal e impredecible de los incursores bátavos, las líneas celtas flaquearon. Los líderes gritaban órdenes contradictorias; unos exigían una retirada para reagruparse y otros, un contraataque total, pero la confusión engendró disensión e ira, y su unidad comenzó a desmoronarse bajo el peso de su aprieto.

Los legionarios romanos emergieron del río; sus sandalias empapadas chapoteaban en la orilla fangosa y el agua goteaba de sus armaduras segmentadas. El vapor emanaba de sus cuerpos mientras la legión se reagrupaba, y las filas se apretaban con precisión mecánica a pesar del agotamiento de la travesía.

Sobre ellos, el cielo seguía vivo con el agudo silbido de las flechas romanas, cuyos arcos mortales se estrellaban contra los celtas dispersos y desorganizados que se encontraban más allá. Las catapultas continuaban con su golpeteo rítmico, lanzando rocas y vasijas incendiarias que impactaban contra la retaguardia del ejército celta, pero la visión de los romanos formándose en el campo de batalla reavivó su resolución. Guerreros ensangrentados rugieron en señal de desafío, golpeando sus armas contra los escudos, y lentamente, como un animal que se sacude una herida, la hueste celta se recompuso. Miles de guerreros formaron un frente caótico pero resuelto, antes de cargar a través del terreno irregular hacia las líneas romanas.

En cuestión de instantes, las dos fuerzas chocaron con un estruendo ensordecedor: metal contra madera, el crujir de huesos y los gritos guturales de hombres agonizantes. Los celtas luchaban con un ardor salvaje, descargando tajos contra los escudos e intentando abrirse paso entre las disciplinadas filas romanas; su número era abrumador, pero los romanos se mantuvieron firmes y, paso a paso, los legionarios avanzaron, clavando sus escudos en el enemigo como arietes.

Pero los celtas volvieron a rehacerse. Los druidas, subidos a improvisados altares de piedra y madera, gritaban palabras de aliento, y sus voces se elevaban por encima de la cacofonía. Bramaban cánticos invocando a sus dioses e instaban a los guerreros a avanzar. Se pasaban jarras de hidromiel entre las filas, que infundían a los celtas una energía temeraria, y una vez más, la marea cambió cuando se abalanzaron contra los romanos con renovada ferocidad.

La batalla se prolongó durante horas, sin que ninguno de los bandos estuviera dispuesto a ceder. Las líneas avanzaban y retrocedían, y cada pequeño avance se pagaba con la vida de

incontables hombres. El suelo se convirtió en un lodazal, resbaladizo por la sangre y revuelto por innumerables pies, y el aire estaba cargado del sabor metálico de la sangre, el humo acre de los fuegos y los incesantes gritos de dolor y rabia.

Cuando el sol se ocultó tras el horizonte y el campo de batalla quedó envuelto en una creciente penumbra, la lucha amainó, y el agotamiento atenazó a ambos bandos. Los celtas, espoleados por la bebida y el fanatismo de sus druidas, gritaban con rebeldía incluso mientras comenzaban a replegarse hacia sus líneas defensivas. Los romanos, disciplinados hasta en la retirada, retrocedieron metódicamente, formando una línea firme erizada de pila y escudos mientras los ingenieros trabajaban con celeridad para construir barricadas y cavar zanjas defensivas.

Frente a ellos, los celtas bullían con una energía inquieta. Sus hogueras ardían con intensidad, sus guerreros gritaban y cantaban, con las voces henchidas de furia y determinación. Los druidas continuaban con sus cánticos, sus siluetas recortadas contra las llamas, instando a los guerreros a abrazar su rabia y luchar hasta la muerte.

Era un punto muerto, dos fuerzas opuestas que encarnaban el choque entre la civilización y el caos. A un lado, el poderío silencioso y disciplinado de Roma, esperando el momento oportuno. Al otro, el fuego salvaje e indómito de los celtas, una tormenta de emoción y desafío lista para estallar con las primeras luces del día. Había caído la noche, pero la batalla distaba mucho de haber terminado.

Capítulo Treinta y Nueve

Britania

Mordred se acuclilló ante Veteranus. Las antorchas que cubrían las paredes parpadeaban, y sus llamas proyectaban alargadas sombras sobre las paredes de barro de la cabaña. De entre los pliegues de su raída capa, sacó una tosca copa labrada en el cráneo hueco de un hombre.

El pálido hueso refulgía con un brillo mortecino a la luz del fuego, con los bordes suavizados por el tiempo y el uso. En el macabro recipiente chapoteaba un líquido blanco y turbio, cuya superficie era ligeramente iridiscente al captar la luz. Mordred le tendió la copa a Veteranus sin mediar palabra, con su penetrante mirada fija e intensa en el romano.

Veteranus vaciló. Sus instintos le advertían del peligro, pero un impulso más profundo, la necesidad de comprender, de desvelar las capas de este hombre enigmático y su extraño mundo, lo impulsó hacia adelante. Lentamente, cogió la copa. Su textura, fría e inquietante en su mano, y el aroma nauseabundo del espeso líquido ascendieron hasta él.

Las miradas de los dos hombres se encontraron. La expresión de Mordred era indescifrable; sus facciones, grabadas con una calma de otro mundo, como si supiera el resultado antes de que se produjera. Veteranus alzó la copa y se llevó el líquido a los labios.

El primer sorbo fue un sobresalto. Tibio, agrio y empalagosamente espeso, le cubrió la lengua con un desagradable gusto acre que le revolvió el estómago. Pero al tragar, una extraña sensación se desplegó en su interior. El líquido se deslizó por su garganta como un ser vivo, irradiando su calor hacia fuera y filtrándose hasta lo más profundo de su ser. Se sentía... bien.

La tensión que lo carcomía desde hacía semanas comenzó a disiparse; sus hombros se relajaron y su pecho se alivió como si se hubiera liberado de un peso invisible. Su entorno pareció cambiar:

los colores se volvieron más intensos y las texturas, más nítidas, como si se hubiera descorrido un velo ante sus ojos. Las llamas de las antorchas danzaban con una renovada vitalidad; sus tonalidades ya no eran simplemente naranjas y amarillas, sino una cascada de carmesí, oro y ámbar. Irradiaban calor en ondas palpitantes que acariciaban su piel como un abrazo.

Veteranus intentó concentrarse, aferrarse al aquí y al ahora, pero la bebida actuó con rapidez, aflojando su control sobre la realidad. Su mente flotaba, a la deriva, y su cuerpo era una vasija que se mecía en un mar extraño y embriagador. Una suavidad lo envolvía, una neblina reconfortante que embotaba los límites de su conciencia.

Y entonces, a través de la neblina surrealista, llegó la voz de Mordred. Baja y melodiosa, se abría paso a través de la neblina onírica y tiraba de algo profundo en su interior. Veteranus parpadeó, luchando por concentrarse en el sonido, con la cabeza dándole vueltas por el calor de la bebida. La voz estaba en todas partes y en ninguna, resonando no solo en la cabaña, sino dentro de su propio ser.

Al principio, las palabras de Mordred eran débiles, como un susurro arrastrado por el viento, pero se hicieron más claras, más insistentes. Una melodía de poder, de control, que se entretejía en la conciencia de Veteranus.

—Mira lo que yace más allá del velo, romano —murmuró Mordred—. Conoce lo que es ver *de verdad* la verdad.

Las llamas parecían doblarse y retorcerse con sus palabras, con sus movimientos sincronizados con la cadencia de su voz. La respiración de Veteranus se ralentizó y sus párpados le pesaban, pero era incapaz de cerrarlos por completo. A través de la niebla, supo que la bebida se había apoderado de él, que había doblegado su voluntad y, sin embargo..., no podía luchar contra ella. Ni tampoco quería.

Las antorchas refulgieron, y su brillo se reflejó en la penetrante mirada de Mordred. El cuerpo de Veteranus se balanceó mientras estaba sentado; su visión era ahora un caleidoscopio de

formas y colores cambiantes. Mordred se inclinó más y su sombra engulló la luz parpadeante.

—¿Qué ves, romano? —le preguntó en voz baja, con un tono que era a la vez una burla y una invitación.

Veteranus intentó responder, pero las palabras murieron en su garganta. Solo pudo mirar fijamente al hombre que tenía delante, con el mundo a su alrededor a la vez vívido y onírico, y los límites de lo que era real desdibujándose con cada aliento que tomaba.

—Pisas tierra ancestral, romano —murmuró Mordred, con palabras cargadas de reverencia y advertencia—. Esto es Britania, una tierra tan antigua como las estrellas, donde los dioses caminan invisibles entre los árboles y los espíritus de la tierra modelan las vidas de los hombres.

La cabeza de Veteranus se ladeó ligeramente, su visión caleidoscópica. Las palabras de Mordred pintaron vívidas imágenes en su mente, indeseadas pero irresistibles. Vio vastos e interminables bosques envueltos en niebla, ríos que serpenteaban como venas de plata a través del paisaje y montañas coronadas de nieve que susurraban antiguos secretos. Había sombras en los árboles, destellos de movimiento que se sentían vivos, conscientes, como si la propia tierra estuviera observando. Era hermoso, pero aterrador, un lugar donde la mortalidad era un sueño fugaz y el poder eterno de la naturaleza reinaba soberano.

—La gente de aquí —continuó Mordred— está unida por algo más que la sangre o la tribu. No temen a la muerte, pues la muerte no es más que un pasaje, un retorno a la tierra, a los espíritus que acunan esta tierra. —Mordred se inclinó hacia delante—. Pero esta tierra es cruel, romano. Moldea a quienes se atreven a pisarla, despojándolos de la debilidad, forjando a los fuertes, devorando a los indignos. Vivir aquí es comprender que uno no conquista Britania. Es Britania quien te conquista a ti.

Veteranus parpadeó, con la visión enturbiada mientras la droga intensificaba su efecto. Las paredes parecían moverse y ondular como el agua, y las sombras se retorcían adoptando formas de animales y guerreros, fantasmas de una historia invisible. Las

palabras de Mordred lo envolvieron, arrastrándolo a un ensueño alucinatorio cada vez más profundo.

—Una vez —prosiguió Mordred, con la mirada perdida—, un monstruo vino del sur..., una bestia del mar que traía a un rey que soñó, pero fracasó. Un hombre que creyó poder domar Britania como había domado otras tierras. No era como tú. Era... más grande. —La voz de Mordred adquirió un matiz reverente pero amargo—. Un rey de reyes. Sus estandartes se extendían por el mundo, sus ejércitos eran llevados por los vientos. Llegó a estas costas creyendo que su poderío podría someter incluso a esta extraña isla.

La escena en la mente de Veteranus cambió. Vio barcos atracando en una orilla cubierta de niebla, filas de soldados desembarcando con las armaduras relucientes y las espadas desenvainadas.

—Pero la tierra se volvió contra él —continuó Mordred en voz baja, mientras una amarga sonrisa se dibujaba en sus labios—. No fueron sus ejércitos los que flaquearon. Fue él. Vio Britania como lo que realmente era, un lugar no de hombres, sino de dioses y espíritus, más allá de su comprensión. Se marchó, confuso y turbado, con el orgullo mellado.

Veteranus contuvo el aliento; su pecho subía y bajaba con movimientos lentos y dificultosos. La voz de Mordred lo sumió aún más en su trance, y las imágenes se agudizaron con cada palabra.

—Años más tarde, regresó —continuó Mordred—. Esta vez, se quedó más tiempo. Aprendió nuestras costumbres, probó nuestra comida, yació con nuestras mujeres. Sus hombres se adaptaron, cambiaron, absorbieron la vida de esta tierra. Pero por mucho tiempo que se quedaran, Britania carcomía su determinación, doblegando su voluntad. Y así, se marchó de nuevo, dejando tras de sí relatos contados alrededor de las hogueras, historias para asombrar incluso al más terco de los incrédulos.

La voz de Mordred se endureció, sus palabras ahora cargadas de veneno.

—Pero no fue solo eso lo que dejó atrás, romano. Entre sus conquistas, entre las ruinas de sus ambiciones, dejó algo más. Un

legado. Un recordatorio de que, aunque la tierra te rechace, no te olvida.

Veteranus sintió que el corazón le martilleaba mientras la mirada de Mordred se clavaba en él.

—Dejó un hijo —dijo Mordred—, nacido de madre celta, engendrado por el hombre que una vez pretendió subyugarnos. Un niño nacido para la grandeza, pero abandonado por los dioses para ser criado como un bárbaro en una tierra que nunca podría considerar realmente suya. Un cruel giro del destino... uno que atormentaría estas costas durante generaciones.

La mente de Veteranus se tambaleó, y las imágenes alucinatorias colisionaron en una danza caótica. Britania, con sus dioses y espíritus, su belleza y su salvajismo, se agigantaba en su mente como nunca antes. Intentó hablar, hacer una pregunta, pero sentía la lengua como plomo y su cuerpo no respondía.

Y, aun así, la voz de Mordred seguía susurrando, un hilo fantasmal que ataba a Veteranus a la tierra que ahora podía ver de forma tan vívida y aterradora. La mente de Veteranus se abría paso a duras penas a través de la neblina inducida por la droga, y fragmentos de las palabras de Mordred se agolpaban en su cabeza. Algunas piezas encajaban, formando atisbos de significado, mientras que otras escapaban a su control, con sus bordes dentados e incomprensibles. La cabeza le colgaba, la mandíbula flácida y un hilo de baba se le escurría por la barbilla mientras luchaba por articular palabras, por dar sentido a la tempestad que se desataba en sus pensamientos.

A través de la bruma, las piezas comenzaron a encajar, cada una con un peso que le oprimía el pecho como una losa. *El monstruo del sur..., la bestia del mar..., el hombre que vino dos veces y fracasó.* La visión de Veteranus se nubló, pero su mente, lenta y maltrecha, empezó a comprender la verdad oculta en las palabras de Mordred.

El monstruo era Roma; la bestia que surgía del mar, su flota; y el hombre, Julio César. El corazón de Veteranus se aceleró cuando la comprensión se abrió paso a través de la niebla. Todo tenía sentido. César, el general invicto, el conquistador de la Galia, había

cruzado las aguas hacia Britania en dos ocasiones. Dos veces había llegado con todo el poder de Roma, con sus legiones preparadas para reclamar la tierra para el imperio. Y dos veces había sido rechazado, incapaz de quebrar el espíritu de un lugar más antiguo y salvaje que cualquier otro al que se hubiera enfrentado.

Intentó hablar, dar voz a la epifanía que abrasaba su mente, pero su cuerpo se negó a obedecer. Sentía los miembros como plomo y la boca entumecida e insensible. El corazón le martilleaba en el pecho y su respiración era superficial e irregular, hasta que la tensión lo abrumó y su cuerpo finalmente se desplomó hacia delante, mientras la inconsciencia se apoderaba de él.

El amanecer siguiente rompió, tenue y grisáceo, arrojando su pálida luz sobre el campo de batalla. El aire apestaba a sangre y ceniza, y el suelo era un barrizal espeso de lodo removido y cuerpos esparcidos. A orillas del río, la maquinaria de guerra romana se puso en marcha una vez más. Sin la amenaza de los arqueros enemigos, ya desaparecidos, legionarios de refresco, desembarcados de las naves que la Legio IX Hispania había traído desde la cabeza de playa, tomaban posiciones tras la maltrecha línea del frente.

Los hombres exhaustos, ensangrentados y agotados por el día anterior, se retiraron en disciplinada formación mientras las tropas de refresco ocupaban su lugar. Los escudos se entrelazaron con precisión experta y los gladios relucieron cuando los romanos avanzaron de nuevo, con sus botas chapoteando en la tierra empapada.

En las laderas cercanas, los celtas se prepararon para el embate. La derrota del día anterior los había dejado conmocionados, pero su determinación permanecía intacta. Guerreros pintados con motivos sinuosos de azul y verde alzaron sus armas, rugiendo su desafío mientras sus filas se engrosaban con sus propios refuerzos y el aire vibraba de tensión ante el avance metódico e implacable de la línea romana.

Los sonidos de la batalla se convirtieron en un estruendo ensordecedor; gritos de mando, el fragor del acero y los lamentos de los heridos se entremezclaban con el redoble constante de la

disciplina romana. En el centro del avance, Gnaeus Hosidius Geta, legado de la Legio IX Hispania, dirigía a sus hombres en una calculada embestida hacia el corazón de las líneas britanas.

La cuña romana se abrió paso entre las filas enemigas, con los escudos trabados y los gladios apuñalando con eficacia brutal. A su alrededor, los britanos luchaban como bestias salvajes, con sus cuerpos pintados brillando por el sudor y la sangre. Las espadas largas trazaban amplios arcos, las hachas partían los escudos y las lanzas se colaban por los huecos de la formación romana.

Por un momento, pareció que la cuña partiría en dos las líneas celtas. Pero los britanos, presintiendo el peligro, se reagruparon con feroz celeridad. Una oleada de guerreros envolvió los flancos de la formación de Geta y los aisló del resto del ejército romano. El avance flaqueó mientras los celtas se cernían sobre ellos, con sus gritos de guerra convertidos en una cacofonía desafiante.

Los romanos, a pesar de encontrarse en una posición peligrosa, respondieron de inmediato, cerrando los escudos en un círculo defensivo. Las flechas llovían desde las posiciones de los hostigadores celtas, apostados en lo alto de la colina, y sus arcos mortales diezmaban las filas romanas mientras estas luchaban por mantener la posición. La situación era desesperada y los britanos olieron la sangre. La mente de Geta trabajaba a toda prisa mientras paraba el tajo salvaje de un celta y le hundía el gladio en el costado desprotegido. Sabía que no podrían resistir mucho más.

Entonces, a lo lejos, sonó una corneta romana, una llamada de salvación. Unos refuerzos surgieron a la vista, con sus estandartes ondeando al viento, mientras una cohorte de refresco cargaba en la contienda, embistiendo el flanco expuesto de los britanos. El enemigo, cogido por sorpresa, vaciló mientras los refuerzos se abrían un sangriento camino hacia las tropas asediadas de Geta.

—*¡Adelante!* —rugió Geta para arengar a sus hombres, y los romanos se lanzaron al ataque, rompiendo el cerco al tiempo que sus camaradas se unían a la lucha. Los celtas, momentáneamente superados, retrocedieron en desorden, dejando tras de sí un rastro de gritos de sus heridos.

La lucha se extendió en todas direcciones, y el flujo y reflujo de la batalla convirtió el paisaje en un mosaico de escaramuzas sangrientas. La caballería romana barrió los flancos, aniquilando a los hostigadores celtas mientras los arqueros auxiliares lanzaban andanada tras andanada sobre las líneas enemigas.

Los celtas respondieron con brutal ferocidad, arrojando lanzas y cargando de frente contra las formaciones romanas. Los carros de guerra atronaban por el campo, con sus cuchillas abriendo sendas de destrucción, pero los pilum romanos surcaron el aire, abatiendo tanto a caballos como a aurigas.

A medida que avanzaba el día, la balanza comenzó a inclinarse en contra de los celtas. Sus líneas cedieron bajo el implacable asalto romano y sus guerreros empezaron a replegarse. Al ver a sus hombres en retirada, Togodumnus se metió entre ellos, con el rostro desencajado por la furia.

—*¡Cobardes!* —bramó—. *¡Deshonráis a nuestros ancestros! ¡Daos la vuelta y luchad!*

Su espada centelleó en la penumbra, abatiendo tanto a enemigos que huían como a sus propios hombres en un frenesí de ira, pero, a pesar de sus esfuerzos, la retirada continuó y los celtas se dispersaron en grupos hacia la seguridad de las colinas y los bosques.

Al caer la tarde, los romanos dominaban el campo. Los legionarios se apresuraron a fortificar sus posiciones, construyendo barricadas y cavando zanjas defensivas mientras los ingenieros trabajaban con una precisión implacable. El campo de batalla estaba sembrado de muertos y moribundos, el suelo resbaladizo por la sangre y cubierto de armas destrozadas.

En lo alto de una colina cercana, Togodumnus se detuvo a solas un momento, con el pecho agitado mientras contemplaba la devastación. Sus sueños de resistencia habían sido aplastados por el poder implacable de Roma y, sin embargo, el fuego de su ira ardía con la misma ferocidad de antes. Los romanos habían ganado la batalla, pero había sido una victoria costosa, pues cientos de los suyos yacían muertos junto a miles de guerreros celtas. Había sido una amarga derrota para Togodumnus, pero aún no había

terminado. Se dio la vuelta y siguió a su ejército a través de los campos hacia el río Tamesis, donde él y sus hombres volverían a esperar.

Capítulo Cuarenta

Isla de Mona

Veteranus se removió; un atisbo de consciencia se abrió paso a través de la bruma que le embotaba la mente. Le dolía el cuerpo con un palpitar sordo e incesante, como si lo hubieran pisoteado. La cabeza le daba vueltas, un peso de plomo que oprimía sus pensamientos y lo arrastraba de vuelta al vacío con cada instante de lucidez.

Parpadeó. Su visión era borrosa y cambiante. Sobre él se cernían unas sombras de formas imprecisas y amenazadoras. El rítmico crujido de la madera llegó a sus oídos, mezclado con el leve retumbar de unas ruedas que avanzaban sobre un terreno irregular. El vaivén lo mecía y lo sumía en una neblina de desorientación.

Intentó moverse, pero sentía los miembros como plomo, insensibles a su voluntad. Una fugaz oleada de pánico lo invadió, pero los persistentes efectos de la droga la atenuaron. Su respiración era superficial e irregular y sentía el pecho oprimido mientras trataba de comprender dónde se encontraba.

Una mano le sujetó la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás. Un líquido le salpicó en la boca; era espeso y amargo, de sabor agrio y desagradable. Tosió débilmente, un sonido que apenas se escapó de sus labios, pero la mano lo mantuvo sujeto con firmeza y lo obligó a tragar. El líquido le produjo un leve ardor al deslizarse por la garganta y su calor se extendió con lentitud por su cuerpo helado.

Las sombras volvieron a arremolinarse y la tenue luz que lo rodeaba se desvaneció. El crujido del carro, el murmullo de las voces y el constante golpeteo de los cascos parecían distantes, como si provinieran de otro mundo. A través de la bruma, empezaron a tomar forma fragmentos de pensamiento. Se estaba moviendo, de eso estaba seguro. El ritmo constante de las ruedas y la sacudida ocasional sobre el terreno irregular eran las únicas constantes en su

estado de desorientación. Alcanzó a ver figuras que caminaban junto al carro, sus formas oscuras e imponentes contra la débil luz del horizonte.

La columna se extendía más allá de su limitada visión, una hilera constante de hombres y bestias que serpenteaba hacia el oeste. Sus voces, rudas y extrañas, se mezclaban con el repiqueteo de los cascos y el crujido de los carromatos. No supo cuánto tiempo yació allí, perdiendo y recobrando el conocimiento. El mundo que lo rodeaba era un borrón de sonido y movimiento, salpicado por la mano ruda ocasional que le metía agua o caldo en la boca.

Poco a poco, fue recobrando lentamente la consciencia, mientras la niebla de su mente se disipaba como una marea que se retira. El dolor fue lo primero que sintió, agudo e implacable, que irradiaba desde sus extremidades y se filtraba hasta lo más profundo de su ser. Le dolía cada músculo, sentía cada articulación rígida y maltrecha, como si lo hubieran arrastrado durante kilómetros y abandonado para que se pudriera.

Sus ojos se abrieron con un aleteo; esta vez, la tenue luz reveló un suelo rocoso bajo él, frío e inflexible. Un fino rayo de luz solar verdosa se filtraba desde un agujero irregular en el techo de la caverna, muy por encima, y sus pálidos rayos atrapaban la fina neblina de lluvia que caía suavemente al suelo. Parpadeó ante la luz difusa, sintiendo las gotas salpicarle la cara y mezclarse con la mugre y el sudor que se le pegaban a la piel.

Intentó moverse, incorporarse, pero sus movimientos encontraron resistencia. Un agudo tintineo resonó por la caverna al tirar de los grilletes que le apresaban las muñecas. Unas cadenas pesadas, oxidadas pero fuertes, serpenteaban por el suelo, con los extremos asegurados a gruesos pernos de hierro hundidos en la roca.

Veteranus apretó los dientes mientras se obligaba a ponerse de rodillas. El esfuerzo le provocó una oleada de náuseas, pero se estabilizó, con el tintineo de las cadenas como único sonido en el silencio opresivo. Miró a su alrededor, con la vista adaptándose a las sombras, mientras la caverna se extendía más allá del alcance de la tenue luz del sol.

Una risita, un sonido grave y siniestro, rompió el silencio, haciendo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal. Provenía de la oscuridad circundante, su origen oculto, con un tono cargado de un regocijo malicioso.

—¿Quién anda ahí? —graznó.

Siguió otra risa, a la que se unieron otras, cada una más fría e inquietante que la anterior. Venían de todas partes, rodeándolo, pero sin dejar rastro de su origen. El sonido era burlón, cruel, como si quienquiera que lo observara, o lo quequiera que fuese, se deleitara con su impotencia.

Luego empezaron los susurros, suaves e incomprensibles, llenos de malicia. Veteranus forzó la vista, buscando en la penumbra movimiento, rostros, cualquier cosa. Pero las sombras permanecían impenetrables, temblando y brillando con una vida invisible.

Algo se movió en el borde de su campo de visión, un destello de movimiento que desapareció antes de que pudiera enfocarlo. Otra forma pasó volando, baja y silenciosa, desvaneciéndose en la oscuridad tan rápido como había aparecido. El corazón le martilleaba en el pecho y las cadenas tintinearon suavemente al acelerarse su respiración.

—¡Mostraos! —exigió, forzando la voz para infundirle fuerza, pero su eco sonó hueco, engullido por el vacío cavernoso.

La risa regresó, más aguda esta vez, más siniestra, como si se burlara de su desafío. Veteranus apretó los dientes mientras sus ojos escudriñaban las sombras. Sentía su presencia, el peso de sus miradas oprimiéndolo, frías e impasibles, pero a pesar del miedo que se le adentraba en el pecho, los pensamientos de Veteranus encontraron un ancla en la fría lógica. Si Mordred lo hubiese querido muerto, ya lo estaría. Mordred lo quería vivo, al menos por ahora.

Los susurros se acallaron y las risas se desvanecieron de nuevo entre las sombras. La caverna volvió a sumirse en el silencio, con el único sonido del suave repiqueteo de la lluvia que caía desde el agujero del techo. Veteranus permaneció de rodillas, con el cuerpo tembloroso por el agotamiento y la mente acelerada, mientras clavaba la vista en la impenetrable oscuridad, a la espera

de lo que fuera a suceder. El silencio se asentó como un sudario, pesado y opresivo.

El tiempo transcurría con una lentitud agónica y el dolor de su cuerpo era absoluto; tenía las muñecas en carne viva por la mordedura de los grilletes de hierro. Tenía la cabeza gacha y los ojos entornados, aunque el sueño no acudía. Su mente era un torbellino de preguntas sin respuesta, de miedos y de los ecos fantasmales de las voces que lo habían atormentado.

Finalmente, un sonido tenue rasgó la quietud: un ritmo suave y deliberado. Pasos.

Veteranus alzó la cabeza de golpe, con los sentidos aguzados. Las sombras en el borde de la caverna se agitaron y, por fin, emergió una figura.

Mordred, envuelto en una capa de plumas de cuervo, cuyos negros plumones refulgían con tonos iridiscentes que cambiaban con la luz parpadeante. Su pálido rostro quedaba enmarcado por los oscuros pliegues de la capa y sus ojos eran fríos y penetrantes. Se movía con una calma inquietante, cada uno de sus gestos deliberado, controlado. En una mano llevaba un simple taburete, que colocó ante Veteranus con un leve chirrido contra la roca.

Mordred se sentó, con las manos apoyadas con levedad sobre las rodillas mientras contemplaba al hombre encadenado. Durante un largo rato no dijo nada, con una expresión inescrutable. Veteranus le devolvió la mirada, con la garganta seca y el cuerpo tenso a pesar del agotamiento.

—Has sobrevivido —dijo Mordred al fin—. He de admitir que estoy sorprendido. Pocos lo hacen.

—¿Sobrevivido a qué?

Los labios de Mordred se curvaron levemente.

—A la bebida, al viaje, a las cosas que viste por el camino… —Ladeó ligeramente la cabeza, entrecerrando los ojos—. Deberías haber muerto una docena de veces. Y, sin embargo, aquí estás. Fascinante.

A Veteranus le palpitaba la cabeza mientras intentaba dar sentido a las palabras de Mordred.

—¿Y dónde estoy exactamente?

Mordred se reclinó ligeramente, con las manos aún apoyadas en las rodillas.

—Estás en el corazón espiritual de Britania —dijo—. En la isla de Mona.

Las palabras golpearon a Veteranus como un mazazo. Mona, la fortaleza de los druidas, un lugar envuelto en misterio y temor. Las historias sobre sus arboledas sagradas y sus guerreros implacables habían llegado hasta los confines más remotos del Imperio. El pulso se le aceleró cuando el peso de la revelación se cernió sobre él.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Mordred se encogió de hombros y su capa de cuervo se movió con el gesto.

—Diez días, quizá más. ¿Quién sabe? El tiempo tiene poco significado aquí.

El corazón de Veteranus se hundió en el pecho. ¿Diez días? Para entonces los romanos habrían seguido adelante, su avance hacia el oeste habría continuado sin él. Estaba solo, prisionero en el corazón de las tierras enemigas, sin esperanza de escapar ni de ser rescatado.

Mordred lo observaba con atención, su fría mirada inflexible, como si leyera cada pensamiento que pasaba fugaz por el rostro de Veteranus.

—No estás muerto —dijo en voz baja—. Todavía no. Solo eso ya debería decirte algo.

Veteranus tragó saliva con dificultad mientras intentaba reprimir la oleada de pavor que crecía en su interior. Miró fijamente a Mordred, desesperado por obtener respuestas, pero el druida se limitó a devolverle la mirada, con su expresión inescrutable y una presencia tan gélida como las sombras que los rodeaban.

—¿Qué ha ocurrido en el Medway? —preguntó—. ¿Ha habido una batalla?

—No lo sé —replicó Mordred con sencillez—. Ni me importa. Las batallas entre hombres son efímeras, meras ondas en la superficie de aguas más vastas. Mi destino... —hizo una pausa y una

leve sonrisa se dibujó en sus labios— es mucho más grande que simples escaramuzas con los romanos.

Volvió a reinar el silencio y la tensión se apoderó de la caverna. El cuerpo de Veteranus se venció contra las cadenas y el dolor de los músculos le robaba la concentración. Abrió la boca para hablar, para exigir respuestas, pero Mordred lo interrumpió.

—¿Recuerdas —dijo Mordred al cabo, con un tono casi hipnótico— de qué hablamos cuando estabas perdido bajo el velo de tus visiones?

Veteranus parpadeó, frunciendo el ceño. En la neblina de su mente se agitaron fragmentos de recuerdos, débiles y esquivos. Se esforzó por recordar las palabras, las imágenes, las extrañas verdades que habían revoloteado durante su estado de ensoñación.

—Algo... —murmuró— sobre Roma. Sobre flotas. Sobre... Julio César.

Mordred inclinó levemente la cabeza, como instándolo a continuar sin palabras.

Veteranus cerró los ojos, esforzándose contra la niebla que enturbiaba sus pensamientos. Retazos de la voz de Mordred resonaban débilmente en su mente, crípticos, cargados de significado. Roma. Un monstruo. Una flota que se alzaba del mar. Un hombre que lo había intentado dos veces y dos veces había fracasado.

Entonces llegó una oleada de claridad que le hizo abrir los ojos de golpe. Las palabras brotaron de sus labios antes de que pudiera detenerlas, con la incredulidad tiñendo cada sílaba.

—Usted... usted cree que Julio César vino a Britania dos veces. Que fracasó, pero que la segunda vez... —Veteranus se interrumpió; su voz vaciló cuando el peso de la revelación lo golpeó — *... que engendró un hijo.*

Mordred se inclinó ligeramente hacia delante, clavando su mirada en la de Veteranus, como desafiándolo a continuar.

Veteranus negó con la cabeza, su rostro una mezcla de incredulidad y desdén.

—Si eso es cierto... —empezó—, entonces ese niño, el linaje, sería... —se interrumpió de nuevo, con la conclusión retorciéndose

en su mente como una cuchilla.

Mordred volvió a inclinarse hacia delante, su penetrante mirada clavada en la de Veteranus, el silencio entre ellos pesado y opresivo.

—Ahora lo entiendes —dijo—, pero solo la superficie. Sí, Julio César engendró un hijo aquí en Britania. Un varón. Un niño nacido de madre celta, criado no en los salones de mármol de Roma, sino entre las arboledas sagradas y las colinas neblinosas de esta antigua tierra. No era el heredero del emperador, aunque por derecho debería haberlo sido. Era un muchacho abandonado por el destino, que creció lejos del legado que debería haber sido suyo.

Veteranus tragó saliva con dificultad y las cadenas de sus muñecas tintinearon levemente al moverse. El tono de Mordred, la gravedad de la historia, lo mantenía cautivo con la misma seguridad que los grilletes de hierro clavados en el suelo de la caverna.

—Ese muchacho —continuó Mordred— creció hasta convertirse en un hombre, un guerrero de fuerza y habilidad singulares. No luchó por Roma, sino por Britania, protegiendo la tierra que lo había criado, a la gente que lo llamaba hermano. Sin embargo, en lo más profundo de su ser ardía una verdad que no podía negar: era el hijo de César. Un hombre nacido para gobernar, no para seguir.

Mordred hizo una pausa, su pálida mano rozando el borde de su capa de plumas de cuervo.

—Él y su familia mantuvieron su linaje en secreto, incluso ante sus aliados más cercanos, pero esa verdad lo forjó. Forjó a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Su estirpe se fortaleció, cada generación una fuerza a tener en cuenta, guerreros respetados y líderes entre las tribus. Sin embargo, siempre llevaron consigo la frustración, la promesa incumplida de un legado que nunca pudieron reclamar.

Veteranus miró fijamente a Mordred, con su mente en un torbellino. Apenas podía comprender la enormidad de lo que el druida estaba diciendo. Si era cierto, si el linaje de César había sobrevivido en Britania, era un secreto que podría hacer añicos el Imperio.

—A medida que la familia crecía en riqueza e influencia —prosiguió Mordred—, alimentaron ese legado. Se lo susurraban a sus hijos, lo guardaban celosamente y hacían juramentos para mantenerlo vivo. Formaron alianzas, se ganaron lealtades y gradualmente acumularon el poder para igualar su ambición. Y así, lo que comenzó como una verdad conocida solo por un único muchacho se convirtió en algo mucho más grande.

A Veteranus se le aceleró el pulso y sintió el peso de las palabras de Mordred oprimiéndolo como una fuerza tangible.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Los ojos de Mordred centellearon en la penumbra.

—Un legado, romano —dijo—. Un linaje real, y con él, un propósito. Los descendientes del hijo de César se han forjado en algo más que una simple familia noble. Se han convertido en una fuerza, un movimiento. Una dinastía, impulsada por un único propósito: reclamar lo que les fue arrebatado. Colocar a uno de los suyos en el trono de Roma.

A Veteranus se le cortó la respiración. La imagen que Mordred pintaba era tan increíble como aterradora: una dinastía secreta que surgía de las brumas de Britania, decidida a hacerse con el mayor poder del mundo conocido. No podía ser.

—Su hora se acerca —dijo Mordred—. Incluso ahora, su influencia crece. Sus partidarios se extienden por las tribus, las ciudades, hasta los confines más lejanos del Imperio. Han esperado su momento durante generaciones, aguardando la ocasión perfecta para atacar. —Mordred se echó hacia atrás, con expresión inescrutable—. Y usted, romano..., ha sido traído aquí para presenciar el comienzo de ese momento.

A Veteranus le daba vueltas la cabeza ante la enormidad de todo aquello.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué contarme esto?

La sonrisa de Mordred reapareció, afilada y enigmática.

—Porque los dioses así lo han querido —dijo con sencillez—. Y los dioses no se equivocan.

Capítulo Cuarenta y Uno

El río Medway

El río se extendía ante ellos, con su superficie tranquila y engañosa, en claro contraste con la carnicería que se había desatado en sus orillas durante los últimos días. Séneca estaba de pie a la orilla del agua, con los ojos fijos en el puente de pontones recién construido. Los ingenieros habían trabajado sin descanso, atando tablones a una hilera de barcas para crear un paso lo bastante robusto como para soportar el peso de los legionarios.

—Hora de moverse —dijo en voz baja, y los Occultum emergieron de la linde del bosque, listos para proseguir con la búsqueda de Veteranus.

El cruce transcurrió sin incidentes. El crujido de la madera y el chapoteo rítmico del agua contra las barcas acompañaban sus movimientos, pero nadie hablaba. Todos tenían la vista clavada en la otra orilla, donde los restos calcinados de la batalla eran visibles incluso desde esa distancia.

Una vez al otro lado, Séneca guio a sus hombres hacia los restos calcinados del puente que los celtas habían destruido para frenar el avance romano. Los maderos carbonizados sobresalían del agua como huesos ennegrecidos, un crudo recordatorio de la desesperación de los defensores.

Los Occultum avanzaban con cautela, con los sentidos aguzados mientras dejaban el río atrás. El olor a muerte flotaba denso en el aire, mezclándose con el hedor acre del humo de los fuegos que habían asolado la zona. El suelo estaba sembrado de cadáveres, tanto romanos como celtas, con sus cuerpos inertes desparramados en posturas grotescas. Las moscas zumbaban en densas nubes y su monótono murmullo era una compañía constante.

Mujeres y niños deambulaban entre los celtas muertos, con los rostros marcados por el dolor y el agotamiento. Algunos buscaban en silencio, rozando con las manos los rostros inmóviles de

maridos, padres e hijos. Otros lloraban a gritos, y sus lamentos rasgaban el opresivo silencio del campo de batalla.

Los hombres de Séneca caminaban en silencio, escrutando la linde del bosque en busca de movimiento, con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus espadas. Los bosques se cernían ante ellos, oscuros y amenazadores, y sabían de sobra que no todos los celtas habían huido o caído. Todavía quedaban guerreros ahí fuera, observando, esperando una oportunidad.

Al pasar junto a ellas, una de las mujeres alzó la vista, con los ojos encendidos de odio. Tenía la cara surcada de lágrimas y mugre, pero su expresión era fiera mientras escupía una maldición en latín.

—¡Maldito sea usted! —siseó, con la voz temblorosa de furia —. ¡Malditos seáis todos y que os hundáis en los pozos más oscuros del infierno!

Séneca se detuvo en seco y sus botas crujieron sobre la tierra. Sus hombres se pararon tras él, tensos e inquietos. Lentamente, se volvió para encarar a la mujer, con una expresión indescifrable. El desafío de ella era inquebrantable; lo fulminaba con la mirada mientras apretaba los puños a ambos lados del cuerpo.

Sin mediar palabra, Séneca caminó hacia ella. La mujer se mantuvo firme en su sitio, con el cuerpo tembloroso, pero sin desviar la mirada en ningún momento.

—Habla usted latín —dijo él.

Ella escupió a sus pies y curvó el labio con desprecio.

—Aprendimos sus malditas palabras de sus comerciantes, antes de que su gente nos traicionara y trajera a sus ejércitos.

Séneca ladeó ligeramente la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Dónde está el campamento más cercano?

La mujer soltó una risa amarga, un sonido áspero y quebrado.

—Reducido a cenizas —escupió—. Cientos de muertos. Mujeres y niños masacrados sin piedad.

Señaló hacia el horizonte con un gesto cargado de desdén.

—Ustedes, los romanos, son buenos para la destrucción, ¿no es así? Incendiar, matar, conquistar, ¿es esto lo que traen a Britania?

Séneca se dio la vuelta, sabiendo que no había nada que pudiera decir para mejorar la situación. Los Occultum reanudaron la

marcha, dirigiéndose tierra adentro, hacia los densos bosques que se extendían ante ellos. A sus espaldas, la mujer se apartó, con los hombros sacudidos por sollozos ahogados, mientras se arrodillaba junto a uno de los caídos.

Una hora más tarde, aproximadamente, Séneca alzó la mano para detenerse. El campamento se extendía ante ellos, envuelto en una sombría quietud que infundió un escalofrío en sus hombres. El humo aún se enroscaba en los restos calcinados de las cabañas, mezclándose con el hedor a ceniza, sangre y muerte. Los hombres se dispersaron al entrar, mientras sus botas crujían sobre la tierra abrasada. Cada paso revelaba nuevos horrores: cuerpos ennegrecidos, congelados en grotescas posturas de agonía, esparcidos entre los escombros.

Hombres, mujeres, niños y animales; no se había librado ninguno. El campamento, antaño próspero, era ahora un cementerio, un crudo testimonio del brutal tributo de la guerra. Séneca se ciñó más la capa para protegerse del viento, aunque poco hacía para resguardarlo del penetrante olor a muerte.

—Dispérsense —ordenó—. Busquen cualquier señal de que Veteranus haya podido pasar por aquí.

Sus hombres se movieron con cautela, pasando por encima de escombros y cadáveres mientras comenzaban la búsqueda. Era una tarea lúgubre, y todos sabían que probablemente sería en vano, pero continuaron. Sus ojos escudriñaban los restos, aguzando el oído para captar el más leve sonido que pudiera insinuar vida entre los muertos.

Séneca avanzó entre las ruinas, antes de detenerse junto a lo que una vez había sido el hogar de una familia, ahora reducido a maderos humeantes. Los restos esqueléticos de un perro yacían acurrucados entre las cenizas, y estaba a punto de darse la vuelta cuando el más leve de los sonidos rompió el opresivo silencio: un gemido débil y ahogado.

Se quedó helado, y su mano fue instintivamente a la empuñadura de la espada.

—¿Han oído eso? —preguntó.

Marcus y Cassius se detuvieron, girando la cabeza hacia el ruido. Otro gemido llegó a sus oídos, esta vez más fuerte, procedente de los restos de una cabaña a pocos pasos de distancia. Séneca le hizo un gesto a Talorcan para que se uniera a él.

La cabaña era poco más que un montón de madera y paja derrumbado, con las paredes carbonizadas y desmoronadas. El sonido se repitió, un ruido desesperado y lastimero. Séneca hizo un gesto y los hombres comenzaron a retirar los escombros, arrojando a un lado tablones rotos y paja quemada.

Al descubrir los restos de una pared, encontraron a un hombre tendido entre los escombros, con las muñecas atadas con una cuerda tosca y el rostro surcado de hollín y sangre seca. Tenía los ojos desorbitados por el terror y el alivio al mirarlos.

—Por favor —graznó con voz quebrada y débil—. Por favor, dense prisa.

—Es romano —dijo Marcus—. Podría ser el mensajero.

Séneca cogió su daga y cortó las cuerdas que ataban las muñecas del hombre, y luego lo ayudó a incorporarse. El hombre jadeó de dolor al moverse, con el cuerpo temblando por el agotamiento y la intemperie.

—Tenga —dijo Séneca, pasándole una bota de agua al hombre—. Beba despacio.

El hombre bebió con avidez, atragantándose ligeramente cuando el agua le llegó a la reseca garganta. Cuando bajó la bota de agua, los miró con ojos desorbitados y desesperados.

—Gracias —susurró—. Gracias.

—¿Quién es usted? —preguntó Séneca.

—Me llamo Varro —respondió—. Me enviaron aquí con un mensaje. —El hombre respiró hondo, con un temblor, y las manos aún le tiritaban.

—¿Lo envió alguien de Roma?

—Así es —dijo Varro—, pero no tengo conocimiento de cuál era el mensaje. Estaba escrito en una lengua que no entiendo.

—¿Dónde está ahora?

—Lo quemó un hombre que vino a buscarme. Un hombre peligroso con la muerte grabada en el alma. Mató a mi escolta.

—¿Cuál era su nombre, el del hombre que mató a sus guardias?

—Se hacía llamar Veteranus —fue la respuesta—, y espero que su cuerpo ya se esté pudriendo en alguna parte.

Séneca se quedó mirando al hombre, dándose cuenta de que era aquel del que Veteranus le había hablado.

—¿Cuál fue su papel en esto? —preguntó Séneca—. ¿Qué sabía usted del complot?

El hombre negó débilmente con la cabeza.

—¿Qué complot? Mi única tarea era reunirme aquí con un hombre para entregarle un mensaje. Eso era todo.

Séneca entornó los ojos con aire amenazador.

—¿Y espera que me crea eso?

—Es la verdad —dijo Varro con voz áspera—. Se lo juro. El hombre con el que debía encontrarme... llegó tarde. Entonces apareció Veteranus y me robó el documento que llevaba. Cuando llegaron a recoger el mensaje, Veteranus se hizo pasar por mí y, en la confusión, le creyeron. Es lo último que vi de él.

—¿Dónde están ahora? ¿Adónde fue Veteranus?

—No lo sé —dijo Varro—. Mi tarea terminaba aquí, en esta aldea. Lo que ocurriera después... no sé nada de eso. Se lo juro.

Séneca le sostuvo la mirada un largo rato, sondeando con su instinto cualquier señal de engaño. Pero lo único que vio fue miedo y desesperación. Si la historia del hombre hubiese tenido algo más, Séneca lo habría visto en sus ojos.

—Dice la verdad —dijo, volviéndose hacia el resto de sus hombres—. Veteranus estuvo aquí, pero ya se ha marchado.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Cassius.

—El rastro termina aquí —dijo Séneca—. No hay nada más que podamos hacer. Regresaremos a la fortaleza y nos coordinaremos con los demás. Una vez allí, decidiremos qué es preciso hacer. Vámonos.

El Occultum se reagrupó, dejando que Varro buscase más ayuda entre los muchos romanos que ahora patrullaban la zona, y regresaron por donde habían venido.

Cuando llegaron a la orilla del río, la escena era de una lúgubre laboriosidad. Miles de soldados romanos estaban llegando, tropas de refresco listas para asegurar el territorio conquistado y limpiar el campo de batalla. Los muertos yacían amontonados, con los rostros contraídos en una agonía eterna y los cuerpos hinchados y apestosos. Ardían fuegos por todo el campo, consumiendo los cadáveres en grandes piras que enviaban columnas de humo grasiento hacia el cielo.

Los hombres trabajaban sin descanso, arrastrando cuerpos, apilando escudos y enterrando a los caídos. El chocar de las palas contra la tierra era incesante, una percusión sombría que resonaba al otro lado del río mientras Séneca y sus hombres se detenían brevemente, asimilando la magnitud de las secuelas.

—Se ha acabado —dijo Talorcan.

Séneca lo miró, con expresión indescifrable.

—Esta batalla ha terminado —dijo con rotundidad—. Pero la invasión no ha hecho más que empezar. Habrá muchos más días como este.

A pesar de su lealtad a Roma, Séneca sabía que su cometido no estaba en esta sombría operación de limpieza, ni siquiera en las batallas que aún estaban por librarse. Las legiones asegurarían el territorio, combatirían al enemigo, pero la tarea del Occultum era muy diferente. Eran una fuerza en la sombra, que trabajaba al margen de las filas y la jerarquía. Esta matanza, este funesto cálculo de la conquista, no formaba parte de su misión.

Los hombres se dieron la vuelta para iniciar la marcha lejos del campo de batalla. Sus pensamientos se volvieron hacia su interior, su atención se desvió de la carnicería que dejaban atrás hacia lo que les aguardaba.

La marcha de vuelta al fuerte fue extenuante, no por la distancia o el terreno, sino por el flujo constante de soldados romanos que se dirigían en sentido contrario. Legionarios con cara de novatos, con las armaduras pulidas y el ánimo por las nubes, caminaban con paso pesado hacia el río en largas columnas, ajenos a los horrores que les esperaban en el campo de batalla.

La visión de Séneca y sus hombres, sucios, sin afeitar y con el cansancio de días pasados en la naturaleza, atraía miradas y, más a menudo, burlas.

—¿Quién ha dejado pasar a los pordioseros? —gritó un soldado, provocando las risas de sus camaradas.

—¿Os habéis perdido en el bosque, muchachos? —gritó otro, sonriendo con suficiencia al pasar a su lado.

Séneca los ignoró, con una expresión dura como la piedra. Sus hombres caminaban en silencio, con la cabeza bien alta a pesar de los insultos que les lanzaban. No tenían ningún interés en justificarse ante los reclutas novatos que pronto aprenderían el precio de la guerra.

Cuando llegaron al fuerte, el sol se hundía en el horizonte, proyectando largas sombras sobre las empalizadas. Los guardias de la puerta apenas les echaron un vistazo al entrar; el flujo constante de hombres hacía que su regreso pasara desapercibido. En el interior, el campamento bullía de actividad. Las tropas se preparaban para la siguiente fase de la campaña, mientras pasaban carros cargados de suministros y equipo.

Séneca guio a sus hombres directamente a las tiendas de los médicos, con el pensamiento fijo en reunirse con Falco y Sica. La zona estaba abarrotada; los gemidos de los heridos se mezclaban con las órdenes ladradas de los médicos apurados. El hedor a sangre y sudor flotaba denso en el aire, y había catres improvisados hacinados en cada espacio disponible.

Llegaron a la tienda donde habían dejado a Falco, pero cuando Séneca apartó la lona, la ocupaba otro hombre, de rostro pálido y con una pierna entablillada y vendada. Séneca frunció el ceño con fuerza, y la inquietud que lo carcomía desde su regreso se intensificó.

—Esta era su tienda —masculló, saliendo y recorriendo con la mirada las hileras de catres—. ¿Dónde están?

El grupo empezó a preguntar por los alrededores, deteniendo a médicos y ayudantes en busca de alguna pista. La mayoría negaba con la cabeza o se encogía de hombros, demasiado ocupados para

prestarles mucha atención. No fue hasta casi media hora después cuando un medicus se detuvo a observarlos.

—¿Buscan ustedes al grandullón de mal carácter y al hombre más menudo de mirada ausente? —preguntó.

—Esos mismos —respondió Séneca—. ¿Dónde están?

El médico le entregó a Séneca un trozo de pergamino doblado, manchado de tierra y sellado con simple cera de vela.

—Le han dejado esto —dijo el medicus—. Ahí encontrará su respuesta.

Séneca frunció el ceño mientras rompía el sello y desdoblaba la nota. La escritura era apresurada, pero clara. Todo lo que decía era:

Séneca,
Reúnete con nosotros en El Toro sin Cuernos tan pronto como puedas.

Falco y Sica

Séneca leyó la nota dos veces antes de doblarla y arrojarla a un fuego cercano. Los hombres a su alrededor esperaron en tenso silencio hasta que él finalmente levantó la vista.

—Se han marchado —dijo finalmente—. Y nosotros también tenemos que irnos.

Los demás intercambiaron miradas de inquietud.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marcus—. Es imposible que Falco estuviera listo para moverse.

—No lo sé —dijo Séneca—. Pero fuera lo que fuese, los ha hecho marcharse deprisa. Partiremos en el próximo barco disponible.

A pesar del cansancio y de sus cuerpos maltrechos, ninguno de ellos cuestionó la decisión. Siempre habían sido herramientas de Roma, moviéndose adonde se les necesitaba, respondiendo sin vacilar sin importar las circunstancias. Y aunque la lucha por Britania no había hecho más que empezar, esta situación no era diferente.

Capítulo Cuarenta y Dos

Isla de Mona

La caverna estaba en silencio, salvo por el leve goteo de agua del lejano techo, cuyo sonido ocasional resonaba suavemente en las paredes rocosas. Veteranus estaba sentado en el frío suelo de piedra, con las cadenas aún sujetándole las muñecas, pero su mente estaba ahora más despejada, ya no nublada por las potentes drogas que lo habían abrumado.

Frente a él, Mordred estaba encaramado en el mismo taburete de antes, con su capa de plumas de cuervo brillando a la tenue luz. La expresión del druida era indescifrable, pero sus ojos ardían con intensidad.

—¿Empieza a comprender ahora, romano? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza—. La verdad sobre César, sobre su hijo, sobre el linaje que dejó. La verdad sobre lo que somos.

Veteranus lo miró fijamente, apretando los puños mientras tiraba ligeramente de las cadenas.

—Veo que forma parte de esta... secta —dijo lentamente, uniendo los fragmentos de las revelaciones anteriores de Mordred—. Creo que usted se cree descendiente de César; que tiene algún derecho divino a gobernar.

Mordred asintió, sin apartar la mirada.

—No es una creencia, romano. Es conocimiento. Nuestros antepasados aseguraron la supervivencia del legado de César mediante la astucia, la fuerza y la paciencia. A lo largo de muchos años, nos hemos situado en posiciones de poder: jefes, druidas, líderes de guerra. Siempre en la sombra, manipulando, guiando y esperando con paciencia el momento oportuno para atacar.

—¿Y ahora cree que ha llegado ese momento? —dijo Veteranus.

La sonrisa de Mordred se ensanchó ligeramente, un destello de triunfo en su expresión.

—Roma se expande en demasía. Sus legiones están aquí, luchando por subyugar una tierra que no comprenden. El Senado está fracturado por la ambición; sus líderes, cegados por la codicia. El caos es inevitable y, donde hay caos, hay oportunidad, la oportunidad de restaurar el linaje de César a su lugar legítimo, no como un gobernador de una provincia o un gobernante olvidado de tribus lejanas, sino como el poder supremo del imperio. Roma nunca debió ser gobernada por hombres comunes. Nos pertenece.

—Está loco —escupió Veteranus—. Incluso si lo que dice sobre César es cierto, se aferra usted a sombras.

—No nos subestime, romano —interrumpió Mordred—. No estamos solos en esto. Incluso ahora, hay quienes dentro de su imperio ven la verdad de nuestra causa. Hombres de poder, de influencia, que comprenden que el orden actual no puede durar.

Veteranus sintió el peso de las palabras de Mordred oprimiéndole como un torno. Si sus afirmaciones eran ciertas, no se trataba de una simple rebelión: era un complot vasto e insidioso que llegaba hasta el corazón del imperio, una red de engaño y ambición que se extendía por el mundo conocido. Había hombres en los pasillos del poder que formaban parte de esto, conspirando en la sombra, vinculados de algún modo al hombre que estaba sentado ante él. Miró a Mordred, con una expresión mezcla de incredulidad y determinación. A pesar de las cadenas que lo ataban al suelo de la caverna, a pesar de las abrumadoras probabilidades en su contra, un pensamiento ardía en su mente: tenía que escapar, tenía que volver a Roma y advertirles. Esta conspiración era demasiado vasta, demasiado peligrosa para ignorarla.

Mordred se echó hacia atrás, con la mirada tranquila y satisfecha, como si pudiera ver la tormenta que se desataba en la mente de Veteranus.

—¿Lo comprende ahora? —preguntó en voz baja—. La verdad de lo que somos. La inevitabilidad de lo que está por venir.

—Comprendo que es usted un loco con delirios de grandeza —dijo Veteranus—. Pero ha habido muchos como usted antes, y muchos como usted probablemente vendrán cuando ya hayamos

muerto. Lo que no comprendo es por qué me ha traído aquí y me permite seguir con vida.

—Se cree usted leal —dijo Mordred con un suspiro, poniéndose en pie—. Un hombre que sirve al imperio sin rechistar. Pero dígame, romano, ¿cuánto sabe realmente del imperio al que sirve?

—Sé lo suficiente como para saber que no me gusta —dijo Veteranus—, pero, a diferencia de usted, eso no me convierte en un traidor.

Mordred se rio suavemente, negando con la cabeza.

—Lo suficiente para marchar adonde le ordenan. Lo suficiente para morir por hombres cuyos nombres apenas conoce. Pero no lo suficiente para ver el mundo como es en realidad. Por eso está usted aquí, Veteranus, y por eso, a pesar de la facilidad con la que podría haberlo hecho matar, le he permitido vivir.

Veteranus entrecerró los ojos.

—¿Cree que me conoce? —gruñó.

—Claro que *lo conozco* —gritó Mordred, inclinándose hacia delante, con su mirada penetrante clavada en la de Veteranus—. Cuando mis espías en Roma me informaron de que habían enviado a un hombre para destapar los rumores de una conspiración, sentí curiosidad. Indagué más a fondo, curioso por conocer la identidad de ese hombre. Imagínese mi asombro, mi *deleite*, cuando descubrí la verdad.

Veteranus sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Y cuál sería esa verdad?

Mordred echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada hacia el techo, una reacción histriónica que le provocó un escalofrío a Veteranus. Instantes después, se detuvo en seco y volvió a mirar fijamente a su prisionero encadenado.

—¿Se ha cuestionado alguna vez su pasado, romano? —preguntó—. ¿Quién es?, ¿de dónde viene?, ¿o se ha contentado con creer las mentiras que le contaron quienes lo criaron y le dieron órdenes?

El ceño de Veteranus se frunció aún más.

—Mi pasado no es asunto suyo.

—Oh, pero sí que lo es —replicó Mordred—. Dígame, Veteranus, ¿lleva alguna marca en el cuerpo? ¿Algún símbolo, algo de tinta..., cualquier cosa que pudiera insinuar su linaje?

Veteranus titubeó, sorprendido por la pregunta.

—Un tatuaje —admitió a regañadientes—. En el hombro. Una araña. Lo tengo desde que era un niño.

La sonrisa de Mordred se ensanchó, con una expresión de revelación triunfal.

—Ah, la araña —murmuró—. La telaraña. Qué apropiado. Una marca transmitida por su linaje, un símbolo de conexión, de poder quizá, de secretos entretejidos a lo largo de generaciones.

Veteranus lo miró fijamente, con la confusión y la inquietud oprimiéndole el pecho.

—Es solo un tatuaje —dijo con firmeza—. No significa nada.

La sonrisa de Mordred se acentuó y el brillo de sus ojos se tornó afilado y depredador al ver a Veteranus retorcerse. La agitación del prisionero crecía a cada momento que pasaba, y su compostura se desmoronaba bajo el peso de las crípticas palabras del druida.

—Dice que es una araña —dijo—, pero no lo es, ¿verdad?

Veteranus frunció el ceño y las cadenas tintinearon cuando se movió, incómodo.

—Será un escarabajo, entonces. Estaba borracho cuando me lo hice; una estupidez de hace años en Roma. Gané un denario de plata y dejé que un artista de mala muerte me lo grabara en el hombro.

—¿Un denario de plata? —repitió Mordred—. Y dígame, Veteranus..., ¿recuerda al hombre que le dio esa moneda? ¿Al que lo desafió a marcarse?

Veteranus frunció el ceño, el recuerdo se le escapaba de la mente como una sombra. Apenas podía recordar más que el brillo de la moneda a la luz de una lámpara y la risa burlona de un desconocido.

—No —admitió a regañadientes—. Era solo un hombre. Un desconocido.

Mordred asintió lentamente, con expresión inescrutable. Se acercó más, rodeando a Veteranus con pasos deliberados.

—Entonces déjeme mirar —dijo en voz baja—. Déjeme ver ese... escarabajo.

Veteranus se puso rígido cuando Mordred se detuvo detrás de él. El silencio del druida era desconcertante, y cada segundo se alargaba como una eternidad mientras permanecía allí. Veteranus podía sentir la mirada de Mordred, penetrante e intensa, clavada en el tatuaje de su hombro.

Finalmente, Mordred volvió a situarse frente a él. Al principio no dijo nada, observando a Veteranus con una expresión indescifrable que solo ahondó la frustración del soldado.

—¿Qué es? —espetó Veteranus—. ¿A qué está jugando?

Los labios de Mordred se torcieron en una leve sonrisa desprovista de humor.

—Su tatuaje no es un escarabajo normal, romano —dijo—. Es un escarabeo. ¿Sabe lo que es?

El ceño de Veteranus se frunció aún más, mientras su mente aún trataba de recomponer los fragmentos de las palabras de Mordred.

—No —dijo con un suspiro de frustración—. ¿Por qué importa?

—Importa —dijo Mordred—, porque es la marca de nuestro linaje. De nuestra familia.

Las palabras golpearon a Veteranus como un mazazo. Se quedó mirando a Mordred, con la incredulidad y la ira debatiéndose en su interior.

—¿Familia? —escupió—. Está usted loco. Yo no soy uno de los suyos.

La mirada de Mordred se endureció y la leve sonrisa se desvaneció de sus labios. Sin mediar palabra, se giró, y su capa de plumas de cuervo se deslizó de un hombro. Allí, grabado en su pálida piel, había un tatuaje idéntico, un escarabajo, trazado con las mismas líneas toscas pero nítidas.

A Veteranus se le cortó la respiración. Se quedó mirando, incapaz de apartar la vista de la marca que reflejaba la suya. Su

mente se aceleró, luchando por asimilar la imposibilidad de lo que estaba viendo.

—No —susurró, negando con la cabeza—. Esto es un truco. Una mentira.

Mordred se volvió para encararlo, con una expresión sombría e inflexible.

—No es ni lo uno ni lo otro —dijo—. Le guste o no, Veteranus, es usted uno de los nuestros. Lleva usted la sangre de una familia que ha existido en las sombras durante generaciones, una familia que ha forjado imperios, derrocado a reyes y que ahora está lista para reclamar el lugar que le corresponde en el corazón mismo de Roma.

El mundo de Veteranus se tambaleó; el peso de la revelación lo oprimía con una fuerza aplastante. No podía hablar, no podía pensar. Sentía que toda su vida, su lealtad a Roma, su propio sentido de la identidad, se le escurría entre los dedos, deshaciéndose ante las palabras de Mordred.

—Puede usted combatirlo —prosiguió Mordred con suavidad —. Puede gritar sus negaciones y aferrarse a sus ilusiones de lealtad. Pero la verdad lo consumirá, Veteranus. Siempre lo hace. Y cuando lo haga, verá que el colapso de Roma es inevitable... y que usted tiene un papel que desempeñar en él.

—*¡No!* —rugió Veteranus, y sus cadenas sonaron con violencia mientras forcejeaba—. *¡No* soy uno de los suyos! *¡Soy romano! ¡Sirvo a Roma!*

Mordred no dijo nada; observaba en silencio cómo Veteranus se revolvía y gritaba, llenando la caverna con sus alaridos como el lamento de un animal herido. Se dio la vuelta y caminó hacia el borde de la caverna, con su capa de plumas de cuervo arrastrándose tras de sí. Se detuvo en el umbral y volvió la vista hacia el hombre encadenado, que ahora colgaba de sus grilletes, con el pecho agitado por respiraciones entrecortadas.

—Los secretos han empezado a desvelarse, Veteranus —dijo finalmente—, y lo acepte usted o no, forma parte de ellos. Con el tiempo, verá que su lugar está aquí, con nosotros.

Dicho esto, Mordred desapareció en las sombras, dejando a Veteranus solo en la caverna. Su mente daba vueltas, dividida entre la furia, la incredulidad y un miedo creciente e insidioso. Las cadenas se le clavaban en las muñecas mientras tiraba de ellas, gritando su desafío en la oscuridad.

Pero incluso cuando el eco de su voz se desvaneció, la horrible verdad persistió, hincando sus garras en su mente. En el fondo, sabía que las palabras de Mordred, por muy absurdas e imposibles que parecieran, tenían un peso terrible. La conspiración era real. Y de algún modo, contra toda lógica, él formaba parte de ella.

A medida que sus gritos se extinguían en el silencio, la caverna pareció cerrarse a su alrededor; las sombras observaban, aguardando, mientras muy arriba la lluvia seguía goteando por el techo mellado, cada gota un frío recordatorio de la batalla que estaba por llegar.

Epílogo

Constantinopla

Los sones de las risas y la música llegaban a través de la puerta arqueada, un eco vivaz del festín que continuaba en el interior. El aire, cargado del aroma de carnes asadas, hierbas frescas y vino dulce especiado, portaba una calidez lánguida que suavizaba las afiladas líneas de las columnas de mármol y los frescos dorados. Más allá del salón del banquete, bajo un cielo iluminado por la luna, Scribonianus salió a la veranda con el paso lento y seguro de un hombre que había recuperado la comodidad.

—¡Por los dioses! —masculló mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza—. Había olvidado lo buena que podía ser la vida.

Tito Flavio Crispo, el tribuno que lo había acompañado durante los oscuros días en Dalmacia, lo seguía de cerca. De hombros anchos y cubierto de cicatrices por años de guerra, parecía fuera de lugar con su túnica ricamente bordada. Pero aquella noche, incluso él se había relajado al compás de la conversación distendida, el murmullo de la forja de alianzas y los cuidadosos gestos de la recuperación política. Llevaba dos copas de vino, cuyos bordes dorados refulgían débilmente a la luz de la luna.

—Toma —dijo, entregándole una a Scribonianus—. Dice el anfitrión que es de un viñedo cercano a Massilia. Solo por esto ha merecido la pena sobrevivir.

Scribonianus rio entre dientes y se dejó caer en una de las sillas acolchadas de la veranda. Dio un sorbo, dejando que el vino se demorara en su lengua. Era, en efecto, exquisito, más rico y suave que nada que hubiera probado en años. El tribuno se sentó a su lado con un gruñido de satisfacción, su pesado cuerpo hundiéndose en la silla como si nunca fuera a abandonarla.

—Así es como deberían vivir los hombres —dijo finalmente Scribonianus, haciendo girar el vino en su copa mientras

contemplaba la oscura extensión del mar. La luz de la luna centelleaba sobre las suaves olas, cuyo rítmico romper contra la orilla, allá abajo, resultaba tranquilizador, casi hipnótico.

—Cuesta creer que no hace tanto comíamos pan duro y dormíamos en el suelo —replicó el tribuno. Su tono era ligero, pero algo en su mirada delataba una reflexión más profunda, recuerdos de la huida de Dalmacia, del viaje apresurado y de los susurros de traición que los habían perseguido por todo el imperio.

Scribonianus suspiró, y el peso del pasado rozó brevemente el presente antes de que lo apartara con una leve sonrisa.

—Todo hombre tropieza, amigo mío. Nosotros simplemente caímos con más fuerza que la mayoría. —Alzó su copa en un simulacro de brindis—. Pero míranos ahora, a salvo, recuperados y al borde de algo más grande.

El tribuno gruñó y dio otro sorbo.

—Sí. A salvo por ahora.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, teñidas de un atisbo de cautela, un recordatorio de que la seguridad era una compañera voluble. Scribonianus echó la cabeza hacia atrás, contemplando el cielo despejado de la noche. La luna colgaba en lo alto, pesada y brillante sobre la ciudad, y su luz plateada se derramaba sobre los tejados y las cúpulas de Constantinopla. Desde su posición privilegiada, el mar resplandecía como si estuviera cubierto de cristal fundido, con las lejanas siluetas de los barcos iluminados por la luna apenas visibles en el horizonte.

—Es extraño —murmuró Scribonianus—. Roma parece tan lejana desde aquí. El caos, las conspiraciones, todo. Es como si hubiéramos encontrado un rincón del mundo ajeno a tales cosas.

Tito esbozó una ligera sonrisa, con la mirada fija en el horizonte.

—El mundo siempre acaba por alcanzarte, Scribonianus. Incluso aquí.

Scribonianus rio suavemente y volvió a alzar la copa.

—Pues que lo haga. Por esta noche, bebemos. Nos sentamos bajo las estrellas y saboreamos el mejor vino que el mundo puede ofrecer. Que el mañana se ocupe de sí mismo.

El tribuno no dijo nada, pero una sonrisa asomó a la comisura de sus labios mientras se recostaba en la silla, con los hombros finalmente relajados. La música del salón del banquete creció débilmente a sus espaldas; las cuerdas y las flautas tejían una melodía de indulgencia y triunfo. En el interior, sus aliados reían, brindaban y se hacían promesas sobre pesadas bandejas y copas rebosantes.

Allí fuera, bajo la luna resplandeciente y con el mar extendiéndose infinitamente ante ellos, Scribonianus se permitió creer, por primera vez en meses, que lo peor había pasado. Apuró su copa, deleitándose con el calor del vino mientras se deslizaba por su garganta, y se acomodó más profundamente en su silla.

—Sí —murmuró para sí, con palabras que la brisa casi se llevó —. Que el mañana se encargue de sí mismo.

El tribuno lo estudió por un momento, con el ceño fruncido.

—A hombres como nosotros, el olvido nunca nos ha venido bien, Scribonianus. Es lo que *quieren* que hagamos.

Scribonianus se rio entre dientes, negando con la cabeza.

—Siempre tan cínico —replicó—, pero por eso te valoro, Titus. Ves las sombras donde otros ven la luz. Eres cauto, siempre lo cuestionas todo.

—Y tú —señaló el tribuno—, estás satisfecho. Demasiado satisfecho, si me preguntas a mí.

—¿Y por qué no habría de estarlo? —espetó Scribonianus—. Nos lo hemos ganado. Cada gota de vino, cada ápice de comodidad, nos lo merecemos. Lo sabes tan bien como yo.

El tribuno no dijo nada, sus dedos trazando el borde de su copa mientras contemplaba el mar. Tras una pausa, preguntó en voz baja:

—¿Y qué hay de nuestra seguridad? ¿Puedes mirarme a los ojos y decirme que estamos fuera del alcance de aquellos que nos querrían ver muertos?

Scribonianus rio suavemente, inclinándose hacia delante.

—*Puedo* —respondió—. Y *lo haré*. —Su expresión se tornó seria mientras gesticulaba con su copa, recalcando sus palabras—. Estamos bien protegidos, amigo mío. Los hombres que he reunido,

todos veteranos curtidos en la batalla, darían su vida antes de que nadie pudiera ponerme una mano encima. Tú conoces a estos hombres. Has luchado a su lado.

—Sé que son leales al dinero —masculló Titus.

—Al dinero, al vino, a las mujeres, sí —convino Scribonianus con facilidad—. Y les doy las tres cosas, en abundancia. La lealtad comprada sigue siendo lealtad mantenida, siempre que las recompensas sigan siendo generosas. Y me he asegurado de que lo sean. —Sonrió, con una confianza inquebrantable—. Hay oro suficiente para toda una vida, y más. Me encargué de ello antes de que huyéramos de Dalmacia. Cofres llenos, escondidos en cámaras acorazadas cuya existencia nadie más conoce. Joyas, monedas, títulos de propiedad... más riqueza de la que cualquiera de nosotros podría gastar en cien años.

El tribuno lo miró con recelo.

—Lo has pensado todo, ¿verdad?

—Siempre lo hago —replicó Scribonianus, encogiéndose de hombros ligeramente—. Además, todavía tengo mi red de informadores. Ojos y oídos en el Senado, hombres que me deben favores que no se atreven a ignorar. Si tan solo un susurro de complot contra nosotros se agita en Roma, lo sabré antes de que hayan terminado de hablar.

El tribuno exhaló lentamente, relajando la postura.

—¿Y el emperador? ¿Has pensado en su alcance? Puede que Claudio no sea tan débil como creíamos.

Scribonianus bufó, agitando una mano con desdén.

—Claudio es un imbécil apuntalado por la suerte y los sicofantes. El Senado lo sabe. Las legiones lo saben. Simplemente, fallamos en la elección del momento, nada más. Pero aún tenemos amigos, hombres de poder, hombres que piensan como nosotros. Roma no puede prosperar bajo el gobierno de un necio. Tarde o temprano, los vientos cambiarán, y cuando lo hagan... —Sonrió, una sonrisa de depredador, afilada y segura—. Estaremos listos.

El tribuno lo observó, buscando cualquier señal de duda, pero no había ninguna. Scribonianus se recostó en su silla, con los hombros relajados y los rasgos suavizados por la luz de la luna. Por

primera vez en meses, las líneas de tensión y preocupación se habían desvanecido de su rostro, reemplazadas por la tranquila certeza de un hombre que se creía intocable.

—Ha sido un largo camino —murmuró Scribonianus, con la mirada de nuevo perdida en el mar—. Unos cuantos traspiés, un puñado de meses difíciles... pero hemos salido fortalecidos. Estoy rodeado de aliados, mi fortuna asegurada, mis enemigos lejos y sin saber nada. La vida, amigo mío, es buena.

El tribuno suspiró, permitiéndose finalmente relajarse en la silla. Levantó su copa en un brindis reticente.

—Por la vida, entonces.

—Por la vida —repitió Scribonianus, alzando su copa con una sonrisa de satisfacción.

Ahora el vino sabía aún más dulce, una recompensa por las pruebas superadas. En aquel instante, se sintió intocable, invencible. El dominio del imperio había flaqueado. Las sombras de la traición y la huida no eran ahora más que recuerdos lejanos, y el futuro era suyo para conquistarlo. Y, por primera vez en meses, estaba seguro: estaba a salvo.

Ambos hombres apuraron sus copas y los últimos posos de vino se deslizaron por sus gargantas como si de terciopelo se tratase. Escriboniano se relamió satisfecho y se puso en pie con un movimiento pausado, con la confianza intacta. El tribuno lo siguió, dejando su propia copa en la mesita que tenía a su lado. Desde el interior de la villa, los sonidos del jolgorio se habían vuelto más ruidosos: carcajadas de borrachos, el trino de las flautas y las agudas risitas de las mujeres se mezclaban con el tintineo de bandejas y copas. Sus camaradas, sin duda, ya estaban muy bebidos, mientras las prostitutas contratadas los entretenían de maneras tan familiares como vulgares.

—¿Volvemos? —preguntó Escriboniano con una leve sonrisa —. No querremos que piensen que hemos abandonado nuestro propio festín.

El tribuno no respondió. Miraba fijamente al otro lado del jardín bañado por la luna, con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Escriboniano frunció el ceño y giró ligeramente la cabeza.

—¿El qué?

—Ahí mismo. —El tribuno alzó una mano y señaló hacia los arbustos ornamentales que bordeaban un lado del jardín. Las hojas susurraron débilmente con la brisa y sus bordes plateados reflejaron la luz de la luna.

Escriboniano entrecerró los ojos. No vio nada. Ningún movimiento, ninguna sombra, solo el bien cuidado jardín meciéndose suavemente con el cálido viento.

—Ahí no hay nada —masculló, aunque un pequeño aguijón de inquietud le recorrió la nuca.

—¿Estás seguro? —insistió el tribuno, con la mirada fija en el mismo punto.

Escriboniano suspiró, medio exasperado, medio divertido.

—Por los dioses, hombre. ¿Acaso somos niños que se asustan de las sombras? —Avanzó sin vacilar, y el ligero sonido de sus sandalias retumbó contra el frío mármol. Recorrió los pocos pasos que lo separaban del borde de la terraza y apoyó las manos con indolencia en la balaustrada mientras escudriñaba la oscuridad que se extendía a sus pies. El jardín descendía suavemente hacia el mar, con sus setos bien cuidados y sus estatuas pulcramente dispuestas, ahora medio engullidas por la noche. El leve graznido de una gaviota lejana llegó desde el agua, transportado por la brisa, pero no se oía nada más. Las sombras estaban vacías. Los arbustos estaban quietos.

—No veo nada —dijo Escriboniano, volviéndose con una sonrisa burlona—. Creo que has bebido demasiado...

Las palabras murieron en sus labios cuando, de repente, el tribuno se abalanzó sobre él y lo empujó contra la balaustrada. Un destello de acero brilló a la luz de la luna antes de que una daga se hundiera hacia arriba, deslizándose entre las costillas de Escriboniano hasta lo más profundo de su corazón.

Escriboniano jadeó, un sonido agudo y entrecortado que hizo añicos el silencio. Su cuerpo se arqueó y sus dedos se aferraron a la túnica del tribuno como para apartarse del dolor, pero ya era

demasiado tarde. La hoja giró y la agonía estalló en su pecho como fuego.

Sus ojos desorbitados se encontraron con los del tribuno, buscando desesperadamente respuestas que nunca llegarían. La traición era tan brutal como la daga, su filo más cortante que cualquier herida. Aquel hombre, su camarada, su más antiguo y fiel amigo, se había vuelto contra él. Por un momento, Escriboniano solo pudo mirar, con la boca moviéndose sin emitir sonido alguno y la respiración entrecortada en breves y superficiales jadeos.

El tribuno lo mantuvo firme, sin alterar la expresión.

—Nadie es intocable, mi viejo amigo —dijo—, y siempre hay alguien dispuesto a pagar más.

Escriboniano cayó de rodillas; las fuerzas lo abandonaban mientras la oscura niebla de la muerte le cubría la visión. Sus manos temblaron, agarrando débilmente la empuñadura de la daga, pero le faltó fuerza para arrancársela. El dolor era insoportable, su corazón un núcleo de agonía al rojo vivo que le palpitaba en el pecho con cada latido que se desvanecía.

El tribuno retrocedió, dejando que el cuerpo del gobernador se desplomara hacia delante. El rostro de Escriboniano se contrajo por la incredulidad y la agonía, y sus labios se separaron en un último y ahogado jadeo. Su mundo se redujo al borde resplandeciente de la terraza, al mármol frío ahora resbaladizo bajo sus palmas y a la oscura silueta del hombre en quien había confiado su vida. La niebla se espesó. Su corazón desfalleció. Entonces, de repente, el mundo enmudeció.

Desde la villa, el sonido de las risas continuaba sin cesar, y el lejano júbilo era ahora un acompañamiento grotesco para la escena de la terraza. Nadie había oído nada. Los guardias permanecerían en sus puestos, ajenos a todo; el vino seguiría corriendo, las mujeres cantando, y el imperio seguiría siendo lo que siempre había sido, erigido sobre los huesos de los ambiciosos y los traicionados.

Poniéndose en pie, limpió la hoja en su túnica y la guardó de nuevo bajo el cinto. Lanzó una última mirada al cuerpo de Scribonianus, ahora pálido e inmóvil bajo las estrellas, antes de volverse hacia la entrada arqueada que salía del jardín. Le quedaba

una cosa más por hacer antes de poder regresar a Roma como un hombre rico y libre.

Más allá de los terrenos de la villa, un estrecho sendero serpenteaba colina abajo hacia el pueblo. El tribuno mantuvo la cabeza gacha, con la capa ceñida a los hombros mientras descendía en la oscuridad. El silencio solo lo rompía el suave crujido de la grava bajo sus botas y la ocasional y lejana llamada de un ave nocturna. Cuando llegó a las afueras del pueblo, un muchacho, de no más de dieciséis años, salió de entre las sombras junto al establo.

—Llegas tarde —masculló el mozo de cuadra—. Tengo que irme a casa. —A su lado había un caballo, ensillado y listo, cuyo aliento formaba un ligero vaho en el aire fresco. El muchacho sujetaba las riendas sin apretar, con la mirada nerviosa clavada en la colina, hacia la villa.

El tribuno ignoró el comentario y se metió la mano en la túnica para sacar una pequeña bolsa de cuero. Se la arrojó al muchacho, y las monedas de su interior tintinearon suavemente.

—Lo has hecho bien. Coge tu paga y no digas nada de esta noche.

El mozo de cuadra cogió la bolsa y, sin mediar más palabra, se escabulló de nuevo entre las sombras, dejando que el tribuno montara el caballo.

El animal se movió bajo su peso, y sus cascos golpearon levemente el suelo cuando lo hizo girar para alejarlo de la colina y de la villa, cuyo dorado resplandor era ya una mancha lejana a su espalda.

Titus cabalgó toda la noche, con la luna guiando su camino mientras el paisaje se desplegaba en campos, bosques y suaves colinas onduladas. La villa, el cadáver, la traición, todo quedó atrás, engullido por la oscuridad. El ritmo de los cascos del caballo llenaba el aire inmóvil, un compás constante que se acompasaba con la firme determinación que sentía en el pecho.

Por la mañana, cuando las primeras luces del alba se derramaban por el horizonte, llegó a un pequeño pueblo pesquero

junto al mar. Era un lugar tranquilo y discreto donde los extraños podían ir y venir sin llamar la atención. El olor a sal y a pescado impregnaba el aire, mezclándose con el leve humo de las hogueras matutinas.

El tribuno desmontó frente a un establo en las afueras del pueblo. Salió el encargado, un hombre mayor de espalda encorvada y rostro curtido por el sol, que se limpiaba las manos en un trapo mugriento. Sin hacer preguntas, tomó las riendas cuando el tribuno le entregó una moneda de plata.

—Me alojaré en la taberna —dijo—. Si alguien viene a buscarme, envíelo a otra parte y me aseguraré de que reciba una buena paga. ¿Entendido?

Le arrojó al hombre unas cuantas monedas de más por su silencio y luego se dirigió a la taberna. El letrero de madera sobre la puerta crujía con la brisa matutina, sus letras desvaídas casi ilegibles. Dentro, la estancia olía a cerveza rancia y a pescado, y su oscuro interior estaba vacío, a excepción de una mujer de aspecto cansado que barría cerca del hogar. Pagó a la posadera el precio acordado y, sin esperar, se dirigió a una habitación en la parte trasera del edificio.

El día pasó lentamente, y el tribuno permaneció confinado en la pequeña habitación, con los postigos corridos para protegerse de las miradas indiscretas del pueblo. Comió una frugal ración de pan y carne fría que le trajo la esposa del posadero y pasó el resto del tiempo paseando por el reducido espacio. De vez en cuando, se sentaba en el borde de la cama y afilaba la hoja que había matado a Scribonianus; el rítmico raspar de la piedra de afilar contra el acero llenaba el silencio, pero sus pensamientos eran claros y firmes, sin atisbo de culpa ni vacilación.

Para cuando cayó la noche, el pueblo se había animado. Pescadores, jornaleros y mercaderes llenaban la taberna, con sus voces altas por la bebida y sus risas ásperas. Finalmente, supo que había llegado el momento y entró para unirse a la multitud, y el peso de su presencia se perdió entre el humo y el ruido de la abarrotada estancia.

Se detuvo en la puerta, recorriendo el espacio apenas iluminado con ojos expertos. Los hombres se apiñaban en grupos, con las cabezas inclinadas en plena conversación, mientras que otros pedían más bebida a gritos. En una mesa del rincón más alejado, un hombre estaba sentado solo, encapuchado y encorvado sobre una copa, con el rostro oculto en la penumbra.

Al tribuno se le entornaron los ojos al reconocer al hombre que se le había acercado inicialmente con la propuesta. Sin dudarlo, cruzó la sala, sus botas pisando con sigilo las desiguales tablas del suelo, y se sentó enfrente, haciendo crujir la madera bajo su peso.

Durante un instante, los dos hombres se observaron en silencio. A su alrededor, la vida en la taberna continuaba: chocaban las jarras, rugían las voces y los dados repiqueteaban contra los tableros de las mesas, pero en aquella mesa, el mundo parecía extrañamente quieto. El hombre encapuchado alzó su copa y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—He oído que ha estado usted ocupado.

El tribuno se reclinó un poco, con el rostro inexpresivo.

—Está hecho.

El encapuchado asintió y dio un sorbo lento a su vino.

—Bien. Ha hecho un buen trabajo —repuso mientras metía la mano en su capa y sacaba una bolsa de cuero repleta de monedas. La deslizó sobre la mesa—. El pago por los servicios prestados hasta ahora. Habrá más, por supuesto, cuando las aguas vuelvan a su cauce.

El tribuno miró la bolsa, pero no la cogió de inmediato.

—No me importa el dinero. Me importa lo que viene después. Mi indulto.

—Ya está firmado —dijo el hombre—. Use este dinero para desaparecer durante un mes o así y luego búsqueme en Roma. Todo estará en su sitio y se convertirá en un hombre muy influyente y rico. —Se inclinó hacia delante y sirvió al tribuno otra generosa medida de vino; el intenso líquido carmesí chapoteó suavemente en la taza de barro. La luz del cercano hogar parpadeó sobre la mesa, danzando en las profundidades del vino como si fuera sangre.

Alzando su copa, el hombre sonrió levemente, con una expresión fría y calculadora.

—Por el éxito —dijo, con un tono tan suave como el propio vino.

El tribuno alzó su taza a modo de respuesta, con el rostro sonrojado y jubiloso, como si el peso de sus cargas se hubiera desvanecido.

—Por la riqueza y la libertad —declaró antes de vaciar la taza de un largo trago. El vino estaba caliente mientras se deslizaba por su garganta. Por primera vez en años, se sintió liberado, como un hombre al borde de una nueva vida.

—Debo ponerme en camino —dijo el encapuchado—, pero no deje que eso le detenga. De donde ha salido este vino hay mucho más.

Se volvió hacia el tabernero y arrojó una moneda de oro sobre la barra.

—Mantenga a este hombre bien abastecido —ordenó, señalando al tribuno—. Vino, cerveza, comida, mujeres, lo que desee. El resto es para usted.

Los ojos del tabernero se abrieron de par en par y sus manos se lanzaron a coger la moneda como si pudiera desvanecerse en una voluta de humo.

—¡Gracias, señor! ¡Gracias! —exclamó, haciendo una profunda reverencia. Le dedicó una sonrisa al tribuno, calculando ya el cuantioso beneficio que iba a obtener—. ¡Coma, beba, mi señor! ¡Esta noche es nuestro invitado de honor!

El tribuno apenas se percató, con la atención fija en el vino mientras se servía otra taza, murmurando algo incoherente sobre la libertad y los dorados días venideros.

El encapuchado se ajustó la capa y se dispuso a marcharse. Cruzó la concurrida sala y salió al aire fresco de la noche. El pueblo se había sumido en el silencio, salvo por el débil sonido de las olas que llegaban desde la cercana orilla. Montó en el caballo que lo esperaba e hizo que el animal se alejara de la taberna, espoleándolo con suavidad para cabalgar hacia la oscuridad.

La luna estaba ya alta, arrojando una pálida luz sobre el escabroso camino que conducía al oeste. Una leve sonrisa asomó a la comisura de sus labios mientras repasaba los acontecimientos de las últimas semanas. La caza había sido estimulante; cada paso, preciso e inevitable. Scribonianus estaba muerto y sus conspiradores, dispersos a los cuatro vientos o enterrados en las sombras de Roma.

Echó una breve mirada atrás, aunque la taberna ya no era más que una mancha de luz anaranjada en la distancia. En aquella jarra de vino había veneno suficiente para matar a un caballo y, por la mañana, encontrarían al tribuno desplomado sobre la mesa, con el rostro flácido y el cuerpo frío. Otro nombre tachado de la lista. Otro enemigo de Roma silenciado.

La sonrisa del hombre se tornó sombría mientras espoleaba a su caballo a un galope constante. Ante él, el largo camino se extendía hacia la Galia, hacia Aquae Tarbellicae y la tranquila casa que compartía con la mujer que nada sabía de la vida que él llevaba más allá de sus muros. Quizá algún día le contaría historias de la cacería, suavizadas y despojadas de la sangre y la traición que corrían por sus entrañas. O quizá no.

Por ahora, la tarea estaba cumplida. La conspiración que había amenazado la frágil estabilidad de Roma estaba muerta, sus cenizas esparcidas junto a las de los hombres que se habían atrevido a concebirla.

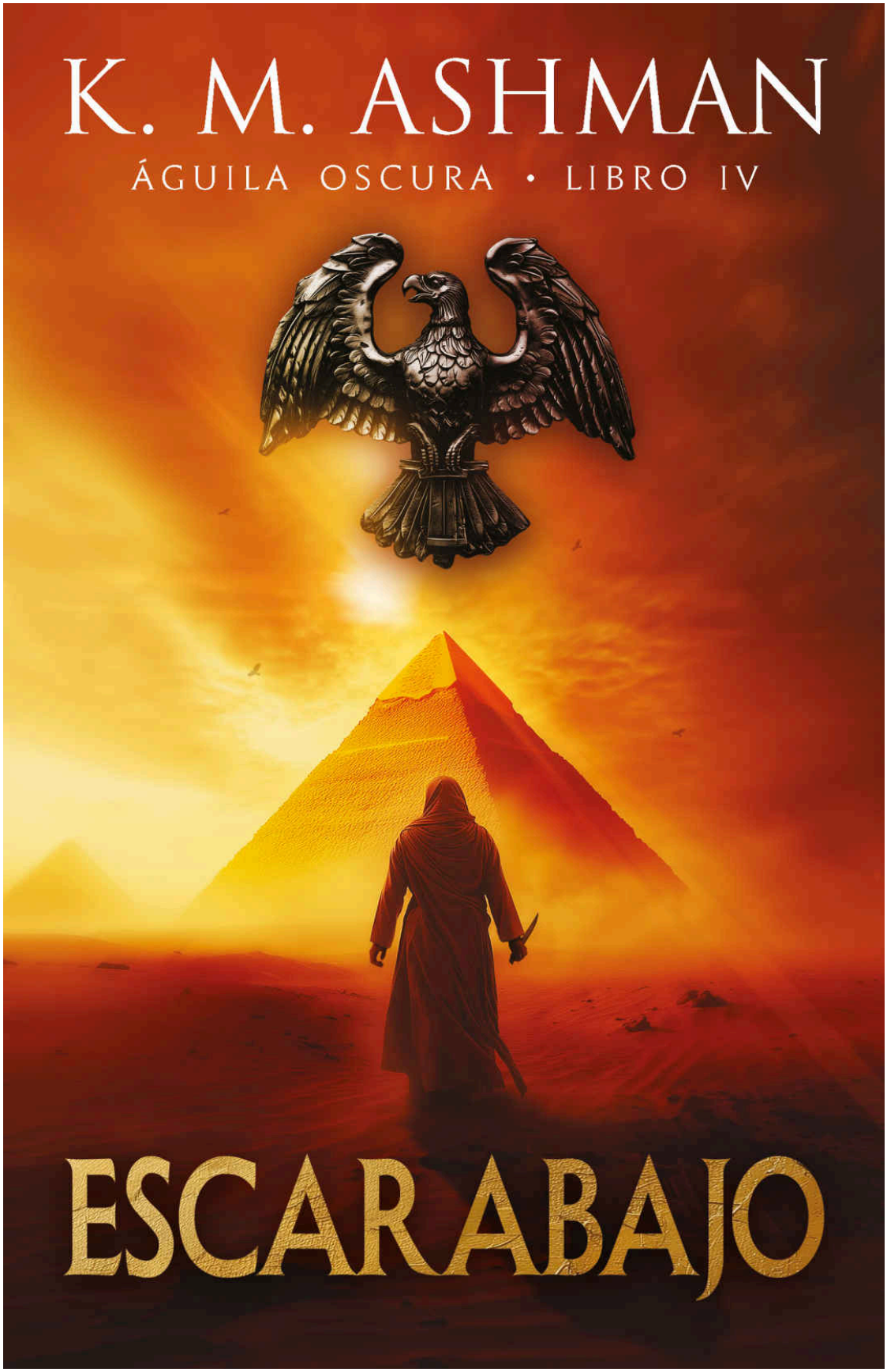
Decimus espoleó al caballo, y el viento le azotaba la capa mientras las estrellas giraban en lo alto. A lo lejos, el mar susurraba su aprobación, y sus olas interminables murmuraban secretos a la oscuridad. Y mientras el camino lo alejaba de los muertos y los moribundos, se permitió el más leve atisbo de satisfacción. Roma perduraría. Siempre lo hacía.

Fin

Proximo Libro

Haz clic aquí para pedir el próximo libro de esta nueva e impresionante saga

Águila Oscura IV


K. M. ASHMAN
ÁGUILA OSCURA • LIBRO IV
ESCARABAJO

El destino de un imperio yace en las sombras de una tierra ancestral.

43 d. C. El poderoso Imperio romano está al límite de sus fuerzas y su control sobre su provincia más vital se desvanece. En Egipto, los susurros de rebelión resuenan a lo largo del Nilo. Las legiones romanas, otrora temidas e imparables, se ven asoladas por deserciones y muertes misteriosas, y muchas están atormentadas por visiones de dioses y monstruos. Los suministros destinados a sostener el imperio flaquean y los piratas merodean por el Mediterráneo, atacando con una precisión asombrosa.

Mientras Roma se tambalea al borde del abismo, los Occultum, las sombrías y despiadadas fuerzas especiales de Roma, son enviados al corazón de Egipto, una tierra donde el pasado se cierne imponente y la línea entre el mito y la realidad se desdibuja.

Frente a enemigos temibles, un amor prohibido y una red de engaños que se extiende desde el Mediterráneo hasta las aguas sagradas del Nilo, los Occultum deberán enfrentarse no solo a las fuerzas que amenazan al imperio, sino también a las frágiles lealtades dentro de sus propias filas. Cada paso que los acerca a la verdad los sumerge más profundamente en una conspiración mortal y los aproxima a una amenaza inimaginable que se oculta en las sombras de Egipto.

Si estáis leyendo gratis con KDP Unlimited y queréis que se os avise en cuanto el próximo libro esté listo, o incluso si habéis comprado el libro y simplemente queréis manteneros informados, por favor haced clic en el siguiente enlace para suscribiros a la lista de correo. Ese día os enviaré un correo electrónico a todos con el lanzamiento del próximo libro.

Suscribirse

Notas del Autor

Aulus Plautius

Aulus Plautius fue un destacado general romano, más conocido por dirigir la invasión de Britania en el año 43 d. C. bajo el reinado del emperador Claudio. Comandante militar de confianza, Plautius ya había demostrado su valía en campañas por todo el Imperio, ganándose una reputación de hombre disciplinado y con agudeza estratégica.

Cuando Claudio buscó legitimar su gobierno a través de la conquista militar, confió a Plautius el mando de la fuerza de invasión. Plautius organizó y dirigió con éxito a las legiones a través del canal de la Mancha, asegurando una cabeza de playa crucial en Rutupiae y derrotando a la resistencia tribal britana en enfrentamientos clave, incluidas las batallas contra Caratacus y Togodumnus de los Catuvelaunos.

Su firme liderazgo aseguró la consolidación del control romano en el sudeste de Britania, allanando el camino para la entrada triunfal de Claudio en la provincia ese mismo año.

Finalmente, Plautius gobernó Britania como su primer gobernador provincial, supervisando las primeras etapas de la romanización antes de regresar a Roma con todos los honores. Su campaña no solo expandió las fronteras de Roma, sino que también afianzó la posición política de Claudio, consagrándolo como uno de los generales más consumados de Roma de principios del período imperial.

Scribonianus

La rebelión de Lucius Arruntius Camillus Scribonianus ocurrió realmente y supuso un breve pero significativo desafío a la autoridad del emperador Claudio, poniendo de manifiesto el persistente descontento senatorial de principios de la era imperial.

Scribonianus, el gobernador de Dalmacia, proclamó su revuelta con el objetivo de restaurar la República, valiéndose de sus contactos entre la élite senatorial y asegurándose la lealtad temporal de algunas legiones estacionadas en la provincia.

Sin embargo, su causa no logró obtener un apoyo amplio, ya que las legiones, más leales a Claudio y a la estabilidad que su gobierno representaba, flaquearon rápidamente. Al parecer, la superstición y los malos presagios minaron aún más la moral de las fuerzas de Scribonianus y, en cinco días, la rebelión se desmoronó.

Ante una derrota inevitable, Scribonianus huyó y, o bien se suicidó, o bien fue capturado poco después. La rápida y decisiva respuesta de Claudio no solo neutralizó la amenaza, sino que también consolidó su autoridad, demostrando su capacidad para gestionar crisis y disuadiendo de futuras revueltas.

La rebelión se convirtió en uno de los últimos intentos significativos de reavivar los ideales republicanos, marcando el continuo declive de la influencia senatorial frente al creciente poder de los emperadores.

Lucio Annio Viniciano

Lucio Annio Viniciano fue un senador romano durante los inicios del Principado, destacado por su participación en importantes acontecimientos políticos del siglo I d. C. En el año 41 d. C., Viniciano participó en la conspiración para asesinar al emperador Calígula.

Tras la muerte de Calígula, Viniciano fue considerado un posible sucesor, pero las deliberaciones del Senado concluyeron cuando la Guardia Pretoriana declaró a Claudio nuevo emperador.

En el año 42 d. C., Viniciano apoyó a Escriboniano, gobernador de Dalmacia, en una rebelión contra el emperador Claudio. La revuelta fracasó, lo que condujo al suicidio de Viniciano.

Matrifagia

La matrifagia, el acto por el que las crías consumen a su madre, es una rara y fascinante estrategia de supervivencia observada en ciertas especies de arañas, principalmente en la araña de terciopelo (Stegodyphus). Tras poner los huevos y cuidar de sus crías, la araña de terciopelo madre experimenta una notable transformación. Licúa sus órganos internos convirtiéndolos en un fluido rico en nutrientes, que regurgita para alimentar a sus crías.

Una vez que las crías han consumido este alimento inicial, se vuelven hacia su última comida: su propia madre. Perforan su cuerpo y la consumen por completo, dejando solo un exoesqueleto vacío. Este autosacrificio garantiza que las crías reciban todo el sustento que necesitan para prosperar en entornos hostiles.

La matrifagia en las arañas de terciopelo es un ejemplo extraordinario de inversión parental, donde el sacrificio último de la madre contribuye directamente a la supervivencia y aptitud biológica de sus crías. Este comportamiento pone de manifiesto las adaptaciones extremas que se encuentran en la naturaleza para asegurar la continuación de una especie.

Actuariae

La *actuaria* era una nave romana especializada, diseñada para la velocidad y la eficiencia, y se utilizaba comúnmente para las comunicaciones militares, el transporte de personal clave o la entrega rápida de mensajes y pequeñas cargas a través del Imperio romano. Su nombre deriva de la palabra latina *actus* (movimiento o propulsión), lo que destaca su función como navío veloz, y su capacidad para aventajar a naves de mayor tamaño le permitía eludir la captura en caso de persecución.

La *actuaria* desempeñó un papel crucial en la extensa red de comunicaciones del Imperio romano, garantizando que los mensajes y las órdenes de vital importancia llegaran a su destino con celeridad. Su eficiencia ejemplificaba la capacidad de Roma para mantener el control sobre un vasto imperio al permanecer conectada a través de grandes distancias y, con buen tiempo y paradas limitadas, se estima que se podía navegar desde Britania hasta Roma en aproximadamente 20 o 25 días.

Aunque no tan icónica como el trirreme o el birreme, la *actuaria* era indispensable para tareas que requerían velocidad, agilidad y discreción, lo que la convertía en un componente clave de las operaciones navales y logísticas de Roma.

La invasión de Britania

La invasión romana de Britania en el año 43 d. C., dirigida por Aulo Plaucio, supuso un esfuerzo decisivo para someter la isla al control de Roma. Ordenada por el emperador Claudio, la invasión tenía como objetivo reafirmar la influencia romana tras décadas de incursiones fallidas y explotar la riqueza y la importancia estratégica de la isla.

Plaucio reunió una fuerza de cuatro legiones, aproximadamente 20.000 legionarios, apoyados por un número igual de auxiliares. Cruzaron el canal en barcos y desembarcaron en la costa sur de Britania. La invasión encontró la resistencia de una coalición de tribus celtas, lideradas por Togodumno y Carataco de los Catuvelaunos.

Los romanos avanzaron con cautela, recelosos de las tácticas de guerrilla de los celtas y de su conocimiento del terreno. Los enfrentamientos iniciales fueron encarnizados, y los britanos utilizaron emboscadas y carros para hostigar a los invasores. A pesar de ello, la disciplina y las tácticas avanzadas de los romanos les dieron la ventaja.

Uno de los puntos de inflexión de la invasión fue la batalla del Medway, donde los romanos superaron una fuerte resistencia celta. Tras esta victoria, los celtas se retiraron tierra adentro, lo que permitió a los romanos avanzar hacia el Támesis y, finalmente, capturar Camulodunum (la actual Colchester), estableciéndola como la primera capital romana de Britania.

La invasión marcó el comienzo del dominio romano en Britania y transformó el panorama político y cultural de la isla.

La batalla del Medway

El río Medway, una barrera defensiva natural, fue utilizado por los britanos bajo el mando de sus caudillos, Togodumnus y Caratacus, para frenar el avance romano. Las amplias y pantanosas orillas del río proporcionaron a los britanos una sólida posición defensiva y la esperanza de detener a los invasores.

Plautius, conocido por sus calculadas estrategias, dividió sus fuerzas. Envió en secreto a los auxiliares a cruzar el río para, mediante un ataque por sorpresa, sembrar el caos entre los britanos. Al mismo tiempo, la infantería romana avanzaba cruzando el Medway bajo un intenso fuego enemigo. Los soldados romanos utilizaron la formación en testudo para protegerse de las flechas, mientras que la caballería flanqueaba a los britanos por ambos lados.

La batalla fue encarnizada y prolongada, y duró dos días. Los britanos lucharon con un coraje salvaje, empuñando espadas, lanzas y carros de guerra, pero se vieron en apuros ante la disciplina y las tácticas de los romanos. Gnaeus Hosidius Geta, un comandante romano, evitó por poco el desastre cuando sus fuerzas fueron

rodeadas; sin embargo, su liderazgo cambió las tornas y le valió los honores del triunfo.

La victoria en el Medway permitió a los romanos establecer una cabeza de puente en Britania y obligó a los britanos a retirarse tierra adentro, consolidando así el impulso de la invasión romana.

La isla de Mona

La isla de Mona (la actual Anglesey) era un centro vital para las tribus celtas de Britania en el siglo I d. C. Situada frente a la costa noroeste de Gales, su aislamiento y la barrera natural del estrecho de Menai la convertían en una fortaleza defendible.

Mona era el corazón espiritual de Britania, hogar de los druidas, que ostentaban un poder considerable como líderes religiosos, consejeros y símbolos de la resistencia. Arboledas sagradas cubrían la isla y en ellas se celebraban rituales y sacrificios destinados a apaciguar a los dioses y a unir a las tribus. Los druidas utilizaban Mona como base para coordinar la oposición a las incursiones romanas, lo que convirtió a la isla en un elemento central de la unidad y el desafío de los celtas.

Cuando los romanos invadieron Britania en el 43 d. C., dirigidos por Aulus Plautius, su objetivo era desmantelar la resistencia celta, pero Mona permaneció intacta durante esta fase inicial. Mientras las fuerzas romanas aseguraban el sudeste y avanzaban tierra adentro, los druidas continuaron recabando el apoyo de las tribus, preparándose para el inevitable enfrentamiento con el imperio.

Cuando, años más tarde, los romanos fijaron su atención en Mona, su reputación como bastión espiritual y centro de resistencia había crecido, lo que la señaló como un objetivo crucial en su campaña para someter Britania.

Otras obras de K. M. Ashman

Los Exploratores
Águila oscura
Los ocultos
Veteranus
Escarabajo
El espectro
Silures
Panthera
Caminante de sombras

Semillas de imperio
Semillas de imperio
El ascenso del águila
Campos de gloria

La Hermandad
Acero templario
Piedra templaria
Sangre templaria
Furia templaria
Gloria templaria
Legado templario
Lealtad templaria

Los misterios de India Summers
Las conspiraciones vestales
Los tesoros de Suleimán
Las momias del Reich
Los constructores de tumbas

Las crónicas romanas
La caída de Britania

El ascenso de Caratacus
La ira de Boudica

Las sagas medievales
Sangre de la Cruz
En las sombras de los reyes
Espada de la libertad
Anillo de acero

La sangre de los reyes
Una tierra dividida
Un reino herido
La forja de la rebelión
La princesa guerrera
El portador de la espada

El camino a Hastings
Los desafíos de un rey
Las promesas de un rey
El destino de un rey

La saga del Otro Mundo
El protocolo del legado
El séptimo dios
La última ciudadela
El edén salvaje
Vampiro